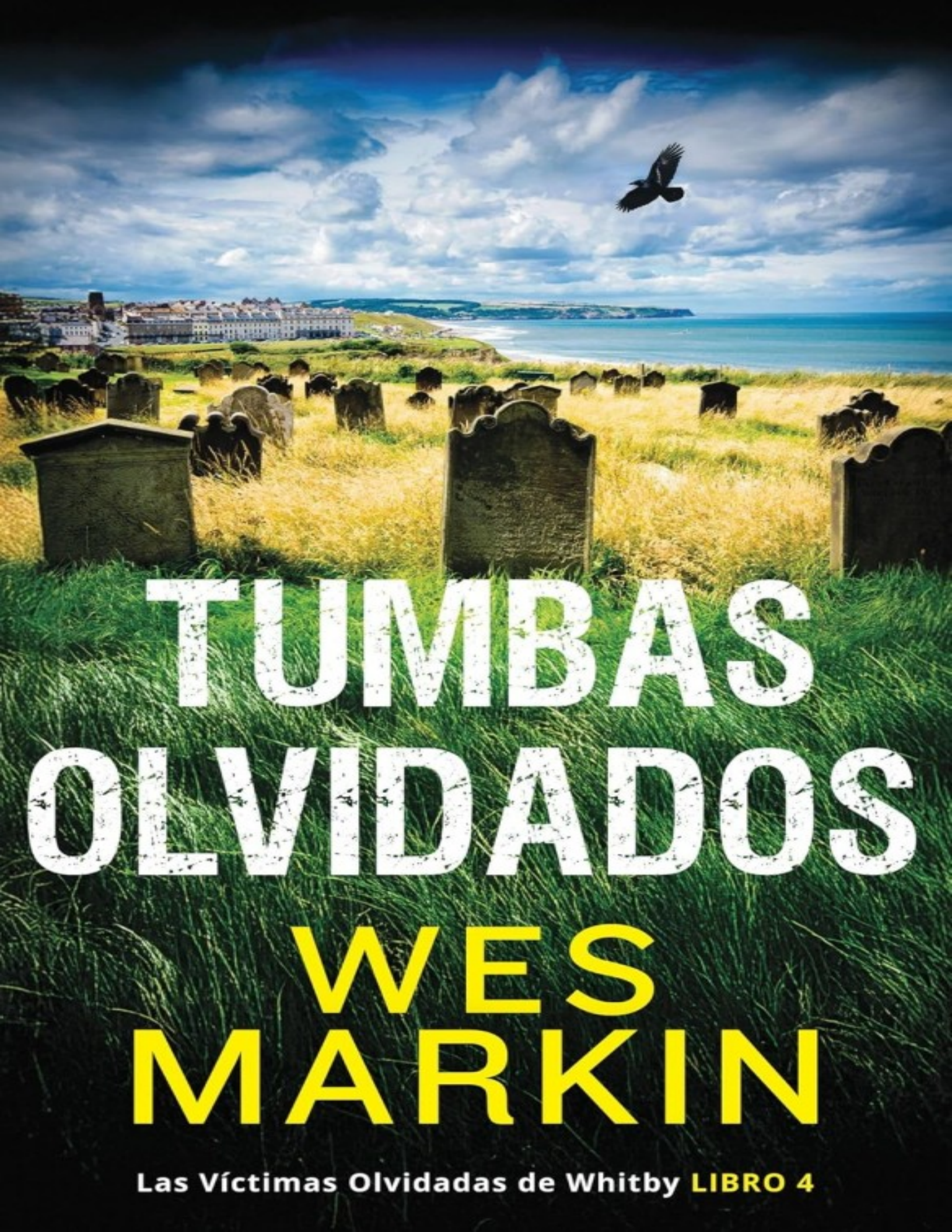


TUMBAS OLVIDADOS

WES MARKIN

Las Víctimas Olvidadas de Whitby **LIBRO 4**

Tumbas Olvidadas

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Libro 4

Wes Markin

David Lynch

Artista, Soñador, Narrador

Mi Inspiración

Gracias

1946–2025

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82

Dos días después
Nochebuena
Día de Navidad
Tres meses después...
El funeral
Agradecimientos
Postfacio

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados *(Forgotten Bones)*

Vidas Olvidadas *(Forgotten Lives)*

Almas Olvidadas *(Forgotten Souls)*

Tumbas Olvidadas *(Forgotten Graves)*

Sombras Olvidadas *(Forgotten Shadows)*

Profundidades Olvidadas *(Forgotten Depths)*

Thrillers del DCI Yorke

Una Última Oración *(One Last Prayer)*

La Serpiente Arrepentida *(The Repenting Serpent)*

El Silencio de la Separación *(The Silence of Severance)*

El Ascenso de los Rayos *(Rise of the Rays)*

Baile con el Segador *(Dance with the Reaper)*

Navidad con el Conducto *(Christmas with the Conduit)*

Mejor el Diablo *(Better the Devil)*

El Diario Secreto de Lacey Ray *(The Secret Diary of Lacey Ray)*

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino *(The Killing Pit)*

Fuego en los Huesos *(Fire in Bone)*

Cataratas Azules *(Blue Falls)*

El Núcleo Podrido *(The Rotten Core)*

Entre la Espada y la Pared *(Rock and a Hard Place)*

1

Los faros antiniebla cortaban la noche de diciembre.

Kyle Russell se aferraba al suave volante de cuero del Audi, soltando gritos de júbilo en cada curva cerrada. En el asiento del copiloto, Jason Cleaves disfrutaba de su colocón de cocaína, golpeando el techo y animándole a aumentar la velocidad. Sin embargo, Kyle había tomado deliberadamente un poco menos de la droga y, aunque sus reflejos estaban más agudizados, no se sentía invencible.

Delante, se vislumbraba la siguiente curva. Un traicionero giro bordeado por páramos nevados que se extendían sin fin a ambos lados de la A169.

La vista transportó a Kyle una década atrás, cuando tenía nueve años y vagaba por los campos nevados de los páramos de North York con su padre, encontrando paz y claridad en aquella agradable amplitud. La presencia constante de su padre había sido más que una guía a través de la naturaleza salvaje: era una educación para entender su lugar en el mundo. Echaba tanto de menos recorrer aquellos caminos familiares con él.

La intensidad de la curva le devolvió al presente. Y a la sobria realidad de que aquellos días habían desaparecido, enterrados para siempre con el cuerpo de su padre.

Kyle miró de reojo y vio a Jason colocando cocaína en el dorso de su mano.

—Quieto ahora, chaval —insistió Jason—. Otra raya en camino.

Un fuerte resoplido, seguido de más golpes en el techo. —¡Raya... raya... raya!

Unos faros brillaron hacia ellos. Kyle se arrimó más al borde. Un coche pasó a toda velocidad, tocando el claxon en protesta por sus luces antiniebla.

Kyle no pudo evitar unirse a la risa de Jason, por muy maniática que fuera. Había abrazado completamente el caos que su amigo había traído a su vida en los últimos seis meses.

Su madre no lo aprobaba, obviamente.

Pero a los diecinueve años, Kyle estaba harto de las expectativas ajenas.

—¿Otra rayita, colega? —preguntó Jason.

—En un rato. Lleguemos primero a Ruswarp. Encontremos un sitio tranquilo. Paremos un poco.

—No te prometo que quede algo —Jason esnifó otra línea y sonrió.

Kyle le miró de nuevo.

Jason tenía las pupilas totalmente dilatadas. —*¡Al fin y al cabo, estás en el coche con el Bumpa Loompa!* —Se lanzó a cantar una versión deformada de la canción de los Oompa Loompa, sustituyendo la letra con su nueva versión.

Kyle se rio, volvió a centrar su atención en la carretera y pasó como un trueno el cruce de Goathland, con el rugido del motor ahogando momentáneamente la desafinada canción de Jason. Notó copos de nieve fresca bailando en sus faros antiniebla.

Por los campos, Kyle atisbó ovejas agrupadas contra los muros de piedra seca, con la lana acumulando nieve.

Más allá del valle, podía ver las luces de Ruswarp.

Entonces retrocedió cuatro años, a las tardes en el Bridge Inn, robando sorbos de cerveza amarga mientras su padre fingía no darse cuenta...

La parte trasera del Audi derrapó sobre hielo negro.

Kyle giró el volante bruscamente, sobrecorrigiendo.

El canto de Jason se transformó inmediatamente en un grito.

Podía oír la voz de su padre diciéndole que no pisara los frenos, pero cuando las luces antiniebla iluminaron una desgastada valla de

madera, deseó haberlo hecho.

Los postes astillados rebotaron sobre el capó. La malla metálica chilló al desgarrar el metal.

Luego estaban en el aire, suspendidos en un momento de terrible ingravidez.

El estómago de Kyle dio un vuelco.

El morro del Audi se inclinó hacia abajo, y un impacto le sacudió los huesos. La nieve se dispersó a su alrededor. El volante se agitó en sus manos. No tenía control, pero todavía podía escuchar el consejo de su padre, así que siguió resistiéndose a pisar el pedal, no queriendo entrar en un giro incontrolable.

Jason seguía gritando.

Los ojos de Kyle se abrieron como platos cuando una forma oscura emergió de la penumbra. —Mierda... mierda...

Lo conocía de sus paseos.

Un viejo silo de grano.

No era enorme, pero lo suficientemente sólido como para matarlos a ambos.

Sin otra opción, Kyle pisó los frenos. El coche coleteo, deslizándose lateralmente por el suelo helado.

El impacto cuando golpearon la base del silo fue ensordecedor. Con un temblor, el coche se detuvo, su lado del conductor chocando contra la vieja madera.

Kyle parpadeó, esforzándose por ver a través del parabrisas agrietado.

Jason gimió, moviéndose en su asiento.

Un crujido ominoso resonó desde arriba.

La voz de Jason tembló. —¿Qué es eso?

—No lo... —La comprensión le golpeó. Se estaba desplomando—. ¡Sal!

Kyle apenas se desabrochó el cinturón antes de que un tremendo estruendo sacudiera el techo.

Con el corazón desbocado, se lanzó hacia el lado del pasajero mientras Jason saltaba del vehículo, rodando hacia un lugar despejado.

Otro fuerte golpe en el capó le hizo pensar que era demasiado tarde.

Pero entonces él también se puso a salvo, rodando por el suelo helado.

Ya de pie, avanzaron agitadamente por la nieve profunda, girándose y mirando mientras lo hacían, observando cómo el silo se desplomaba sobre el Audi. Madera y polvo llovían, golpeando y enterrando el coche.

Cuando la destrucción finalmente cesó, miraron hacia atrás.

—Joder... ¿has visto eso? —preguntó Jason.

Kyle no honró su estúpida pregunta con una respuesta; en su lugar, observó cómo se asentaba el polvo.

Para su sorpresa, el destrozado Audi, con vapor silbando desde el capó, seguía siendo visible.

Increíblemente, las luces antiniebla seguían funcionando, como faros en medio de la destrucción.

—Joder —dijo Jason—. ¿Y ahora qué?

Kyle se obligó a concentrarse. Se sacudió la nieve de la ropa empapada. Estaba temblando, ya fuera por la adrenalina o por el frío. —Ahora, salimos de aquí.

Jason miraba con ojos desorbitados el caos. —Sí... pero... — Estaba temblando. Agarró el brazo de Kyle.

Kyle lo miró a los ojos, abiertos y alterados.

—¿Y las huellas dactilares y el ADN? —dijo Jason.

Kyle negó con la cabeza. Jason no era la herramienta más afilada del cobertizo. —¿Por qué se molestarían con el ADN y las huellas dactilares? ¡Nadie ha muerto! Además, ¿acaso están tu ADN o tus huellas en el puñetero sistema?

Parecía que iba a vomitar. —No lo sé.

—Bueno, ¿te han detenido alguna vez? —preguntó Kyle.

—No.

—Entonces, es poco probable.

—Vale... mi cabeza está jodida, ¿sabes? —Jason se dio la vuelta, temblando, maldiciendo la nieve profunda.

—Tenemos que movernos rápido. Hace un frío de cojones —dijo Kyle, tiritando de verdad ahora. El frío se estaba filtrando en sus

huesos. Se preguntó si la hipotermia era una posibilidad. Lo había visto antes en películas. No parecía agradable.

A medida que se alejaban del naufragio y de las luces antiniebla del Audi, la oscuridad los rodeó. Kyle activó la linterna de su móvil para evitar obstáculos ocultos y sugirió a Jason que hiciera lo mismo.

Su amigo se detuvo en seco.

Mierda, pensó Kyle, sospechando lo que venía.

Jason se palpó frenéticamente los bolsillos antes de dar vueltas. —¡Mi móvil. Mi puto móvil!

—Por el amor de Dios, Jason.

Jason se giró y señaló hacia los restos. —Estaba en la guantera.

Kyle reprimió su creciente ira. —¿Y estabas preocupado por el ADN?

—Joder... lo siento... ¿Y ahora qué?

—Quédate aquí —siseó Kyle—. Estás para el arrastre. No tiene sentido que nos enterremos vivos los dos.

—Déjame ayudar.

—No. —Alzó la voz—. Quédate aquí, joder.

Kyle intentó trotar de vuelta hacia los restos, pero era difícil con tanta nieve. Era más bien como una marcha rápida. Aumentar su ritmo cardíaco probablemente fuera una buena idea, sin embargo. Seguía temblando, pero no tan mal. A medida que se acercaba al caos, miró hacia el dañado silo. Tenía unos cinco metros de altura. La mitad de su exterior de madera había cedido, yaciendo sobre o alrededor del vehículo. En el interior, podía ver una escalera metálica que conducía a un piso más estrecho y expuesto. Milagrosamente, el silo rectangular aún se mantenía en pie, aunque su techo destartalado se combaba peligrosamente y no aguantaría mucho tiempo. Sacos y escombros colgaban del borde del segundo piso.

Rezando para que no cayera nada más, alcanzó la puerta abierta del Audi, con el corazón martilleándole mientras la madera crujía sobre su cabeza.

Casi allí...

La guantera se abrió con un golpe seco.

El teléfono de Jason estaba allí, con la pantalla iluminada.

Cuando los dedos de Kyle se cerraron alrededor de él, hubo otro golpe sordo en el techo. No tan fuerte como la última vez, pero ciertamente suficiente para casi detener su corazón. —¡Cojones!

Retrocedió, mirando el techo cubierto.

—Joder... no...

No podía ser.

Dirigió su linterna hacia allí.

Sí que lo era.

Una columna vertebral curvada.

—¡Dios! —Ahogó un grito, tambaleándose hacia atrás.

—¿Qué pasa? —La voz de Jason llegó desde detrás de él.

—Mantente alejado —advirtió Kyle, con la mano levantada—. Es un cadáver.

Pero la advertencia solo atrajo más a Jason.

Permanecieron juntos, con los haces de las linternas bailando sobre el esqueleto en posición fetal.

Las cuencas vacías de los ojos miraban desde un cráneo sonriente.

—Joder —Jason tuvo arcadas—. Esto es una locura. ¿Y ahora qué?

Kyle no tenía respuesta. Dio varios pasos atrás, con la luz aún brillando sobre el esqueleto.

Sirenas lejanas aullaban.

—¡Tenemos que irnos! —dijo Jason.

Kyle pensó en su padre de nuevo, en cómo esa pérdida le había cambiado para siempre, en los constantes recordatorios de su madre de que nunca había vuelto a ser el mismo.

Y aquí estaba ahora, mirando a un cuerpo descompuesto que yacía sobre un coche robado y demolido en el gélido y lúgubre culo del mundo.

Se preguntó si esta noche marcaría otro punto sin retorno, otro momento del que nunca se recuperaría.

—Me quedo —dijo Kyle—. Es lo correcto.

2

El inspector jefe Frank Black se estaba ajustando la corbata frente al espejo del baño por cuarta vez. *Maldita sea*, pensó, *no se puede hacer brillar una mierda*.

Oyó el timbre de la puerta, se sobresaltó y sus dedos enredaron el nudo. —Joder.

Frank se quitó la corbata y la metió en su bolsillo antes de desabrocharse el botón superior. Se miró mientras el timbre sonaba de nuevo y suspiró. Luego se dirigió hacia la puerta principal, asegurándose a sí mismo que no importaba demasiado. Esto no era una cita, por supuesto, solo el encuentro de dos amigos cercanos. El traje, con veinte años de antigüedad y recién salido de la tintorería, le parecía una camisa de fuerza. Aun así, al menos podía volver a entrar en él. Apenas. Hace un año, ya se le estaría cayendo a pedazos.

Al pasar por la cocina, echó un vistazo a la mesa puesta, con la mirada fija en la botella de San Pellegrino centrada entre los platos.

¡Maldita sea, justo ahora, el antojo de algo más fuerte era terrible! Estos eran los momentos que ponían a prueba su determinación: las cortesías sociales, las reuniones amistosas.

Las no-citas.

Porque, sin importar lo que Gerry creyera, eso era exactamente lo que era. El timbre sonó por tercera vez, y esta vez su estómago dio un vuelco. Cristo, pensó, la estoy haciendo esperar en el frío.

¡Y no se encontraba bien!

Se comprobó el aliento. Bien. No había fumado un cigarro liado en más de una hora y había usado enjuague bucal dos veces.

Abrió la puerta de golpe.

Janet Wainwright estaba en el umbral, envuelta en un abrigo grueso y orejeras, saltando de un pie a otro.

—¿Qué tal? Pasa... —dijo Frank, retrocediendo.

Janet negó con la cabeza. —No, tengo órdenes estrictas de no quedarme. —Se hizo a un lado para revelar a su madre, Evelyn, acomodada en su silla de ruedas al pie de los escalones. Llevaba un elegante vestido azul marino bajo un abrigo de lana color crema, con un ramo de narcisos amarillos iluminando su regazo.

—Aunque esté helando —continuó Janet—. Y una taza de té podría ser lo único que me separe de una neumonía.

—Siempre tan dramática —dijo Evelyn—. No puedes contagiarte de nada por el frío.

—No —dijo Janet—. Intenta decírselo al tío abuelo Paul.

—A Paul lo atropelló un coche, querida —dijo Evelyn.

—Sí, después de que derrapara en el hielo. Luego cogió esa superbacteria en el hospital. Así que técnicamente, cuenta.

—Ya basta. —El tono de Evelyn se estaba volviendo más cortante.

Frank se movió incómodamente en el umbral, con los ojos alternando entre madre e hija, preguntándose si esto era solo una broma normal o si había alguna tensión real entre ellas.

Janet lo miró. —Encantadora, ¿verdad?

Él sonrió débilmente.

—¿A qué hora vengo a recogerla?

Le pareció extraña la pregunta, y le recordó cuando dejaba a Maddie en fiestas de cumpleaños cuando era niña. —¿Sobre las siete?

—¿Tres horas? —Janet levantó una ceja—. ¿Puedes aguantarla tanto tiempo? —Se rio.

—¿Ves lo que tengo que soportar, Frank? —dijo Evelyn.

Frank se rio, pero seguramente no sonó natural.

Janet le lanzó una mirada comprensiva y se colocó detrás de la silla de ruedas de su madre. Intentó inclinarla para subirla al

escalón, pero la altura resultó excesiva.

—Espera un momento... —Frank se movió para ayudar—. Déjame a mí.

Janet se apartó. —Es un poco demasiado alto, creo.

—Este maldito escalón es anticuado... —dijo Frank—. ¿Quién necesita un escalón? He estado planeando quitarlo —mintió. Agarró las asas de la silla, su espalda protestando mientras la inclinaba hacia atrás—. No es nada —volvió a mentir, con los dientes apretados.

Evelyn estiró el cuello para mirarlo, con escepticismo evidente en su rostro.

—¿A la de tres? —Frank dobló las rodillas, ignorando el aviso de dolor en la parte baja de su espalda—. Uno... dos...

Las ruedas se negaron a subir por el escalón. El sudor perló la frente de Frank.

—Frank. —La voz de Evelyn cortó su lucha—. Para ahora mismo, antes de que te hagas daño.

Bajó la silla nuevamente, tratando de ocultar su respiración trabajosa. —Solo... necesito... un ángulo diferente, eso es todo. —Se reposicionó.

—¡No harás tal cosa!

Su tono le recordó tanto a Mary, llevaba esa misma mezcla de autoridad y preocupación. Le oprimió el corazón.

Sin ceremonias, Evelyn entregó las flores a Janet y agarró los brazos de su silla de ruedas. —¡Puede que esté en esta maldita silla, pero no soy de puñetera porcelana!

Con la boca abierta, Frank la vio ponerse de pie. Janet se movió suavemente para apoyar a su madre, y juntas entraron, dejando a Frank plegando la silla de ruedas y arrastrándose detrás de ellas con lo que quedaba de su dignidad.

En el escalón que había causado los problemas, un movimiento fugaz a la derecha de Frank captó su atención. Henrietta Timber, su vecina, lo observaba desde su ventana.

No le sorprendió. Su curiosidad era tan predecible como la salida del sol.

Dirigió su habitual ceño fruncido en su dirección, aunque estos días estaba teñido de cierto afecto. Después de todo, ella había estado allí aquella terrible noche cuando descubrió que su hija Maddie había venido a visitarlo mientras él estaba fuera. Se había quedado con él hasta el amanecer, preparando interminables tazas de té y permitiéndole desahogar su dolor.

Se habían vuelto más cercanos desde entonces, su animosidad de décadas suavizándose en algo parecido a la amistad.

Aun así, las tradiciones debían mantenerse, así que intentó que ese ceño fruncido fuera lo más auténtico posible. Y ella hizo lo mismo.

—Vieja entrometida —gruñó, pero una sonrisa se dibujó en su rostro una vez que atravesó la puerta y estuvo fuera de su vista.

3

La inspectora Gerry Carver necesitaba tres platos para su cena.

Uno para el bacalao al vapor, otro para la quinoa y un último para las verduras salteadas.

Además de respetar las fronteras entre cada tipo de alimento, también había medido cuidadosamente las porciones.

Al otro lado de la mesa, Tom Foley se las arreglaba con un solo plato. Que los alimentos se tocaran no le molestaba en absoluto. De no ser por ser su novio, el concepto de separar la comida le resultaría completamente ajeno, pero ya estaba acostumbrado.

Ambos comían de forma relativamente silenciosa, así que aparte del suave tintineo de los cubiertos, la respiración constante de Rylan era el único sonido que interrumpía el silencio. Gerry se sentía cómoda en silencio, pero sabía que muchas personas no. Tom era una de ellas. Observó la familiar tensión en la postura rígida de Tom, nacida de su creciente sensación de incomodidad.

Desde que había establecido límites claros sobre las conversaciones durante la cena —nada de hablar del trabajo (lo primero en la lista), nada de discutir sobre la muerte de sus padres, y absolutamente ninguna mención de la familia de él— las cenas se habían vuelto algo tensas. Cada noche, sin falta, solo aguantaba unos cinco minutos antes de aclararse la garganta y decir: —¿Algo te preocupa, Gerry?

—No. Estoy bien. ¿Tú estás bien?

—Sí... pero ¿en qué estás pensando?

—Estoy pensando en Frank cenando con Evelyn.

El tenedor de Tom se detuvo a medio camino de su boca. —¿En serio? ¿No es esa la viuda del hombre que tuvo una aventura con la difunta esposa de Frank?

—Sí.

Tom bajó su tenedor. —Polémico. ¿Y están saliendo?

—Él dice que no.

Tom asintió. —¿Y le crees?

—Hasta ahora no me ha ofrecido ningún hecho que indique lo contrario.

—De acuerdo... Entiendo por qué estás distraída. Debes estar preocupada por él.

—No por él, como tal. Creo que estoy preocupada por la comida. —Examinó sus platos separados.

—¿Perdón?

—Está cocinando exactamente el mismo plato. Bacalao al vapor, quinoa y verduras salteadas. Se lo expliqué varias veces, pero nunca pareció muy seguro cuando me repetía el proceso.

—Ah. —La mano de Tom se dirigió hacia el molinillo de sal—. Seguro que estará bien. Es un hombre adulto. —Se rio.

«¿Por qué tiene gracia?», pensó Gerry, observándole. —Tiene muy poca experiencia cocinando.

—Cierto, pero viéndole, diría que ha comido mucha comida... ¡sabrá cómo debe saber! —Comenzó a echar sal generosamente sobre su comida.

Gerry observó caer los cristales blancos. —Tú no sabes cómo debe saber.

—¿Cómo dices?

—No sabes cómo debe saber la comida. Ya hay suficiente sal en este plato. Vas a enmascarar todos los sabores sutiles.

Él dejó el molinillo. —Frank en una cita. Increíble.

—Solo es una cena. —Repitió sus palabras exactas.

Tom se encogió de hombros. —Suena a cita.

—Frank solo necesita más interacción social. En este momento, soy la única persona con la que habla. Alguien más cercano a su edad podría ayudar.

—Entonces, ¿lo está haciendo porque se lo pediste?

—No, él quería hacerlo. Yo solo le animé.

—¿Crees que quiere una nueva relación?

El tenedor de Gerry se detuvo en el aire. La lentitud de su comprensión la confundía esta noche. —No es una cita. Solo una cena.

—Vale... ¿crees que busca compañía?

—La necesita.

Tom sonrió. —Sí, todos la necesitamos. Tú la necesitabas.

—No lo creo. En mi caso, es diferente. —Sonrió—. Simplemente me acostumbré a que me gustara. —La distinción era importante para ella.

—Me gusta que te preocupes por Frank —dijo Tom—. Es bonito.

Tom miró a Rylan, que estaba sentado atento, con la mirada fija en cada movimiento. La mirada inquebrantable del Labrador mientras cenaba había sido fuente de tensión desde el primer día. Al principio, no podía soportar que le observaran mientras comía, pero se había adaptado hasta cierto punto. —Es extraño que siga haciendo eso. Nunca le he dado comida ni nada.

—Ya no se trata de comida.

—Vale... ¿entonces de qué se trata?

—Tal vez simplemente disfruta mirándote. O quizás desconfía de ti porque estás siempre presente en su vida en este momento. No conozco la razón. No puedo interpretar sus pensamientos exactos.

—Ojalá parara.

Gerry se sintió irritada. Tom sabía que la presencia de Rylan no era negociable. Aun así, intentó ser educada. —Lo siento. Sus normas sociales son diferentes. No entiende que mirarte fijamente mientras comes es inapropiado.

La risa de Tom tenía un toque de nerviosismo. —Creo que está preocupado por si me atraganto. Quizás debería verlo como un ángel de la guarda. Después de todo, podría saltar y hacerme la maniobra de Heimlich.

La expresión de Gerry permaneció seria, sus ojos siguiendo el molinillo de sal mientras él lo alcanzaba de nuevo. —Con la cantidad

de sal que usas, un ataque cardíaco o un derrame cerebral es más probable que atragantarse.

4

Frank intentó servir la comida exactamente como Gerry le había explicado. Bacalao al vapor, sobre una cama de quinoa, acompañado de algunas verduras salteadas.

Le preocupaba la pequeña cantidad de condimento que le habían dicho que usara.

Gerry le había asegurado que la comida tendría suficiente sabor y que, de todos modos, era importante adaptarse a un contenido más bajo de sodio. También añadió que Evelyn, tras su derrame cerebral, agradecería estos esfuerzos.

En su matrimonio, Frank siempre había dejado la cocina a Mary. No porque fuera perezoso, sino porque siempre había estado muy ocupado. Si hubiera dependido de él durante aquellas semanas de setenta horas, habría sobrevivido a base de comida para llevar. Frank observó a Evelyn, la viuda de Nigel Wainwright, el hombre con el que su difunta esposa tuvo una aventura. Se habían hecho amigos por la única razón de que sus cónyuges habían muerto juntos en un accidente de coche. Evelyn creía que su amistad podría ayudar a sanar parte de la culpa y el dolor, y Frank había acabado aceptando la idea.

Le sonrió. —¿Lista?

Ella sonrió ampliamente. —Sí. —Frank cogió los platos de la encimera y se los presentó a Evelyn. Ella aplaudió—. ¡Mira eso!

—Bueno... —dijo Frank—, probémoslo primero. Perdona si está demasiado soso. —Se dejó caer en su silla, con las articulaciones

protestando—. Estoy reduciendo la sal y otras mi... —Se detuvo a mitad de palabra—. Porquerías.

—Sabio. Deberías pensar en tu salud.

—La verdad es que no lo hago. Al menos, no lo hacía. Mi colega, Gerry, lo hace por mí... ya sabes, piensa en mi salud. Yo solo hago lo que me dicen. —Se rio.

—Parece que te cuida —dijo Evelyn, alcanzando su cuchillo y tenedor.

—Sí. O más bien, está encima de mí todo el tiempo.

Evelyn se rio. —Es bueno tener amigos que se preocupan por ti.

Frank consiguió esbozar una pequeña sonrisa, las palabras le llegaron más hondo de lo que esperaba. —Eso dicen. Nunca me ha ido muy bien en ese aspecto.

—¿Quizás estás recuperando el tiempo perdido?

Frank asintió con renuencia. Después de la muerte de Mary y la desaparición de Maddie, se había convencido de que estaba solo. Ahora tenía que admitir que eso ya no era completamente cierto.

—En cualquier caso, parece muy saludable —dijo Evelyn, cortando el bacalao.

—Sí, saludable. —Pinchó la quinoa sin entusiasmo.

—Háblame de Gerry —dijo ella, justo antes de llevarse un bocado a la boca.

—Buena chica, Gerry. Una mente brillante. —Se tocó la sien—. Como un torbellino ahí arriba. Todo se le presenta como un rompecabezas que puede resolver —chasqueó los dedos— así. También sabe mucho. Yo apenas puedo recordar lo que hice ayer. Ella puede recordar todo lo que ha leído. —Se le escapó una risa cariñosa—. A veces puede ser demasiado. Abrumador a veces.

—Me dijiste antes que era autista.

—Sí. Tiene este perro de terapia, Rylan. La mantiene con los pies en la tierra. Cuando su cabeza se dispara, ¿sabes? Rylan la trae de vuelta a la realidad. La cabeza de todo el mundo se dispara a veces, lo sé, pero Gerry tiene más desencadenantes, ¿comprendes? La forma en que funciona el mundo no siempre se adapta a ella. Eso es lo que me explicó, de todos modos. Puede ser aislante... y Rylan. Bueno, es genial. Nos ha sacado de apuros algunas veces. Un perro

listo, ¿sabes? Nunca me había dado cuenta realmente. —Se metió un bocado de comida en la boca e hizo una mueca por la insipidez.

—Parece que los valoras a ambos.

Tragó, a regañadientes. Luego asintió, moviendo la comida por el plato, preguntándose si realmente podría comer esto. —Sí... al menos lo hacía hasta que me hizo tirar todos mis condimentos. Salsas, todo. No confía en que no lo sazone todo hasta dejarlo irreconocible. —Intentó un guiño cómplice—. Podría conseguir algo de sal, sin embargo... ya sabes... ¿si te apetece?

Evelyn masticó pensativa. —Lo dejaré, gracias. Me gusta. La comida es suave... no abrumadora.

—Esa es una forma diplomática de decirlo. —*Tiene sabor a cartón para mí*, pensó Frank, resistiendo el impulso de desenterrar su alijo secreto de sal, decidido a no poner la tentación en el camino de Evelyn.

Cayeron en un cómodo silencio, roto solo por el suave burbujeo de su agua con gas. Frank señaló sus vasos con una sonrisa autodespreciativa. —¡Agua también! ¡Joder, ciertamente sé cómo animar una fiesta!

La risa de Evelyn fue cálida y genuina. —¡Cenar contigo es cualquier cosa menos aburrido, Frank Black!

Se sonrojó, sin saber cómo manejar el cumplido.

—¿Quién necesita salsa marrón? —añadió ella con ligereza.

—HP. Tiene que ser HP.

Ella se rio.

De repente, preocupado por haber sido demasiado descortés respecto a su amiga más cercana, dijo: —Bromas aparte, sin embargo... desde que Gerry... y sus maneras más bien, ¿cuál es la palabra? ¿draconianas? Sí, draconianas... me he estado sintiendo mejor.

Ella señaló con la cabeza la bolsa de tabaco visible en el mostrador detrás de Frank. —Pero sigues fumando, ¿verdad?

—Sí. —Se movió incómodo—. Un paso a la vez. —Asintió, más para convencerse a sí mismo que a ella—. Mira, si dejo eso, ¡podrías enterrarme ya!

Las palabras quedaron suspendidas pesadamente en el aire. Demasiado tarde. Las reflexiones sobre el entierro y la pérdida no eran la mejor conversación de cena para dos viudos. Su rostro decayó. —Dios, lo siento. Fue una falta de consideración.

—Está bien. —La voz de Evelyn era suave. Encontró sus ojos con una sonrisa que llegaba hasta los suyos—. Fue hace cinco años. Me he relajado un poco desde entonces.

Frank asintió. —Aun así, es mejor ser tactful y...

—De hecho —dijo Evelyn, interrumpiéndolo—, esta es la sensación más ligera que he tenido en cinco años. Comenzó cuando me tropecé contigo, en realidad, Frank.

Frank sintió que el calor subía a sus mejillas. —¿Qué, ese día en el cementerio?

Ella se rio. —Bueno, quizás no cuando me tropecé contigo por primera vez. Cuando me visitaste en el hospital con esas flores búlgaras. El duelo no debería hacer enemigos a las personas, Frank. Ambos perdimos algo... querido... independientemente de las circunstancias.

Él asintió. Ella no se había equivocado. Juntos durante las últimas semanas, su determinación por entender a las personas que habían perdido, y sus secretos, compartiendo su dolor, les había traído cierta comprensión.

No era solo Evelyn quien se sentía más ligera.

—A veces olvido —admitió Frank, su tenedor trazando patrones en la quinoa—. Lo lejos que hemos llegado, quiero decir. De querer estrangularnos mutuamente a... esto.

—¿Compartir el pan juntos? —Los ojos de Evelyn brillaron con humor—. Aunque uso el término pan en sentido figurado.

—Sí, bueno, Dios, ojalá tuviera pan ahora. —Hizo una mueca—. Podría desmigajarlo sobre este maldito pescado. Aunque Gerry me haría picadillo.

La conversación fluyó. Evelyn habló sobre su recuperación, sus frustraciones con la constante vigilancia de Janet. —No habrá ido a casa, ¿sabes —dijo con cariñosa exasperación—. Estará aparcada a la vuelta de la esquina, lista para entrar en acción a la primera señal de problemas.

Frank dejó su tenedor, el plato vacío a pesar de sus quejas. —Sí. Puedo ver por qué eso es irritante. Pero, ya sabes, tener a alguien que te quiera tanto, no puede ser tan malo... —Las palabras se le escaparon antes de poder detenerlas—. Hubo una época en la que...

Se calló, los recuerdos volviendo: Mary y la pequeña Maddie, emocionadas cada vez que llegaba temprano a casa. Esos raros y preciosos momentos de abrazos... risas... besos...

Su ausencia de repente se sintió como una presencia física en la mesa.

La expresión de Evelyn se suavizó con comprensión, tan parecida a la de Mary que le hizo doler el pecho.

—¿Alguna noticia de Maddie? —preguntó suavemente.

Él negó con la cabeza.

Su hija Maddie había desaparecido años antes de la muerte de Mary. Se había perdido en una nebulosa de indigencia y heroína. Recientemente, había regresado, y él la había ayudado durante el síndrome de abstinencia; después, hubo un breve y hermoso momento en que pensó que podría recuperar a su hija. Pero entonces lo había estropeado todo, ¿verdad? Escondiendo su teléfono, mintiendo sobre haberlo perdido, todo para evitar que esos bastardos que la habían arrastrado volvieran a clavarle las garras. No había contado con que su joven amigo sin hogar moriría, con que Maddie no pudiera despedirse debido al engaño de Frank. Ella había desaparecido de nuevo después de eso.

Había habido rumores desde Leeds —un contacto en la policía que mantenía el oído atento—, pero nada concreto. Luego ella había usado su llave mientras él estaba fuera, volviendo por esa maldita mochila. Él mismo la había revisado, estaba seguro de que estaba vacía. Ahora lo atormentaba ese misterio. ¿Qué había sido tan importante como para arriesgarse a volver a casa?

—Lo siento —dijo Evelyn.

Frank asintió.

Tomó una respiración profunda, listo para compartir más de sus sentimientos sobre Maddie, pero el peso de la emoción fue inesperado. Se puso de pie. —Necesito ir al baño.

—Por supuesto.

—Lo siento.

—No lo sientas.

Se apartó de la mesa, buscando escapar de los recuerdos que lo acosaban, necesitando espacio para respirar, para recordar cómo hacerlo.

5

Después de cenar, Gerry y Tom se sentaron en el sofá, viendo un documental sobre animales. El interés de Tom por los animales y los documentales le convenía a ella. No podía soportar la ficción. Si no era real, ¿qué sentido tenía dedicarle su tiempo?

Gerry extendió la mano y tomó la de Tom.

Mientras que para Gerry un contacto inesperado podía resultar abrumador, un contacto iniciado por ella podía ser placentero.

Luego se abrazaron y se tumbaron uno junto al otro. Estos momentos de intimidad podrían parecer orquestados para algunos, pero para ella, ayudaban a su conexión con un mundo donde Rylan era a menudo su único ancla.

La sensibilidad aumentada al tacto también le permitía captar los cambios más sutiles. Detectó que las palmas de Tom estaban ligeramente más húmedas de lo habitual, y que él ajustaba su posición con más frecuencia contra ella. Su inquietud resultaba aún más peculiar porque estaban viendo un documental sobre extinción que debería tener a Tom completamente absorto.

Antes de que pudiera preguntarle, él se incorporó, apartando su mano de la de ella y alcanzando el mando a distancia para pausar el programa.

Su movimiento brusco hizo que Rylan se levantara de su rincón. Intrigado y tenso, se situó cerca de ellos.

Tom miró a Gerry. Su nerviosismo le impedía decir lo que claramente quería. Se mordió el labio inferior.

—Está bien —dijo ella, manteniendo su voz firme mientras estudiaba su rostro—. Tómate tu tiempo si tienes algo que decir.

Tom se inclinó hacia delante y la besó.

Ella se tocó los labios después, procesando el gesto inesperado.

Luego, él se deslizó del sofá hasta quedar de rodillas.

Demasiada imprevisibilidad había puesto su sistema de alerta interno en guardia.

Rylan se acercó más.

Tom lo miró antes de volver a mirar a Gerry. Estiró el brazo y rebuscó bajo un pequeño cojín que había tenido en la espalda. —Lo siento... yo... —Con el rostro arrugado, metió la mano en el hueco entre el cojín principal y el brazo del sofá, y rebuscó—. Mierda... espera...

—¿Qué estás haciendo, Tom? —preguntó ella.

Su rostro se arrugó en concentración mientras continuaba su búsqueda.

—Lo tengo... aquí... —Sacó una pequeña caja.

Ella vio un símbolo familiar de joyería. —¿Vas a pedirme que me case contigo?

El color inundó sus mejillas, pero aprovechó el momento. Abrió la caja, revelando un anillo de oro con un diamante engastado. —Gerry Carver, ¿quieres casarte conmigo?

Esto era inesperado.

Completamente.

—¿Gerry?

Ella miró sus ojos abiertos, dándose cuenta de que se había perdido en sus pensamientos por un momento.

Abrió la boca, buscando lo más lógico en lo que podía pensar. —¿Cuándo?

Su rostro se iluminó. ¿Había tomado esto como una aceptación? —Pronto... tan pronto como... si quieres... o podemos ir despacio... esperar un poco... lo que tú decidas.

—Ya veo.

—Te quiero. —Tomó aire profundamente y se acercó más.

Gerry desvió la mirada.

—¿Gerry? ¿Qué sientes? ¿Qué piensas?

Ella decidió responder a las preguntas y volvió a mirarlo. —Bueno, me siento sorprendida —dijo—. Y estoy pensando que es inesperado.

—¿Estás disgustada?

—No.

—¿Contenta entonces?

Ella reprimió su respuesta inicial. *No estoy segura.*

—Te quiero, Gerry, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Ella consiguió esbozar una sonrisa. Después de todo, Gerry entendía que estas eran declaraciones culturalmente significativas en las propuestas de matrimonio.

En el fondo, sin embargo, sabía que todas las palabras —ya fueran mentiras o verdades— requerían una cuidadosa evaluación.

¿Amor?

¿Resto de la vida?

Sí, esto requería una evaluación muy cuidadosa.

Rylan se acercó y lamió la cara de Tom.

Tom rio cálidamente. —Lo sé, lo sé... venís en pack. Te quiero a ti también y quiero pasar mi vida contigo. Podemos estar todos juntos. Una familia feliz. —Extendió la mano para acariciar a Rylan.

Ahí estaba otra vez.

Resto de la vida.

Fue a sentarse junto a ella y puso la mano en su pierna. Este era uno de esos casos en que el contacto le causaba incomodidad. Ella se apartó. —Lo siento.

—¿Qué pasa?

Él agitaba ahora el anillo ante ella, pero ella no le había prestado mucha atención todavía. Él quería ponérselo en el dedo, pero eso no le parecía correcto en ese momento. De hecho, le hacía sentir bastante fría y inquieta.

—Gerry, tienes que hablar conmigo, decirme qué pasa por tu cabeza —dijo él.

Estaba teniendo muchos pensamientos ahora. Una avalancha de ellos. Pero estaba intentando contenerlos. Frank a menudo le aconsejaba sobre cómo reprimir pensamientos potencialmente ofensivos.

—Por favor, Gerry... dime exactamente qué estás pensando.

Deja de insistir, pensó. *Puede que no te guste...*

—¿Gerry? ¿Qué?

—Estoy pensando que la última vez que lo comprobé, el 42 por ciento de los matrimonios terminan en divorcio. Terminan infelizmente y...

Se imaginó la mirada decepcionada de Frank. «Vaya», imaginó que decía. «Eso lo arregla todo».

El silencio que siguió lo confirmó.

¿Y ahora qué? —Ha sido muy amable por tu parte pedírmelo —añadió—. Lo consideraré detenidamente.

Tom se levantó, cerrando la caja. —El cuarenta y dos por ciento de las personas no son adecuadas entre sí. Pensaba que nosotros lo éramos.

Gerry reprimió sus pensamientos. *¿Basándote en qué? Yo concluí que éramos adecuados para salir juntos. Nunca nos evalué considerando el matrimonio como un factor.*

—Mira —dijo Tom, volviendo a sentarse. Le tomó la mano. Ella resistió el impulso de retirarla y asintió. Sintió a Rylan presionando contra sus piernas.

—Nos complementamos —dijo Tom—. Tú me ayudas a ser más organizado, más preciso, menos caótico. Pones las cosas en perspectiva. Creciendo con mis padres no tenía ninguna jodida perspectiva. Luego te conocí. Tú pruebas cosas nuevas, aunque sean pequeñas, y nos divertimos... y el sexo es genial.

Ella reflexionó sobre esto. Él tenía algunos buenos argumentos.

—Y no estoy diciendo que el sexo lo sea todo. Tenemos más que eso. Mucho más.

Ella asintió, comenzando a procesar la posibilidad.

—¿Tus padres eran felices, verdad?

Un recuerdo complejo emergió. —Sí... pero después de que yo apareciera, su matrimonio se centró principalmente en mí. Tuvieron que esforzarse mucho para mantener su relación mientras cumplían con ese compromiso.

—Y si alguna vez tenemos algo más, también lo afrontaremos juntos.

—Pero yo no estaba planeando tener hijos. Entiendo lo absorbentes que son mis propias necesidades. Siempre me ha parecido... algo egoísta.

—Tonterías, serías una madre estupenda.

Sus pensamientos se aceleraron, abrumándola. Rylan presionó con más fuerza contra su pierna, y su mano cayó sobre su pelaje.

—Lo siento... es culpa mía... demasiado, demasiado pronto... —dijo Tom—. Cuando me defendiste frente a mis padres, Gerry, me enamoré perdidamente...

Apartó su mano. Ella se estiró y la agarró. —No... tienes razón. Gracias por pedírmelo. Es dulce. ¿Puedo tomarme un tiempo para considerar los pros y los contras? —Miró directamente a sus ojos—. ¿Suena ofensivo?

—No lo es.

Ella estudió su expresión. —Estás mintiendo.

—Un poco, quizás, pero te entiendo. Es así como sé que te quiero.

Ella asintió.

—Tómate todo el tiempo que necesites para pensarlo.

—Gracias —respondió ella.

Él se acercó para besarla.

Se besaron durante un breve momento, luego, buscando el confort de la rutina, desesperada por ello, ella tomó el mando a distancia, se recostó y reanudó el documental.

6

En el espejo del baño, Frank estudió su reflejo con la misma mirada analítica que reservaba para los sospechosos. Había sido crítico consigo mismo antes, antes de que Evelyn llegara. Pero estaba siendo duro consigo mismo. Las ojeras que habían ensombrecido sus ojos desde la muerte de Mary se habían suavizado desde que dejó de beber. Su rostro, aunque todavía más pesado de lo que debería ser, había perdido su palidez hinchada y enfermiza.

Consideró el tabaco de liar en la cocina. El último vicio. Sus dedos se crisparon con un anhelo familiar. ¿Quizás era hora de vencer también a ese demonio?

¿Quién dice que no se puede sacar brillo a una mierda? pensó y guiñó un ojo.

Tenía mucho que agradecer a Gerry. Pensó en Evelyn en su cocina y se dio cuenta de que ella también formaba parte de su sanación. Ella le había permitido entender su pérdida. Procesarla.

Incluso Henrietta merecía algo de crédito. Aquella noche, él le había desahogado su pena, y ella había compartido historias sobre su propio hijo distanciado. Por un breve momento, le había hecho sentirse menos solo en su dolor.

¿Era ese el secreto de la felicidad?

¿Aprender a dejar entrar a otras personas, incluso cuando te aterroriza?

Frank había salido inicialmente de la cocina para ir al baño debido a sus emociones respecto a Maddie. Ya más calmado, pensó

en Mary mientras regresaba a la cocina y sintió otra oleada de emoción.

Se aferró al borde de la mesa del pasillo, con la respiración entrecortada, y temió sufrir un ataque de pánico.

Se dio la vuelta y se dirigió al salón, con la intención de controlar su respiración antes de volver con Evelyn. Allí se quedó detrás de la puerta entreabierta, contemplando su triste árbol de Navidad de plástico junto a la ventana. Parecía marchito, y las bolas habían perdido su brillo. Al menos lo había sacado. Debía de ser la primera vez en cinco años.

Ahora, sintiéndose más centrado, miró la fotografía de Mary en la repisa de la chimenea. Era de hace unos quince años. Ella sonreía, captada en un momento de diversión por culpa de Frank.

No por algún chiste, desde luego él no era tan gracioso, sino porque había estado intentando hacer malabares con naranjas y fracasando.

Maddie había tomado la fotografía.

Se acercó a la imagen y acarició su rostro. —Solo somos amigos, cariño —murmuró—. Ella me está ayudando, te lo prometo.

Cuando se marchaba, oyó a Mary susurrar en su memoria: —Está bien, cariño. Y recuerda, Maddie volverá, Frank, cuando esté preparada.

7

MÁS TARDE ESA NOCHE, Gerry yacía junto a Tom, incapaz de dejar de reflexionar sobre las relaciones sexuales programadas que habían tenido. Él no las había afrontado con su entusiasmo habitual. Había sido bastante mecánico.

Era evidente que ella había agotado su calidez habitual con su reacción anterior.

Sentía cierta angustia por haberle hecho daño y razonó que esto era algo bueno. Era una prueba significativa de que le importaba enormemente.

Pero eso no resolvía el problema, ¿verdad?

Las soluciones para ella nunca habían sido sencillas. Su mente funcionaba en una longitud de onda única —un hecho que sus padres habían entendido, sus médicos habían confirmado, y Tom todavía estaba aprendiendo a navegar.

No podía imaginar procesar su propuesta de manera diferente... ¡requeriría recablear todo su sistema nervioso! Después de todo, su estilo de vida era rígido —no por egocentrismo, sino por autopreservación.

Esperó diez minutos más —no necesitaba un reloj; podía medir el tiempo sin uno— y luego alcanzó una pastilla de melatonina. Le ayudaba a calmar su mente cuando sus pensamientos se aceleraban.

Veinte minutos después, tuvo su último pensamiento consciente antes de dormirse.

A veces las estadísticas y los hechos por sí solos no podían proporcionar soluciones.

Era un pensamiento aterrador.

8

La llamada telefónica del agente Donald Oxley llegó justo cuando Frank estaba terminando su tercer cigarrillo liado de la mañana.

Miró por la ventana mientras escuchaba. Dos jóvenes muchachos se lanzaban bolas de nieve, sus risas atravesaban el cristal.

Qué suertudos, pensó. *No hay cole.*

Él no tenía esa suerte. Tenía que ver un cadáver.

Donald le dio la ubicación.

—Maldita sea —dijo, sus articulaciones ya dolían de solo pensar en caminar por la nieve.

No hacía falta que le dijeran que necesitaba un buen calzado. Donald se lo dijo de todas formas.

Seguro que todavía me considera incompetente, incluso después de trabajar con él durante varias décadas. Bertha, su fiel Volvo amarillo, había visto días mucho mejores. Estaba demasiado vieja para soportar estas condiciones traicioneras. Además, su calefacción había estado dando problemas últimamente, y el mecanismo que controla los limpiaparabrisas había empezado a atascarse.

Tenemos eso en común, chica, pensó. A los dos nos odia el frío.

Hace diez años, podría haber afrontado los tres kilómetros a pie hasta el lugar. Pero ahora estaba mucho más pesado. Un resbalón en el hielo podría dejarlo fuera de servicio durante semanas.

Frank rebuscó en su armario, desenterrando un viejo par de botas de montaña que estaban rígidas pero utilizables. Añadió su chaqueta de invierno y —con una punzada de melancolía— los viejos

guantes de cuero forrados de piel de Mary. Hacía meses que había perdido los suyos y nunca se molestó en reemplazarlos. Completó su atuendo con un gorro de lana.

Necesitó cuatro llamadas telefónicas para encontrar un taxista dispuesto a desafiar las condiciones.

Cuando por fin iba de camino, la calefacción del taxi funcionaba a toda potencia, convirtiendo el interior en una sauna móvil. Frank se quitó algunas capas en el asiento trasero. Al menos el conductor estaba callado. Los taxistas charlatanes, especialmente a primera hora, ocupaban un lugar destacado en su lista de irritaciones junto con los sopladores de hojas.

A través del parabrisas, el paisaje cubierto de nieve se extendía interminablemente a lo largo de la A169.

Suspiró, pensando en los dos jóvenes que habían corrido por este tramo a toda velocidad anoche. Frank había sido joven una vez, y él mismo había experimentado la atracción de la adrenalina, pero conducir a esa velocidad en estas condiciones era simplemente suicida, haciendo que su supervivencia fuera nada menos que milagrosa.

No necesitaba indicaciones para llegar al lugar: vehículos policiales y furgonetas alineaban la carretera. Aparte de eso, la carretera estaba tranquila. El clima mantenía a la mayoría en el interior. Bien. Un flujo constante de tráfico por aquí habría sido un fastidio.

Después de pagar al conductor —con una generosa propina por su bendito silencio— Frank se abrigó bien de nuevo, salió al frío cortante y a la ligera nevada. El sol de la mañana resplandecía sobre la nieve, obligándole a bajarse las gafas de sol graduadas desde la frente hasta la nariz.

Solo un coche de policía tenía las luces encendidas. Proporcionaba un latido azul surrealista en la tranquila extensión blanca.

En la línea de la valla rota, un agente de cara fresca controlaba el punto de registro. La cinta naranja ondeaba con el viento cortante. Dudaba que tuviera que mantener alejados a los peatones. ¿Quién en su sano juicio estaría aquí en estas condiciones aparte de ellos?

—¡Buenos días, señor! —La cara del joven oficial se transformó en una sonrisa ansiosa—. ¿Está usted bien?

Frank reprimió un gemido. ¿Cuándo se había convertido el exceso de entusiasmo en un requisito laboral? —Sí... gracias... ¿Qué tal?

—Bien. Se le ve mucho mejor que la última vez.

Frank frunció el ceño. —¿Eh?

—¿Me recuerda, señor?

La memoria de Frank estaba en blanco. —Lo siento, hijo... soy un hombre de cierta edad.

—Agente Thompson, señor. Aquel lío fuera del Rusty Anchor hace unos meses.

Ah. Eso explicaba el comentario sobre su mejor aspecto. Llevaba varios tonos de morado después de buscar a Maddie aquella noche. Frank asintió. —Lo recuerdo, sí. No me veía muy bien entonces... un par de ojos morados después de una mala caída.

—Es un privilegio verle de nuevo, señor.

¡Por todos los santos! ¿Era este el castigo del universo por esquivar al taxista charlatán? —Gracias. Debo continuar...

—Y no me refería a eso, lo de verse mejor. Los moratones, quiero decir. Se ve más saludable. Ha perdido peso. Y hay más brillo en usted.

Frank se movió incómodo. ¿Esta conversación estaba ocurriendo realmente? Se sentía como un sueño surrealista.

En sus tiempos, los hombres no discutían tales cosas. La observación se sentía extrañamente íntima, aunque bien intencionada. No era muy bueno con las cortesías recíprocas, pero lo intentó. —Sí, bueno... tú también pareces más seguro. Te estás adaptando al uniforme, hijo.

El agente sonrió radiante.

Entusiasmado porque lo había conseguido, añadió: —Como un bebé que encuentra sus pies.

La cara del agente sugería que eso era un poco excesivo.

Bueno. Su tolerancia para la charla trivial se había agotado ya. Hizo un gesto hacia la escena del crimen. —Bien entonces, muchacho... adelante.

9

Lo que siguió fue una auténtica pesadilla.

El impermeabilizante de sus viejas botas de montaña estaba completamente destrozado. Y después de dos minutos de avanzar con dificultad por la nieve de un metro de altura, el agua helada comenzaba a filtrarse hasta sus calcetines.

Recordó la advertencia de Donald sobre el calzado adecuado.

Tiene razón... Soy un completo incompetente.

Mientras sus dedos ardían por el frío y cada paso hacía que sus articulaciones protestaran, no pudo evitar pensar, *¡Sesenta y cinco años y todavía sin jubilarme! ¡Necesito que me examinen la cabeza!*

Aun así, como era habitual cada vez que surgía la cuestión de la jubilación, la imagen de un Donald Oxley sonriente y aliviado se colaba en su mente...

Apretó los dientes y continuó caminando con determinación.

La idea de Donald celebrando su jubilación siempre le hacía sentirse resuelto a continuar hasta caer muerto.

Cuando Frank llegó al lugar del accidente, sus pies eran bloques de hielo.

Sin embargo, la escena ante él rápidamente le hizo olvidar todas sus propias incomodidades.

El viejo silo de madera había sido un elemento familiar en estos páramos desde que se tenía memoria. Ahora destruido, tendría que ser retirado. La mitad de su exterior de madera estaba esparcido por la nieve. El Audi sobresalía bajo los escombros, convertido en una

ruina. Técnicos forenses con trajes blancos se movían por la escena. Con sus monos blancos, parecían exploradores árticos, sus figuras apenas distinguibles contra el fondo nevado.

Frank divisó a John Spears, el fotógrafo forense, rodeando los restos, haciendo fotos. Sobre ellos, un dron se movía de un lado a otro en el aire, un insecto mecánico capturando una vista más impresionante de la caótica escena.

El maldito mundo moderno, pensó Frank. No podía tener menos ganas de mantenerse al día con él.

—¡Buenos días, jefe! —se acercó el sargento detective Reggie Moyes, con la mano levantada.

Ahí estaba un viejo abrazando todo lo que el mundo moderno tenía para ofrecer.

Empezando por el ejercicio incesante.

No había visto a Reggie en más de un mes, y su traje protector blanco no ocultaba en absoluto su figura recién musculada. Había estado dando la lata sobre "aumentar las pesas" a principios de noviembre. Parece que no había sido palabrería.

¿Como si correr maratones pasados los cincuenta no fuera suficiente? *Ridículo*.

Una pequeña parte traidora de su mente le susurró que su desdén ocultaba envidia.

Odiaba esa parte de su mente, aunque probablemente debería admitir que tenía razón.

Reggie se acercó, moviéndose con gracia a través de la nieve, obligando a Frank a reflexionar sobre su propio cojeo lento.

Suspiró para sus adentros, suprimiendo, como siempre tenía que hacer, su irritación. Después de todo, a pesar de la autoproclamada reputación de Reggie como mujeriego, sus desvergonzadas conversaciones sobre sus rutinas de ejercicio y su tendencia a la inapropiación en el lugar de trabajo, Reggie era uno de los detectives más fiables de Frank. Y, en muy raras ocasiones —énfasis en raras— incluso un amigo.

Pero entonces vio lo que había en la cara de Reggie, y Frank se dio cuenta de que había límites a lo que podía tolerar. Frank señaló el nuevo bigote desaliñado de Reggie. —¿Qué demonios es eso?

—¿Perdón, jefe?

—En tu labio superior.

—Ah, sí...

—*Ah, sí*... ¿Esa maldita oruga?

—¿Oruga? —Reggie se tocó el bigote a la defensiva, con el ceño fruncido.

—Oruga, sí. Y no una escuálida, sino algo enorme y abultado... como de alguna selva tropical.

—Es solo un bigote.

—Uno que no funciona. No pareces Tom Selleck. Tiene la forma y el color equivocados.

—Es para el Movember, jefe —Reggie acarició orgullosamente el cuestionable vello facial.

—Estamos en diciembre, Reggie, y esa cosa no va a llenar a nadie de espíritu navideño.

—Está de moda ahora mismo. Ha vuelto.

—¿Qué será lo siguiente? ¿Un mullet? —Frank puso los ojos en blanco.

—Están volviendo a ponerse de moda —Reggie sacó pecho, hablando con la confianza de un hombre que había leído demasiadas revistas de estilo de vida para hombres.

—¡Entre los críos, Reggie!

—Nunca se es demasiado viejo —dijo Reggie.

—Tú sí lo eres —Frank exhaló pesadamente, preguntándose cuántos años más tendría que soportar estas conversaciones—. Ahora, ponme al día.

Se fijó en Gerry. Estaba al otro lado de los restos, absorta en su metódico examen de la escena.

—Todo lo que sé es que los ladrones de coches, Kyle Russell y Jason Cleaves, están siendo examinados en el hospital. Fue un milagro que no murieran.

—Esperemos que esos desgraciados hayan aprendido la lección.

Reggie asintió. —Bueno, al menos algo bueno ha salido de todo esto.

—¿Como qué?

—Han desenterrado un cadáver.

—Maldita sea, Reggie, dales una medalla. ¿Has visto la escena del crimen? ¿Han dejado alguna prueba intacta?

Suspiró. Aun así, Reggie tenía razón. Sin ellos, este cuerpo habría permanecido oculto Dios sabe cuánto tiempo. Además de todo el tiempo que había estado perdido aquí.

Se dirigió pesadamente hacia Gerry, que fotografiaba la escena con su teléfono, con movimientos precisos y medidos mientras documentaba todos los ángulos. Entre toma y toma, tomaba notas en su teléfono.

—¿Quiere que le haga una foto con usted dentro? —le ofreció.

Ella frunció el ceño, la broma había caído en saco roto ante su inquebrantable concentración.

—No importa. ¿Puede decirme más que Reggie?

Era una pregunta ridícula, en realidad. Ella tendría más información, y mucho más. Sin levantar la vista de su teléfono, dijo: —Este silo no ha estado operativo durante décadas —Inclinó la cabeza mientras examinaba un primer plano de una escalera metálica en el interior—. Grano. Era parte de una granja activa que cesó sus operaciones hace casi cincuenta años.

—¿Y la granja? —dijo Frank, mirando alrededor—. ¿Dónde está?

—Desaparecida.

—¿Vieron bien cerrar una granja, pero no ese horrible silo?

—Tiene estatus de monumento local.

—Es una maldita monstruosidad.

—Es popular entre los excursionistas y forma parte del destino en muchas guías de senderismo.

—¿Habla en serio?

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Frank se tragó su réplica. —No puedo creer que dejen estas cosas en pie. Es una trampa mortal esperando a ocurrir. Reggie tenía razón. Los malditos ladrones de coches nos han hecho un favor de más de una manera. Entonces, ¿avisamos a los excursionistas de que tendrán que actualizar sus guías?

—Eso no depende de nosotros, señor.

Su intento de ligereza era inútil. Además, cuando uno consideraba cuántos turistas habían tomado fotos aquí, sin saber lo

que se escondía dentro, probablemente era de mal gusto.

El humor negro podía ayudar en una escena del crimen, pero solo con el público adecuado.

Gerry miró una foto, luego señaló hacia arriba al nivel superior expuesto. —El impacto causó un fallo estructural. El cuerpo cayó desde ese espacio elevado, al que se llega por esa escalera metálica. Afortunadamente, había sido envuelto en algún material aislante que amortiguó la caída y, aunque el material se rasgó con el impacto, el cuerpo permanece intacto.

Frank asintió. Otro secreto arrastrado a la luz.

—Bien entonces, vamos a ver qué ha estado escondiendo este viejo silo.

10

Después de ponerse los trajes forenses, Frank y Gerry se acercaron a la colchoneta negra junto al Audi destrozado. La Dra. Nasreen Quereshi estaba arrodillada junto al esqueleto. Frank se alegró de verla. Confiaba en su enfoque metódico y su aguda atención al detalle.

Su aliento se condensaba en el aire frío mientras observaba los restos. Yacían en una posición fetal cerrada, con brazos y piernas pegados al torso en una pose antinatural que oprimía el pecho de Frank. Los huesos amarillentos sobresalían entre los jirones de tela, el material sintético aferrándose como telarañas oscuras al armazón esquelético. La escena transmitía una quietud inquietante, como si el mismo aire contuviera la respiración alrededor de este macabro descubrimiento.

—La posición sugiere que estaba atada —dijo Nasreen. Sus dedos enguantados recorrieron la curva de la columna vertebral y luego los brazos—. Las muñecas probablemente estaban aseguradas a la espalda, los tobillos atados. Hay marcas en los huesos donde las cuerdas los apretaban.

—¿Cuánto tarda una cuerda en descomponerse? —preguntó Frank.

—Depende de los elementos —levantó la mirada—. Habría tenido cierta protección de las paredes de madera del silo, supongo. Las fibras naturales habrían desaparecido hace tiempo después de diez años. Se sabe que las cuerdas sintéticas pueden durar hasta

cincuenta años o más si están bien protegidas de los elementos. Si era sintética, encontraremos algunos rastros. Podría ayudarnos a datar los restos.

Frank se arrodilló junto a ella, con las articulaciones crujiendo. Sus pies ya estaban helados, pero ahora podía sentir el frío filtrándose a través del traje protector.

Fijó su atención en la forma vulnerable.

El esqueleto parecía encogerse aún más en su postura defensiva.

¿Qué horror había traído a esta persona aquí?

¿Qué monstruo había hecho esto?

—Mujer —dijo Nasreen, señalando características de la pelvis y el cráneo—. Escotadura ciática más amplia, rasgos craneales más gráciles. Joven también... Entre finales de la adolescencia y principios de los veinte sería mi estimación inicial basada en la fusión ósea y el desgaste dental, pero es una estimación muy preliminar, ojo.

Después de décadas en el trabajo, conocía bien este momento. La transformación de huesos anónimos a alguien.

Y las víctimas jóvenes femeninas realmente afectaban a Frank. Siempre había sido imposible evitar que sus pensamientos fueran hacia Maddie. Tomó una respiración profunda, cerró los ojos y suspiró.

Dejó que el peso familiar de la responsabilidad se asentara sobre él como un abrigo pesado y luego abrió los ojos.

Ahora veía realmente a la víctima, en lugar de viejos huesos.

Podía oír susurros en el viento: los comienzos de la historia de alguien.

Como siempre, sus ojos encontraron el camino hacia las cuencas vacías, intentando imaginar el rostro que alguna vez albergaron, la luz que una vez portaron, y qué terrores habían presenciado en esos últimos momentos antes de que esa luz fuera arrebatada. —¿Causa de la muerte?

—Difícil de determinar en esta etapa —dijo Nasreen, mostrando el hueso dañado en la parte posterior del cráneo—. ¿Perimortem? ¿O de la caída de anoche desde allí? —indicó con un gesto hacia el piso expuesto del silo—. Es imposible decirlo definitivamente en esta

etapa. Además... —continuó, pasando sus dedos enguantados a lo largo de una sección de tela oscura y degradada—. La ropa. Sintética, por lo que quedan algunos restos, aunque en descomposición. Creo que ha estado aquí un tiempo. Quince años como mínimo, probablemente más, potencialmente mucho más. Lo siento, no puedo ser más precisa por ahora.

Gerry se arrodilló junto a él. Señaló la tela restante en las piernas de la víctima. —Estos son pantalones de montar.

Frank levantó la mirada. —¿Cómo puedes saberlo?

—El corte es distintivo. —Los dedos de Gerry flotaban sobre la tela sin tocarla, trazando los patrones con experta precisión—. A pesar de la descomposición, se puede ver que había costuras reforzadas aquí; todavía se distingue un patrón. Y además... —Indicó una zona más oscura cerca del centro de la pierna—. Eso es un refuerzo de ante en la rodilla.

Señaló hacia la cintura. —¿Puede ver si hay una etiqueta, por favor?

Con un toque delicado, Nasreen usó pinzas para retirar la ropa.

Gerry tomó una fotografía, pero también llamó a John Spears con la mano levantada.

Gerry amplió la foto, con los ojos entrecerrados. —Caldene...

—¿Perdón? —preguntó Frank.

—Caldene. Un fabricante británico de gama alta. Estas características de estilo particulares... —Trazó el patrón distintivo de las costuras en la pantalla de su teléfono—. Dejaron de producir este diseño a principios de los noventa.

Extraordinario.

—¿Hay algo que no sepa?

—Por supuesto. Nadie puede saberlo todo.

—¿Así que la equitación es solo una de sus especialidades? —preguntó Frank.

—Solía montar, mucho, antes de empezar a navegar con mis padres. —Había una suavidad inusual en su voz. Hacía más de dos años, sus padres habían muerto en un accidente de navegación. Gerry había estado allí, instruida por su padre para saltar antes de que su yate se estrellara contra las rocas.

Frank asintió. —¿Hay alguna escuela de equitación por aquí?

—No lo sé —dijo Gerry.

Miró a Nasreen, que se encogió de hombros.

—Entonces será mejor averiguarlo, ¿no?

Frank miró a la víctima de nuevo. El sol de la mañana iluminaba los huesos en un ángulo que los hacía brillar como frágil cristal.

Pantalones de montar.

Al menos era algo. Después de todo, cuando vio la carnicería por primera vez, no esperaba nada.

Se puso de pie, sus rodillas crujiendo. —¿Tuviste alguna vez un par de estos, Gerry?

—No, eran muy caros.

—De gama alta, ¿eh? —dijo Reggie, acercándose junto a ellos—. ¿Alguien con dinero, quizás?

—No nos precipitemos, Selleck.

El sol, cada vez más fuerte, iluminaba los huesos, haciéndolos brillar contra la colchoneta negra como marfil pulido. Tan severo, tan definitivo. Sin embargo, este final también era un comienzo.

Había una historia que descubrir. Y ninguna verdad debería disolverse en la nada.

Vamos a averiguar quién eras, muchacha, pensó. *Y no solo tu nombre.*

Un nombre era importante, por supuesto. Sería un comienzo. La identidad era absolutamente necesaria en cualquier investigación. Pero mirando esos huesos brillando bajo la luz de la mañana, Frank veía más que simples restos. Veía a la hija de alguien. La amiga de alguien. Potencialmente la madre de alguien.

Quiero conocer a la verdadera tú, pensó, mientras su determinación se endurecía. *Sin eso, no hay nada.*

11

FRANK SINTIÓ el aguijoneo de los copos de nieve en la cara.

Sus botas crujían al avanzar por la nieve fresca mientras se dirigían con dificultad hacia el coche, con los hombros encogidos contra el viento cortante.

Reggie había accedido a llevar a Frank y a Gerry de vuelta a la central. No hacía falta decir que tendría que recoger a Rylan por el camino.

Gerry se concentraba en su teléfono mientras caminaba, investigando escuelas de equitación con su característica atención al detalle.

¡Él acabaría patas arriba si intentara hacer eso!

Una voz familiar atravesó la nieve arremolinada. Helen Taylor, jefa del departamento forense y mejor amiga de Mary, su difunta esposa, se apresuraba hacia ellos, con su traje blanco casi invisible contra el paisaje. —Vosotros dos seguid —dijo Frank—. Os alcanzaré.

Reggie resopló por lo bajo. —¿Alcanzarnos?

—¿Eh? ¿Qué ha sido eso, sargento detective?

—Nada, jefe... una ráfaga de viento ruidosa.

—Más le vale que lo haya sido.

—Iremos despacio, jefe —dijo Gerry, con tono pragmático—. Su temperatura corporal parece estar bajando. De hecho, sus labios muestran signos de cianosis.

¡Por Dios! Era mucho peor cuando comentarios como ese venían sin ningún sarcasmo. —Estaré bien, gracias. *Los dos.*

Se volvió y miró a Helen. Ella se echó hacia atrás la capucha blanca y pareció sorprenderse. Sus ojos se abrieron con grata sorpresa. —Como que estoy viva, te veo más delgado, viejo.

—Jesús, ¿de verdad me veis como un torpe e incapaz vejestorio? ¿No podéis definirme continuamente por mi buen aspecto en lugar de por mi edad y peso?

Helen se rió.

—Al menos te conozco lo suficiente como para tomar un cumplido tuyo, Hel. No estoy seguro de haber apreciado que el agente Thompson, cual colegial ahí en la valla, evaluara mis éxitos dietéticos. —Frank soltó una risita, observando cómo su aliento se empañaba en el aire helado—. De todas formas, solo son unos pocos kilos.

Helen se rio, rodeándolo como un promotor de boxeo evaluando nuevo talento. —¿Cuándo fue la última vez que te pesaste?

—¿Eh? ¿Pesarme? ¿Por qué haría eso? Tendría que comprar una báscula para empezar.

—Puede ser motivador. Seguir tu progreso.

—¿Cómo va a ser eso motivador? ¡Suena a trabajo duro! ¡Incluso a tortura! Si el peso está bajando, está bajando, no necesito dichosos gráficos y tablas.

—Bueno, yo diría que es más que unos pocos kilos. Si no lo supiera mejor, diría que Evelyn Wainwright está ejerciendo bastante influencia. —Guiñó un ojo.

Frank sintió que le subía el calor a la cara, y no tenía nada que ver con el ejercicio o el clima. No sabía qué era más nauseabundo, el guiño, que insinuaba algo sórdido entre él y Evelyn, o su tono, que transmitía su satisfacción presuntuosa por haber iniciado su floreciente amistad.

Puso los ojos en blanco. —Ella no tiene nada que ver con esto. —Señaló su cuerpo con un gesto torpe como si de repente fuera el protagonista de una película de Marvel, en lugar de un hombre gordo que había perdido un par de centímetros de barriga, lo que, de nuevo, le hizo sentirse ridículo—. Esto se debe a vuestro pequeño eje del mal con Gerry, confabulándoos constantemente y acosándome para convertirme en... ¿cómo lo llamasteis...? —Hizo

exageradas comillas con los dedos—. "¿Una mejor versión de mí mismo?"

Helen resopló. —Primero, rebobinemos. ¿Eje del mal? Incluso para el rey del melodrama, eso es dramático.

—¿Lo es? Comparar notas a mis espaldas, intentar obligarme a hacer cosas que no quiero hacer, que nunca quise hacer, que nunca pensé que haría... —Negó con la cabeza. No estaba de humor para darle la satisfacción y admitir, como había hecho con Evelyn, que en secreto estaba agradecido.

La expresión de Helen se suavizó hacia algo que parecía peligrosamente afecto. —Pero está ayudando, ¿verdad? Debes ser el nuevo mejor amigo del médico. Eres nuestra historia de éxito.

—El autobombo no es ningún mérito —dijo Frank.

—También he oído que estás viendo a un psiquiatra.

De repente el frío se sintió más cortante. —Dios mío, ¿no hay nada sagrado? No con vosotras dos, aparentemente. Todavía no. Estoy en lista de espera con un loquero.

—Todos son pasos adelante, Frank. Buenos pasos. —Le tocó el brazo suavemente—. Mary estaría orgullosa.

—Sí, bueno, mejor no adelantarse. Sigo siendo el mismo viejo miserable de siempre. Solo hago esto porque os aprecio a las dos.

—Jesús, ¿por fin un cumplido?

—Sabes que te quiero, Helen... en fin, ¿qué es eso que tienes ahí?

Ella levantó una pequeña bolsa de plástico para pruebas. Dentro había un pequeño objeto metálico corroído.

—¿Un alfiler? —Frank entrecerró los ojos a través de sus gafas.

—Lo encontré enredado en los restos de la blusa de la desconocida. Requirió un trabajo minucioso extraerlo intacto. Dale tiempo a mi equipo para limpiarlo, y podríamos encontrar algo distintivo.

—Buen trabajo.

—Realmente te ves bien, aunque... aparte de los labios azules y la hipotermia inminente.

Se estremeció. —Será mejor que me deje entrar en calor entonces.

—¿Frank? —lo llamó mientras se alejaba.

Se detuvo y miró por encima del hombro. —¿Sí?

—Me alegro de verte.

—Yo también.

Frank siguió con dificultad a sus colegas, maravillándose de los extraños giros de la vida. Hace cinco años, después de que Mary muriera, se había creído completamente solo: sin amigos, sin familia salvo Maddie, perdida en la resaca de la adicción.

Ahora tenía a Gerry con su mente afilada y lealtad inquebrantable, a Helen ejerciendo tanto de brillante científica forense como de animadora decidida, incluso a Reggie, a pesar de ese desafortunado bigote. Y a Evelyn... Frank aún no estaba seguro de qué pensar de ese desarrollo. La viuda del hombre que había destruido su mundo se estaba convirtiendo en una presencia fija en su vida.

¿Una presencia fija? ¿Qué significaba eso siquiera? ¿Una amiga? Las respuestas seguían siendo esquivas. Hace un año, se habría reído —o habría lanzado un puñetazo— ante la sugerencia de que compartiría voluntariamente una comida con Evelyn Wainwright.

Sin embargo, aquí estaba: más delgado, más saludable y, aunque le costara admitirlo, quizás marginalmente más feliz. Se preguntaba si un psiquiatra le ayudaría más, aunque la culpa por el paradero desconocido de Maddie seguía atormentándole. Pero se aferraba a esa tranquila esperanza que había escuchado en la voz de Mary la noche anterior: *Maddie volverá, Frank, cuando esté lista.*

Como había predicho Reggie, Frank no pudo alcanzarlos. Cuando llegó al coche, ya estaba en marcha, con el tubo de escape emitiendo una columna blanca en el aire helado. Gerry estaba sentada en la parte trasera, todavía absorta en su teléfono.

Frank se acomodó en el asiento del copiloto con un gemido.

—Hay una escuela de equitación en Ruswarp. Academia de Equitación Meadowside, establecida en 1952.

Frank miró alternativamente a sus colegas, sintiendo la familiar oleada de anticipación que venía con una nueva pista. Tenso, preparado y listo. —Bueno, todos sabemos lo que eso significa.

—¿Y qué es eso, jefe? —preguntó Reggie, con la mano suspendida sobre la palanca de cambios.

Frank abrochó su cinturón de seguridad, el sonido nítido y definitivo en el silencioso coche. Se permitió una sonrisa sombría. —Significa que acaba de sonar el disparo de salida. Es hora de correr esta carrera.

12

A TRAVÉS de la espesa nevada, el puente sobre el río Esk emergía como un arco fantasmal. Frank lo observaba mientras aparecía y desaparecía de su vista mientras Reggie conducía el coche por Ruswarp.

Las ventanas del Bridge Inn brillaban con adornos navideños y una cálida bienvenida, despertando en Frank recuerdos de varias tardes pasadas allí con Mary: pintas junto a la chimenea, su risa elevándose por encima del murmullo de los habituales.

Algunas personas desafiaban el clima, con las cabezas inclinadas contra la nieve y el viento. El vapor empañaba las ventanas de la carnicería, mientras la escuela primaria permanecía en silencio, su patio un inmaculado manto blanco.

—No recuerdo que jamás cerraran la escuela cuando era niño —dijo Frank.

—Anunciaron el cierre de todas las escuelas de Whitby y las zonas circundantes a las 6:47 de esta mañana —dijo Gerry, sin apartar la mirada de su teléfono.

—Muy preciso —comentó Frank.

—Tengo una aplicación que envía anuncios locales. Siempre la consulto como parte de mi rutina matutina.

—¿Por qué no usar simplemente las notificaciones? —preguntó Reggie.

—Son intrusivas —dijo Gerry—. Prefiero mirar cuando tengo programado hacerlo, en lugar de que interfieran con otros aspectos

de mi rutina matutina.

Reggie miró a Gerry.

—Lo entiendo.

—Sí... bien —dijo Frank—. Pero Reggie, ¿no te he dicho ya que te concentres en la carretera?

—Sí, tú...

—Entonces, ¿por qué tengo que repetirlo?

Giraron hacia un estrecho camino que serpenteaba cuesta arriba, pasando entre setos cargados de nieve. Los árboles formaban un túnel blanco, con sus ramas encontrándose sobre sus cabezas. Después de aproximadamente medio kilómetro, un cartel de madera surgió de la penumbra: "Academia de Equitación Meadowside - Est. 1952".

El complejo se extendía a lo largo de una impresionante superficie, clara evidencia de setenta prósperos años, sin duda. Un vasto picadero cubierto dominaba el lugar, su techo metálico elevándose sobre paddocks meticulosamente mantenidos. Varios edificios anexos se agrupaban cerca, y campos cubiertos de nieve se extendían hasta el límite del bosque.

—Bonito lugar —Reggie entró en el aparcamiento. Solo había otros tres vehículos, cada uno cubierto por un manto de nieve—. Mejor no tardamos demasiado... no queremos quedarnos atrapados por la nieve.

—Quédate aquí, Reggie. Mantén el motor en marcha. Pero eso no es excusa para quedarte soñando despierto con los grandes éxitos de ABBA. Saca el móvil y empieza a investigar.

—¿Investigar qué?

Frank abrió ligeramente la puerta.

—Seguro que se te ocurre algo. Un pequeño precio por mantener los pies secos —salió del coche.

—Ya los tengo mojados...

Cerró la puerta antes de que Reggie pudiera responder, sintiendo cómo la nieve empapaba sus botas de montaña una vez más.

—Únete al maldito club.

Gerry se colocó a su lado. Solo en ese momento se fijó en sus botas de agua.

—Buena idea —dijo, asintiendo hacia abajo.

—No lo pensé realmente. Parecía lo más obvio.

—"Buena idea" es una expresión como "bien pensado".

Ella negó con la cabeza.

—Tampoco fue realmente una idea.

Él suspiró.

—Solo era un cumplido. Olvídalo... Disfruta de tus pies secos —murmuró, bajando sus gafas de sol graduadas sobre la nariz. Gruñó porque ahora estaba demasiado oscuro para usarlas. *Necesito gafas de sol que se ajusten automáticamente al brillo del sol.* Volvió a colocar las gafas en su frente.

13

Frank reprimió las ganas de fumarse un cigarrillo mientras pasaban por una hilera de establos que se extendía a lo largo de un lado de la arena. Había demasiada madera alrededor, y no quería provocar un incendio. Ya se sentía como una zona catastrófica esta mañana, con el calzado y las gafas de sol.

A través de una puerta abierta del establo, una yegua alazana los observaba, con el vapor saliendo de sus fosas nasales en el aire gélido.

Frank se detuvo, encontrándose con la mirada del caballo.

—¿Señor? —le instó Gerry.

—Una yegua alazana —dijo con voz suavizada.

—¿Sabe de caballos?

—Ja. No. Mi hija aprendió a montar en una cuando tenía doce años.

La yegua sacudió la cabeza, su pelaje brillando como cobre pulido bajo la débil luz invernal.

La mente de Frank viajó a aquellas preciosas mañanas de sábado, viendo a Maddie transformarse sobre la silla de montar. Recordaba su rostro iluminado de pura alegría, cómo parloteaba sin parar sobre los caballos durante el trayecto a casa, las paredes de su habitación llenándose poco a poco de escarapelas y cintas. En menos de un año, aquellos movimientos torpes e inseguros se convirtieron en gracia fluida. Sus toques tentativos se transformaron en un manejo confiado. Las caballerizas se habían convertido en su

lugar especial, un refugio de las crecientes tensiones en casa. Durante un tiempo, la equitación había hecho que Maddie se sintiera completa.

La voz de Gerry interrumpió el recuerdo. —¿Está bien, señor?

—Sí... solo estaba recordando, ya sabes. Como se hace.

Hubo una pausa antes de que Gerry preguntara, apropiadamente: —¿Quiere hablar de ello, señor?

Gerry estaba claramente practicando sus respuestas empáticas. Aunque, en esta ocasión, estaba seguro de detectar un atisbo de preocupación genuina enterrada bajo la rígida expresión.

—Ahora no, gracias —dijo Frank—. Sigamos adelante.

Asintiendo, Gerry se giró y continuó hacia la zona de recepción.

La casa de piedra reconvertida se alzaba ante ellos, sus paredes desgastadas testimonio de décadas de inviernos de Yorkshire. Dentro, la temperatura subió bruscamente. Se limpió la cara húmeda con los viejos guantes de Mary mientras Gerry sacudía la nieve de sus botas. Sus propios pies estaban más allá de toda salvación, ya empapados hasta los huesos.

En la esquina había un árbol de Navidad real que dejaba en ridículo al de Frank. Debía medir más de dos metros, y lucía tan glorioso que apenas necesitaba adornos.

Pensó en su triste árbol de plástico en casa.

Dos mujeres que podrían haber sido imágenes especulares una de la otra levantaron la mirada desde detrás de un mostrador. Ambas tenían pelo gris acerado y rostros curtidos por la intemperie. Sus chalecos acolchados a juego llevaban el logotipo de la Academia Meadowside.

—Buenos días... ¿podemos ayudarles? —preguntó la ligeramente más alta, con un acento que era una curiosa mezcla de Yorkshire y un pulido acento de colegio privado.

Frank se bajó las gafas de sol, olvidándose momentáneamente de nuevo, pero rápidamente volvió a subírselas. Mostró su identificación. —Inspector Jefe Frank Black, y esta es la Inspectora Carver. ¿Están disponibles los propietarios?

Las mujeres intercambiaron miradas. —Somos nosotras. Soy Chelsea Winters —dijo la más alta—. Esta es Lorraine, mi hermana.

Frank captó el sutil asentimiento de Gerry; ya había comprobado los registros de propiedad.

—¿Está todo bien? —preguntó Chelsea.

—Solo estamos haciendo averiguaciones sobre un descubrimiento que se ha hecho esta mañana. ¿1952, eh? Llevan aquí bastante tiempo.

—Sí. Nuestros padres comenzaron el negocio —dijo Chelsea—. Nos hicimos cargo a finales de los noventa cuando fallecieron. Con un año de diferencia. —Su tono pragmático contenía un rastro de antiguo dolor—. Disculpe, Inspector Black, ¿cuál es el descubrimiento?

Frank se aclaró la garganta. —Agradezco su discreción hasta que hagamos un anuncio oficial —dijo, recorriendo con la mirada la vacía zona de recepción y posándola en la puerta por la que habían entrado—. Quizás podríamos cerrar la recepción por si acaso...

—No es necesario —dijo Lorraine—. Si alguien se acerca a la recepción, un sensor lo detecta y suena una alerta. —Señaló un pequeño dispositivo negro montado sobre el marco de la puerta.

Señaló una puerta detrás de ella. —Vivimos ahí atrás. De hecho, si alguien entra incluso con el coche en el aparcamiento, el sensor suena tres veces. Ya ven, siempre estamos en el lugar por los animales, y siempre somos conscientes de quién está en nuestra propiedad.

—¿Hay alguien más ahí ahora? —preguntó Frank, asintiendo hacia la puerta que ella había señalado.

—Solo nosotras dos, siempre —dijo Chelsea.

—De acuerdo. —Frank se inclinó hacia delante—. Esta mañana, se han recuperado restos humanos cerca de la A169. Estaban dentro del antiguo silo. Seguro que saben cuál es. —Frank observó sus rostros mientras asentían. Su sorpresa parecía genuina—. Creemos que el cuerpo ha estado allí bastante tiempo. Décadas, potencialmente. Ahora bien, estamos aquí porque la fallecida llevaba ropa de equitación. —Miró a Gerry.

—Pantalones de montar Caldene —dijo Gerry—. El diseño específico los sitúa a finales de los ochenta, principios de los

noventa. La calidad sugeriría alguien que se tomaba la equitación en serio.

Frank notó cómo el color abandonaba sus rostros. Probablemente solo era la noticia de la muerte de una compañera jinete, pero de todos modos lo anotó mentalmente.

Chelsea tomó aire profundamente y se irguió, con la columna repentinamente rígida como un poste de valla. —Mucha gente por aquí se toma la equitación en serio.

—Me lo imagino. Es la razón por la que ustedes fueron nuestra primera parada... ¿Pueden decirnos si hubo alguna alumna de equitación que pudiera haber desaparecido por entonces? Mujer joven. Al final de la adolescencia, principios de los veinte, quizás.

Las hermanas compartieron una mirada y Lorraine dijo: —¿A principios de la década de 1990?

—O finales de los ochenta. Disculpen por ser tan impreciso.

—Es impreciso, Inspector Black —dijo Chelsea—. Hemos tenido miles de estudiantes a lo largo de los años. Algunos se quedan, otros se marchan de la zona. Y no solo de Ruswarp. Algunos vienen de Scarborough... De hecho, vienen de todo el norte de Yorkshire.

—Ya —dijo Frank—. Es una posibilidad remota. Pero a veces las posibilidades remotas dan resultado. ¿Hay algo que les haga sonar la alarma, alguna desaparición?

Chelsea colocó sus manos curtidas sobre el mostrador mientras hablaba. —¿Una estudiante que desapareció de repente? No que yo recuerde. Estoy segura de que hay muchas estudiantes que pueden haber desaparecido a lo largo de los años fuera de Ruswarp. Pero en Ruswarp, bueno, nada que me venga a la mente... —Su voz se apagó al captar la expresión de su hermana—. ¿Lorraine? ¿Qué ocurre?

—Sarah —dijo Lorraine—. Sarah desapareció.

Los ojos de Chelsea se agrandaron, pero luego lo pensó y negó con la cabeza. Sus manos jugueteaban con un bolígrafo sobre el mostrador. —Pero no era una estudiante entonces; era una antigua alumna.

El rostro de Lorraine había palidecido, sus dedos aferrándose al borde del escritorio.

Frank sintió ese cosquilleo familiar en la base del cráneo: el primer hilo de una pista desenredándose. —Eso no importa. No había nada que la vinculara específicamente a Meadowside. ¿Quién es Sarah? ¿Era de aquí?

—Sí. Sarah Matthews —dijo Chelsea—. Fue en 1988.

—1989 —corrigió Lorraine.

—¿Y definitivamente fue vuestra antigua alumna? —preguntó Frank.

—Un momento. —Chelsea dirigió su atención al ordenador de escritorio—. Cuando actualizamos, volví atrás y metí todos los antiguos registros en el sistema. No era necesario remontarse hasta el 52, pero lo hicimos de todos modos. Nos gustaba la idea de tenerlo todo documentado. Cada estudiante que pasó por nuestra puerta. Cuando tienes un negocio familiar, puedes volverte sentimental así.

Sarah Matthews, pensó Frank.

Recordó las cuencas de los ojos de antes... pensó de nuevo en la luz que una vez llevaron...

Quiero conocer a la verdadera tú.

—Aquí —dijo Chelsea—. Sarah Matthews se convirtió en nuestra alumna el 14 de noviembre de 1981 cuando tenía catorce años. Estuvo con nosotros hasta finales de agosto de 1985. Tenía dieciocho entonces.

Frank vio que Gerry tomaba notas a su lado.

—Fecha de nacimiento 2 de febrero de 1967 —continuó Chelsea.

—¿Tienen una foto? —preguntó Gerry.

Chelsea negó con la cabeza. —Son registros antiguos, vagos. Solo los pasé a ordenador por razones sentimentales. Una visión completa de todos los que pasaron por nuestra puerta. Hay una dirección... pero puedo deciros que esa dirección ya no existe. Esa calle estaba en las afueras, justo después de donde solía estar la antigua oficina de correos, y ha sido reemplazada por una estación de servicio, el Morrisons local y un pequeño supermercado.

Frank anotó la dirección de todos modos.

—A madre realmente le gustaba enseñarle —dijo Lorraine—. Lo recuerdo porque todo el mundo se sorprendió de su habilidad

natural. Nadie pensaba que fuese a ser tan buena como era. Nunca había estado cerca de un caballo antes y había tenido una infancia bastante problemática. Algunos problemas con la policía por robar, tenía un novio mayor... su padre también estaba en la cárcel. De hecho, murió allí. No me vino a la mente cuando entraron porque, bueno, no desapareció mientras tomaba lecciones. Eso vino después.

—¿Cómo desapareció?

—Bueno, no es que desapareciera exactamente —dijo Chelsea, levantando la mirada—. El consenso fue que se había fugado con un hombre mayor. La policía emitió un aviso. Alguien la vio por última vez con un hombre mayor entrando en un... rojo...

—Fiesta —terminó Lorraine.

—Eso es —dijo Chelsea—. Fuera del Bridge Inn. La investigación se fue apagando, y la mayoría de la gente asumió que se había ido con este hombre. Siempre había sido inquieta... y tenía ese historial de problemas con la ley.

—¿Quién la vio subirse a ese Fiesta? —preguntó Gerry.

—No estoy segura de que nos lo dijeran nunca —dijo Lorraine—. Para ser honesta, no he pensado en Sarah desde entonces. Simplemente no puedo imaginarla siendo esa chica. Parecía tener mucha fuerza... no podía imaginarla siendo víctima de nadie.

Frank, por otro lado, podía imaginarlo.

Las víctimas no encajaban en estereotipos ordenados. Las calladas, las ruidosas, las problemáticas... el asesinato no discriminaba.

—Parece poco probable que sea ella —admitió Chelsea, con una nota de desesperación colándose en su voz—. Realmente espero que no. Sería agradable pensar que encontró lo que estaba buscando en la vida.

—Lo investigaremos —dijo Frank—. ¿Hay alguien más en quien puedan pensar?

No se les ocurrió nadie.

Frank señaló el ordenador. —¿Está bien si obtenemos copias de ese archivo de Sarah Matthews?

—Por supuesto —dijo Chelsea—. ¿Quiere que lo imprima?

Frank le entregó su tarjeta. —Solo envíelo por correo electrónico, si puede, por favor.

14

Gerry ya había comenzado a investigar mientras salían de la recepción y se dirigían hacia el coche.

—Sarah Matthews, veintidós años, reportada como desaparecida el 12 de octubre de 1989 —dijo Gerry—. Vivía con su novio, Tommy Reid, de veinticinco años, en Ruswarp. Salió a caminar alrededor de las 8 p.m. después de una discusión con Tommy y fue vista por última vez fuera del Bridge Inn por un cliente habitual, Malcolm Hargreaves. Él testificó haberla visto subir a un Fiesta rojo, pero aseguró que no vio con quién y que no pensó en recordar la matrícula. Malcolm falleció en 2002, así que no podremos seguir esa pista.

Frank asintió, con los ojos fijos en el suelo para mantener el equilibrio en la espesa nieve.

—Se prestó mucha atención a los rumores —continuó Gerry—. Principalmente de lugareños que nunca hablaron durante la investigación original, que decían que ella estaba pasando tiempo con un hombre mayor. No hay mucho más en los registros públicos.

—Parece una investigación bastante superficial.

Gerry se ciñó más el abrigo contra el viento.

—Asumir que esta es nuestra víctima es aventurarse demasiado en esta etapa y...

—Tengo una corazonada —la interrumpió Frank.

Caminaron en silencio bajo la nevada cada vez más intensa durante uno o dos minutos.

—¿No vas a preguntarme de dónde viene esta corazonada? —preguntó Frank.

—No —dijo Gerry—. No tenemos pruebas.

—A veces hay que confiar en las corazonadas, Gerry —dudó antes de añadir—. ¿Viste las caras de Chelsea y Lorraine? Creo que tuvieron la misma sensación.

—Aunque así fuera, la intuición de tres personas no constituye una prueba.

—Cuando alguien desaparece de un lugar pequeño como este, Gerry, puedes estar segura de que hay secretos hirviendo. Lo vi en sus ojos. Y si hay algo que he aprendido a lo largo de los años es que donde hay humo, hay fuego... eso está basado en evidencias.

—No, es una analogía, señor, utilizada para engañar a alguien y que acepte algo sin cuestionarlo.

—Cuando hay fuego, no lo ignoro. Hacerlo es peligroso —sabía que la extensión de la analogía la irritaría.

El contorno familiar del establo, por el que habían pasado de camino a la recepción, se perfilaba ante ellos. Debido a sus recuerdos anteriores de Maddie, se sintió atraído hacia él.

Entró. El bloque de establos estaba más cálido de lo que había anticipado y había un intenso olor a heno y caballos que los envolvía. Los dos primeros compartimentos estaban vacíos, pero en el tercero, una joven de unos doce años cepillaba la yegua alazana que habían visto antes. Sus movimientos eran seguros y experimentados, su ropa de montar impecable: pantalones de montar y una chaqueta acolchada azul marino, pelo rubio recogido en una pulcra trenza.

El pelaje de la yegua brillaba bajo las cepilladas. El vapor subía de sus fosas nasales mientras los observaba con un ojo líquido.

La chica se sobresaltó cuando se acercaron. Dejó de cepillar.

—Lo siento —Frank extendió su mano—. No quería asustarte.

Ella asintió con cautela.

—¿Cómo se llama?

La niña dudó, mirándolos con sospecha.

Frank mostró su identificación.

—Somos detectives de policía. No hay de qué preocuparse. Acabamos de hablar con Chelsea y Lorraine y, bueno, vi esta hermosa yegua...

—Chelsea y Lorraine son mis tías abuelas.

Frank sonrió.

—Te dejaré con el cepillado. Siento haberte molestado, querida.

—Kate —dijo la chica.

—Siento haberte molestado, Kate.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—No, esta es —acarició a la yegua—. Yo soy Alice.

—Dos nombres muy bonitos —Frank asintió—. ¿Cuánto tiempo llevas montando, Alice?

—Cuatro años, desde que tenía ocho —dio unas palmaditas en el cuello de la yegua.

—¿Es tuya Kate?

—No es de nadie —dijo Alice—. Pero me deja montarla cuando estoy aquí. Es mi mejor amiga.

Él acarició a la yegua.

—Fantástico. Eres toda una personalidad, ¿verdad, Kate? Prométeme que seguirás montando, ¿eh, Alice?

—Lo haré —Alice sonrió de nuevo.

Frank salió. Miró hacia atrás para despedirse con la mano al marcharse, pero Alice había vuelto a su tarea con concentración absoluta.

El calor de los establos se disipó cuando volvieron a salir al frío cortante. Caminaron de vuelta al coche en silencio. La nieve, cada vez más espesa, se adhería a las pestañas y los hombros de Frank, mientras el viento la empujaba lateralmente, reduciendo la visibilidad. Frank sentía la garganta oprimida y no sabía qué decir, pero podía sentir las miradas inquisitivas de Gerry.

Sabía que su mente analítica estaba trabajando a toda velocidad intentando explicar su comportamiento.

En los límites del aparcamiento, se detuvo.

—Vamos, pregunta...

—¿Por qué le pediste que prometiera seguir montando? ¿Es por Maddie?

—Sí. Hay cosas que un padre nunca olvida, por muy desgastado que esté por la edad. La sonrisa de mi hija mientras guiaba a su yegua a través de precisos ochos es uno de esos momentos... —el recuerdo se le atascó en la garganta.

Se guardó la última parte para sí mismo: *El rostro de Maddie, una vez iluminado de alegría, sus movimientos una vez tan seguros y confiados.*

Continuaron hacia el coche.

—No entiendo cómo eso explica por qué le pediste que lo prometiera —dijo Gerry.

Frank se detuvo y cerró los ojos. Más imágenes de Maddie pasaron por su mente, horribles. Los ojos vacíos... las marcas de pinchazos en sus brazos...

Respiró hondo y abrió los ojos.

—Porque si Maddie hubiera seguido, si hubiera conservado algo que la hacía feliz... quién sabe... quizás ahora sabría dónde está.

Se dio la vuelta. *Pero si lo supiera, ¿marcaría alguna diferencia? ¿La hija que conocí entonces ya se ha ido?*

Por supuesto que sí.

Esa versión de Maddie había sido enterrada hace mucho tiempo.

Era una dura verdad.

Pero eso no significa que deba olvidarla. Y maldito sea cualquiera que intente olvidar quién fue Sarah Matthews, solo por quien llegó a ser.

Todas las tumbas existían por una razón.

Para recordar y honrar quiénes fueron, no solo cómo terminaron.

Y si era Sarah Matthews quien estaba en esa vieja tumba, lo cual sinceramente creía, ahora era el momento de recordar.

Y alguien lo sabía. Alguien siempre lo sabía.

15

AVANZARON con dificultad por las estrechas calles de Ruswarp mientras los limpiaparabrisas golpeaban de un lado a otro, luchando contra la implacable nevada.

Frank vislumbró de nuevo el Bridge Inn cuando emergió entre la bruma blanca. Frank observó fijamente sus ventanas, imaginando a Malcolm Hargreaves asomándose por una de ellas en una tarde de otoño, viendo a Sarah Matthews subir a un Fiesta rojo y desaparecer en la historia. No tenía una imagen clara de ninguno de los dos en su mente, y aún no tenía pruebas concretas de que los huesos pertenecieran a Sarah. Pero la certeza se asentaba en lo profundo de sus entrañas, tan inamovible como las antiguas piedras que formaban Ruswarp.

Incluso si me equivoco, pensó, *al menos estoy prestando algo de atención a esa pobre joven de nuevo.*

Quiero decir, ¿cuánto tardaron en desestimarlo? ¿En atribuirlo a una joven problemática que se fugó con un viejo verde?

Era demasiado pronto para decirlo, pero ya había visto antes pequeñas comunidades con poca paciencia para tales comportamientos. No era ingenuo respecto a las creencias de algunas personas de que salirse de la línea de alguna manera justificaba cualquier destino que te sobreviniera.

Maddie había sido, y Dios quiera que siguiera viva, problemática.

No iba a darle la espalda. Ni a Sarah Matthews tampoco.

A través de la ventanilla del pasajero, la iglesia de San Bartolomé emergió entre la nieve arremolinada. El edificio medieval había soportado innumerables inviernos de Yorkshire, su piedra desgastada cargando con el peso de los siglos. Ahora parecía observarle con la misma intensidad hueca con que los ojos de la víctima le habían mirado. Frank miró al asiento trasero donde Gerry estaba absorta en su teléfono, sin duda descubriendo detalles que otros pasarían por alto. Aún no le había preguntado sobre su cena con Evelyn: el experimento de pescado al vapor con quinoa, la cuidadosa danza de la conversación entre dos personas que compartían tanta historia.

Con todo lo que estaba pasando, no había habido oportunidad.

Estaba seguro de que llegaría.

—Esto es ridículo —dijo Frank mientras pasaban de nuevo frente a la fantasmagórica escuela primaria a paso de tortuga—. No vamos a llegar a Scarborough con este tiempo.

Reggie asintió.

—Tenemos que hacer lo que todos los demás y volver a casa.

—Pronostican lluvia toda la noche —dijo Gerry desde el asiento trasero—. Hay muchas probabilidades de que limpie la mayor parte de la nieve para mañana.

—Eso espero. Bien, Gerry, accede a los archivos de Sarah Matthews desde casa. Una vez que lo hayas hecho, infórmame y luego puedes investigar todas las personas desaparecidas de esa época, ¿de acuerdo?

—Mientras tanto, intentaré agilizar la identificación del cuerpo comparándolo con los registros dentales y médicos de Sarah —continuó, observando cómo los copos de nieve se acumulaban en el parabrisas—. Probablemente no haya ninguna posibilidad. Aun así, podemos esperar que Nasreen haya vuelto a su oficina antes de que empezara a acumularse la nieve de nuevo.

—¿Oficina? —Reggie miró a Frank y sonrió—. ¿Te refieres a la morgue?

—Los ojos en la carretera, Reggie, o al menos en las partes que aún son visibles, *de lo contrario* acabaremos nosotros en la puta morgue.

—Nunca he tenido un accidente en mi vida, señor.

—Dios santo. —Frank se recostó en su asiento, exhalando profundamente—. No soy un hombre supersticioso, nunca lo he sido... pero por favor no tientes al destino con tal fanfarronería en mi presencia.

—Lo siento, señor. —Reggie se inclinó hacia delante, escudriñando a través de la espesa nieve.

Frank frotó la condensación de su ventanilla con el viejo guante de Mary—. Y si quieres ser Tom Selleck, recuerda que él cuida mejor su bigote que tú.

Se giró en su asiento, cruzando la mirada con Gerry en la parte trasera—. Gerry, manténnos informados. Organizaremos una llamada mañana para repasar todo.

Una ráfaga de viento sacudió el coche, interrumpiendo sus palabras. Esperó un momento y luego dijo—: Centrémonos en llegar a casa de una pieza.

Así, el resto del viaje transcurrió en un silencio contemplativo. La mente de Frank volvió a Alice en el establo, tan segura con la yegua Kate. Justo como Maddie lo había sido con los caballos en su día. Antes de que cualquier oscuridad que hubiera echado raíces en su alma floreciera en algo imparable. ¿Le habría pasado algo similar a Sarah Matthews? ¿Habría perdido también su ancla y sido arrastrada bajo la superficie del océano?

16

Gracias a los ventanales que iban del suelo al techo, Stephen Walker podía ver cómo la nieve cubría el puerto abajo. Debido a la posición elevada de su propiedad, con un ligero giro de cabeza se le presentaba la amenazante silueta de la Abadía de Whitby que se alzaba en los acantilados opuestos.

Las vistas le habían costado, pero habían valido cada céntimo.

Tenía que asegurarse de disfrutar los años que le quedaban. Después de todo, ya tenía setenta y cinco años, así que debía ser realista sobre lo cerca que estaba la línea de meta.

Pasó los dedos por el pelo de su hija. Ella descansaba contra su hombro. Un peso familiar y reconfortante contra él. A sus treinta y dos años, Christie seguía adorándole de la misma manera que lo había hecho en su infancia.

Realmente era afortunado.

—¿Y si los chicos ven a través de mí? —preguntó Christie.

—¿A través de qué, florecita?

—Una niña rica y consentida diciéndoles lo que tienen que hacer.

—¿Desde cuándo eres consentida?

—Entonces, ¿soy una bruja?

—Ja. Sabes que no lo eres.

—Bueno, somos ricos. Y ellos lo sabrán.

—Sí —le acarició el pelo—. Pero si saben eso, probablemente también sabrán que no siempre lo fuimos.

—Supongo.

—Lo cual, en cierto modo, ¿no es una inspiración? Ellos también pueden conseguirlo. Creo que teniendo todo esto en cuenta, estás perfectamente capacitada para decirles lo que deben hacer.

—¿Puedo ser todo lo mandona que quiera?

Stephen se rio.

—Sin comentarios, florecita —ajustó la cabeza de su hija e inclinándose bastante hacia delante, alcanzó un caramelo de menta del recipiente de cristal sobre la mesa de café. Últimamente había aumentado sus sesiones de yoga, y realmente se notaba. No se había sentido tan ágil desde los veinte. Se recostó de nuevo en su silla—. Ahora escucha, florecita... basta de todo esto. Tus alumnos verán exactamente lo que yo veo: una mujer joven, capaz e inteligente que nació para enseñar —se metió la menta en la boca.

—¿El hecho de que seas mi padre te hace ser parcial de alguna manera?

—Por supuesto que sí, pero... —empujó el caramelo hacia la comisura de su boca—. Contratar profesores es algo que conozco muy bien. Más que la mayoría, si puedes creerlo.

—Papá. Eso fue hace mucho tiempo. Las cosas cambian.

—¡Me jubilé hace solo doce años!

La voz de Christie tenía ese tono burlón que había perfeccionado a lo largo de años controlando el ego de su padre.

—Doce años es mucho tiempo.

—¡Pórtate bien! Todavía eres joven, Christie. A mi edad, doce años pasan en un abrir y cerrar de ojos.

—Aun así... las cosas son diferentes ahora. La enseñanza es diferente.

Milo, su hijo mayor, entró en la habitación con su característica precisión. Vestía su habitual traje a medida, a pesar de estar atrapado allí por la nieve. Se detuvo junto al árbol de Navidad real, de más de dos metros, tecleando en su teléfono, sonriendo.

—¿Cerrando otro trato? —preguntó Stephen.

—Algo así.

Stephen se rio.

—La diferencia entre mis dos hijos es que uno me lo cuenta todo, y el otro, bueno, el otro no me cuenta nada.

Milo se sentó, todavía sonriendo.

—Papá, créeme, no te interesaría.

—¿Banca?

Milo arqueó una ceja.

—¿Eh? Banca. Es más que eso.

—¿Entonces por qué no nos lo explicas? —preguntó Stephen.

—En otro momento —dijo Milo y resopló.

—¿Qué es tan gracioso?

Milo negó con la cabeza.

—Bueno... es difícil de explicar. No lo entenderías.

—¿Ves? Esto es lo que pasa cuando pongo a mis hijos en un pedestal —dijo Stephen—. El pedestal crece y crece hasta que empiezan a mirarme desde las alturas.

Christie le golpeó en el brazo.

—Vale, quizás solo un hijo —dijo Stephen.

Milo no respondió; se había desconectado.

—Malditos días de nieve —dijo Christie—. Podría estar superando el primer día, dejando atrás los nervios.

—Míralo de otra manera, florecita. Un día más para mantener la emoción.

—¡Emoción! Seguir tus pasos en Riverside College... Todos allí siguen hablando de ti, papá. El legendario señor Walker. El director estrella de otro mundo.

Una calidez familiar se extendió por su pecho ante sus palabras. De hecho, había cultivado una reputación bastante impresionante. Tener tal legado realmente le mantenía satisfecho en estos años crepusculares.

Desde el extremo opuesto del sofá, Milo se rio.

—¡Legendario! Bueno, es mejor que ser conocida como la dama dragón que aterrorizó al departamento de matemáticas durante treinta años.

—Vuestra madre era estricta pero justa —dijo Stephen. Los recuerdos de Caroline con sus trajes elegantes y el taconeo de sus zapatos pasaron por su mente como viejas fotografías—. También era un genio.

Era un genio.

Se estremeció.

Esa misma mañana, ella había entrado en la cocina con zapatillas que no hacían juego, confundida sobre si era la hora del desayuno o del almuerzo.

—*Es* un genio —corrigió con firmeza.

Milo levantó la vista de su teléfono para mirar a su padre por primera vez. Stephen vio la tristeza en sus ojos. Le hizo un gesto con la cabeza, asegurándole que estaba bien hablar de ella, que no debían esquivar el tema ahora que se deterioraba rápidamente.

Hubo un silencio prolongado, hasta que Christie, benditas sean sus habilidades para gestionar el ambiente de una habitación, de repente soltó una risita.

—Solo era una dama dragón contigo, Milo, porque te pilló fumando detrás del cobertizo de las bicicletas en bachillerato.

—Vete a la mierda —dijo Milo.

—¡Ese lenguaje! —dijo Stephen.

—Un castigo en la clase de tu propia madre —continuó ella—. ¡Qué vergüenza!

Milo la fulminó con la mirada, se alisó la corbata ya inmaculada, y volvió a su teléfono.

Caroline apareció en la puerta, sosteniendo una botella de prosecco. Vestía un elegante camisón y llevaba su cabello plateado perfectamente peinado. Por un momento, uno podría engañarse pensando que todo estaba bien. Pero luego se acercó a su pequeño bar de cócteles, y quedaba claro que algo fallaba en sus movimientos, como un reloj con los engranajes ligeramente desalineados.

—Pensé que todos podríais tomar una copa —dijo, colocando cuatro copas en el bar con manos temblorosas.

Era temprano por la tarde.

Christie se sentó más erguida.

—Mamá, no, gracias. Quiero mantener la cabeza despejada para mañana.

—Tonterías —dijo Stephen—. Esta es la oportunidad perfecta para celebrar tu nuevo puesto.

Stephen se levantó y fue a ayudar a su esposa, que se esforzaba.

—Por favor, querida, permíteme.

Caroline sonrió y fue a sentarse junto a Christie.

Después de servir las bebidas, se unió a ellas. Podía ver el dolor en los ojos de sus hijos.

Caroline tomó la mano de Christie.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—No puedo esperar.

—¿Nerviosa?

Christie besó la frente de su madre.

—En absoluto.

—Me alegra tanto oír eso —Caroline sonrió radiante.

Stephen sonrió ante la compasión de su hija.

Stephen se volvió y miró de nuevo a través de su ventana. Hubo un breve momento de sol brillante sobre el puerto. Intentó congelar este momento de cercanía con su familia en su memoria envejecida. La vida que había construido para todos ellos era sólida, y a pesar de la inevitabilidad de las grietas que aparecían y de la línea de meta que se acercaba, haría bien en recordarlo.



Más tarde, sentado solo en su despacho, con la puerta cerrada y bloqueada, Stephen sacó sus queridos álbumes de fotos de la caja fuerte debajo de su escritorio.

Desde su jubilación, a menudo revisitaba los álbumes de fotos, especialmente cuando se sentía emotivo.

Después de todo, este había sido un momento especial en su vida.

Un tiempo lleno de creatividad y esperanza.

Solo en estos últimos años había tomado más tiempo para la reflexión. Desde que se jubiló hace doce años, había construido cuidadosamente una fortuna a través de acciones y participaciones, cultivando una posición en el Partido Conservador con la misma precisión que una vez aplicó a su carrera docente. Era respetado en toda la ciudad e invitado a muchas inauguraciones y reuniones. Pero

él también estaba reduciendo su actividad ahora. Y a veces, se hacía necesario perderse en recuerdos entrañables.

Era, sin embargo, extraño con qué frecuencia había estado revisitando estos recuerdos últimamente. Desde el diagnóstico de Caroline, había vuelto a estos álbumes dos veces por semana. Ahora, desde que su mente había comenzado realmente a deshacerse, quizás los miraba a diario.

Sin embargo, ¿no tenía sentido?

Después de todo, con su mundo fracturándose a su alrededor, ¿no parecía apropiado revisitar la naturaleza más sólida de tiempos perfectos y maravillosos?

Pasó las páginas.

Entonces, comenzó a sonreír. Intentando y *casi* sintiendo la misma felicidad que había sentido entonces durante esos tiempos tan especiales.

Cassie. Sandy. Kayleigh. Su respiración se detuvo al volver la siguiente página. Y luego - Sarah. Acarició su rostro, cerró los ojos y suspiró.

Cuando abrió los ojos, una lágrima rodó por su rostro.

A pesar de la felicidad, había un profundo y roedor hambre por los tiempos pasados.

Tiempos en los que se había sentido verdaderamente vivo.

17

AUNQUE SOLO ERAN las tres de la tarde, el débil sol invernal ya había iniciado su descenso.

Desgraciadamente, a medida que el cielo se oscurecía, las chillonas y sangrientas luces navideñas del número 21 de Sycamore Close irritaban aún más a Peter Watson con su efecto estroboscópico.

Peter se masajeó las sienes con sus dedos artríticos y luego se impulsó para levantarse de su sillón, haciendo una mueca cuando su maltrecha cadera le dio una advertencia tentativa sobre movimientos bruscos.

Cerró las cortinas del salón, sin desear tener una migraña en nombre del espíritu navideño.

No supuso gran diferencia.

Ráfagas de rojo, verde, azul y blanco continuaban bailando a través de las cortinas.

—Jodidos horterillas —dijo.

Fue a la cocina y encendió la luz. La bombilla parpadeó mientras llenaba el hervidor. ¡Había reemplazado el maldito trasto hace solo una semana!

Debe ser el cableado, razonó. *Está dando sus últimas.*

Se dio una palmadita en la cadera. Una sonrisa amarga cruzó su rostro curtido. *Igual que yo.*

Mientras esperaba a que el agua hirviera, echó un vistazo al termostato digital que Donna había insistido en instalar, un mes

antes de que fuera y se muriera. Diecinueve grados. Normalmente, se acercaría y lo bajaría a dieciocho, calándose más el gorro hasta la cabeza.

No tenía sentido quemar dinero solo para quitarse ropa. Sin embargo, como no planeaba estar por aquí para el próximo conjunto de facturas, no tenía sentido preocuparse.

Igual me muero con calorcito.

Le importaba un comino lo que hicieran con su casa. No tenía testamento, pero sospechaba que su medio hermano, un cazafortunas, podría aparecer por primera vez en más de diez años.

Su mirada volvió a la bombilla parpadeante. *Que arregle el cableado ese capullo.* Miró el termostato por segunda vez. *Y que pague las facturas.*

Mientras terminaba de prepararse la taza de té, su mirada cayó sobre el cuenco de agua de Bryan. Se estaba quedando vacío de nuevo.

—Viejo tonto —se regañó a sí mismo, cogiéndolo y rellenándolo. El cuenco metálico se sentía frío contra sus dedos mientras lo llenaba. Un mes desde que Bryan se había ido, y aquí estaba, todavía llenando su cuenco de agua.

Aun así, ahora que Bryan se había marchado, significaba que podía tomar su salida anticipada.

No hay mal que por bien no venga.

Miró el cuenco y suspiró. Aunque el recuerdo de Bryan acurrucado a sus pies, combinado con el jodido hecho de que nunca volvería a hacerlo, no tenía nada de positivo.

Con el té en la mano, regresó a su sofá. Lo colocó en la mesita lateral junto al cuenco lleno con más de doscientas pastillas de paracetamol. Cogió el mando a distancia y encendió el televisor. El antiguo aparato se puso en marcha con un crujido reluctante, su tubo de imagen tardando una eternidad en calentarse, igual que sus articulaciones estos días. —Venga ya... no eres tan viejo —le dijo al televisor—. Intenta tener setenta y tantos.

Su mirada cayó sobre el cuenco. Un puñado sería suficiente, pero había reunido doscientas para estar seguro. No tenía sentido

chapucear esto como había chapuceado tantas otras cosas en su vida.

Asintió hacia Donna, que sonreía desde un retrato en la repisa de la chimenea, y luego volvió su atención a la televisión.

Un concurso más de la tarde.

Un *Deal or No Deal* más...

El repentino retumbar de los graves le hizo dar un respingo. Al diablo con la cadera, salió de su silla como una bala. Miró su pared; no podía verla vibrar realmente, pero sabía perfectamente que lo estaba haciendo. —¿Es que este tío no aprende nunca?

Se puso las botas y abrió bruscamente la puerta principal. Se dirigió pisando fuerte a la casa de al lado, apartando copos de nieve de su cara mientras el aire frío traspasaba su chaqueta.

Necesitó cinco golpes para que el idiota llegara a la puerta, aunque, para ser justos, no dejó mucho tiempo entre cada aporreo. Una nube de humo de marihuana se expandió hacia afuera.

No me extraña que el imbécil no pueda conseguir trabajo, pensó Peter. *El cabrón debe pasar la mayor parte del día horizontal.*

Jake Rimes, el veinteañero holgazán, tenía su largo pelo recogido en un moño despeinado. Sus ojos estaban rojos y desenfocados. —Hola... ¿señor Watson?

Peter apartó las oleadas de humo de su cara. —Por todos los diablos... ¿estás de fiesta con una comuna hippie ahí dentro?

Jake sonrió. —Es medicinal.

—Ah, ya veo. Supongo que es un tratamiento para tus oídos entonces.

Jake frunció el ceño, confuso. Señaló sus orejas. —¿Eh?

—Bueno, estoy suponiendo que no puedes oír una maldita cosa... no si tienes que tener la música tan alta.

Pasó un momento antes de que el entendimiento iluminara la cara de Jake. —Ah...

Los ojos de Peter se estrecharon. —Ah... sí... la música. —*Mentecato.*

—Lo siento, es que sigo olvidándome.

Peter hizo un gesto de fumar. —No me sorprende.

Jake gritó por encima de su hombro: —¡Lou! ¡Baja eso!

Una voz femenina, presumiblemente Lou, respondió: —¿En serio? ¿Estás seguro?

Peter asintió a Jake, quien asintió también y repitió: —¡En serio! ¡Estoy seguro!

La música bajó de volumen.

Gracias a Dios.

—¿Es otra vez ese viejo miserable de al lado? —gritó Lou desde dentro.

Jake sonrió y dijo: —¡Lou, la puerta sigue abierta!

—No soy miserable. —Peter se frotó las sienes—. Solo tengo dolor de cabeza por vuestra puñetera música.

—No —dijo Jake, asintiendo—. No eres miserable.

Peter frunció el ceño. —Soy bastante feliz.

—Estoy de acuerdo —dijo Jake—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. —Peter se dio la vuelta.

Mientras se alejaba, Peter pensó: *Búscate un trabajo de verdad, vago.*

Apenas había llegado a la mitad del camino de regreso cuando un Bentley SUV estaba aparcando en su entrada, justo detrás de su coche. Se detuvo en seco y observó al idiota tras el volante.

Desmond Chapman del número 11.

Ya estaba fuera de su coche, luciendo un abrigo de diseñador y una bufanda de cachemira.

¡Qué payaso tan absoluto!

—¡Eh... Des!

Desmond se dio la vuelta. Su rostro se descompuso. Miró su coche y luego a Peter. —Solo dos minutos, Peter. Te lo prometo. Dos minutos. Solo estoy recogiendo a Sophie...

—¿Entonces por qué no aparcar en la entrada de tu ex mujer?

—No puedo. Su nuevo novio aparca ahí.

—No parece que esté ahí ahora.

Desmond miró. —Sí... pero podría volver en cualquier momento. —Volvió la mirada—. Mejor no cabrear a la ex... ya sabes cómo es.

Peter negó con la cabeza. —La verdad es que no. Pero te sugiero que cabrees a tu ex mujer en vez de a mí. ¡Estoy completamente bloqueado!

—No vas a ninguna parte, ¿verdad?

—¿No voy?

—¿Vas?

—No lo sé. Parece que tú has decidido que no.

Desmond asintió y abrió la boca para responder. Pero entonces se dio cuenta de que no sabía qué decir. Así que la cerró de nuevo.

—¿Podrías mover tu coche, Desmond? —dijo Peter.

—Son dos minutos, Peter. Dos minutos.

Peter miró su reloj. —En realidad, ya van casi tres minutos ahora.

Desmond parecía exasperado. Bien. Que aprenda la lección.

—¿Tienes miedo de tu ex mujer?

—No... bueno... sí. ¿Por favor?

—No... muévelo, o los derechos de visita serán el menor de tus problemas...

—Suena como una amenaza.

—Lo era. —Peter marchó hacia su propio coche. Un modesto Volvo viejo pero construido como un tanque. Sacó sus llaves y abrió las puertas—. Soy un viejo tambaleante que está a punto de salir marcha atrás de mi entrada. Desafortunadamente, no vi que estabas aparcado ahí. Mi vista no es lo que era. Y mira este tiempo de mierda. Tsk. *—Además, dentro de treinta minutos me habré despedido, así que ¿qué más me da?*, pensó. Subió al coche y arrancó el motor.

Observó, sonriendo, cómo Desmond, con la palma en alto, corría de vuelta a su reluciente Bentley. —¡Vale! ¡Vale! —dijo en voz alta—. Has dejado claro tu jodido punto.

Por un breve momento, Peter consideró hacerlo de todos modos. Pero luego, después de unas cuantas respiraciones profundas, apagó el motor.

Después de que Desmond se hubiera movido, Peter salió de su Volvo.

Mientras marchaba hacia su casa, miró hacia atrás a Desmond, que lo fulminaba con la mirada desde la entrada de su mujer. —¿Sabes qué? Pensándolo mejor, el tiempo está hecho una mierda... mejor quedarme en casa. Feliz Navidad.

Peter captó la respuesta de Desmond antes de cerrar la puerta.

Era bastante predecible.

«Que te jodan».



Habiéndose perdido un trozo del programa, decidió renunciar a *Deal or No Deal* y simplemente ponerse manos a la obra.

Sus vecinos habían amargado su humor. Antes de eso, se había sentido más positivo de lo habitual.

Apagó la televisión, tomó la fotografía de Donna de la repisa y se sentó en su silla.

Miró a su esposa. Sus dedos trazaron las curvas familiares de su rostro a través del cristal. —Estoy rodeado de cretinos, Don. El mundo ha seguido adelante y no hay lugar para mí en él, te lo puedo asegurar.

Casi podía oír su suave respuesta, la forma en que tan a menudo había calmado su temperamento con paciencia infinita. «Siempre hay una forma más fácil de gestionarlo, Pete, recuerda, cuenta hasta diez...»

Una sonrisa triste tiró de sus labios. —¡No, esa siempre fue tu manera! Nadie tenía paciencia como tú. Así que, sin ti aquí, ¿qué maldita oportunidad tengo yo? Además, ya sabes, sin ti, y ahora también sin Bryan, todo se vuelve más y más aburrido... Así que... —Colocó la fotografía a un lado y recogió un puñado de paracetamol del cuenco—. ¿Aquí o en el dormitorio...?

Un golpeteo en la parte trasera le hizo dar un respingo. Las pastillas se esparcieron de sus dedos y se dispersaron por el suelo.

—¡Joder!

Era la maldita puerta trasera otra vez. A veces el cartero entraba por la parte de atrás y la dejaba sin el pestillo.

Dejó el cuenco con fuerza y se puso de pie, con el corazón martilleando contra sus costillas.

—¡Idiotas!

En la cocina, encendió la luz y miró por la ventana. Efectivamente, su puerta de madera se balanceaba con el viento.

Se puso unas botas de agua que guardaba junto a la puerta trasera y salió. Podía ver el paquete en el suelo, asomando desde un montón de nieve. —Ridículo.

Su jardín era pequeño y estaba rodeado por una gran valla de madera. La puerta se abría y cerraba con más fuerza ahora. Crujió a través de la nieve, rápidamente, refunfuñando, temiendo que fuera a salirse de sus bisagras.

Ya había decidido quejarse a la oficina de correos cuando su pie tropezó con algo enterrado en la nieve. Trastabilló hacia adelante. —Mierda...

La puerta se balanceó violentamente con el viento. Hubo un destello de movimiento, un crujido de madera contra su frente, y luego un dolor punzante.

Mientras caía de espaldas en la nieve, todo se volvió negro.

18

DESDE LA VENTANA del dormitorio de su padre, Lewis White observaba los copos de nieve danzar en el resplandor ámbar de las farolas victorianas.

Presionó sus manos contra el frío cristal, desesperado por sentir el momento.

La atención plena le había estado ayudando últimamente.

Sí, al principio se había burlado de la oferta, argumentando que los ejercicios de respiración no ayudarían a un hombre que había fracturado el cráneo de alguien contra un urinario, pero se alegraba de haberle dado una oportunidad.

La ira seguía ahí, ardiendo dentro de él, pero al menos ahora podía verla, y con el tiempo, conseguiría controlarla.

Hoy, sin embargo, suponía un desafío significativo para su creciente calma.

Después de todo, la atención plena requería vivir en el presente, mientras que estar aquí ahora le arrastraba implacablemente de vuelta al pasado.

Y los recuerdos a veces podían ser como pesos de plomo. De verdad que sí. Especialmente cuando te recordaban tan dolorosamente a los que habías perdido. Y era difícil no revisitarlos en esta época del año.

Se encontró en un recuerdo de su séptima Navidad, cuatro décadas atrás, lanzando bolas de nieve a su madre en el jardín trasero mientras ella se agachaba y se escondía detrás del muñeco

de nieve que habían hecho juntos. Ella recibió una en el pecho y se desplomó en el suelo, fingiendo estar muerta.

En el aquí y ahora, se subió la manga y miró el nombre de ella, Elizabeth, tatuado en elegante letra inglesa, cada letra un recordatorio permanente de la madre que había adorado y perdido.

Luego estaba de vuelta en su recuerdo. En el momento en que Felix, su hermano de diez años, se acercaba sigilosamente por detrás y le lanzaba una bola de nieve a la parte posterior de su cuello. Una repentina quemazón helada, seguida de la risa salvaje de Felix.

Se subió la otra manga.

Felix.

Otro nombre, otra pérdida significativa, grabada en su piel.

Lewis se apartó de la ventana y observó a su padre, John White.

Se acercó a su cama, con los dedos curvándose en puños.

—¿Dónde estabas tú en ese recuerdo, John?

Por supuesto, John no le respondería.

Simplemente emitió otro aliento entrecortado.

Ni siquiera había abierto los ojos desde que Lewis había llegado.

—¿Demasiado ocupado, eh? La historia de tu vida. Siempre demasiado ocupado.

Se detuvo junto a la cama de su padre.

John White —en su día un león del desarrollo inmobiliario, viajando por todo el mundo para cerrar tratos— ahora era una cáscara marchita bajo sábanas de algodón caro. Lewis las tocó, vio por la etiqueta que eran de algodón egipcio. Por supuesto que lo eran —nada más que lo mejor para John White.

Se preguntó si su padre volvería a oír o hablar alguna vez. Le encantaría saber que su padre podía oírle, le gustaría aún más que el viejo cabrón pudiera intentar, débilmente, justificar su comportamiento.

—Intentamos divertirnos aquella Navidad sin ti. A menudo me preguntaba si tú disfrutaste aquella Navidad dondequiera que estuvieras. Esa, y las otras, muchas otras, que te perdiste. De hecho, pensándolo ahora, ¿cuántas Navidades le quedaban a Felix

en ese momento? ¿Dos... tres...? ¿Estuviste presente en alguna de ellas?

Habían pasado más de veinte años desde la última vez que vio a su padre.

Habían pasado más de treinta años desde la última vez que le llamó papá, alrededor de su decimoquinto cumpleaños, cuando la policía le pilló haciendo una escapada en un Mercedes robado, y tardó varias horas en recogerle de la comisaría. Había esperado una bronca descomunal —lo habría preferido, habría demostrado que realmente le importaba— en lugar de eso, simplemente le devolvió a su madre, diciéndole que uno cosecha lo que siembra en la vida, y largándose de vuelta aquí, a este lugar donde había vivido solo desde principios de los noventa.

—Tienes un aspecto de mierda, John.

Y era cierto. Su piel había adquirido el tono amarillento del pergamino viejo, estirada sobre unos pómulos atractivos que una vez le hicieron bastante codiciado por otras mujeres —eso y el saldo bancario, por supuesto.

Irónicamente, ahora sus impresionantes pómulos solo acentuaban el cráneo que había debajo, una representación visual de la muerte reclamando a su último sujeto centímetro a centímetro amarillento.

Mark Bridges, el enfermero de su padre, entró en el dormitorio. Mark estaba entrenado hasta el límite para mostrar una actitud jovial y animada mientras administraba cuidados paliativos.

A Lewis le pareció impresionante. Ni un solo tic o murmullo, solo una ligereza que hacía que la muerte pareciera algo normal, que, suponía Lewis, lo era. Recordó a los profesionales que trataron con él durante sus tres años en prisión. Estaban llenos de murmullos y tics —sus ansiedades tan obvias como sus baratos uniformes de poliéster— e incluso aquellos que le enseñaron mindfulness habían sido estoicos y oficiosos. No había actitudes joviales y animadas para aligerar el ambiente allí. Nunca.

Pero solo lo mejor para John White.

Era, después de todo, un hombre muy rico.

—Parece que viene lluvia —dijo Mark, moviéndose por la habitación como si estuviera organizando una cena—. Con suerte no tendremos que empezar a quitar nieve después de todo. —Sonrió y miró al padre y al hijo—. ¿Cómo estamos?

Lewis le lanzó una mirada que seguramente revelaba lo que estaba pensando... *Bueno, él se está muriendo, y yo estoy amargado y cabreado.*

Aun así, si Mark, el pozo de felicidad y satisfacción, lo captó, no iba a reconocerlo en su entorno cuidadosamente seleccionado.

—Fantástico —dijo Mark, inmune a la tensión o muy bien entrenado para ignorarla. Se acercó a John, comprobó el gotero y pulsó un botón en la máquina—. Solo un poco más de morfina para la tarde, Sr. White.

Mark tomó algunas constantes vitales y las anotó en un portapapeles.

Miró a Lewis—. Estaba deseando que viniera.

Lewis sintió un calor familiar que le subía por el pecho. Respiró hondo e intentó reprimirlo, porque era el mismo calor que había acabado con la sangre de Gregg Ince en sus nudillos, y la cabeza del pobre desgraciado rebotando contra el urinario.

Mark sonrió y continuó—: Realmente esperaba estar despierto.

—Acaba de administrarle otra dosis... ¿Es improbable que vuelva a despertar ahora?

Mark mantuvo su sonrisa—. Sí, lo siento... la morfina es importante, sin embargo, Sr. White. Hace que todo sea más pacífico. —Mark dirigió su sonrisa hacia Lewis—. ¿No es así, Sr. White? —Mark tocó la mano esquelética de John, afectuosamente, y salió de la habitación.

El incesante histrionismo de Mark le estaba poniendo los nervios de punta.

Había sido Mark quien le había localizado, le había llamado y le había rogado que viniera a despedirse de su padre. Su padre lo había pedido, aparentemente.

¿Quizás no era teatro, entonces? ¿Quizás Mark sentía una compasión genuina por el viejo? Después de todo, llamar a un

delincuente violento convicto no estaba en la descripción del trabajo de un enfermero.

Esa idea de compasión genuina le revolvió el estómago.

Lewis exhaló, luego respiró hondo otra vez. Al menos estaba mejorando en calmarse. Hacía casi cuatro años desde que había golpeado a alguien casi hasta matarlo por causa de la ira. Estaba trabajando duro para asegurarse de que eso nunca volviera a ocurrir.

Lewis se preguntó, y no por primera vez, qué demonios estaba haciendo allí.

No podía ser simpatía. ¿Debía ser un buen riddance?

¿O quizás solo para demostrar que no soy como tú, huyendo cuando la familia más me necesita?

La mano esquelética de John se crispó sobre las sábanas. Lewis tenía algunos recuerdos tempranos de esa mano: sosteniendo sus pequeños dedos, enseñándole a lanzar una pelota. Eran, por supuesto, vagos. Y, ¿habían ocurrido realmente? Después de todo, había leído en algún lado que había bastante ficción en la memoria. Pero de una cosa estaba completamente seguro. John no había estado sosteniendo la mano de Felix cuando la meningitis se lo llevó a los doce años. De hecho, John no había estado cerca del hospital. Estaba en Dubái, cerrando un trato mientras su hijo cerraba los ojos por última vez.

—Aunque volviste para el funeral, ¿verdad? —dijo Lewis—. ¿En primera clase? Que Dios te bendiga, John.

Lewis permaneció en silencio, atormentado por el recuerdo de la mano fría y vacía de Felix. Al menos su madre había estado sosteniendo la otra.

—Ella estuvo allí para nosotros, John. Siempre. No como tú.

Esto era todo lo que Lewis podía soportar.

Rodeó la cama hacia la puerta. Se giró antes de salir. Aplaudió—. Bien hecho, John. Qué legado, ¿eh? Construido sobre promesas rotas, infidelidades, negligencia y la miseria de los demás. Todo ese dinero... y ni siquiera puedes llevártelo contigo... ¿realmente valió la pena?

Se dio la vuelta para marcharse—

Detrás de él, oyó una voz débil—. No...

Lewis se quedó helado.

—Por favor...

Lewis miró por encima del hombro, con la sangre helada. Los ojos de su padre estaban abiertos.

—Quédate...

La bilis subió por la garganta de Lewis. No sabía qué decir. De hecho, ni siquiera sabía lo que estaba sintiendo.

Pero entonces llegó esa habitual oleada de ira por defecto.

¿Cómo te atreves a pedir eso?

¡Cómo te atreves a necesitarme ahora!

—¡No! —dijo, saliendo rápidamente por la puerta. Bajó volando las escaleras. Mark estaba al pie. Mantuvo los ojos fijos en el suelo; no estaba de humor para la compasión del enfermero.

—Sr. White—

—¡No! —repitió, poniéndose la chaqueta y las botas y dirigiéndose hacia la puerta principal.

La ráfaga helada de aire fue aleccionadora.

Caminó con dificultad por el sendero cubierto de nieve.

No...

Sintió que la tinta que deletreaba el nombre de su madre le quemaba en el brazo.

Por favor...

Vio la mano fría y vacía de su hermano.

Quédate...

Miró hacia atrás a la casa, sus ventanas brillando cálidas contra la oscuridad que se avecinaba.

Pensó ahora en Gregg Ince, el hombre que había mandado al hospital durante aquella pelea en el pub, con el cráneo fracturado contra un urinario. Le había escrito cartas. Había intentado disculparse, pero no había recibido ninguna respuesta.

Nunca realmente esperó recibirla. Pero...

¿Dónde estaban las respuestas?

¿A todo esto?

¿Él?

¿Su padre?

—Joder —susurró Lewis, su aliento formando una nube en el aire gélido.

Se volvió hacia la casa.

19

Después de que Reggie lo dejara en casa, Frank entró furioso en su cocina con los pies helados y tiró sus botas de montaña a la basura con disgusto.

Luego, se dio una ducha durante la cual casi podía oír la risa de Mary: «¡Ya era hora, cariño!»

Mary siempre lo había llamado acumulador y solía reírse cuando aparecían carretes de cámara inservibles y pilas con fugas de décadas atrás en el fondo de cajones viejos.

Tras la ducha, echó una siesta y se despertó sintiéndose bastante orgulloso de haberse deshecho de las botas. Era una señal de que ya no se conformaba con porquerías. Otro paso adelante, como dejar la bebida y comer la comida de conejo de Gerry.

¿Y por qué no? ¿Quién quiere ser un estereotipo ambulante de Yorkshire?

Sin embargo, hace cinco minutos había entrado en la cocina por un vaso de agua, y la vista del cubo de basura había activado algo en su interior.

En ese momento estaba resistiendo el impulso de recuperar las botas...

Un fuerte golpe en la puerta le hizo dar un respingo. —Que Dios nos ayude...

Abrió la puerta. La oscuridad le sorprendió al principio. ¡Su siesta había sido claramente algo más que una siesta!

Henrietta estaba temblando en el umbral, su elegante abrigo de lana no era rival para el frío, con un recipiente Tupperware apretado contra su pecho. Se veía bien. Había peinado su cabello plateado en suaves ondas que enmarcaban su rostro, y se había maquillado.

—¿Vas a salir, Henrietta? —preguntó él.

—No... ¿por qué?

—Pareces... —Se mordió la lengua antes de que la palabra «guapa» pudiera escapar. *¿Qué impresión daría eso? Además, ¿qué era apropiado en estos tiempos?* Había perdido la noción—. Como si te hubieras arreglado.

Sus mejillas ardieron. Probablemente eso era peor.

¡Maldita sea, entre Henrietta y Evelyn, me siento como un adolescente otra vez, tropezando en las conversaciones!

—No más de lo habitual —sonrió ella.

Aliviado de que no hubiera preguntado "¿Por qué, cómo me veo normalmente?", exhaló.

—Me di cuenta de que volviste temprano. Me alegré. La nieve estaba demasiado horrible para estar fuera —le puso el recipiente en las manos—. Pensé que apreciarías esto.

Él lo tomó. —Gracias.

—Y si no te importa que te lo diga, Frank, parece que has estado descuidando tu alimentación últimamente.

El comentario inesperado le tomó por sorpresa. —¿Eso es un cumplido? —Se miró a sí mismo—. Era más o menos la idea. El descuido formaba parte del proceso.

—Sí... lo entiendo... pero un hombre como tú necesita carne en los huesos —el gesto era algo entre maternal y otra cosa completamente distinta. No estaba seguro de cuál preferiría—. Con cara llena y robusto —continuó ella.

¿Con cara llena y robusto?

—Así que —dijo ella—, lasaña.

Abrió el recipiente y miró hacia abajo. El vapor se elevaba de la pasta, llevando el rico aroma de tomates y hierbas. —Gracias. Me encanta la lasaña. Y es un buen trozo, así que seguro que añadirá plenitud a mi cara.

Ella se rio. —Mi especialidad. En otros tiempos, a mis hijos les encantaba. A Ian, en particular —su voz se quebró ligeramente al decir «Ian»; no había hablado con él en un par de años por razones desconocidas. Fue el dolor compartido de hijos distanciados lo que finalmente había superado su animosidad de décadas aquella noche después de la visita clandestina de Maddie.

Frank asintió. —Y desde luego supera las porquerías... perdón, la basura que tenía en la nevera.

—Sí —resplandecía, claramente deleitándose con su gratitud.

El recipiente caliente en sus manos de repente se sentía como algo más que un simple regalo de comida.

Había visto en películas que la gente a menudo llevaba comida cuando alguien moría. Nadie le había hecho eso nunca. Ni cuando Mary murió, ni cuando su mundo se derrumbó. Henrietta había estado al lado cuando Mary falleció, pero no había traído ni siquiera una tarjeta de condolencia. Sin embargo, aquí estaba. Cinco años tarde. Comentando sobre su figura, peinándose el cabello y llevando un perfume que podría noquear a un caballo.

Con las mujeres, nunca había sido la persona más perspicaz, pero no era un completo imbécil.

—Realmente no tenías que hacerlo —dijo Frank, concluyendo que sería mejor que se fuera ahora, antes de que se sintiera aún más incómodo.

—Bueno, lo hice. Así que, ¿vas a invitarme a entrar?

Parecía que no iba a ninguna parte.

Se hizo a un lado. —¿Te gustaría una taza de té?

Al menos la casa estaba lo suficientemente presentable después del frenesí de limpieza de ayer por la mañana para la comida con Evelyn.

La acompañó hasta la sala con su poco impresionante árbol de Navidad, y luego fue a poner la tetera.

Cuando regresó, encontró a Henrietta mirando la fotografía de Mary. Su estómago se tensó. Tosió y ella se dio la vuelta, viéndose bastante incómoda. —Lo siento...

Él lo descartó con un gesto. —Está bien.

—Realmente era hermosa.

Le entregó una taza de té. —Sí, lo era.

Ella se sentó, tomó un sorbo, dejó su taza y dio unas palmaditas en el sofá junto a ella.

Él se sentó lo más cerca posible del brazo izquierdo del sofá, no queriendo invadir su espacio personal, y luego se preguntó si eso era exactamente lo que ella había estado esperando. Sacudió la cabeza y se maldijo interiormente por dejar volar su imaginación. Sopló su té. —Espero que no esté demasiado fuerte. La gente suele decir que lo hago demasiado fuerte.

—El té nunca puede estar demasiado fuerte.

—Sí... eso es lo que siempre les digo.

Ella sonrió. —En fin, estaré fuera en Navidad.

Él tragó. —Bien... —Se preguntó por qué esto era importante. Nunca antes le había dicho que se iba en Navidad. De hecho, ¡hasta hace poco, apenas habían hablado!

—A casa de Nigel —dijo ella—. En Norfolk. Ya sabes, el único hijo que me habla.

Él no sabía a qué estaba llamando la atención aquí, así que optó por el ángulo positivo. —Suena encantador... los Norfolk Broads, ¿eh? Vigilaré la casa por ti.

Ella asintió. —Te lo agradecería.

El silencio se extendió entre ellos, lleno del fantasma de su otro hijo, que había sido mencionado dos veces desde que ella apareció en su puerta.

Frank decidió que era mejor no entrar en ese tema.

—¿Y tú... adónde vas? —preguntó ella.

—¿Yo? —preguntó él—. Lo mismo de cada año. Aquí. Estaré bien.

—No tienes a nadie con quien pasarla.

Agitó la mano. —La Navidad es para los niños, de todos modos.

Esperaba que ella respondiera con "Es para la familia", pero parecía lo suficientemente astuta como para no referirse a algo que él no tenía.

—Sabes —dijo Henrietta—. Siempre podría preguntarle a Nigel. Tienen una casa tremendamente grande... y...

Él levantó la mano. —Gracias Henrietta, pero no puedo irme. Ya sabes. Por si acaso... bueno... por si acaso.

—Maddie se pone en contacto.

—Sí.

Esto era verdad. No es que hubiera aceptado su invitación de todos modos. Tenía la costumbre de rechazarlas todas.

Incluso Gerry le había pedido que se uniera a ella en Navidad. Y aunque había declinado —bastante groseramente, ahora que lo pensaba—, dudaba que ese fuera lo último que oiría al respecto.

Le gustaría decir que Gerry no sería capaz de presionarle hasta conseguirlo, pero hasta ahora, su historial de desgastarle y salirse con la suya se mantenía en un sólido 100 por ciento.

Hubo un momento de silencio, y Frank detectó que algo serio se avecinaba.

Finalmente, Henrietta preguntó: —¿Cómo fue la cena?

—¿Perdón?

—Ayer.

—¿Ayer?

—¿Por la tarde...? Tenías compañía.

Frank sintió que su corazón se aceleraba. —Ah... sí...

—¿Quién era?

—Evelyn.

—¿Quién?

—Evelyn. Te hablé de ella.

—¿Lo hiciste?

En realidad, no estaba seguro de haberlo hecho. —Lo siento... pensé que lo había hecho. Solo una amiga.

—No sabía que tenías alguna.

¡Encantador! Quizás sea verdad... pero aun así, ¿hacía falta anunciarlo?

—Me hablaste de Gerry. Aunque, no dijiste que fuera tu amiga. Me dijiste que era tu instructora de vida.

—¿Lo dije? —Debe haberse sentido gruñón en ese momento—. Es ambas cosas.

—De todos modos, ¿Evelyn? ¿Sois cercanos?

—Tan cercanos como suelen ser los amigos.

—Ya veo. ¿Dónde os conocisteis?

Su pecho se tensó mientras explicaba que era la viuda de Nigel Wainwright, el hombre con quien Mary había muerto en un accidente de coche.

—¿La esposa del hombre que cagó en tu vida? —Su ceja se arqueó como una acusación.

—Sí... supongo que podrías decirlo así...

—Interesante.

—Lo sé... Antes de que sigamos... he hecho las paces con eso.

—Eres sorprendentemente indulgente, Frank.

—¡No puedo decir que haya escuchado esa antes!

—Es verdad.

—Bueno, en realidad no fue ella quien hizo algo... así que perdonar a Evelyn no era realmente necesario.

—Pero debiste estar cabreado, ¿no?

—Por un tiempo, sí, pero hice las paces con ello.

—¿Cómo?

Frank suspiró. —Hablamos. Sobre el pasado. Sobre entender a las personas que perdimos.

Henrietta bebió su té en silencio por un momento.

Frank intentó convencerse de que ella simplemente estaba contemplando esto, pero era evidente que la decepción irradiaba de ella.

—A veces es mejor seguir adelante —dijo finalmente Henrietta—. Y a veces necesitas entender el pasado para seguir adelante.

Era un buen punto, pero él estaba desesperado por cambiar de tema. —Sí... entonces, ¿cuándo te vas a Norfolk?

Ella comenzó a responder, pero el teléfono de Frank la interrumpió.

—Lo siento —sacó el teléfono—. Podría ser del trabajo.

Su corazón dio un vuelco al ver el nombre de Evelyn en la pantalla.

Henrietta lo vio y asintió. —Contesta.

—¿Estás segura? Podría devolverle la llamada.

—Contesta, Frank.

—De acuerdo —se puso de pie—. Solo voy a... —Señaló hacia la puerta.

Henrietta asintió.

Fue a la cocina, cerró la puerta y contestó. —¿Evelyn?

—Soy Janet.

Su estómago se hundió. —¿Qué... está bien?

—Sí, bien Frank, nada de qué preocuparse. Bueno, lo hubo, pero ya no. Se sintió débil antes. Le pasó, pero insistí en traerla para que la examinaran. Después del último derrame, bueno, no quería arriesgarme. Ella quería que te llamara y te dijera que todo está bien, en caso de que te enteraras de que estaba en el hospital.

—De acuerdo —respiró hondo, pero no le ayudó mucho con la ansiedad—. ¿Puedo hablar con ella?

—Te llamará más tarde. Solo quiero que descanse ahora.

—Vale.

—Te dirá que fue una completa exageración.

—Mejor prevenir —dijo Frank.

—Síndrome de hija sobreprotectora. ¿Crees que eso existe?

—Sí —dijo, forzando una risa, pero la broma dolió. Su hija no quería saber nada de él—. ¿Crees que debería ir...

—Prefiero que no lo hagas —le interrumpió—. Quiero que descanse. Y no tiene sentido que tú te arriesgues con este tiempo.

—Bien. Gracias por avisarme.

—De nada.

Colgó y automáticamente miró hacia la nevera, sintiendo el viejo tirón familiar. Cuando se dio cuenta de que sus días de beber cerveza habían quedado atrás, por temor a la mirada asesina de Gerry, tomó tres largas respiraciones profundas en su lugar y salió de la habitación.

—Perdona por eso, yo... —Se detuvo. Henrietta se había ido, dejando solo el rastro persistente de su perfume.

La vio, a través de la ventana, caminando fuera de su casa, de vuelta a la suya.

Fue y puso la tetera de nuevo, y luego se sentó, escuchando su calefacción central retumbando a través de las tuberías.

¿Por qué siempre hace tanto maldito frío en esta casa?

Miró hacia arriba a Mary, viendo su sonrisa.

Era como contemplar un fósil preservado en ámbar mientras el mundo seguía adelante.

Su mente se dirigió a la mochila que Maddie había venido a buscar hace un par de meses. ¿Por qué había vuelto a buscarla? Parecía un movimiento bastante desesperado.

Pensó en Henrietta dirigiéndose a Norfolk, y en Evelyn en el hospital siendo mimada por Janet. También pensó en Gerry pasando la Navidad con Tom, finalmente encontrando la felicidad.

Todas estas conexiones, estos hilos de cuidado y preocupación, parecían fuera de su alcance.

Luego, cerró los ojos y vislumbró cuencas vacías.

Quiero conocer al verdadero tú.

Abrió los ojos.

Sarah.

La pobre chica no pasará otra Navidad olvidada en ese silo.

Quien te hizo eso va a pagar.

Se puso de pie y miró hacia la oscuridad. La nieve continuaba cayendo en espiral bajo las farolas.

Entonces, algo le inquietó.

Intentó averiguar qué era hasta que se sintió bastante acalorado y agitado, pero seguía sin tener ni idea.

Y entonces se dio cuenta. Tenía algo de grasa para cuero por algún lado. No tenía sentido desperdiciar unos zapatos perfectamente buenos cuando solo necesitaban impermeabilización.

Con un suspiro, abrió la basura y sacó sus botas.

Puedes sacar al hombre de Yorkshire, pero no puedes sacar Yorkshire del hombre, pensó.

Aunque, por supuesto, esto no tenía ningún maldito sentido, ya que él seguía aquí y probablemente lo estaría hasta que lo sacaran con los pies por delante.

20

Gerry observaba desde la ventana de su salón cómo comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia. Según el pronóstico del tiempo, se encargarían de derretir la nieve que había paralizado Whitby casi por completo.

Repasó su investigación hasta el momento: un perfil exhaustivo de Sarah Matthews como preparación para la próxima reunión informativa.

Había examinado toda la investigación de la persona desaparecida y sí, ciertamente, había algunos aspectos interesantes. El novio sospechoso, el padre agresivo que había muerto en prisión, el posible hombre mayor, el Ford Fiesta rojo visto por Malcolm Hargreaves la noche de su desaparición, los antecedentes por hurto en tiendas... había habido complejidad en la vida de Sarah, y muchos ángulos que explorar pero, independientemente de lo que Frank creyera, la identificación física era el pistoletazo de salida. Y todavía no disponían de ella.

Los registros dentales serían útiles, pero Nasreen estaba ahora en casa, mientras el cuerpo permanecía en la morgue.

Había contactado con diecisiete escuelas de equitación en todo el Norte de Yorkshire, documentando metódicamente cada conversación. Había preparado una lista de otras jóvenes jinetes desaparecidas que cumplían los criterios: todas vivían a una distancia razonable y habían desaparecido alrededor de finales de los ochenta y principios de los noventa.

Pero, había que admitir, ninguna había proporcionado nada tan prometedor como la pista de Sarah Matthews.

Especialmente considerando que Sarah era realmente de Ruswarp, donde se habían descubierto los restos.

Incluso sin evidencia física, parecía cada vez más probable que los instintos de Frank fueran correctos.

Había estado trabajando rápidamente, organizando metódicamente los hechos en pulcras columnas y puntos. Pero ahora, se había topado con un muro infranqueable, y sus preocupaciones personales comenzaban a infiltrarse.

La fría nariz de Rylan presionó contra su mano. Tras mirar sus preocupados ojos marrones, hundió los dedos en el pelaje justo detrás de sus orejas. —Lo sé...

La propuesta de matrimonio había estado en su mente como una ecuación compleja esperando ser resuelta, exigiendo una cuidadosa consideración.

—Ya tengo una idea de cómo abordarlo.

Rylan ladeó la cabeza, animándola a continuar.

Abrió un nuevo documento, los dedos suspendidos sobre las teclas.

—Soy consciente de que el matrimonio trata sobre el amor, Rylan, pero si descuido las consideraciones prácticas, entonces, ¿qué? Sabes que esto es importante.

La cola del labrador golpeó una vez contra el suelo.

Asintió y sus dedos comenzaron a moverse:

CONSIDERACIONES MATRIMONIALES - BORRADOR INICIAL

1. Disposiciones de convivencia

Mantener la ubicación para dormir de Rylan (lado izquierdo de la cama)

Horas de silencio designadas para trabajo (de 02:00 a 06:00 deben permanecer sin interrupciones)

Los requisitos de espacio personal deben satisfacerse cuando los familiares de Tom visiten (mínimo medio metro, y visitas limitadas a una vez al año)

Hizo una pausa y movió los dedos por el pelaje de Rylan, encontrando consuelo en la textura familiar.

Él la acarició con el hocico y ella continuó escribiendo.

Ya había determinado que cada punto era una salvaguarda, una forma de mantener el orden en lo que fácilmente podría convertirse en caos.

Le llevó un tiempo gestionar el punto «3. Finanzas». Los números eran reconfortantes, cosas concretas y medibles que podía controlar. Pero se dio cuenta de que era necesario mantener cuentas separadas; demasiada difuminación de sus identidades sería desorientadora. Una cuenta conjunta estaba bien para emergencias, pero debían estar igualmente equilibradas según los salarios.

Rascó detrás de las orejas de Rylan, y sus dedos vibraron cuando él emitió un gruñido de placer.

Añadió un par más a su lista.

Si alguno de ellos llegaba tarde al trabajo, debería hacer todo lo posible por comer de camino a casa para evitar interrumpir la hora de la comida de los demás. También documentó sus horarios preferidos para yoga y caminatas enérgicas.

Rylan se acercó más, apoyando la cabeza en su regazo.

No pasó mucho tiempo antes de que llegara al punto 7.

7. Protocolo de vacaciones

- Retiro individual de yoga tranquilo para Gerry dos veces al año
- Los arreglos para Rylan si compartieran vacaciones deben ser de cinco estrellas
- Las vacaciones, lejos de Rylan, se limitarán a cuatro días

La lista luego evolucionó rápidamente.

En el punto 80 —protocolos de programación del baño— suspiró, preocupada por haber apenas arañado la superficie. Y para el punto 105, niveles de ruido aceptables, se dio cuenta de que iba a necesitar mucho más tiempo que una tarde. En el punto 125 (conversaciones aceptables durante la cena), la verdadera complejidad del matrimonio se le hacía evidente, y la ansiedad comenzó a regresar...

El tono de su teléfono interrumpió su concentración. El nombre de Frank apareció en la pantalla. Contestó. —Hola.

—¿Qué tal?

—Ocupada...

—¿Con...?

Echó un vistazo a su lista de consideraciones matrimoniales. Todavía no había compartido la noticia con Frank.

—Estoy planeando casarme.

El teléfono quedó en silencio por un momento.

—¿Señor?

—¿Eh? Repite eso... Lo siento, no es lo que esperaba. Pero ¿he oído bien? ¿Estás planeando casarte?

—Sí, señor.

—Bueno... vaya... planeando... ¿Tom lo sabe?

—Por supuesto, señor. Él me lo propuso anoche.

—Claro que lo hizo. ¿Y ya estás planeando el gran día? Bueno, supongo que es bastante emocionante...

—No, señor... no estoy planeando la boda, estoy planeando el matrimonio. —Miró el cursor parpadear junto al punto 126 de su lista. Era larga y se alargaría más—. De hecho, puede que esté haciendo esto para decidir si realmente seguir adelante.

Oyó a Frank tomar aire profundamente. —Vale. Entiendo. Bueno, felicidades... tal vez... probablemente solo necesites algo de tiempo para procesarlo.

Utilizó el deslizador del ratón para recorrer unas diez páginas. Eso era quedarse corto.

—¿Qué hay en el plan? —preguntó Frank.

—Solo lo básico por el momento.

—¿Como qué? Dame un ejemplo —insistió Frank.

—¿Interrupción del sueño?

—Solo duermes cuatro horas por noche. Ya interrumpes tu propio sueño.

—Es lo óptimo... para mí.

—Eso es un poco inútil de todos modos. Creo que aún puedes encajar cuatro horas cuando estés casada.

—Cierto. —La lógica de su afirmación asentó algo en su mente—. Quizás estoy siendo demasiado minuciosa. ¿Señor?

—¿Sí?

—Sabes que las estadísticas matrimoniales no son buenas.

Él resopló. —Ignóralas. Lo mejor que he hecho en mi vida, Gerry. Las estadísticas no significan nada.

—Pero Mary tuvo una aventura... —Se interrumpió y se llevó la mano a la boca. Era impulsiva y a menudo irreflexiva, pero debería haber atrapado esa a tiempo.

Silencio.

—Lo siento, señor.

Seguía en silencio.

—Señor... yo...

La interrumpió con un suspiro. —Déjalo, Gerry. Un relámpago de verdad nunca ha hecho daño a nadie. Mira, la aventura fue culpa mía. Pero quizás tengas razón; ten en cuenta tus estadísticas.

Gerry no entendía cómo podía ser culpa suya cuando él no era la persona que realmente había engañado, pero esta vez sí se tapó la boca rápidamente.

Frank debió de oír su propio amargura, porque su tono cambió repentinamente. —En realidad, ¡olvida eso! Nunca nos habríamos separado, Gerry. Nunca. Lo habría arreglado. Desafiamos esas estadísticas, y mi consejo: desafíalas tú también, si decides decir que sí.

—¿Cuál era el motivo de su llamada, señor?

—Grandes noticias. Nasreen está confinada en casa, pero no todo está perdido... Helen ha llegado al laboratorio. Ese pin que recuperamos... lo ha limpiado. Era un pin por alcanzar el primer puesto en el Campeonato de campo a través a caballo de Yorkshire Dales en 1984. Echa un vistazo a los ganadores anteriores.

Las manos de Gerry volaron sobre el teclado. Encontró el sitio web de la competición y se desplazó por la lista de ganadores anteriores.

1984. Sarah Matthews.

—Tenías razón, Frank.

—Un momento de orgullo para la chica, imagino. Habría tenido diecisiete años. Entiendo por qué seguía llevando ese pin. ¿Qué tienes para mí?

Le informó sobre todo el historial de Sarah. Educación, familia, historial laboral... hasta su novio rebelde y su eventual desaparición. Luego, discutieron la investigación, que había sido demasiado breve para el gusto de Frank.

—Gran parte de la investigación giró en torno a las declaraciones de Malcolm Hargreaves como testigo, y sus inconsistencias. El oficial investigador original señaló que Malcolm Hargreaves cambió su historia sobre la hora en que realmente vio a Sarah tres veces durante el interrogatorio inicial, aunque se mantuvo constante en lo del Fiesta rojo.

—Así que estaba borracho como una cuba...

—También he compilado esa lista de otras víctimas potenciales para ti.

—¿Hiciste todo eso en una tarde corta?

—Sí, señor. —*Además de un borrador de mis consideraciones matrimoniales*, pensó, *aunque todavía se siente terriblemente incompleto*.

—Convocaré la reunión a las cinco y media... —Escuchó mientras él le proporcionaba detalles de lo que necesitaba que ella explicara. Luego, le indicó los siguientes pasos que él consideraba apropiados —. ¿Te parece bien?

—Sí.

Él no sabía por qué se molestaba en preguntar; ella le haría saber si no estaba de acuerdo con algo.

—De acuerdo... te veré en Zoom. Te dejo con tu documento matrimonial.

—¿Crees que es una mala idea?

—No te mentiré, me sorprendió, pero luego, no te conocía como te conozco ahora. Y si hay algo que he aprendido durante este último año es que tu enfoque excesivamente metódico —incluso haciendo listas como esta— generalmente te lleva al enfoque correcto.

—¿Cuál es?

Hizo una pausa. —Estoy seguro de que lo descubrirás, como siempre haces.

21

A PESAR DE SABER, en el fondo, que no podía descongelar a las personas en Zoom a base de fuerza bruta, Frank arremetió contra el lateral de su portátil de todos modos.

Cuando se trataba de tecnología, Frank tenía poca paciencia... y menos habilidad.

Le dio otro golpe, liberando más de su frustración.

Luego, se tomó un descanso para beber un vaso de agua, porque si liberara toda la frustración que Zoom le estaba causando, tendría que pagarle a su departamento un portátil nuevo.

Cuando regresó, Gerry ya no estaba congelada.

—Malditos aparatos —dijo.

Como Gerry miraba directamente a su portátil —y por lo tanto a la cámara— parecía estar mirándole fijamente. Se sentía como un contacto visual continuo y era inusual en Gerry. Supuso que probablemente lo había minimizado para evitar sentirse abrumada.

—No puedo oírte, Gerry.

—Porque no he dicho nada, señor. Solo estoy abriendo la sala de espera para poder dejar entrar a todos. ¿Ha actualizado su servicio de internet como le dije?

Recordó cómo ella le había estado insistiendo en hacerlo varias semanas atrás, junto con muchas otras cosas con las que le daba la lata. —¿A óptica fibro?

—Fibra óptica.

—Ah, sí. Fibro óptica. He enviado un correo como usted dijo. Pero estoy esperando que me devuelvan la llamada.

—Suelen ser rápidos para actualizar servicios y cobrar más.

Frank pensó en las innumerables llamadas sin respuesta de los últimos días —simplemente porque no reconocía el número. Y los innumerables mensajes de voz del proveedor, a quien había sido demasiado perezoso para devolver la llamada.

La pantalla se congeló de nuevo. Frank exhaló bruscamente. —Dame paciencia.

Lo cogió de la mesa de la cocina, lo llevó a la sala de estar y se sentó más cerca de la ventana. Eso pareció ayudar. También notó que el resto de su equipo ya estaba en el chat.

—¿Podéis oírme todos?

—Sí, señor. Podemos oírle y verle claramente —dijo Reggie—. Aunque el ángulo de su cámara sugiere que sostiene el portátil a una altura extraña. Quizás debería colocarlo sobre su escritorio.

—No puedo. El internet es una porquería. Parece funcionar mejor cerca de la ventana.

Gerry dijo: —No tiene nada que ver con estar cerca de la ventana. ¿Está más cerca de su router ahora?

—¿La cajita negra?

—Sí.

—Sí.

—Esa será la razón —dijo Gerry.

—Oh... —dijo, sintiendo que sus mejillas enrojecían. Se sentó en el sofá con el portátil sobre sus rodillas.

Fuera, la lluvia golpeaba contra las ventanas con creciente intensidad y ayudaría a lavar la nieve.

Bien. No quería estar encerrado allí mucho más tiempo.

Escaneó los rostros del *grupo peculiar*. Usaba ese apodo como término de cariño más que como crítica, pero nunca lo decía en voz alta, temiendo una reacción negativa.

Aparte de Gerry, que tenía un talento obsceno y era perseguida por todos los departamentos de North Yorkshire en estos días, Donald nunca pudo entender por qué Frank seguía solicitando a estos oficiales en particular para su equipo.

Pero era difícil no pedirlos cuando estaban en tan buena racha.

De nuevo, aparte de Gerry, puede que carecieran de grandes reputaciones o habilidades, pero su compasión era primordial —y en casos como este, donde los huesos estaban fríos y las vidas olvidadas, la pasión a menudo importaba más que el pulido.

Sin embargo, con este grupo, tenía que estar en guardia. Y una llamada de Zoom no era el mejor lugar para mantenerlos en el buen camino.

Incapaz de soportar ese maldito bigote, minimizó la imagen de Reggie. Hizo lo mismo con el agente Sean Groves, que estaba holgazaneando con un chándal. Sin embargo, dejó a la agente Sharon Miller, elegantemente vestida, ahí arriba. No podía entender por qué Sharon no tenía demanda. Podía ser feroz y con principios, y eso le gustaba. Sean, por otro lado, siempre parecía estar a cinco minutos de quedarse dormido. Pero, siempre que no tuviera que levantarse de su trasero, realmente podía dar la talla con la investigación. Clara, su analista de datos, era una incorporación más reciente, y el jurado aún estaba deliberando sobre ella, pero parecía lo suficientemente competente. Clara había elegido un fondo virtual que borraba su entorno, haciéndola parecer más un avatar generado por ordenador que una persona real.

Ese era el grupo peculiar.

Su grupo peculiar.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar la expresión arrogante de Donald Oxley cuando se los asignó a Frank por primera vez —pretendido como castigo, entregado como un regalo. Claramente no se había dado cuenta de que le estaba dando a Frank exactamente lo que necesitaba: personas con algo que demostrar.

—Bueno entonces —comenzó Frank—, vamos a ponernos manos a la obra. Gerry, si fuera tan amable. Sarah Matthews.

Sarah Matthews les sonreía desde la foto, vestida con un pulcro uniforme de enfermería. Su pelo rubio ceniza estaba recogido pulcramente, sus ojos brillaban con determinación.

El pecho de Frank se tensó al recordar su esqueleto en una posición fetal apretada, brazos y piernas acercados al torso en una pose antinatural.

—Sarah tenía veintidós años cuando desapareció el 12 de octubre de 1989 —dijo Gerry—. Era estudiante de enfermería pediátrica, y esta es una fotografía tomada en enero de 1989 durante su única práctica de enfermería con la doctora Hannah Wright, una psiquiatra infantil. La consulta estaba situada justo más allá de Ruswarp, una granja rodeada de campos abiertos.

—Dejad que eso cale —dijo Frank—. Una enfermera pediátrica que quería ayudar a los niños, ayudó a niños, supongo. Ya hemos escuchado algunas negatividades sobre Sarah, pero esto me sugiere que era una fuerza para el bien.

El tono de Gerry transmitía su habitual certeza analítica mientras repasaba la información. —A pesar de los importantes problemas de comportamiento en su juventud, Sarah completó con éxito sus niveles en Riverside College entre 1983 y 1985, y luego obtuvo un título de enfermería en Middlesbrough durante los tres años siguientes. Así que comenzó a trabajar para la doctora Hannah Wright cuando su curso terminó en 1988.

Frank se acercó a la imagen de Sarah en su pantalla y esperaba que su equipo estuviera haciendo lo mismo. No solo viendo a otra mujer, sino una vida interrumpida, una historia sin terminar. —Esta versión de Sarah es importante —dijo—. Recordadla. Esto es en lo que Sarah se convirtió, no en lo que la gente sugiere que era de joven. Intentó hacer algo de sí misma. Ayudar a otros. Cinco años de educación intensa antes de registrarse como enfermera para ayudar a niños, y obtener unas prácticas con una doctora de renombre. E incluso antes de eso, tenemos algo positivo... ¿Gerry?

Gerry pasó a una serie de fotografías anteriores: Sarah a caballo, radiante de orgullo, sosteniendo varias cintas. Había una imagen de ella sosteniendo el trofeo por el primer lugar en el Campeonato de Cross Country de Yorkshire Dales en 1984. Frank describió el pin que se había encontrado cerca de los restos. —Así que, una gran afición a la equitación marcó los años de adolescencia de Sarah. Antes de esto, hay informes de importantes desafíos de comportamiento durante su tiempo en la escuela secundaria.

—Habiendo leído estos informes —interrumpió Gerry—, se habría beneficiado de una mayor investigación sobre neurodivergencia.

—Desafortunadamente —dijo Frank—, tales investigaciones eran una rareza en aquel entonces. Especialmente para las niñas cuyos problemas eran descartados como mera rebeldía.

Notó que Gerry acariciaba a Ryan. Claramente estaba sintiendo descontento por el fracaso del sistema en reconocer las posibles necesidades de Sarah.

—Sí —dijo Gerry—. Cualquier diagnóstico era raro para las niñas que mostraban un comportamiento "difícil". Aun así, a los catorce, en 1981, la doctora Hannah Wright, durante algunas observaciones rutinarias en la escuela local, la había notado luchando. Hannah se ofreció a ayudarla.

—¿Hannah? ¿Esta es la doctora para la que Sarah trabajó después de formarse como enfermera? —preguntó Reggie.

—Sí —dijo Gerry—. También fue Hannah quien financió el curso universitario en Middlesbrough, con la condición de que volviera a hacer sus prácticas con ella.

—Volveremos a las prácticas —dijo Frank—. No nos adelantemos demasiado. Gerry, háblanos del tratamiento, por favor.

—Los enfoques de Hannah Wright eran poco convencionales en esa época —dijo Gerry—. Pero en realidad no son tan controvertidos. De hecho, hoy en día, tales recomendaciones de los psiquiatras son habituales. Ella realmente promovía el valor terapéutico de las actividades naturales como caminar al aire libre, correr, cuidar de un perro y, en el caso de Sarah, la equitación. Muchas de estas ideas y terapias están en juego hoy, con la atención plena y demás. Y parecía muy hábil en la equitación... poseyendo un talento natural —añadió Gerry, mostrando los resultados de las competiciones—. Como señalamos, Sarah ganó el primer lugar en el Campeonato de Cross Country de Yorkshire Dales en 1984, y su profesora en Meadowside, Sylvia Winters, la había considerado notable, según sus hijas, Chelsea y Lorraine Winters, que ahora dirigen la escuela.

—Sin embargo —continuó Gerry—, antes de este período más feliz de su vida, experimentó gran turbulencia, que pareció alcanzar su punto máximo cuando tenía trece años y comenzó una relación sexual con un chico.

Frank suspiró. *Una historia tan antigua como el tiempo*. Su mente divagó brevemente hacia Maddie y sus propios problemáticos años adolescentes.

—Tommy Reid tenía dieciséis años. Otro niño con problemas de comportamiento. Pasaba más tiempo fuera de la escuela que dentro. Cuando el padre de Sarah, Rory Matthews, los descubrió en la cama juntos en 1980, agredió gravemente a Tommy. Lo condenaron a una larga pena de prisión.

—Jesús —dijo Reggie—. ¿Cárcel? Su hija tenía trece años... Quiero decir, ¿quién no se pondría furioso?

—Agredir a alguien va contra la ley —dijo Gerry—. Sea cual sea el motivo.

Frank amplió la ventana de vídeo de Reggie y lo vio acariciarse el bigote, sumido en sus pensamientos. —Aun así... siento cierta simpatía...

—Reggie —interrumpió Frank. Su voz llevaba el tono cortante que su equipo sabía que no admitía discusión—. Gravemente... esa es la palabra clave aquí. Esto no fue una bofetada. Un moratón en el brazo para que entrara en razón. Esto fue un cráneo fracturado, coma y un baile con la muerte.

—De acuerdo —asintió Reggie, palideciendo.

Los métodos de aclaración de Frank no siempre eran suaves, pero eran efectivos.

Sin embargo, inmediatamente se sintió un poco culpable. Si hubiera sido Maddie, ¿habría hecho lo mismo?

Le gustaría pensar que se hubiera detenido en un golpe de advertencia, pero honestamente, ¿podría descartarlo?

—Bueno, supongo que aprendió a mantener las manos quietas —dijo Reggie.

—Aprendió poco —dijo Frank—. Alguien lo asesinó en la cárcel. Una pelea en la cantina. Se golpeó la cabeza contra una mesa.

—Dios mío —murmuró Reggie.

—El idiota atacó a un funcionario de prisiones —añadió Frank, antes de que Reggie pudiera empezar a presentar a Rory como una especie de héroe trágico—. Eso fue lo que inició la pelea. Otro preso lo liquidó. Todo esto, al menos, puso fin a la relación con Tommy.

Gerry continuó: —Fue en ese momento cuando la doctora Hannah Wright se acercó y ofreció ayudar a Sarah. Había leído sobre el caso en el periódico. Al ir a la escuela, la doctora Hannah Wright vio la desafección de Sarah y posteriormente se acercó a su madre, Margaret, para ofrecer ayuda. Era claramente muy rica y creía en el potencial de Sarah. No solo pagó por la equitación, sino que también, como se mencionó antes, financió su educación universitaria, con la condición de que Sarah volviera a trabajar para ella.

Frank se inclinó hacia adelante, su rostro dominando la pantalla mientras la lluvia golpeaba con más fuerza contra la ventana. —Pero las cosas volvieron a ir mal en 1989 cuando reanudó su relación con Tommy Reid.

—Dios mío —dijo Reggie—. ¿Por qué?

—Amor, supongo —dijo Frank—. En ese momento tenía un trabajo. Mecánico. Un poco más de estabilidad. Él tenía veinticuatro, ella veintiuno, supongo que la diferencia de edad ya no parecía tan controvertida. De hecho, se fue a vivir con él y su madre. Por lo que sabemos de la investigación de personas desaparecidas a finales de 1989, a Hannah no le agradó mucho que la enfermera que había rescatado, formado y dado trabajo se fuera a vivir con Tommy. Sarah dejó de trabajar con Hannah en marzo de 1989.

—¿La despidió? —preguntó Sharon. Era la primera vez que hablaba, y se podía oír la indignación en su voz.

—Bueno, la puso de baja... aunque habría sido bienvenida a volver si la relación terminaba.

—¡Suena como chantaje! —dijo Sharon—. ¿En qué mundo se permite eso?

—En el nuestro, al parecer. Aunque nada de esto estuvo nunca por escrito, por supuesto... —dijo Frank—. Suena más como una discusión que escaló hasta que Sarah se marchó con la bendición de Hannah. Dijo que le mantendría el puesto abierto si entraba en razón.

—Tirando su vida por la borda por un idiota —dijo Reggie.

—¡Bueno, nadie debería ser chantajeado! —dijo Sharon—. ¡Es indignante!

—Sí —dijo Frank—. Estoy de acuerdo con ambos. Tommy Reid ha tenido problemas bastantes veces. No parece del tipo que respeta la ley. Moraleja... cuidado con los desgraciados... hay muchos por ahí, y pueden arruinar tu vida. Gerry, ¿podemos ver la línea de tiempo del día que desapareció, por favor?

Apareció otra diapositiva y Frank la repasó. —Tommy Reid afirmó que Sarah salió de la casa de su madre el jueves 12 de octubre de 1989, tras una discusión. Aparentemente, estaba molesta porque él había llegado tarde al trabajo varias veces esa semana, y amenazaban con despedirlo. Esto, por supuesto, le preocupaba, ya que el dinero sería escaso mientras ella no estuviera trabajando.

—Malcolm Hargreaves luego vio a Sarah fuera del Bridge Inn en Ruswarp. Dijo que subió a un Fiesta rojo. Desafortunadamente, la línea de tiempo de Malcolm Hargreaves fue inconsistente en tres entrevistas separadas. Al principio, dijo que la vio alrededor de las 8:15 p.m. La siguiente vez, lo cambió a las 8:45, y en la tercera ocasión, lo bajó a las 7:45. También informó que el conductor era un hombre mayor en dos ocasiones, pero en una ocasión, ¡dijo que ni siquiera lo había visto claramente! Ahora, la policía nunca llegó al fondo de quién conducía el Fiesta rojo, o si incluso existía porque, como probablemente podáis deducir, Malcolm no era el testigo más fiable. Borracho como una cuba la mayor parte del tiempo, aparentemente. Gerry, ¿te gustaría continuar?

—La investigación se inclinó fuertemente hacia el descarriado Tommy Reid. Pero la madre de Tommy, Honey, lo respaldó y proporcionó una coartada. Recientemente había tenido una operación y estaba postrada en cama. Él la estaba ayudando tanto como podía. De hecho, esa acabó siendo la razón por la que había llegado tarde al trabajo frecuentemente durante las últimas semanas. Cuando Sarah se marchó enfadada, había mencionado quedar con un amigo para tomar algo, pero nunca dijo quién, y ningún amigo se presentó, y todos sus amigos conocidos negaron cualquier reunión planeada.

—Así que los investigadores fueron duros con Tommy —interrumpió Frank—. Pero les costó romper esta coartada.

Apareció una mano amarilla en el recuadro de Clara, indicando que quería hacer una pregunta.

—¿Clara?

—Estoy encontrando declaraciones de testigos sobre un hombre mayor —dijo Clara, sus ojos oscuros intensos detrás de sus gafas.

—Sí —asintió Frank—. Nosotros también las tenemos.

Gerry dijo: —Hubo tres avistamientos separados de Sarah con un hombre mayor en días recientes. Uno en el Pannett Park, otro en el aparcamiento de Church Street. También hubo un informe de un hombre mayor que venía a verla a Meadowside varias veces. Pero todas estas descripciones dadas durante la investigación variaron tanto que no pudieron generar un retrato robot útil. Al final, no llegaron a nada.

—Bien... Gerry y yo hemos charlado extensamente, y mañana —continuó Frank—, si el tiempo lo permite, entrevistaremos a la madre de Sarah, Margaret Matthews. Todavía vive en Ruswarp. Tiene casi ochenta años. —Hizo una pausa, con expresión grave.

—Dios mío —dijo Reggie.

—Sí, lo sé —dijo Frank—. Así que, con suerte, para entonces, tendremos alguna confirmación de Nasreen respecto a los registros dentales y médicos. Mirad, estoy seguro al 99 por ciento, pero siempre es bueno tener absoluta claridad.

—Reggie y Sharon —continuó Frank—, me gustaría que entrevistaseis a Tommy Reid. Todavía vive con su madre, Honey, en Ruswarp.

—¿Todavía con su madre? —Las cejas de Reggie se elevaron—. ¿A su edad?

—Sí. Todavía bajo supervisión materna. Sacad vuestras propias conclusiones. Y ella también está cerca de los ochenta.

Escuchó a Sharon suspirando.

La mano amarilla de Sean apareció de nuevo en su ventana de vídeo. —¿Y la doctora Hannah Wright?

Frank sonrió. —Me alegra ver que estás atento, Sean. Iba a llegar a eso. Esta es para ti.

—¿Quiere que la entreviste? —No había mucha emoción en su voz.

—No hace falta que vayas a ninguna parte, Sean.

—¿Perdón? —Sonaba confundido.

—Murió el 2 de marzo de 1991 —confirmó Frank—. Hubo una explosión de gas en su casa, matándola a ella y a otro hombre. Un jardinero, Clive Morton. Según el informe, que solo he echado un vistazo, estaban cerca del lugar de la explosión, y se concluyó que Clive había estado tratando de encontrar la fuga.

—Jesús —dijo Reggie—. Probablemente habría sido mejor si se hubieran quedado fuera y hubieran contactado con alguien.

—Eso habría pensado uno. En mi breve vistazo, no parece haber nada sospechoso, pero ¿podrías echarle un vistazo más de cerca, Sean?

—Estaré encantado. —Sonaba entusiasmado esta vez.

—Y ya que estás en ello —añadió Frank—, la doctora Hannah Wright desarrolló métodos innovadores pero a veces controvertidos para tratar a niños problemáticos. Podría valer la pena que investigues cualquier otro paciente joven que trató alrededor del mismo período. ¿Hay alguna conexión allí, quizás? ¿Alguna queja que valga la pena investigar, etc.?

—Vale.

Frank tomó una respiración profunda. —Bien, nos reuniremos en persona mañana por la tarde después de nuestras tareas, a menos que el tiempo vuelva a las andadas, en cuyo caso podríamos volver a este maldito Zoom. Ah, una última cosa, Gerry, ¿podrías poner esa imagen de Sarah de nuevo, por favor? Gracias. Recordad, tened en cuenta lo que dije antes. Independientemente de lo que cualquiera diga sobre Sarah Matthews, era alguien que luchó contra sus dificultades para construir una vida ayudando a otros. Podéis reorientaros con eso en cualquier momento porque es la verdad. Si eso no funciona para vosotros, solo recordad que era la hija de alguien, la futura madre de alguien. Pensad en dónde la dejaron y cómo la dejaron.

Puso la pantalla en modo galería para poder ver todos sus rostros: Reggie con su ridículo bigote, Sharon, Sean, Gerry y Clara.

Su grupo peculiar.

—Hagamos lo correcto por ella.

Después de que se desconectaron, Frank se recostó, observando la lluvia. Deseaba que siguiera cayendo, que lavara la nieve —y tal vez, solo tal vez, revelara la verdad oculta en la oscuridad del pasado.

22

La presencia de Tom en el sofá sorprendió a Gerry cuando salió del baño. Esperaba que él siguiera en la cocina.

Su rutina nocturna era precisa: primero los platos, después la televisión.

Con una inquietud que le erizaba la piel, echó un vistazo a la cocina y vio que ya había terminado rápidamente con los platos; el lavavajillas estaba funcionando.

Se sentó junto a él y notó que estaba viendo un documental de naturaleza sobre pingüinos. Esperó un par de minutos a que comenzara a explicarle los rituales de apareamiento y los patrones migratorios. A Tom le encantaba compartir datos que ella ya conocía. Así que siempre había fingido aprender por el bien de él.

Cuando la explicación no llegó, lo observó y vio que estaba bastante pálido.

Su rígida inmovilidad era inusual.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No. —Señaló el televisor—. Solo estoy viendo.

Rylan se acercó. Se detuvo entre las piernas de los dos ocupantes del sofá, mirando a ambos lados, indeciso sobre a quién prestar atención.

—¿Quieres contarme lo que me he perdido? —Señaló el televisor.

—Ya lo has visto antes. —Suspiró—. Y de todos modos ya lo sabes todo.

Rylan eligió la rodilla de Tom y apoyó allí su cabeza. Tom no acarició al labrador.

Gerry examinó la habitación y se fijó en su portátil abierto sobre la mesa de café. La pantalla se había oscurecido. Una fría comprensión se apoderó de ella.

No tenía activado el bloqueo de pantalla.

Lo miró de nuevo. Su palidez era la de alguien que acababa de recibir un sobresalto. Había visto el documento sobre consideraciones matrimoniales.

Notando la tensión que crepitaba entre ellos, el labrador optó por alejarse.

—Has visto lo que había en mi portátil.

Tom se levantó bruscamente, un movimiento lo bastante brusco como para hacer que las orejas de Rylan se irguieran.

—Me voy a la cama.

—Aún es temprano... —Demasiado temprano. Tenían una rutina.

—Pero estoy cansado.

Ella asintió.

—Sería agradable ver la televisión juntos, o podríamos pausarla y hablar antes sobre lo que has visto.

—¿Y luego, después, podríamos subir y tener sexo?

Gerry podía oír la amargura en la voz de Tom.

—Así es como suelen ir las cosas, ¿no? —continuó Tom.

Ella frunció el ceño.

—¿No estás contento? Pensaba que te gustaba esta rutina.

Él se giró.

—A veces, pero también estaría bien algo de espontaneidad, de vez en cuando.

Gerry arrugó la frente.

—Es la primera vez que lo mencionas.

—Vale... ¿eso lo hace menos importante?

—No, pero tienes que mencionarlo para que pueda ser considerado. ¿Hablamos?

—Estoy demasiado molesto.

Al menos ahora lo había admitido.

—Es irracional estar molesto cuando no has expresado una preocupación —dijo Gerry.

—Por el amor de Dios, no todo necesita ser analizado, Gerry. — Su voz llevaba un tono cortante que nunca antes había escuchado en él.

—¿Hablamos mañana entonces?

—Quizás. Sabes que a veces otras personas también necesitan espacio, no solo tú.

—Acepto eso.

Pareció considerar esto por un momento, luego sacudió la cabeza como si hubiera llegado a una decisión completamente diferente.

—Bien. Entonces entenderás por qué me voy a casa.

Ella lo observó recoger su abrigo, arrancándolo del gancho con fuerza deliberada, cada movimiento exagerado y brusco; el tipo de exhibición teatral diseñada para enfatizar su dolor y decepción.

Después de que se marchara, ella se sentó frente a su portátil.

Era desafortunado, pero él habría tenido que verlo eventualmente, de todos modos... aunque quizás no en su primer borrador.

Consideró el punto que él había intentado señalar sobre su rutina.

¿Quizás había algo de lógica en lo que decía?

Añadió un punto al documento.

126. Algo de planificación de comportamiento espontáneo.

Se detuvo. La contradicción entre "planificación" y "espontáneo" la hizo sentirse inquieta.

Borró "planificación de", para que simplemente dijera:

126. Algo de comportamiento espontáneo.

Luego añadió:

(A discutir con Tom cuando se restaure el equilibrio emocional.)

Estaba a punto de cerrar el portátil cuando pensó en algo más.

127. Se requiere completa honestidad.

Añadió un par de notas, que incluían:

No leer documentos privados sin permiso explícito.

Rylan se acercó y apoyó su cabeza en su pierna. Luego pasó la siguiente hora concentrada en el documental, intentando imponer orden en un mundo que de repente se sentía cualquier cosa menos ordenado.

23

FRANK SE SENTÓ en la cama de Maddie, mirando fijamente su armario.

¿Por qué había regresado seis semanas antes?

Se puso de pie, abrió el armario y miró hacia el espacio vacío en el suelo junto a un montón de zapatillas deportivas desgastadas y zapatos viejos. El hueco donde había estado la mochila se burlaba de él. No habría hecho todo ese esfuerzo para colarse solo por una mochila. Debía haber algo de gran importancia dentro.

Y esto era lo que realmente molestaba a Frank.

Después de que ella desapareciera meses atrás, él había revisado todo, incluida esa bolsa, una y otra vez.

Estaba vacía, o al menos, podría haber jurado que estaba vacía.

¿Habría pasado por alto algo obvio? ¿Algo que podría haberle llevado a donde quiera que ella estuviera?

¿Un compartimento secreto, quizás, que no hubiera notado? ¿O un corte discreto en el forro? ¿Algo ligero, tal vez, un documento, escondido secretamente en su interior?

No podía haber sido heroína. Ella había pasado el síndrome de abstinencia en esta maldita habitación... ¡Nadie hace eso en presencia de una bolsa de heroína!

Gimió. *Eres un idiota, Frank Black, deberías haber sido más diligente.*

Podría haber habido algo significativo sobre su paradero.

A pesar de saber que era inútil, había registrado el resto de sus pertenencias todos los días desde entonces.

Tampoco había cambiado la cerradura de la puerta principal. Esta también era su casa. Si alguna vez regresaba, quería que lo supiera, y que no se alejara asqueada para desaparecer de nuevo.

Entonces, sus ojos se desviaron hacia una fotografía en la mesita de noche: los tres juntos. Las huellas dactilares manchaban el cristal por el constante manoseo. En la imagen, Maddie tenía doce años. Todavía tenía esa mirada de inocencia en sus ojos antes de haberse descarrilado.

Contempló a Mary. —¿Por qué volvió, cariño? ¿Qué se me ha escapado?

Frank se pasó las manos por la cara, mientras el agotamiento se asentaba en sus huesos. Se dio cuenta de que había pasado casi una semana desde la última vez que visitó la tumba de Mary; el clima lo había disuadido. Pero ahora, el impulso de estar junto a su lápida, de desahogar sus miedos y dudas, era abrumador.

Pero no podía ir. Las carreteras seguían siendo peligrosas. Bertha, en sus años dorados, no tendría ninguna posibilidad.

Miró su teléfono. *Nada*. Había esperado un mensaje de Evelyn.

Su estancia en el hospital le preocupaba, y sentía el impulso de llamarla, de comprobar cómo estaba, pero no quería arriesgarse a irritar a Janet, quien había hecho bien en informarle de lo que había sucedido.

Janet había solicitado tiempo para que su madre descansara, y era mejor que respetara eso.

La inquietud le llevó hasta la nevera. Esta zumbaba mientras la abría. Contempló con tristeza los espacios vacíos donde antes había botellas de cerveza, y luego cogió una botella de Perrier, maldita agua con gas carísima. Solo la había comprado porque la botella parecía bonita y no había querido parecer un completo tacaño ante Evelyn.

Aunque, la verdad es que estaba bastante boyante estos días, con el dinero que ahorraba al no beber en el pub.

Fue a la sala de estar y miró por la ventana.

Recordó el Ford Cortina que le había estado acechando un par de meses atrás. Resultó ser un desgraciado que llevaba a Maddie de un

lado a otro, esperando su ausencia. Realmente esperaba que volvieran.

El Cortina le hizo pensar en aquel Fiesta rojo, y su mente volvió a Sarah Matthews.

Quiero conocer a la verdadera Sarah.

Ahora mismo, esperaba que la mayor parte de lo que había dicho el testigo borracho, Malcolm Hargreaves, fuera cierto.

Porque a fin de cuentas, eso era todo lo que Frank y su equipo realmente tenían.

Todo lo que tenía para evitar que Sarah fuera completamente olvidada.

En algún lugar, alguien guardaba algo más que simples recuerdos. La verdad de cómo acabó en esa desagradable tumba de madera.

Alguien, quizás, que conducía un Fiesta rojo, o al menos sabía quién lo conducía el 12 de octubre de 1989, cuando Sarah Matthews desapareció para siempre en la historia.

24

Stephen Walker permaneció vigilante mientras conducía a su hija al Riverside College. El aguacero de anoche había desplazado mucha nieve, pero montones de nieve sucia salpicaban los bordes de las carreteras. También había una densa niebla aferrada a la mañana.

A pesar de todo, la gente volvía a salir, continuando con sus vidas.

Era Navidad, después de todo.

Detuvo su Mercedes GLS cerca de las puertas de entrada y miró hacia su antiguo colegio, intentando no dejarse llevar por la nostalgia. Aun así, había ejercido una excelente dirección allí, una que le había valido la condecoración OBE por sus servicios a la educación. Era muy difícil no perderse en aquellos maravillosos recuerdos.

Sonrió a Christie en el asiento del copiloto. —¿Quieres que te acompañe?

—Ya hemos hablado de esto, papá...

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Lo prometiste. ¿Recuerdas?

—¿Recuerdas? —Frunció el ceño—. Yo...

—¡Deja de tomarme el pelo!

—Es la costumbre, florecilla —le guiñó un ojo—. Es tu primer día de colegio, después de todo.

—Como adulta... no como una niña de once años...

—¿Has olvidado que te llevé al instituto a los dieciséis?

—¿Cómo podría? Me lo recuerdas periódicamente.

Stephen se rio. Sintió un momento de auténtica satisfacción. Christie siempre tenía una manera de sacar eso de él. Incluso en estos días más oscuros, mientras Caroline se alejaba de él.

Contempló con anhelo los edificios victorianos.

Aun así, habría sido agradable entrar allí de nuevo...

Pero Christie, ciertamente, había dejado muy claros sus sentimientos sobre esto. "Me robarás el protagonismo".

—¡Doce años! Los más jóvenes de ese lugar no sabrán quién soy, y los mayores me habrán olvidado hace tiempo.

Recordó cómo Christie había puesto los ojos en blanco.

Las protestas de Stephen habían terminado ahí, por supuesto. Esto nunca había sido sobre él. Siempre había sido sobre su más preciada florecilla.

Ella se bajó del coche.

La observó a través del parabrisas. Se parecía tanto a su madre en aquellos tiempos. Con un gesto suave, se ajustó la falda.

Luego rodeó el vehículo y llamó a la ventanilla. Él la bajó. Ella se inclinó y le besó en la cabeza.

—Pensé que te habías olvidado —dijo Stephen.

—Te quiero, papá.

—Buena suerte, florecilla —dijo Stephen—. ¡Déjalos boquiabiertos!

Ella fue hasta el maletero y cogió su bolsa.

Observó a su hija atravesar las puertas del colegio. Le había prohibido salir del coche. ¡Como si legiones de admiradores pudieran abordarlo! «No soy el quinto Beatle, florecilla», había insistido anoche.

Aun así, se le daba mal cumplir promesas, así que salió del coche, se apoyó en el capó y la vio desaparecer por las puertas.

¡Casi esperaba que se girara y saludara, pillándole en su traición! Afortunadamente, no lo hizo. Estaba demasiado ocupada siendo absorbida por la corriente de su nueva carrera como profesora, y antes de que terminara el día, se vería arrastrada por las olas de un mundo sin aliento.

Era muy tentador dirigirse él mismo a las puertas...

Sus recientes sesiones de yoga habían hecho maravillas con sus articulaciones, y a los setenta y cinco años, se movía con la elegancia de un hombre mucho más joven. De hecho, pensó para sí mismo, podría atravesar esas puertas y tener todo ese lugar en perfectas condiciones antes de que acabara el día.

No es que hubiera oído que se había ido a pique, porque no era así. Pero no podía evitar suponer que no era tan bueno sin él al timón.

—¡Señor Walker!

Un joven de unos veintitantos, posiblemente rozando los treinta, corrió hacia ellos, su rostro abriéndose en una amplia sonrisa. —¡Señor Walker, señor! ¡No puedo creerlo!

Stephen sonrió. No tenía ni idea de quién era. Había habido tantas caras a lo largo de los años.

—Michael Barnes, señor. Promoción del 2008 —extendió la mano.

—Me alegro de verte, Michael —dijo Stephen, sintiendo que le reconocía—. ¿Vienes a dejar a algún pequeño?

—No, señor...

—Stephen, por favor.

—No, señor... perdón, Stephen. Trabajo aquí ahora. Profesor de Geografía. ¡Jefe del Departamento de Geografía, de hecho!

Un aleteo de orgullo se agitó en el pecho de Stephen; Geografía también había sido su especialidad. —¡Vaya, bien hecho, muchacho!

—Sí... fui inspirado por el mejor —le guiñó un ojo.

Stephen restó importancia al elogio, aunque lo atesoraba como un tesoro. —No digas tonterías. Una vocación honorable, Michael. Bien hecho.

—Mire, lo siento, tengo que irme corriendo, no quiero llegar tarde a primera hora, pero tenía que saludarle. ¡Sabía que estaría aquí! —volvió a guiñar el ojo—. ¡Todos están emocionados por la incorporación de su hija!

—Bueno, cuídala bien en su primer día, ¿quieres?

—¡A juzgar por lo que oí sobre la entrevista, ella nos estará cuidando a nosotros dentro de poco!

¡Esa es mi chica! El pensamiento vino con un orgullo feroz; Christie era todo lo que había deseado en una hija, todo lo que

había intentado moldear en otros.

Sonrió. —¡Suena a ella, desde luego! —Stephen estrechó la mano del joven—. Cuídate.

Observó a Michael correr hacia el edificio principal, su entusiasmo juvenil despertando recuerdos.

Respiró hondo, y de repente la nostalgia le abrumó. Dentro de aquel edificio, había encontrado una felicidad que nunca podría recrearse.

Recordó su álbum de fotos. Cassie... Sandy... Kayleigh... Sarah...

Las que habían susurrado palabras tan gloriosas.

Sus especiales.

Los sonidos familiares de un colegio despertando se colaron en su ensoñación: puertas de coches cerrándose y risas dispersas.

Cada sonido era otro eco de aquellos preciosos momentos en los que había sido el rey de este pequeño dominio.

Un elegante BMW frenó bruscamente detrás de su SUV. Considerando el tiempo, había ido demasiado rápido.

Un joven salió del coche y cruzó corriendo la calle hacia las puertas.

Se cruzó con la mirada de la conductora, que aún tenía el motor en marcha.

Su expresión pétrea le erizó la piel. Intentó sonreírle, pero eso no hizo nada para romper su mirada fija.

¿Quizás quería avanzar y él estaba en su camino?

Se deslizó junto a su Mercedes para volver a entrar...

Ella apagó el motor del BMW. Las luces del coche también se apagaron.

Con la mano en el tirador de su propia puerta, la miró.

Ya había dejado a su hijo, así que por qué...

La mujer, probablemente de unos cincuenta años y notablemente con sobrepeso para su estatura baja, salió del coche y se dirigió hacia él. Sus movimientos eran bruscos, con una energía apenas contenida. Algo en ella le resultaba familiar.

Respiró hondo.

—Buenos días, Stephen —dijo ella, sin que su rostro perdiera nada de su severidad.

Su voz despertó algo dentro de él. Algo incómodo. Intentó alejar esa sensación. —¿Nos conocemos?

—¿No me reconoces?

Abrió la boca para decirle que no. Después de todo, a juzgar por su edad, si era una ex-alumna, podrían haber pasado cuarenta años desde la última vez que la vio.

—Ya me lo imaginaba —siseó.

Ese tono de voz, lleno de amargura, intensificó la sensación de reconocimiento.

Un escalofrío le recorrió la columna.

Georgina Prince.

Se contuvo de decir su nombre.

No podía ser, ¿verdad?

Pero de repente todo en esta mujer le resultaba familiar.

Podía sentir cómo se le revolvía el estómago, y decidió que lo mejor era simplemente marcharse. —Lo siento, tengo setenta y cinco años y mi memoria no es lo que era —se apartó de su expresión hostil—. Si me disculpa. ¡Siento haberla ofendido! —Abrió la puerta.

—¿Por qué has vuelto aquí?

Ignorando la pregunta, se acomodó en su asiento.

—Claro... Christine Walker. En el horario de mi hijo. Inglés. Joder. No lo pensé. ¿Es familiar tuya... nieta?

—Hija —tiró del tirador de la puerta—. Tengo que irme.

—Soy yo, Georgina Prince —dijo ella, sujetando la puerta abierta.

Su pecho se estaba oprimiendo. La situación era inconcebible. —No sé quién es usted... ahora suelte mi puerta —la miró y realmente la reconoció ahora.

Ella le dedicó una amplia sonrisa.

Intentó cerrar la puerta, pero a pesar de su recién descubierta flexibilidad, ella le superaba en fuerza y parecía pesar considerablemente más que él.

—¿Sabe tu hija quién eres realmente?

—Suelta mi puerta.

—Su padre, un viejo pervertido —la amargura goteaba en cada palabra.

Arrancó el motor y adelantó ligeramente el SUV. —¡Suelta, o pisaré el acelerador y te arrancaré la mano!

Soltó la puerta. Él aprovechó la oportunidad para cerrarla de golpe.

Mientras se alejaba, miró por el retrovisor a Georgina observándole. Estaba de pie, inmóvil, mirando en su dirección. Se concentró en su respiración, como le había enseñado su instructor de yoga. Inspirar por la nariz, exhalar por la boca.

No ayudaba.

Pero, ¿cómo podría?

¡Era la primera vez que veía a Georgina Prince en cuarenta años!

25

Peter Watson examinó con los dedos el borde de la herida en la cabeza y se estremeció. Al menos se estaba formando una costra. Había sangrado hasta bien entrada la noche y probablemente habría necesitado algunos puntos.

Se giró de perfil frente al espejo del baño. ¡Menudo bulto!

Maldita puerta trasera. Jodido cartero.

¡Y qué típico que hubiera sobrevivido!

Muchos hombres de su edad habrían muerto con una caída así.

Me habría ahorrado la jodida molestia de hacerlo yo mismo. Qué mala suerte la mía. Volvió a colocarse el vendaje. *Bueno, crucemos los dedos para que tenga una hemorragia cerebral y una salida sorpresa antes de que termine la mañana...*

Su vendaje parecía atado por un niño pequeño. La cinta adhesiva se cruzaba en ángulos extraños, negándose a quedar plana. La visión del vendaje habría horrorizado a Donna. Su difunta esposa había sido enfermera de urgencias durante casi cuarenta años. Lo habría arreglado en segundos y luego lo habría arrastrado al hospital para hacerle una radiografía.

—Lo siento, Don, cariño, pero mejor ahorrarles la molestia a tus antiguos compañeros. Circunstancias imprevistas anoche, pero esta tarde será tan buen momento como cualquier otro.

Mientras se apartaba del espejo, recordó cómo había vuelto en sí en la nieve, con la cabeza palpitante, antes de tambalearse de regreso al interior. Casi vuelve a resbalar con el agua derramada del

cuenco volcado de Bryan y se dio cuenta de que alguien había aprovechado la oportunidad para entrar en su casa mientras estaba inconsciente. Así era la naturaleza de la zona. Algunos se inclinaban más por robarte que por ayudarte.

El cabrón no se había quedado mucho tiempo. No parecía que hubiera subido al piso de arriba, y las joyas de Don y otras cosas especiales seguían bajo la cama.

Parecía que solo les interesaba el Volvo. Habían cogido las llaves de la cocina y se habían marchado con él. No se había molestado en llamar a la policía. Era lo último que necesitaba. No tenía sentido tenerlos husmeando, potencialmente identificándolo como un suicida en potencia... obligándole a ir al hospital. *No, gracias.*

Se dirigió al salón y captó una mirada a la foto de Donna. —No te preocupes, cariño. Me siento bien —asintió hacia el cuenco de paracetamol—. Están aliviando las punzadas.

Un destello de movimiento atrajo su mirada hacia la ventana del salón. Notó una furgoneta de mudanzas aparcada dos puertas más abajo, junto al número 5, una de las viviendas sociales. Bloqueaba la mitad de la calle. Un maltrecho Vauxhall Corsa subió lentamente por la entrada.

Aquí vamos de nuevo. Otro jodido grupo de vagos para hundir el barrio.

¡El último grupo había sido una vergüenza! Cubos de basura desbordándose fuera, porquerías volando por la calle los días de viento... gritos y discusiones constantes.

Les había dicho una vez que al menos cerraran la puerta principal mientras estaban peleando.

¡Como si Jake, el vecino del número 7, con su música y su desfile de novias, no fuera ya suficiente!

Bueno, al menos no estaré por aquí para ver a otra familia pudrirse en la inmundicia.

Se dio la vuelta y fue a la cocina para prepararse una taza de té. La cabeza le latía con cada paso. Le había mentido a la foto de Donna; en realidad, los analgésicos no estaban funcionando.

¿Quizás debería ponerse manos a la obra ahora?

Aun así, siempre le preocupaba que la gente viniera durante el día, interrumpiéndolo, potencialmente llamando a alguien para sacarlo del abismo.

Mejor por la noche, cuando nadie venía nunca a llamar.

Solo los ladrones, pensó con un bufido.

Cuando regresó al salón con su té, la curiosidad lo atrajo de nuevo a la ventana. Los de la mudanza estaban metiendo pertenencias en el número 5.

Para su sorpresa, una mujer elegantemente vestida que parecía tener unos treinta y cinco años estaba conversando con una chica de unos quince, ambas vestidas con ropa pulcra que no habría desentonado en Marks & Spencer. La chica mecía a un bebé contra su hombro, sin duda su hermano menor.

Bueno, eso era un cambio respecto a la habitual chusma en chándal. Aunque, ¿de dónde sacaban el dinero para ropa bonita? Chupándole la sangre al contribuyente, sin duda.

Vio a un muchacho, probablemente el hermano mayor de la chica adolescente, despatarrado sobre el capó del Corsa, moviendo la cabeza al ritmo de cualquier estruendo que saliera de sus auriculares.

Ridículo. ¡Debería ponerse a ayudar con la mudanza!

Gracias a Dios que él se habría ido antes de que esta calle se convirtiera en un completo tugurio. Miró su reloj. Dos horas desde su última dosis de paracetamol.

¿Por qué demonios estaba calculando el tiempo? Su hígado pronto sería irrelevante. Sí, estaba en la lista de donantes, pero vamos, ¿quién querría el hígado de un hombre de setenta y cuatro años que había sido encurtido en alcohol?

Se sentó, terminó su té, cerró los ojos y se echó una siesta.

En sus sueños, las luces navideñas brillaban sobre su cabeza mientras caminaba por las calles nevadas de Whitby, tomado de la mano de Don...

El sonido de un motor acelerando lo despertó sobresaltado.

—¡Dios santo! —Se levantó y marchó hacia la ventana.

El Vauxhall Corsa bajó la calle a una velocidad increíble, su tubo de escape traqueteando como una ametralladora. La furgoneta de

reparto ya se había ido.

—Maldito lunático —las palabras se escaparon entre sus dientes apretados. Peter podría estar listo para abandonar este mundo mortal, pero que lo condenaran si permitía que algún pequeño capullo pusiera vidas en riesgo mientras él estuviera vigilando.

Se puso las botas y agarró su chaqueta.

Aunque la mayor parte de la nieve se había derretido, aún quedaban algunos trozos de hielo, así que miraba hacia abajo mientras caminaba. La cabeza le palpitaba con cada paso, y parecía que la segunda dosis no había sido suficiente. Tocó el timbre del número 5 con más fuerza de la necesaria.

La mujer de unos treinta y cinco años respondió, sosteniendo al bebé. Oscuras ojeras sombreaban sus ojos, y tenía esa mirada agobiada común en las madres primerizas. Llevaba una falda y blusa elegantes, más de oficinista que de aprovechada de las ayudas sociales, aunque, irónicamente, probablemente pagadas con prestaciones.

—Hola —dijo ella, suavemente—. ¿Puedo ayudarle?

Él asintió. —Sí... —Dio un paso atrás y la observó—. Ese chico suyo... —Señaló con el pulgar por encima de su hombro—. No puede conducir por aquí de esa manera.

Ella asintió.

—Como un maldito maníaco —dijo él, enfatizando su punto.

Ella asintió de nuevo. —Lo sé.

¿Lo sabes? pensó Peter. Alzó una ceja. —Entonces, ¿dígaselo?

Ella suspiró. —Se lo digo todo el tiempo. Y se lo volveré a decir cuando regrese a casa.

—¿Así que no está escuchando? —dijo Peter. Su tono era de incredulidad.

—Lo siento.

—No lo sienta —Peter negó con la cabeza—. Simplemente deténgalo.

—Lo intentaré.

—¿Intentar? Por el amor de Cristo, ¿intentar?

Ella asintió. —Sí... lo intentaré.

El bebé miró a Peter, se rió, y escupió su chupete.

Peter entrecerró los ojos.

—¿Está bien su cabeza? —preguntó ella.

Él se tambaleó un poco, sorprendido por la pregunta. —Sí... bien... sí... no se preocupe... —*Volvamos al tema, Peter*—. ¿Por qué no simplemente impide que su hijo conduzca el coche?

—No me corresponde a mí impedírselo —dijo ella.

—Usted es su madre.

—Sí, pero el padre de Reece se lo dejó cuando murió el año pasado.

Peter se tambaleó de nuevo. Sabía lo que era perder a los más cercanos. De repente sintió ese dolor familiar en su nueva vecina. Suavizó su tono. —Lamento oír eso.

—Gracias.

Pero quería una solución.

De repente le picó la frente debajo del vendaje. Estaba lejos de la herida, así que se acercó para rascarse. —Hay gente más joven y más mayor por aquí. Sería terrible si acabara teniendo un accidente. Tal vez... ¿quitarle las llaves a Reece por un tiempo?

La mujer sonrió.

—¿Algo gracioso? Yo...

—Sí... lo siento... ¿tiene usted hijos?

Él se estremeció. —No.

—Bueno, es que disciplinar a un chico de dieciocho años es como golpearme la cabeza contra un muro de ladrillos.

—Recuerdo a mi padre dándome con la zapatilla a los diecinueve porque llegué borracho y rompí un jarrón.

Ella se rió.

Al principio, entrecerró los ojos, molesto por que se rieran de él. No tenía intención de ser gracioso. Pero luego vio cómo podría haber sonado divertido. El mundo era un lugar muy diferente hoy en día, después de todo.

—¿Le gustaría que yo hablara con él?

Ella volvió a reírse.

—¿Por qué es eso gracioso?

—Bueno, realmente no creo que eso sirviera de mucho. Reece no responde bien a... ¿cómo lo diría... el enfoque directo?

Él asintió. —Bueno, hay que abordar el tema.

—De acuerdo, lo mencionaré, de nuevo, tan pronto como llegue a casa. Le diré que usted está molesto. Pero no puedo ser demasiado brusca. Simplemente se mudará y volverá a vivir con sus amigos.

Buen viaje, pensó Peter.

—Y eso no terminó muy bien la última vez —continuó ella—. Preferiría evitar eso. Soy Lucy, por cierto. Lucy Coombes —extendió su mano.

Peter infló sus mejillas. Parecía bastante decente, incluso si era blanda como la mantequilla con la disciplina. Le estrechó la mano. —Soy...

El bebé lo interrumpió con un repentino llanto. Lucy miró al bebé y luego llamó hacia la casa, —¡Mia! ¡Trae otro chupete!

Peter miró el chupete caído, apreciando el hecho de que no lo hubiera simplemente recogido y metido de nuevo en la boca del pobre crío. Había visto eso suceder muchas veces antes. Repugnante.

Dio un rápido asentimiento de aprobación y luego terminó de presentarse, alzando ligeramente la voz para que pudiera ser escuchado por encima del llanto. —Me llamo Peter... vivo en el número 9.

Ella asintió. —Encantada de conocerle, Peter. El primer vecino que conozco —sonrió.

—Es preciosa —dijo Peter, sonriendo a la niña que lloraba.

—Sophie —dijo Lucy.

Contempló la cara enrojecida de Sophie y tomó un respiro profundo y placentero. —Tan linda —sintió algo removerse dentro de él que resultaba bastante incómodo, y volvió su mirada hacia Lucy.

—¿Vive solo, Peter?

—No. Lo siento... sí... —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué es eso relevante?

—Solo me preguntaba a quién invitar a cenar cuando estemos instalados...

Él negó con la cabeza. —No... no... eso no será necesario.

Él no hacía amistades. *Además, para entonces ya habré desaparecido*, pensó.

La chica de unos quince años apareció al lado de Lucy, sosteniendo un chupete. Supuso que esta era Mia.

Lucy lo confirmó.

Mia lo miró de arriba abajo, le dio un asentimiento, dijo —Hola—, y luego deslizó un chupete en la boca de Sophie.

Los jóvenes de hoy, pensó. *Aunque, al menos dijo hola. La mayoría simplemente me miran como si estuviera desperdiciando el aire de su mundo antes de esquivarme.*

—Parecía que Sophie lo necesitaba —dijo Peter con una sonrisa.

Mia ahora le dio una mirada cautelosa que sugería que estaba desperdiciando el aire de su mundo.

Lo que sea, pensó. *Este no es mi mundo. Por suerte.*

Mia extendió sus brazos hacia su madre. —Sophie... ven con mamá.

Las palabras le golpearon como una segunda puerta de madera en la cabeza. Miró a Mia. —¿Tú eres la madre? —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, reconoció que probablemente no debería haberlas dicho. Al menos no con ese tono.

—Sí, ¿por qué? —Previsiblemente, su respuesta sonó abrasiva. Tomó a su hija.

Él miró disculpándose entre las tres. —Lo siento... yo... bueno, asumí...

—Sí, pues asumiste mal —siseó Mia, haciendo rebotar a Sophie arriba y abajo.

Peter sintió que sus mejillas ardían. —Es que parecías muy joven... lo siento.

—Tengo quince años.

Sí, muy joven, pensó. —Estoy seguro de que eres una excelente madre —dijo, tratando de suavizar las cosas.

—¿Eh? —siseó Mia.

—Mia —dijo Lucy, poniendo una mano en el hombro de su hija.

—¿Qué? —Mia miró a su madre con cara de tormenta—. ¿Quién es este viejo cascarrabias?

¡Viejo cascarrabias! Cristo, la cosa iba a peor.

—No seas grosera, Mia...

—¡Mamá! Está en nuestra puerta diciendo tonterías sobre Reece y sobre mí.

—No es así. Creo que muchas cosas se han sacado de contexto —dijo Lucy. Sonrió hacia él—. ¿No es así, Peter?

—Sí, pero... —realmente intentó contenerse. Después de todo, quizás había sobrepasado algunos límites, pero vamos... ¿cómo era aceptable llamarle viejo cascarrabias? Sintió un aumento de ira, suplantando cualquier vergüenza—. Tu hija ha sido bastante grosera. No debería hablarme así... ni a nadie... ¿Te habla a ti de esa manera?

Lucy, por primera vez, parecía nerviosa. —No —hinchó el pecho —. Solo a los entrometidos —dijo.

Peter dio un paso atrás. —Solo trataba de ayudar. Evitar que tu chico acabe estrellado contra una farola, o en la cárcel... —Agitó la mano—. Lo que sea. Feliz...

La puerta ya estaba cerrada antes de que pudiera terminar el sarcasmo.

Se alejó marchando, refunfuñando.

En serio, pensó. *¿Por qué me molesto?*

¿Es esto todo lo que obtienes por ser socialmente consciente? ¿Abusos?

Bueno, que todos estos vagos se las arreglen solos... ¡Se llevarán una sorpresa cuando ya no esté aquí y todo se vaya a la ruina!

La puerta del número 5 se abrió de repente detrás de él.

—¡Ayuda!

Lo hizo saltar, y se dio la vuelta.

—¡Ayuda! —Lucy estaba en la puerta sola, haciendo señas frenéticamente—. ¡Por favor, ayude!

26

Lewis White volvía a tener once años.

Sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra del salón. Papel de regalo esparcido a su alrededor. La nieve presionando contra las ventanas. Las luces parpadeantes del árbol de Navidad proyectando sombras de colores sobre el rostro de su madre.

Su piel estaba blanca como la leche, con oscuros círculos enmarcando sus ojos.

Sonriendo.

Dios, cómo se esforzaba por seguir sonriendo.

—Otro más, cariño —Elizabeth le pasó un paquete perfectamente envuelto. Sus manos temblaban ligeramente—. Este es especial. Es de Felix.

El nombre de su hermano le provocó una profunda punzada.

Casi preguntó cómo podía haberle comprado un regalo, pero ¿no era obvia la respuesta? Su madre era cómo.

Moriría antes de permitir que la presencia de Felix desapareciera por completo de aquella casa.

Lewis despegó el papel, revelando un kit de modelo de Ferrari rojo brillante. A Felix le encantaban estos, pasaba incontables horas en la mesa del comedor, ensamblando intrincados modelos con meticuloso cuidado.

¿Habría sido este regalo originalmente para Felix?

¿Comprado, e incluso envuelto, antes de que la meningitis se lo llevara?

—Gracias —dijo Lewis, mirando a su madre—. Lo montaré hoy.

Sus ojos se estaban llenando de lágrimas. Señaló con la cabeza hacia el último regalo, casi como si se apresurara a terminar antes de que su compostura se desmoronara.

Leyó la tarjeta.

Con cariño de Mamá y Papá xx

Se preguntó si su padre siquiera sabía lo que era mientras lo desenvolvía.

Una Nintendo Entertainment System.

El estómago de Lewis se contrajo.

Todavía podía ver los dos círculos alrededor del mismo artículo en el catálogo de Argos: el suyo con bolígrafo azul, el de Felix con negro. Un sueño compartido, ahora medio vacío.

—Gracias —Lewis lo dejó a un lado sin abrir la caja.

Su madre se arrodilló y lo abrazó. Esperó a que ella se derrumbara, a que sus lágrimas empaparan su hombro, como habían hecho muchas veces antes, pero cuando levantó la cabeza, todavía mantenía la compostura.

—Uno más —dijo ella, sonriendo—. Para tu hermano.

Juntos, desenvolvieron el regalo bajo el árbol dirigido a Felix.

Una camiseta del Middlesbrough FC.

Lewis sostuvo la tela entre sus dedos, mientras surgía un recuerdo. Su padre lo había llevado dos veces antes al Riverside y había prometido hacerlo de nuevo.

Por supuesto, eso nunca sucedería ahora.

El estridente timbre del teléfono cortó un silencio pesado. Su madre fue a la cocina para responder.

—¿John?

Aún sosteniendo el kit del Middlesbrough, Lewis intentó escuchar, pero la voz de su madre no se oía con claridad.

Cuando regresó a la habitación, enderezó los hombros como una armadura, con su frágil sonrisa fija en su lugar—. Tu padre quiere desearte feliz Navidad, cariño.

Fue a la cocina y tomó el auricular, presionándolo contra su oído, estirando el cable en espiral que lo conectaba al teléfono en la pared —. Hola, papá.

—¡Lewis! —retumbó la voz de John White—. Feliz Navidad, hijo.

—Feliz Navidad.

—¿Qué tal esa consola? No puedo esperar para echarle una partida contigo.

Cada palabra sonaba hueca. La felicidad de su madre había sonado forzada desde que Felix murió. ¿La de su padre? Siempre había sonado así.

Lewis pensó en la Nintendo sin abrir. Los sueños de dos hermanos reducidos a un regalo no deseado.

Ya no estaba realmente escuchando lo que su padre decía.

Lewis esperó un descanso en su parloteo y dijo—: Adiós.

Colgó el teléfono y se dirigió a las escaleras.

La voz de su madre lo siguió escaleras arriba—. ¿Quieres que te ayude a configurar la consola?

—Ahora no —dijo. No tenía intención de tocar esa consola. No hoy.

Nunca.

El recuerdo se desvaneció, derritiéndose como nieve bajo la lluvia. Lewis despertó. Le dolía el cuello por dormir en la silla.

Su padre yacía ante él, con la respiración resonando como hojas secas en su pecho.

Mark entró en la habitación con la habitual alegría cuidadosamente cultivada. —Buenos días —se movió para comprobar los monitores.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó Lewis.

Mark anotó algo en su cuaderno, con el rostro cuidadosamente neutral. —Lo siento, no me lo pidió.

—¿Entraste durante la noche?

Mark asintió. —Sí, regularmente.

Lewis suspiró. —Realmente desearía que me hubieras despertado.

—Lo siento —dijo Mark—. Si lo hubiera sabido, lo habría hecho. Aun así, estoy seguro de que él apreció que usted se quedara.

Lewis le lanzó una mirada amarga porque le importaba un bledo lo que su padre apreciara.

Mark estaba manipulando los controles de morfina, y algo se le ocurrió a Lewis. —*No lo hagas*.

Mark retrocedió ante la orden.

—No le des nada —insistió Lewis.

El rostro de Mark estaba arrugado de preocupación mientras miraba a Lewis. —Tengo que hacerlo... No funciona realmente así.

—Sí funciona. Hoy, no le des nada.

—Sentirá dolor —suplicó con los ojos.

—¿Pero estará despierto?

—Quizás. Pero no necesariamente lúcido y...

—Correré ese riesgo.

Mark negó con la cabeza. —Simplemente no puedo. Su padre dio su consentimiento para esto. No desea sufrir. Puedo mostrarle el...

—Me importa una mierda su consentimiento —dijo Lewis, levantándose de la silla.

Los ojos de Mark se agrandaron, y Lewis reconoció esa mirada; la había visto en los ojos de Gregg Ince. Miedo.

—Abstente de darle morfina esta mañana, al menos —dijo Lewis, entrecerrando los ojos—. Quiero hablar con él... aunque sea una vez.

Mark parecía como si fuera a vomitar. Su máscara profesional se deslizó mientras miraba entre el monitor y Lewis. —Por favor...

—No te estoy dando a elegir —dijo Lewis, añadiendo deliberadamente amenaza a su tono.

—Señor White, me está poniendo en una posición muy difícil.

Lewis se inclinó hacia Mark por encima de la cama. Se sintió como si estuviera de nuevo en el patio de la prisión, plantando cara. —Quiero hablar con él.

—Tanto dolor... —suplicó Mark, retrocediendo.

—Una vez que haya hablado con él, puedes darle morfina.

Mark se deslizó hacia la puerta, su alegre comportamiento completamente destrozado ahora. —Tendré... tendré que hablar con alguien. No es mi decisión.

Lo miró fijamente. —Preferiría que no lo hicieras.

—Sea razonable...

—Mira, sé razonable tú... Si me das este tiempo, una conversación, me quedaré aquí mismo con él hasta el final, día y noche. ¿Cuál es el precio de eso para él, te imaginas? Definitivamente vale la pena el coste de un poco de dolor. Déjale tener un momento más de claridad, y le das el mejor final. O podrías quitarle esa oportunidad.

Mark parecía dividido. Estaba pálido. Sus ojos se movían de un lado a otro. —No lo sé —se dio la vuelta y salió rápidamente de la habitación.

Lewis no sabía si había logrado convencerlo. Había intentado de todo: amenazas, chantaje emocional. Todo lo que podía hacer ahora era esperar que no llamara a sus superiores y causara problemas.

Y si no lo hacía. Bueno...

Lewis se acomodó de nuevo en su silla, inclinándose cerca del demacrado rostro de su padre.

Finalmente, podríamos obtener algo de verdad por aquí.

—Hora de despertar, John.

Los dedos de Lewis recorrieron los tatuajes en cada uno de sus brazos. Elizabeth. Felix.

Pensó en la Nintendo.

Todavía en su caja, acumulando polvo en algún lugar entre las pertenencias de su madre guardadas en el ático.

Un santuario a los sueños infantiles muertos.

27

Solo, Frank condujo hasta Ruswarp en la niebla matutina.

Como no había pasado primero por la central en Scarborough para recoger un vehículo, se dirigía a casa de Margaret Matthews en Bertha. Al amanecer, Nasreen había ido a la central y, utilizando los registros dentales, había confirmado que el cuerpo pertenecía a Sarah.

Gerry se negaba a poner un pie en su maltrecho Volvo amarillo.

—Eres un gusto adquirido, vieja amiga —dijo Frank dando unas palmaditas al volante.

Como si respondiera, la calefacción de Bertha resopló asmáticamente.

A Gerry no le había importado ir a pie. —La nieve ha impedido que Rylan dé un paseo decente durante días.

La vio de pie, rígida como un palo, en su punto de encuentro, con Rylan alerta a su lado, su aliento formando vaho en el aire frío de la mañana. Frank se detuvo, y los frenos de Bertha chirriaron en protesta.

Aparcó y, ahora que su viejo Volvo estaba inmóvil, ella no tuvo inconveniente en subir. Jadeando, Rylan saltó a la parte trasera.

Frank había decidido no llamar con antelación para avisar a Margaret. Las notificaciones de fallecimiento eran asuntos delicados que podían causar un sufrimiento extremo. Margaret tenía casi ochenta años, vivía sola, y la noticia que él llevaba probablemente destrozaría su mundo. Este era el enfoque más humano. Había

cometido el error de llamar con antelación en una investigación anterior y se había preocupado sin cesar por aquella madre en particular; le gustaba pensar que estaba aprendiendo de sus errores incluso en el ocaso de su vida.

Como se trataba de una visita sin previo aviso, Rylan no tenía permiso para entrar en la casa. Gerry esperaría con Rylan en el coche hasta obtener la aprobación de Margaret, si es que tal aprobación llegaba. Gerry había venido equipada con su portátil, por si la decisión respecto a Rylan no resultaba como esperaban. Había colocado su portátil perfectamente sobre sus rodillas, y el brillo de la pantalla iluminaba su rostro en la gris luz matutina.

Dejó a Bertha, a Gerry y a Rylan, y mientras se acercaba a la casa, se dio cuenta de lo cansado que estaba. Había pasado la mayor parte de la noche en vela, imaginando cómo sería todo, centrándose en cada mínimo detalle.

Sus mayores preocupaciones giraban en torno a cómo describir que las muñecas de la pobre chica habían sido atadas y el hecho de que su tumba era una ruinosa estructura de madera.

Sin embargo, por la mañana, tras una noche inquieta, se dio cuenta de lo inútiles que habían sido sus cavilaciones.

Después de todo, si alguien le estuviera dando noticias sobre Maddie, querría conocer cada detalle. Que Dios ayudara a cualquiera que intentara ocultarle algo.

Así que sabía que le debía lo mismo a Margaret.

28

Margaret Matthews apenas medía un metro y medio con sus zapatillas, su figura parecida a la de un pajarillo bajo una blusa y falda cuidadosamente planchadas. Su delicada complexión y piel traslúcida le daban el aspecto de alguien que podría desvanecerse repentinamente como la niebla matutina, y se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al venir en persona. Noticias como esta no podían darse por teléfono.

Un pequeño Yorkshire Terrier salió disparado entre sus pies. Tenía un pelaje gris plateado perfectamente recortado. El perro ladró excitadamente, rodeando los tobillos de Frank a una velocidad increíble.

—Jasper —dijo Margaret—. ¡Deja en paz los zapatos del pobre hombre! —Le alegró escuchar una profundidad y fuerza en su voz que faltaba en su apariencia.

Jasper la ignoró, continuando su baile alrededor de los pies de Frank, con su collar tintineando alegremente. Era un sonido que hacía doler el corazón de Frank. La alegría de la mañana estaba a punto de hacerse añicos.

Frank mostró su placa. —DCI Frank Black. Lamento molestarla tan temprano.

Ella sonrió. —Vamos... ¿quién soy yo para quejarme de que un apuesto joven me moleste a mi edad?

Frank se movió incómodo. Nunca se le había dado bien recibir halagos, y especialmente no en este tipo de circunstancias. —Han

pasado algunos años desde que alguien me llamó joven, y no creo haber oído nunca lo de apuesto.

—Pues hoy ha escuchado ambas cosas. —Sonrió.

Frank sintió que el peso de sus noticias le oprimía con más fuerza. En otras circunstancias, podría haber disfrutado de esta amable conversación, pero ahora solo hacía más difícil lo que tenía que decir.

—Sí, gracias. —Se obligó a mantener su comportamiento profesional—. ¿Puedo pasar y hablar con usted, señora Matthews? —Ofreció una expresión más seria.

—¿De qué se trata?

Frank respiró hondo, tranquilizándose. En su mente, volvió a ver la cara de Maddie —el constante miedo a las malas noticias que lo había atormentado durante sus ausencias. Él hubiera querido franqueza. Sentía que le debía a Margaret esa misma franqueza.

—Es sobre su hija, señora Matthews. Lo siento mucho, pero hemos descubierto sus restos.

29

Antes de mencionar a Gerry y Rylan, Frank la sentó en la sala y le dio la noticia a Margaret.

Permaneció sentada en silencio durante un par de minutos, acariciando a Jasper.

Frank había presenciado innumerables reacciones a las notificaciones de fallecimiento: gritos, desmayos, negación, ira. La dignidad silenciosa siempre era la más difícil de presenciar; no dejaba nada que gestionar, ninguna forma de ayudar. Simplemente había que esperar, observando mientras procesaban, con gran dolor, un cambio repentino en su mundo. Aparecieron algunas lágrimas, pero su compostura era asombrosa.

Finalmente, preocupado de que su largo silencio pudiera indicar que estaba entrando en estado de shock, le preguntó si quería que le preparara algo de beber.

Ella negó con la cabeza, y Jasper se acurrucó contra ella. —Solo necesito un minuto más, por favor.

Mientras los dedos de Margaret temblaban a través del pelaje de Jasper, él miró alrededor. Pruebas de una vida cuidadosamente mantenida llenaban la habitación: fotos perfectamente colocadas, cojines minuciosamente alineados, todo en su lugar correspondiente. ¿Era este el orden que viene de tener demasiado tiempo a solas con los recuerdos? Frank ciertamente no tenía tiempo así. Quizás eso no era algo tan malo.

Le acercó la caja de pañuelos desde la mesa de café. Ella tomó uno, secándose los ojos durante otro minuto. Finalmente, asintió. —Por supuesto, sabía que este día llegaría.

—Lo siento mucho —dijo Frank.

—No lo sienta... es apropiado que me haya dado esta noticia ahora, antes de que yo... —Bajó la mirada y acarició a Jasper, quien se estiró y lamió las lágrimas saladas de su barbilla—. Bueno, me estoy muriendo, ¿sabe? El médico dice que me quedan uno o dos años como máximo. Está en mis huesos ahora. El cáncer. —Señaló a Jasper, que había apoyado el mentón en su rodilla, con sus ojos oscuros observando atentamente su rostro—. Es por Jasper por quien me preocupo. Aún es joven. Sylvia, la vecina de al lado, ha accedido a quedárselo cuando yo ya no pueda, pero... me echará de menos. —Le guiñó un ojo a Frank—. Recibe más golosinas de las que cualquier perro debería tener. —Bajó la mirada y luego volvió a levantarla, su rostro volviéndose más gris—. ¿Cómo murió Sarah...? —Se interrumpió.

Frank sostuvo su mirada, recordando su promesa: completa honestidad, sin importar cuán dolorosa fuera. Bajó la mirada, y luego la levantó de nuevo. —No podemos decirlo con certeza, pero hay algún trauma en la cabeza, y su cuello, bueno, está roto. Pero realmente es difícil decirlo en esta etapa. Fue hace tanto tiempo, y los restos podrían haber sufrido daños cuando fueron descubiertos.

Ella entrecerró los ojos. —Ese silo. Quiero decir... ¿quién la pondría allí? Es una cosa vieja y horrible. Una verdadera monstruosidad. Todos estos años he pasado por delante, otras personas han pasado por delante... sin saber nunca... —Su voz se quebró—. Oí que se derrumbó ayer... no me di cuenta de que había un cuerpo dentro.

—Nadie lo sabe —dijo Frank—. Aún no se ha emitido ningún comunicado de prensa.

Margaret se enderezó en su silla, con una mano todavía enterrada en el pelaje de Jasper, la otra apretada en su regazo. Miró fijamente a Frank y sonrió. —¿Sabe? De alguna manera, su desaparición todavía se siente como si hubiera sido ayer.

Frank sintió el peso familiar asentarse en su pecho, el mismo peso que sentía por Maddie. El no saber. Y la posibilidad de nunca saber. Seguido por las infinitas posibilidades de lo que podría haber sucedido, cada opción peor que la anterior. Al menos él todavía tenía esperanza, supuso. La esperanza de Margaret ahora estaba enterrada para siempre.

—Sabe, siempre pensé, más bien esperé, como parecía pensar la policía, que quizás simplemente se había fugado... empezado de nuevo... una vida completamente nueva, ¿sabe? Una vida estable. Una vida tranquila. Nunca pareció encontrar eso aquí. Excepto quizás cuando practicaba la equitación.

Frank observó cómo los ojos de Margaret se desviaban hacia una fotografía en la pared: Sarah riendo, joven y llena de vida, sosteniendo la cabezada de su caballo. El contraste entre esa imagen vibrante y lo que habían encontrado retorció algo profundo en su pecho.

—Hablaban de un hombre mayor. Intenté imaginarla con un caballero. Un caballero amable. Eso me dio algo de esperanza. Después de todo, cualquier cosa era mejor que ese malhablado idiota de Tommy Reid.

Se contuvo de preguntar sobre Tommy de momento. Quería, si era posible, que Gerry entrara primero en la casa. Había una cosa más que quería decirle antes de hacer esta petición.

Frank miró una línea de tiempo de la vida de Sarah sobre la repisa de la chimenea: fotos escolares, competiciones de equitación, su graduación como enfermera... Siempre estaba riendo en esta silenciosa biografía, presentando una narrativa más feliz de lo que quizás era cierto.

Suspiró interiormente.

—Hay evidencia de que estaba atada... amarrada.

Margaret negó con la cabeza. —Dios mío...

Hubo un silencio prolongado antes de que finalmente levantara la mirada y dijera: —¿Como si dejarla completamente sola en un maldito silo no fuera lo suficientemente cruel?

30

Sharon y Reggie llegaron y encontraron la puerta de Tommy Reid entreabierta.

Reggie llamó, y la puerta se abrió un poco más. Una bocanada de humo de tabaco salió, y Sharon agitó la mano frente a su cara.

Intercambió una mirada con Reggie. Él articuló sin hablar: «Asqueroso».

—¿Quién es? —Era una voz femenina mayor, que recordaba a gravilla siendo aplastada.

Sharon sospechaba que era Honey Reid. Contuvo la respiración y se inclinó hacia delante. —¿Señora Reid? Somos la policía. Venimos a hablar con su hijo, Tommy, si está disponible.

Un violento ataque de tos obliteró la respuesta.

—¿Quizás deberíamos saltarnos esta visita? —preguntó Reggie arqueando una ceja.

Sharon deseaba que no estuviera bromeando.

Cuando finalmente dejó de toser, Honey gritó: —¿Qué estáis esperando? ¡Entrad!

Entraron en la casa. Normalmente, Sharon se quitaría los zapatos, pero el suelo de madera desnudo y manchado —testigo de décadas de quemaduras de cigarrillos y té derramado— la disuadió.

Siguieron el sonido de la tos hasta el salón, apartando el humo a su paso.

Llegaron a tiempo para presenciar cómo Honey Reid, inclinada sobre el lateral de su silla de ruedas, expulsaba lo que sonaba como

un trozo significativo de su pulmón en un cubo.

Sharon sintió una oleada de náuseas.

Reggie estaba mostrando su placa. —Señora Reid. Agente de Policía Miller y Sargento Detective Moyes.

—¿Qué queréis?

—Hablar con Tommy.

—Ja. —Llevó torpemente un cigarrillo a sus labios con dedos manchados de nicotina y lo encendió, aspirando profundamente como si su vida dependiera de ello.

Sharon esperaba otro ataque de tos.

En cambio, Honey exhaló, se dio golpecitos en el pecho y dijo: —Eso está mejor.

—¿Policía? ¿Por mi hijo? —Sonrió, mostrando dientes del color del té viejo—. Nada nuevo. ¿Algo de beber?

Sharon se esforzó por no vomitar ante la idea de que Honey le preparara algo para beber.

—No, gracias —dijo Reggie—. ¿Sabe dónde está Tommy?

Ella volvió a reír. —¡Está detrás de vosotros!

Reggie negó con la cabeza. —Esta es una visita seria...

—No he dicho que no lo sea. Hablo en serio. Está jodidamente detrás de vosotros.

Sharon se giró rápidamente, con la adrenalina inundando su sistema.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó Tommy.

El hombre que tenían delante se parecía poco a cualquier fotografía que hubieran visto hasta ahora. Tenía sesenta y un años y ciertamente no había envejecido bien. Su volumen tensaba una camiseta manchada, con el pelo grasiento pegado al cuero cabelludo. Una barba desigual hacía poco por ocultar su piel amarillenta. Sus ojos inyectados en sangre los miraban por encima del borde de su taza. Las manchas sugerían que no había visto jabón desde que Sarah desapareció.

—Buenos días, señor Reid —dijo Reggie—. Necesitaríamos hablar con usted sobre Sarah Matthews.

Tommy los miró entrecerrando los ojos como si fueran alienígenas. Luego frunció el ceño. —¿Eh?

—Sarah Matthews. Su novia en 1989, ustedes vivían...

—Sé quién es. ¿Por qué estáis aquí? Joder. ¿La habéis encontrado o algo?

Reggie y Sharon intercambiaron una mirada.

Reggie asintió.

—Muerta, entonces? —dijo Honey desde atrás.

Sharon miró hacia atrás. —Me temo que sí, señora Reid, pero ¿qué le hace decir eso?

—¡Ja! Por el hecho de que desapareció, y era una maníaca desequilibrada. —Todo su rostro se arrugó. La risa de Honey se convirtió en una tos sibilante mientras exhalaba una bocanada de humo.

—Cierra la puta boca, mamá —dijo Tommy.

El sonido de la flema de Honey golpeando el cubo puntuó la tensión.

—Pero si creéis que tiene algo que ver con cualquiera de nosotros dos —graznó Honey—, entonces será mejor que os larguéis ahora mismo, porque no es así.

—¿Podemos sentarnos un momento? —preguntó Reggie.

—¿No estás escuchando, Agente Gilipollas?

Reggie estaba a punto de advertirle cuando Tommy intervino primero. —Cállate, mamá. ¿Cómo murió? —preguntó Tommy.

Sharon vio algo quebrarse en su expresión: conmoción, dolor, algo genuino. —Sentémonos primero, ¿de acuerdo?

—Lo que sea. —Honey dio unas palmaditas en el sofá junto a ella con una mano de uñas amarillentas—. ¿Quién se sienta a mi lado, entonces? ¿Qué tal tú, querida... tienes una buena figura... me recuerda a la mía hace tiempo. —Guiñó un ojo—. No me gusta la pinta del Agente Gilipollas. —Asintió hacia Reggie.

Irritado, Reggie la miró fijamente. —Sargento Detective Moyes, y...

—Sentémonos, señor —dijo Sharon, mirándole fijamente, tratando de comunicarle que era en su mejor interés no dejar que esto escalara.

Sentarse junto a Honey Reid era lo último que Sharon quería hacer, pero lo hizo para poner fin a su pequeño espectáculo.

Tommy y Reggie se sentaron en el otro sofá.

Sharon recorrió con la mirada el salón. Las manchas de nicotina trepaban por las paredes como enredaderas moribundas. Las cenizas cubrían todas las superficies.

Jesús, pensó Sharon, *¿estaba así cuando Sarah vivía aquí?*

Una fotografía enmarcada llamó su atención, colocada sobre un viejo televisor. Mostraba a un Tommy Reid diferente: chaqueta de cuero, gafas de espejo, pelo largo y barba recortada. La rebeldía casual que podría atraer la mirada de cualquier mujer joven, especialmente una inestable, el tipo de persona que busca escapar de lo mundano y lo ordenado, quizás.

El hombre sentado frente a ella ahora ni siquiera parecía un eco de esa imagen. En lugar de la actitud fresca y despreocupada, parecía herido y ansioso. Sus dedos jugueteaban nerviosamente con sus uñas mientras sus pies marcaban un ritmo interminable contra el suelo.

¿Estaba ocultando algo o los muchos años viviendo con su madre en este infierno lo habían desgastado?

—Entonces —dijo Tommy—. ¿Cómo murió?

Reggie se giró de lado hacia Tommy y se inclinó hacia delante, manteniendo su voz firme y profesional a pesar del ambiente cada vez más gélido. —Encontramos sus restos en el antiguo silo de grano cerca de Ruswarp. Se descubrieron cuando la estructura se derrumbó ayer. Estaba atada, aunque la causa de la muerte sigue siendo ambigua.

Los ojos de Tommy cayeron al suelo, y por un momento Sharon vio ese dolor genuino de nuevo, hasta que la tos áspera de su madre rompió el momento como un cristal haciéndose añicos.

Escupió en su cubo con puntería practicada y encendió otro cigarrillo con la brasa moribunda del último, movimientos tan naturales como respirar. Después de volver a resetear sus pulmones con otra calada, dijo: —¿Esa? Estaba destinada a acabar muerta. Siempre fue un desastre a punto de ocurrir.

El puño de Tommy golpeó la mesa con suficiente fuerza para hacer temblar las tazas vacías. —¡Cierra la puta boca, mamá!

Sharon se sobresaltó. Reggie volvió a ponerse de pie. —Necesitamos que se calme, señor Reid.

—¡Ja! —dijo Honey—. Pocas posibilidades de que eso ocurra.

Tommy se puso de pie. —Te estoy advirtiendo, mamá... —Señaló hacia abajo, donde estaba ella.

La mente de Sharon iba a toda velocidad. *¿Cómo demonios saco a Honey de en medio antes de que esto explote?*

31

Margaret estaba más que encantada de acoger a Rylan.

Al principio, Jasper vio al Labrador como una fuente de diversión y el Yorkshire Terrier correteaba a su alrededor, empujándolo, tratando de que jugara con él.

Por supuesto, nada estaba más lejos del estilo de Rylan. No solo estaba bien adiestrado, sino que era un perro sintonizado con las emociones de los demás, capaz de mantener sus propias emociones en segundo plano.

Claro, si la situación y Gerry lo permitían, podría disfrutar de alguna carrera ocasional por el parque retozando con otros perros, pero sabía, claramente, cómo debía comportarse en este preciso momento.

También había una gran tristeza en la habitación, que Jasper aún no percibía.

Rylan sentía esa tristeza, la respetaba y la atendía. Pasó la mayor parte de la entrevista a los pies de Gerry, pero de vez en cuando, se acercaba a Margaret, ofreciéndole su sólida presencia.

Margaret acariciaba a Rylan exactamente de la misma manera que había acariciado a Jasper antes de que este se excitara con la llegada del Labrador: con movimientos suaves y precisos.

Parecía haber un verdadero ritmo en las caricias. A Frank le recordaba a alguien contando ovejas para quedarse dormido.

Llevaban más de veinte minutos hablando sobre la infancia de Sarah mientras Gerry y Frank tomaban notas, cuando de repente

ella hizo una pausa. Ya estaba pálida, pero pareció ponerse aún más blanca. Frank instintivamente se inclinó hacia delante, preparado para saltar y sujetarla si de repente se desmayaba y caía de la silla.

—Quiero verla —dijo Margaret.

Frank tomó aire profundamente, encontró su mirada, preparándose para responder.

Pero Gerry se le adelantó. —Está permitido. Aunque ha pasado mucho tiempo, y los restos han estado descomponiéndose. Realmente no lo aconsejamos.

Los ojos de Margaret se agrandaron mientras miraba fijamente a Gerry.

Frank tocó suavemente el brazo de Gerry, indicándole que dejara el tema ahí. La precisión clínica tenía su lugar, pero no aquí. Había aprendido por las malas que el duelo no seguía ningún camino lógico. Si los afligidos querían ver a sus hijos, si ese era el cierre que la mente de Margaret anhelaba, entonces no debería cuestionarse excesivamente.

—Lo organizaré —dijo con un suave asentimiento.

Margaret le devolvió el gesto. Pareció devolverle algo de color a sus mejillas. —Soy consciente de que ya no se parecerá a Sarah. Pero lo sabré, ¿verdad? Que es ella. Que es mi hija. Lo sabré. Para mí, eso es suficiente.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Frank.

—Y hay algo por lo que necesito pedirle perdón... Algo por lo que nunca he tenido la oportunidad de disculparme.

—¿Puedo preguntar qué es?

Ella bajó la cabeza. El retraso intrigó a Frank. Finalmente, levantó la mirada y dijo: —Por fallarle. Por permitir que se perdiera en la vida. Ninguna madre debería hacer eso.

Para Frank, esto sonaba vago. Se preguntó si estaba ocultando algo un poco más específico.

Aun así, supuso que había una verdad genuina en su sentimiento de fracaso. ¿Cuántas veces se había disculpado él mismo ante la habitación vacía de Maddie? ¿Ante la fotografía de Mary?

Volvieron a hablar de la primera infancia de Sarah en los años setenta. Su voz se volvió más firme mientras hablaba de tiempos

más felices. Casi ocultaba la sombra bajo las palabras. Casi. Todos en la habitación sabían que algo más oscuro estaba aflorando.

—Pero Rory nunca pudo manejar su comportamiento impetuoso. En su mente, todo tenía que estar controlado, ¿sabéis? Quería todo según sus condiciones. Cuando Sarah se negó a ser tan obediente, alrededor de los diez años, él se enfadaba. Furioso... y... —Sus palabras se apagaron mientras Rylan se apretaba contra sus piernas.

Frank sintió burbujas de ira formándose en su estómago. —¿Abusaba de Sarah?

Ella suspiró y asintió. —La golpeaba. A veces le dejaba marcas. —La voz de Margaret se quebró en la palabra «marcas», sus dedos tocando inconscientemente su propio brazo como si recordara algo. Su rostro había adquirido un tono ceniciento.

—¿Necesita un vaso de agua? —preguntó Gerry.

Margaret negó con la cabeza. —No, querida. Es mejor seguir ahora que he empezado. En fin, intenté razonar con Rory. Siempre prometía controlar su temperamento en el futuro... —Miró a lo lejos y suspiró—. Pero siempre había otra vez. Seguramente podéis ver por qué tengo tanto de qué disculparme. —Sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¿Qué debéis pensar de mí? Bueno, lo sé... porque sé lo que yo pienso de mí misma.

—No conozco todos los detalles de la situación —dijo Frank, lo cual era cierto, aunque interiormente luchaba con la idea de que ella permaneciera cómplice en el abuso físico.

—A menudo, cuando un niño sufre abusos, el otro progenitor también —dijo Gerry—. Crea una cultura de sentirse atrapado.

Margaret miró a Gerry como si entendiera lo que quería decir. Asintió y se levantó. —Quiero mostraros algo.

Se acercó a un mueble, abrió un cajón y sacó un álbum de fotos. Volviendo a su asiento, se inclinó hacia delante, colocándolo en la mesa de centro para que todos lo vieran. Lo hojeó, revelando a Sarah en varias edades, explicándolas a medida que avanzaba. Sarah con calentadores y falda ra-ra, posando con amigos fuera del Wimpy; una discoteca escolar, Sarah con un enorme pelo cardado; Sarah, en su primer día en la universidad, con libros de enfermería apretados contra su pecho.

—Parece que tuvo muchos momentos felices —dijo Frank, pensando en su propia colección de fotografías en casa: Maddie sonriendo con helado en la barbilla, Maddie en su primera bicicleta, Maddie antes de que la oscuridad se apoderara de ella.

Pero Frank sabía, de manera muy personal, que poco podía aprenderse de una colección de imágenes.

Porque los demonios siempre se escondían en los momentos oscuros entre cada clic de la cámara, en cada grabación cuidadosamente elegida.

Margaret llegó a una foto de Rory Matthews. Él miraba fijamente desde la fotografía. Su rostro estaba moldeado según la moda de la época: bigote cuidado, pelo hasta el cuello, una chaqueta estilo Miami Vice en tonos pastel. Pero sus ojos eran duros y desentonaban con su amplia sonrisa y su modernidad.

—Rápidamente empeoró. Las cosas más pequeñas le hacían estallar —dijo Margaret—. Si llegaba tarde a casa, si su habitación no estaba lo suficientemente ordenada, si contestaba... No podía soportarlo. Su padre había sido similar. Peor, incluso. Un hombre mezquino. ¡Solía golpearle a él y a su hermano, sin piedad, por la más mínima cosa!

»Esto no es una excusa para Rory. Tenía un problema... un problema terrible. Y se volvió insoportable cuando ella cumplió doce años y se hizo más rebelde. La empujó tan fuerte que se golpeó la cabeza contra el rodapié, y tuve que llevarla a hacerse una radiografía. Estaba bien, pero hicieron preguntas... y todos mentimos. —Negó con la cabeza—. Qué vergüenza. Qué vergüenza de mí.

Frank bajó la mirada. Sabía que cualquiera era capaz de cualquier cosa cuando vivía con miedo, pero ¿no hacer nada respecto a la situación de una niña de doce años? Le costaría hacer las paces con eso, aunque podía ver genuinamente que esta mujer había adorado a su hija.

—A veces, a pesar de todo, me encontraba simpatizando con él. —Recorrió el borde de la fotografía con dedos temblorosos—. Su padre le había quitado casi todo a golpes, pero todavía quedaba algo de compasión en él. Lo veía en la desesperación y el dolor que

sentía por sus acciones. Era como luz a través de una rendija en la cortina en un día sombrío de invierno. Afirmaba estar recibiendo ayuda de los médicos, así que *siempre* le daba otra oportunidad. Pero siempre eran solo destellos fugaces de promesa. —Suspiró, pasó la página, y sus dedos recorrieron una foto de la pequeña Sarah, sonriendo a pesar de tener una rodilla raspada—. Bebía demasiado, y nos golpeaba a las dos, y yo era una cobarde... Debería haberlo dejado antes. Debería haberla protegido mejor.

Las uñas de Frank se clavaron en sus palmas. El abuso de esta naturaleza siempre era difícil para Frank. Lo había visto muchas veces en su carrera y había visto el daño que causaba en la vida de esos jóvenes. También se mezclaba, cruelmente, con un momento que a menudo lo visitaba en la madrugada, un momento que lo llenaba de culpa y arrepentimiento.

Cuando Maddie era más pequeña, Frank le había dado una vez una bofetada muy fuerte en la mano por entrar en su despacho y jugar con su encendedor. Ella había llorado durante más de una hora, y él se había sentido terrible. Se lo justificó a Mary porque los encendedores eran peligrosos. Pero realmente no había justificación. Ver ese destello de odio y traición en los ojos de su hija lo había destrozado. Hasta el día de hoy, el suceso todavía lo visitaba, despertándolo a altas horas de la noche.

Margaret pasó otra página, revelando a Sarah con uniforme escolar. Al principio, sonrió, reconfortada por un recuerdo, pero luego se apagó rápidamente. —A los trece años, un profesor llamó porque había olvidado sus deberes. Cuando Rory la enfrentó, ella le respondió. En retrospectiva, es difícil no admirar su lucha, su voluntad de expresar opiniones, aunque eso la metiera en problemas. Rory no la golpeó en esta ocasión, pero hizo algo mucho peor. Entró en su habitación y destrozó su diario. El diario que había estado escribiendo durante más de dos años.

Frank sintió que su corazón se hundía aún más mientras tomaba nota.

Margaret se frotó las sienes. —Dijo que pasaba demasiado tiempo soñando despierta y escribiendo en él... qué terrible pena...

Vi auténtica desesperación en su rostro. Lloró toda la noche. Y después no volvió a tener un diario, al menos que yo supiera.

—¿Qué pasó después de que él lo destruyera? —preguntó Gerry.

—Se volvió aún más reservada. Escondía más cosas. —Margaret tamborileó con los dedos en el reposabrazos.

Gerry asintió. —¿Servicios sociales o la policía hablaron alguna vez con Rory?

Margaret negó con la cabeza. —No... pero después de que agrediera a Tommy Reid, fueron a por él. Si no lo hubieran encerrado, probablemente la habrían llevado a un centro de acogida.

—Sarah tenía trece años cuando empezó una relación con Tommy, ¿no es así? —preguntó Frank.

Margaret asintió. —Sí... y él tenía dieciséis. Asqueroso. Fue breve. Al menos, eso creo. Solo nos enteramos cuando Rory los pilló juntos... en la cama... bueno, ya sabéis lo que pasó después. A veces, me pregunto si Sarah lo hizo todo a propósito, ya sabéis, para sacar a su padre de su vida. Ya sé, una estupidez, ¿eh? Más probable es que lo hiciera por lo mal que la trataban... quizá buscaba felicidad y amabilidad en otra parte. Estoy segura de que Tommy Reid le estaba ofreciendo esto, o más bien prometiéndoselo falsamente, ¡a raudales!

—Llegaremos a Tommy en un momento, Margaret —dijo Frank—, pero ¿podría contarme qué experimentó Sarah después de que encarcelaran a Rory?

Ella asintió, mirando a lo lejos, su rostro iluminándose. —Ah... aquí es donde la historia mejora. La Dra. Hannah Wright fue lo mejor que le pasó a mi hija. Un ángel absoluto. Hablando de encontrar el cielo después del infierno... Qué triste lo que le pasó en ese incendio. No pasa un día sin que piense en Hannah y en lo que hizo por Sarah. —Se quedó en silencio.

—Cuéntenoslo, por favor, Margaret —dijo Frank.

—Hannah estaba visitando la escuela para una investigación, cuando escuchó la historia de lo que le había pasado a Rory y a Sarah por parte del director. Interesada, Hannah pidió observarla y hablar con los profesores. Al parecer, vio a varios profesores hablando con Sarah de manera despectiva y crítica, a pesar de sus

horribles experiencias. Hannah le explicó al director que reprender continuamente a Sarah por su comportamiento solo empeoraba las cosas. El director se puso a la defensiva cuando Hannah le dijo que Sarah no se convertiría en la mejor versión de sí misma con ese enfoque. Tenía razón, por supuesto. No es que la escuela estuviera dispuesta a cambiar nada.

»Así que Hannah vino a verme y se ofreció a ayudar a Sarah gratis. Lo financiaría como un proyecto de investigación. Al principio, me mostré escéptica —¿por qué alguien haría algo gratis?— pero al darme cuenta de que tenía tan pocas opciones, dije que sí, y entonces... —Hizo una pausa, perdida en el recuerdo por un momento mientras Rylan apoyaba su cabeza contra una rodilla y Jasper contra la otra—. Lo más maravilloso. ¡No podía creerlo! Con el paso de los meses, recuperé a mi hija feliz y sonriente... la que recordaba antes de que Rory se descontrolara por completo...

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Frank le pasó otro pañuelo.

—Una vez le pregunté a Hannah qué había visto en mi hija aquel día que la había cautivado tanto... que la había hecho querer ayudar... Me dijo que Sarah era una estrella, una estrella enigmática y única. Y que estaba completamente incomprendida.

Frank y Gerry esperaron mientras Margaret se presionaba el pañuelo contra los ojos durante un par de minutos.

Finalmente, dejó caer el pañuelo y dijo: —Como dije, la Dra. Hannah Wright era un ángel. Salvó a mi hija. —Pasó un par de páginas del álbum. Allí estaba Sarah a caballo—. Sarah necesitaba una vía de escape, algo en lo que canalizar su energía. Esto es lo que Hannah le ofreció y, ¿sabéis qué?, ¡también pagó por ello! Con ese fondo de investigación. Y oh, cómo lo asimiló mi niña. —Margaret volvió a brillar, los años cayendo súbitamente de su rostro —. ¡Fue casi de la noche a la mañana! Volvió a estar viva. Volvió a brillar.

Margaret les mostró otra fotografía: Sarah radiante de orgullo, sosteniendo un trofeo en una mano y el broche que habían recuperado en el silo en la otra. —Primer puesto en el Campeonato Cross Country de los Valles de Yorkshire. El día más feliz de mi vida, viéndola allí arriba. Estaba tan orgullosa... —Su voz se quebró.

Tomó un par de respiraciones profundas.

—Cuando esté lista —dijo Frank.

—Rory ya estaba muerto en este momento, pero antes en su tratamiento cuando ella tenía quince años, le llevé fotos de ella montando a caballo durante una visita a la cárcel, y parecía interesado y orgulloso. Puede que no me creáis, pero tenía corazón. Tampoco estaba bebiendo en ese momento, y era un hombre diferente, jurando ser mejor persona cuando saliera. Aunque ya había caído en eso antes, era difícil no creerle cuando se veía más saludable y más estable por haber dejado el alcohol.

Hizo una pausa, asintiendo y reflexionando. —¿Sabéis? Fue sorprendente cuando empezó una pelea con un guardia de la prisión y consiguió que lo mataran. Para mí, realmente parecía estar mejorando, ganando control sobre su temperamento. Pero, ¿qué sé yo? ¡Ya conocéis mi vergonzoso historial! ¿Es horrible que a veces piense que probablemente fue bueno que muriera y nunca saliera, porque probablemente habría comenzado el ciclo de nuevo?

—Es comprensible —dijo Frank—. Cuando Sarah cumplió dieciséis años, asistió al Riverside College, ¿cómo fue eso?

—Interesante. Descubrió una pasión por la escritura. De hecho, me gustaría mostraros algo arriba, en su habitación, después de esta conversación. ¿Está bien?

—Por supuesto.

—Bien... después de la universidad, Hannah patrocinó su formación universitaria para convertirse en enfermera pediátrica.

—¿En Middlesbrough?

—Sí —respondió Margaret—. Eso significaba que luego trabajaría para ella durante cinco años. Pero en sí mismo, eso también era fantástico. Después de todo, ¿un trabajo garantizado?

—Sí —dijo Frank. *No hay que despreciarlo*, pensó.

El rostro de Margaret se oscureció. —El problema fue ese chico otra vez. Tommy Reid. No es bueno, DCI Black. Nunca ha sido bueno, joder.

Frank consideró que era solo la segunda vez que la oía maldecir. Su aversión por Tommy era profunda.

—Sarah había encaminado su vida. Gracias a Hannah. La equitación, la cualificación de enfermería, una carrera... ¿qué más se podía pedir? —Entrecerró los ojos—. Y luego lo tiró todo por la borda por ese idiota. Es una araña... y ella volvió a caer directamente en su red. Veintidós años, ¿cómo no podía saberlo mejor? Veintidós años, salvada por ese ángel, y volvió a pulsar el botón de autodestrucción. Se muda de aquí y va a vivir con él. ¡Y con la madre también! No me hagáis empezar con ella. Es un animal. Fumando y bebiendo cada minuto de cada día. ¡He oído que aún está viva! ¿Cómo es posible? Es increíble.

Frank tomó algunas notas. —¿Intentaste persuadirla de que no viviera allí en ese momento?

—Por supuesto —dijo Margaret—. Sin cesar. Pero eso solo pareció hacerla más decidida a irse. Hechizó a mi niña, y no sé por qué. Hannah hizo lo que pudo... pero no fue suficiente.

—¿Y qué fue eso? —preguntó Gerry.

—Bueno, le dijo claramente que no podía trabajar allí mientras viviera con Tommy. Quizás no debería haber dicho eso, pero me contó después que solo estaba tratando de disuadirla, hacerle entrar en razón antes de que se saliera de control. Pero el farol no funcionó... y entonces... bueno... —Suspiró—. El viernes 13 de octubre de 1989, fui a su casa para hablar con mi hija. Honey estaba en cama tras una operación, pero fue vil como siempre, diciéndome lo mala madre que era, tratando de sabotear una relación amorosa de dos personas destinadas a estar juntas. ¡Y si alguien era un negocio arriesgado, era Sarah, y no su confiable hijo! Me enfrenté a Tommy, y me dijo que habían discutido la noche anterior, que ella se había marchado y no había vuelto, que probablemente se estaba quedando en casa de una amiga. El viernes por la noche, vino a casa, entrando en pánico, diciendo que no había tenido noticias de ella. Parecía devastado, pero no me lo creí... y no me lo creo hasta hoy. El hombre es una araña, como ya he dicho. Me dijo que no había vuelto a casa y que estaba preocupado.

Se frotó las sienes. —El sábado, contacté con la policía. Vinieron e hicieron sus preguntas, y para el lunes, todo el mundo hablaba de

un Fiesta rojo y un hombre mayor. Malcolm Hargreaves la había visto.

—¿Y cuál es su opinión sobre eso? —preguntó Frank.

—En aquel momento, parecía crucial. Pero ahora, es difícil tomárselo al pie de la letra, especialmente después de que me enterara de que su historia cambiaba constantemente. Malcolm era un viejo borracho, después de todo. ¿Qué piensas tú? —Miró de uno a otro—. ¿Crees que el Fiesta rojo es algo real?

—No puedo decirlo —dijo Frank, pero siempre creyó que cualquier cosa «era real» si seguía apareciendo y exigiendo atención —. ¿Qué hay del hombre mayor? Hubo avistamientos en diferentes áreas, aunque las descripciones nunca parecieron coincidir...

—Mira, te lo dije antes, creía que había un hombre, tal vez era mayor. Ha sido mucho más fácil creer eso durante todo este tiempo. Un hombre mayor y agradable, que la había alejado de Tommy Reid y de este mundo en el que realmente había tenido dificultades para adaptarse. Pero estas descripciones variadas solo añadieron leña al fuego y alimentaron el molino de rumores. La gente, en su habitual ignorancia de cerdos, empezó a especular que tenía muchos affaires, porque mi hija era mala de cabo a rabo, una influencia desagradable, a pesar de todo lo que había logrado después de que su padre finalmente saliera de su vida. De hecho, muchos se pusieron del lado de Tommy, afirmando que era un muchacho inestable con una madre negligente, que tenía buen corazón, realmente, solo que nunca tuvo las oportunidades. Creían que solo necesitaba conocer a la persona adecuada para sentar cabeza. Algunas personas incluso estaban enfadadas con Sarah por dejarlo, diciendo que nunca había estado mejor y que estaba encarrilando su vida. —Resopló—. Me alegro de que las cosas hayan cambiado para mejor. Una chica que había cometido errores en aquel entonces no recibía más que burlas, y nunca parecía poder ganarse el perdón.

Frank asintió, pensando en cuántas veces lo había visto, especialmente en su temprana carrera: víctimas femeninas descartadas porque no encajaban en la idea que la sociedad tenía de "buenas chicas". ¿Cuántos casos había estropeado el prejuicio?

Después de otro período de preguntas, Margaret guardó el álbum y se puso de pie. —¿Puedo enseñaros eso que mencioné antes?

—Por supuesto —dijo Frank.

—¿Quieres que me quede aquí? —preguntó Gerry—. ¿Con Rylan?

—Claro que no. Vamos a la habitación de mi hija. Le encantaban los animales... especialmente los caballos... —Una sombra de sonrisa rozó sus labios mientras la cola de Rylan golpeaba suavemente contra el suelo—. Y los perros.

32

Tommy estaba de pie, mirando furioso a Honey, ofendido por sus comentarios despectivos sobre Sarah.

Sharon sospechaba que este era un buen momento para alejarlo de su madre. —¿Sería posible hablar con usted a solas, Tommy?

Él miró a Sharon antes de volver a girarse hacia Honey, quien negó rápidamente con la cabeza.

Para sorpresa de Sharon, Tommy volvió a sentarse y dijo: —Cualquier cosa que necesite decirme puede hacerlo delante de mi madre.

Así que así están las cosas, pensó Sharon. *Honey realmente está al mando, y no confía en que puedas hablar por ti mismo*.

—Tommy —dijo Reggie a su lado—. ¿Sabe algo sobre la muerte de Sarah?

Él negó con la cabeza y la agachó. —La amaba, ¿vale? Nos amábamos.

—¿Le sorprende su muerte? —preguntó Sharon.

—No realmente. Siempre lo supe. Muchos pensaron que se había fugado con alguien... alguien mayor... pero no, yo no. Ella habría vuelto. Nunca habría podido mantenerse alejada. Ella y yo éramos almas gemelas.

La risa de Honey retumbó por toda la habitación, antes de que tosiera y escupiera en su cubo.

Sharon notó que Tommy parecía deshincharse, hundiéndose en el sofá. —Pero tenía la esperanza... —murmuró en voz baja—.

Durante muchos años... tuve esperanza.

Sharon esperó hasta que él levantó la mirada antes de fijarle con una mirada firme. —Nos preocupa lo joven que era Sarah cuando comenzó su relación con ella —dijo Sharon—. Sé que le informaron que era ilegal después de que su padre le agrediera.

—Solo eran tres años —dijo Tommy.

—Pero usted tenía dieciséis y ella trece —insistió Sharon.

—¡Y ahora tengo sesenta y uno!

—¿Cuál es su punto? —dijo Reggie—. El hecho de que fuera hace mucho tiempo no le hace inocente del delito.

—Solo digo. ¿Cuál es el objetivo de esta conversación ahora?

—El objetivo es que ahora sabemos que está muerta —dijo Reggie.

—¡Pero no murió cuando tenía trece años!

Sharon y Reggie intercambiaron una mirada. Claramente no entendía el punto.

—Nunca continuaron con un caso de estupro —dijo Sharon—. Parece que Sarah le protegió. ¿Negó que hubieran tenido relaciones sexuales?

—Ahí lo tiene entonces —dijo, casi triunfalmente.

—Sin embargo, su padre les pilló.

Su rostro se contorsionó, un destello de aquella vieja violencia atravesando un exterior bastante derrotado. —Mire, ¿qué demonios importa esto? ¿No está escuchando? Nos amábamos. ¿Edad? ¿Qué coño importa la edad? ¡El amor no reconoce la edad! —Trató de sonar profundo, como un poeta romántico afirmando un ideal puro.

—La ley reconoce la edad —dijo Sharon, intentando sonar profesional y contener su ira—. Puede que no le condenen, pero refleja mal su carácter, especialmente dado que ahora sabemos que fue asesinada.

—Por Dios, querida —dijo Honey—. Déjalo ya. Tiene casi sesenta años. Era un imbécil entonces. De hecho, sigue siendo un imbécil ahora... solo que menos.

—Gracias, mamá —dijo Tommy con una mueca desdeñosa.

—Bien, hablemos de esa relación cuando ambos eran jóvenes y estaban enamorados —dijo Reggie.

Sharon captó el gesto despectivo de su superior.

Mientras Tommy hablaba, sus manos nunca dejaban de moverse: arrancando hilos sueltos de su camisa, tamborileando contra sus muslos, apretando y aflojando los puños. Sus ojos iban de Sharon a su madre, como un animal acorralado buscando escapar. El constante movimiento le hacía parecer más joven de alguna manera, más como el adolescente que había conocido a Sarah que el hombre de sesenta y un años en que se había convertido.

Tommy respondió a las preguntas mientras Sharon y Reggie tomaban notas. Cuando llegaron a la parte sobre cómo Rory le había golpeado casi hasta la muerte y le había dejado en coma, ambos se quedaron mirándole fijamente. Su relato fue brutal. La paliza podría haberle matado.

Señaló su cabeza. —Me dañó aquí dentro.

—Y tanto —dijo Honey—. Y sin compensación tampoco. Me he quedado para recoger los putos pedazos —gruñó Honey, provocándose otro ataque de tos. Terminó con el ya familiar sonido húmedo de flemas golpeando metal.

Sharon le guió a través de una explicación de cómo reavivaron su romance en 1988. —Durante años, no quería acercarse a mí... Lo intenté, siempre lo intenté, pero no quería saber nada. Entonces, un día, simplemente aparece —chasqueó los dedos—. Así. De la nada. Me dijo que estaba aburrida.

—¿De qué? —preguntó Reggie.

—De todo —Tommy se encogió de hombros—. De su vida, supongo.

—Esa chica era salvaje —dijo Honey—. Siempre lo fue. Hay un límite de tiempo que alguien con una naturaleza así puede mantener bajo control.

—Déjalo, mamá —la voz de Tommy se quebró—. Sé lo que estás diciendo, pero ya hemos pasado por esto. Me echaba de menos. Estaba aburrida sin mí.

—Y te he dicho que eran gilipolleces —dijo Honey—. Habría pasado a la siguiente aventura. A la siguiente emoción. Lo cual estábamos bastante seguros de que había hecho. Un animal salvaje, eso era. Con un corazón aún más salvaje. Nunca fue buena para ti.

—¡Ja! ¿Y ahora qué tengo, mamá? ¡Tengo sesenta y un años! ¿Dónde está la mejor opción que dijiste que siempre aparecería? —Se inclinó hacia delante, señalando al suelo—. Éramos felices. Durante un tiempo. Cuando volvimos a estar juntos, éramos felices.

—Nunca pareció así —dijo Honey antes de romper a toser.

—¡¿Quieres callarte, mamá?! —Se frotó las sienes y negó con la cabeza mientras Honey seguía tosiendo—. Sabes que esto fue culpa tuya. Ella habría sido feliz aquí sin ti hablándole como si fuera mierda en tu zapato... diciéndole qué hacer todo el tiempo... como una puta sirvienta...

Honey seguía tosiendo. Encendió y dio caladas a otro cigarrillo, frotándose el pecho mientras se calmaba. —Mira el trabajo que dejó, por el amor de Dios. ¿Quién en su sano juicio deja un trabajo así?

Tommy miró furioso a su madre. —Alguien enamorado. Y esa zorra, Hannah... esa horrible zorra la presionaba demasiado... ¿Diciéndole a quién podía amar y a quién no? —Levantó las manos al aire—. ¡Era una puta dictadora! Le dije que lo mejor era librarse.

—Y entonces hizo lo que sugeriste. Abandonó un buen trabajo —dijo Honey—. ¡Tontos de remate, los dos! Si alguien me hubiera dado una oportunidad así, habría hecho lo que me dijeran.

Aunque era frustrante, Sharon se dio cuenta de que la discusión que tenía lugar frente a ellos era informativa.

—Podría haber vuelto a ese trabajo en cualquier momento —dijo Tommy—. Sarah sabía que era un farol. Estaba segura de que le pedirían regresar una vez que las cosas se calmaran.

—Estaba resuelto antes de que se desajustara —dijo Honey, dando otra calada—. Sabes que esa chica estaba ganando más de lo que tú ganarás en tu vida, Tommy... Era estúpida, y tú también, aunque no te culpo tanto —se tocó la cabeza—. No es del todo tu culpa... pero ese cabrón recibió su merecido, ¿no?

—¿Se refiere a Rory Matthews? —preguntó Reggie.

—No veo a ningún otro cabrón que casi se llevó a mi único hijo, ¿verdad? Parece que hizo un buen trabajo consiguiendo probar su propia medicina. Oí que alguien le fracturó también el cráneo.

Sharon notó que Tommy sonreía y asentía. Tomó nota para volver a examinar la muerte de Rory en prisión.

—¿Qué pasó la última vez que vio a Sarah? —preguntó Sharon.

—Discutimos —su rodilla subía y bajaba, la tensión enrollándose más fuerte dentro de él—. La peor pelea que tuvimos nunca.

—¡La última pelea! —Honey golpeó la ceniza en su cubo con precisión teatral.

—Pero no la golpeé —dijo Tommy, apuntando con el dedo a Sharon como un hombre desesperado por ser creído—. ¿Vale? No como hizo su padre. Nunca la golpeé —miró a su lado, a Reggie.

—¿Sobre qué fue la discusión? —preguntó Sharon.

—¡El diablo en una botella! —La risa de Honey se disolvió en otra tos fuerte.

Tommy dijo: —Su padre bebía, ¿sabes? Mucho. Y mira lo que hizo. Era un cabrón violento y malvado. Yo no era así, nunca le levanté la mano. Pero tengo una ansiedad terrible por lo que él me hizo y lo nublado que se pone aquí arriba —señaló su cabeza—, y a veces solo la bebida lo apaga... pero ella dijo... —Su voz se apagó, la nuez subiendo y bajando mientras luchaba por controlarse.

—¿Continúe? —instó Reggie.

—Dijo que si ella había renunciado a su trabajo por mí, yo podía renunciar a la bebida por ella.

—¡Y entonces rompió mi puta tetera favorita! —dijo Honey.

—¡Y fue reemplazada! —siseó Tommy. Miró a Sharon—. Y nadie resultó herido. Yo la amaba. Ella me amaba.

—Vamos —dijo Honey—. Ella los amaba a todos, apuesto. Incluido con el que se largó. ¡El mayor que probablemente terminó matándola!

La temperatura en la habitación pareció bajar mientras madre e hijo se enfrentaban. Los hombros de Tommy se encorvaron, su respiración se volvió superficial y rápida. La vena en su sien pulsaba visiblemente, y Sharon notó que sus manos habían dejado su movimiento inquieto, en su lugar se curvaban en puños apretados a sus costados. Golpeó la mesa otra vez y señaló a su madre. —Si dices eso otra vez, te estrangularé, mamá.

—Ja... hazme un favor... pon fin a mi puta miseria. Sabes que es verdad.

Él se puso de pie. —Sarah se lo inventó. No existe. ¡Solo cierra tu puta boca!

La súbita escalada era preocupante, pero este nuevo hilo radical en la narrativa era intrigante. Reggie se estaba poniendo de pie para advertir a Tommy que necesitaba sentarse, pero Sharon llegó primero con una pregunta. —¿Así que Sarah hablaba de un hombre mayor? ¿Quién?

—¡Todo era inventado! —dijo Tommy, con los ojos muy abiertos —. ¡Ahora mira lo que has hecho, mamá!

—¿Quién, Tommy? —insistió Sharon.

Tommy se desplomó, con ojos inyectados en sangre suplicantes. Sharon observó cuidadosamente el rostro de Tommy, notando cómo su expresión cambió de desafío a algo más incierto.

—Ella quería que supiera que tenía otras opciones. Que podía alejarse de mí si no me componía. Un amigo mayor. Era una tontería solo para asustarme para que dejara la botella.

—Excepto que fue vista con un hombre mayor la noche que desapareció —dijo Honey.

—Extraña coincidencia, ¿eh? —dijo Reggie.

—Incluso si este hombre fuera real, que no lo era —dijo Tommy —. Ella me dijo que no era así de todos modos. Solo eran amigos. Que él estaba casado.

—¡Ja! ¿Cuándo ha importado eso? —preguntó Honey—. ¿Qué otro interés habría tenido un hombre mayor en una chica de veintidós años? ¡Despierta y huele el puto café, chico!

Sharon se inclinó ligeramente hacia adelante. —¿Le dio su nombre?

—No.

—¿Su ubicación?

—No. Mire, no es real —insistió Tommy.

—¿Tiene algo más aparte de lo que acaba de decirme?

Negó con la cabeza con el fervor de alguien que se había convencido de algo que necesitaba creer. —No. Solo que tenía otras opciones si no dejaba el alcohol. Que era mayor y casado... Me dijo que lo amaba, pero no de la manera en que me amaba a mí... que no era así —miró furioso a su madre—. Quería que pensara que

podía marcharse. Todavía quería dejar claro que no tenía ojos para nadie más, solo quería que dejara de beber.

—¿Alguna vez dijo cómo se conocieron? —preguntó Sharon.

—¡No! Porque todo eran tonterías. Hablaba de él como si fuera una especie de ángel guardián, por el amor de Dios. ¿Quién tiene ángeles guardianes que bajan para ayudar?

—¡Los que quieren algo! —se burló Honey.

—Nunca me habría engañado.

—¿Algo más? —dijo Sharon—. Piense, por favor.

Tommy negó con la cabeza durante un par de segundos, arrugando el rostro. Luego se detuvo y se encogió de hombros. —Una vez, Sarah dijo: "si no fuera por él, ya estaría encerrada; le debo todo".

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Reggie.

—¡Dígamelo usted! Por el amor de Dios... ¿no pueden ver que todo suena a tonterías?

—Y ese es mi hijo, señoras y señores —la voz de Honey goteaba veneno—. Cualquier otro hombre habría rastreado a ese cabrón lascivo y le habría hecho pagar... Tu padre no lo habría permitido, Tommy, como bien sabes.

—Como me dices a menudo, mamá —se burló—. A menudo antes de decirme lo cabrón que era.

—Bueno, tenía muchos defectos, sí, pero esa era una de sus cualidades. Exigir la verdad. Y quizás, si lo hubieras hecho, ¡podrías decirles a estos dos quién era el asesino!

—Era una mentira. Era una historia que salió de la nada... y cada vez que lo mencionaba, sonaba más y más extraño... Si acaso, sonaba como si lo considerara su mejor amigo, nada más. Un amigo imaginario. Eso es lo que era.

—Estás loco, hijo. ¿Por qué inventaría historias para ti? ¿Y desde cuándo los hombres pueden ser amigos de mujeres jóvenes?

La mandíbula de Sharon se tensó ante las palabras de Honey: décadas de misoginia casual disfrazada de preocupación maternal.

—Te engañaron —continuó Honey—. Y deberías haber encontrado a ese hombre y cortado sus putas pelotas.

—Bien, Tommy —dijo Reggie, inclinándose hacia adelante y mirándolo de lado—. Después de que ella se fue el 12 de octubre de 1989, ¿adónde fue usted?

La cabeza de Tommy giró bruscamente, sus ojos de repente afilados con ira. —Usted lo sabe. Lo dijimos en su momento. Estaba aquí —asintió hacia su madre—. ¡Con ella!

—¿A quién te refieres? ¿A la madre del gato? —siseó Honey.

Sharon miró a Honey. —¿Sigue manteniendo que eso es verdad? ¿Él estaba aquí con usted?

—¡Ja! ¿En serio? —Honey se irguió en su silla, el humo arremolinándose a su alrededor—. Diré ahora lo que dije entonces. Pasé la mitad de mi vida con un cabrón antes de que nos hiciera a todos el favor de conectar una manguera a su tubo de escape. No iba a renunciar a la segunda mitad de mi vida por otro cabrón. Tommy es muchas cosas, tonto como una mierda de cerdo, crédulo, con daño cerebral y ofrece muy poco a nuestra vida hogareña, pero no es un cabrón. En algún lugar bajo esas capas de grasa hay un corazón. No mató a ese animal salvaje y esa es la verdad. Estaba aquí conmigo después de una operación importante en mis intestinos. Estaba ahí para sostenerme sobre el puto retrete. Así que sí, el idiota tiene corazón. Esa es la verdad.

—¿Pero está diciendo la verdad? —preguntó Reggie.

—Listillo. Tenía razón sobre ti —dijo Honey, su voz cargada de feroz orgullo—. Si fuera diez años más joven, te follaría hasta meterte algo de sentido común. —Sonrió.

—Mamá, por el amor de Dios —dijo Tommy.

—No miento, agente Gilipollas —se pasó la lengua por los labios —. Si revisáis vuestros registros, veréis lo seria que fue esa operación. Si mi hijo hubiera salido a matarla, me habría dejado nadando en mi propia mierda. Usad vuestro puto sentido común. Lo único que mi hijo estaba haciendo esa noche era limpiarme el culo y recoger los restos de mi puta tetera.

Sharon ya había oído suficiente. Toda la interacción se estaba volviendo repugnante. Revisó su lista de consideraciones que había preparado de antemano. Quedaba una. —¿Sabes sobre el Fiesta rojo fuera del Bridge Inn, Tommy?

Honey se rió. —Sabemos sobre el problema de bebida de Malcolm. El hombre solía cantar a pleno pulmón en el camino a casa borracho siete noches a la semana. Ha estado mucho más tranquilo desde que murió.

—Le pregunté a Tommy —dijo Sharon.

—¡Eres fogosa, querida!

No... solo desesperada por irme, pensó. *Puedo sentir que mi ropa está absorbiendo este olor acre con cada segundo que pasa.*

—Lo que dijo mi madre —añadió Tommy—. Malcolm siempre estaba borracho.

Reggie hizo algunas preguntas más, mientras la tos y los escupitajos de Honey se volvieron más frecuentes, cada episodio puntuando sus preguntas como una sombría percusión. Sharon se preguntaba si lo estaba haciendo a propósito para deshacerse de ellos.

Estaba funcionando.

Tommy parecía retirarse dentro de sí mismo a medida que la entrevista avanzaba, su mirada volviéndose distante como si estuviera viendo recuerdos proyectados en las paredes manchadas de nicotina.

—¿Está bien, Tommy? —preguntó Sharon, cerca del final.

—Echo de menos esa vida dentro de ella. La echo tanto de menos. No creo que pueda dejar de ser adicto a ella...

—Tonterías —murmuró Honey—. Lo único a lo que has estado enganchado es al alcohol. Te ha devorado por dentro.

Sharon luchó contra el impulso de señalar la ironía de una mujer que trataba sus pulmones como un cenicero dando lecciones a alguien sobre adicción.

El alivio del aire fresco golpeó a Sharon como una fuerza física cuando salieron. Respiró profundamente el viento invernal, tratando de limpiar sus pulmones.

Reggie parecía que estaba a punto de vomitar.

—¿Estás bien?

—Ese humo fue horrible. Siento como si acabara de fumarme dos paquetes. Apenas puedo respirar. ¡Tengo un maratón en dos semanas!

—Seguramente, señor, debe haber estado por ahí cuando el tabaquismo pasivo era la norma. ¿No se han activado sus defensas naturales?

Negó con la cabeza. —Me mantuve alejado de los bares —volvió a toser, el sonido traía un preocupante traqueteo—. Ahí dentro... era tan intenso.

—¿Deberíamos contactar a Frank ahora? —preguntó Sharon.

—Más tarde. Esperará que vayamos directamente con esa pista. El hombre mayor, casado, que la mantuvo alejada de la cárcel.

—Tuvo algunos roces con la ley —dijo Sharon, levantando una ceja—. Hurtos. Empecemos por ahí.

—De acuerdo, ¿podemos conducir con la ventana abierta? —preguntó Reggie.

—¿Por qué?

—Por si vomito... Me niego a usar un cubo.

—Asqueroso. Espero que estés bromeando.

Mientras caminaban de regreso a su coche, Sharon no podía quitarse de la cabeza la imagen del rostro de Tommy Reid cuando había hablado sobre Sarah y el misterioso hombre mayor.

Había querido desesperadamente creer que era una mentira.

Pero detrás de sus agresivas protestas, ella había sentido su comprensión.

En el fondo, lo sabía: su madre había tenido razón todo el tiempo.

33

No era la primera vez que Frank había entrado en una habitación preservada.

Mantener estas habitaciones era un mecanismo de afrontamiento para muchas personas. Algunos las conservaban como santuarios para seres queridos fallecidos, mientras que otros simplemente no podían seguir adelante y las dejaban congeladas en el tiempo. También existía ese pequeño grupo que esperaba el regreso del ocupante.

Esta parecía una de esas habitaciones: preñada con la promesa de un regreso.

Pósteres de Madonna, George Michael y The Cure adornaban las paredes, con los bordes ligeramente curvados por el paso del tiempo. Un Walkman con los auriculares enredados descansaba sobre una pila de revistas *Smash Hits* amarillentas. En un tablón de corcho se exhibían fotografías polaroid de Sarah con amigos. Los trofeos de competiciones estaban ordenadamente colocados en una estantería, junto a algunos libros de bolsillo muy gastados.

Biografías de Willie Carson, Bob Champion y Lester Piggott junto a una colección de libros de poesía muy usados: Sylvia Plath, Philip Larkin y varios volúmenes de Wordsworth. Observó una interesante figura de caballo en el alféizar de la ventana de Sarah. Aunque le faltaba un trozo, ella claramente la había valorado lo suficiente como para mantenerla allí.

—Levante el colchón, DCI Black —dijo Margaret—. Y encontrará una carpeta.

—No... déjame a mí —dijo Gerry, arrodillándose primero, luego levantando y alcanzando...

Frank sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Es agradable tener personas que se preocupan —comentó Margaret.

Buen punto, pensó Frank, expresado por alguien cuyo tono sugería que quedaba poco en su vida. Le hizo sentirse momentáneamente triste y bastante culpable por quejarse siempre de la compasión que los demás sentían hacia él.

¿Por qué siempre se sentía tan obligado a resistirse?

¿A rechazar?

Gerry le entregó la carpeta a Margaret y ella se sentó en la cama. Los detectives se sentaron junto a ella, mientras Jasper y Rylan se acurrucaron a sus pies.

—Poemas —Margaret abrió la carpeta—. Siempre los mantuvo escondidos de mí... pero los encontré poco después de que se fuera. Por supuesto, me había mostrado algunos antes, cuando tenía dieciocho o diecinueve años, pero nunca supe la cantidad que realmente había escrito. Era una pensadora profunda, mi Sarah; ¡por mi vida que no sé de dónde lo sacó!

Margaret seleccionó un poema. Su voz temblaba mientras leía:

—Pasillo cerrado. ¿Por qué un pasillo cerrado no escucha? Hay tantas voces. Gritando, chillando hacia las sombras. Sin embargo, nadie escucha realmente. Palabras con peso y valor, se hunden en las profundidades. ¿Quizás cuando acallemos el ruido, las palabras finalmente serán escuchadas?

Frank nunca había sido lector de poesía, así que realmente no sabía cuál era el mejor enfoque para la crítica. Lo intentó de todos modos con algo positivo. —Emotivo.

—Sí —dijo Margaret—. Una pensadora profunda, ¿ve? Siempre había muchas emociones cuando Sarah estaba cerca. —Soltó una risita, pero la risa murió rápidamente y suspiró en su lugar.

—¿Alguna vez pensó en enviar estos a alguien? —preguntó Frank —. Ya sabe, para que los consideren para publicar o algo así.

—Bueno, dudo que hubiera sido tan fácil. Además, ¿y si hubiera regresado? Oh, cielos... ¡su indignación habría sido terrible! ¿Quizás debería considerarlo ahora?

Miró a Frank esperando una respuesta, pero él no sabía cuál sería el mejor consejo al respecto. —Quizás, sí.

—¿Puedo mirar, por favor? —preguntó Gerry, extendiendo la mano hacia la carpeta. Pasó las hojas mientras Frank observaba.

Tantos poemas, pensó.

Y mierda, ¿qué sé yo de poemas?

Había leído tan pocos en su vida. Aunque le encantaba Bob Dylan, y muchos lo consideraban un poeta. Quizás sabía más de lo que creía.

Gerry leyó algunos. —Estos parecen sugerir que se sentía perdida... incomprendida.

Margaret asintió. —Sentí lo mismo cuando los leí.

—¿Los ha leído todos? —preguntó Frank.

—Oh, sí... muchas veces... Los adoro —dijo Margaret—. Son tristes, sí, pero a veces me hacen sentir más cerca de ella, ¿sabe?

Frank asintió.

Gerry dijo, —Este termina con: Ahora me escuchas. Gracias por ser tú. ¿Tiene alguna idea de a quién podría estar refiriéndose, señora Matthews? Está fechado en noviembre de 1984. Eso significa que tenía diecisiete años, ¿verdad?

—Oh, sí... me contó sobre ese. Era un agradecimiento para alguien especial para ella.

—¿Hannah? —preguntó Frank.

—No... —Margaret negó con la cabeza—. Stephen Walker. Director del Riverside College. Comenzó un grupo de escritura de poesía en su escuela por aquel entonces. Ella estaba agradecida. Hasta ese momento, no había tenido confianza en escribir nada parecido.

Frank miró a Gerry y vio que estaba tomando nota del nombre del hombre.

Stephen Walker.

—¿Recuerda si mantuvieron el contacto después de que ella dejara la universidad?

—Creo que sí. Quizás para hacerle saber cómo le iba. Ella estaba muy agradecida con él. Era un hombre encantador.

—Supongo que ya se habrá jubilado, ¿no?

—Oh, sí... trabajó para el Partido Conservador durante un tiempo. La gente aquí lo respeta mucho. Estoy segura de que estará encantado de hablar con usted.

Y yo también estaré encantado de hablar con él, pensó Frank.

34

Impartiendo su primera clase en el Riverside College, Christie Walker era un manojo de nervios.

Nunca había sido tan consciente de su entorno.

De los estudiantes que abrían los ojos con entusiasmo, de aquellos que los tenían entrecerrados por el cansancio, y, de unos pocos irritantes, que tenían la audacia de ponerlos en blanco.

Abrumador, por decir lo mínimo.

Su padre se habría horrorizado si todavía hubiera sido el director aquí y hubiera entrado en esta aula. Los estándares sin duda habían bajado desde su época. Tendría que hablar seriamente con algunos de ellos al final de la clase.

Estaba presentando una de sus obras favoritas de Shakespeare: *Otelo*. Quería atraerlos, hacer que desearan esta unidad.

—¿Alguna vez alguien ha cuestionado sus relaciones basándose en algo dicho por otra persona... algo que resultó ser falso?

Al menos la mitad de la clase levantó la mano.

Bien.

Recordó la máxima de su mentor: «Hazlo relevante y vendrán».

Se lanzó sobre lo más relevante para los jóvenes de hoy en día: ¡las redes sociales! —¿Quién aquí ha sentido celos por algo publicado por otra persona... sintiendo que el césped es más verde al otro lado?

Dos tercios de la clase: *¡mejor aún!*

Algunos ya habrían leído *Otelo*, con ganas de adelantarse. —¿Alguien que lo haya leído quiere compartir por qué sigue siendo relevante hoy en día?

Una mano se alzó rápidamente. Un joven, con la camisa impecablemente planchada y la corbata perfectamente anudada, destacaba entre algunos de sus compañeros desaliñados, particularmente aquellos con los ojos en blanco.

Miró su plano de asientos que había diseñado para aprender sus nombres e identificó al único voluntario. —¿Jamie?

—Los celos —dijo Jamie sin dudar—. La manipulación. La gente puede manipular a otros para que duden de sus convicciones más profundas. En el caso de Otelo, Yago lo manipula para que dude de la inocencia de Desdémona.

Christie asintió, impresionada. —Perfecto.

Jamie se iluminó.

Y eso era lo que ella necesitaba.

Los nervios parecieron desvanecerse en segundo plano, y una confianza la recorrió. —Así que nunca creáis todo lo que os dicen. Incluso aquellos más cercanos a nosotros pueden ser engañosos y manipuladores...

Un golpe seco interrumpió sus palabras.

—Disculpad —Christie abrió la puerta del aula y encontró a una mujer de pie. Parecía tener unos cincuenta años y vestía ropa muy informal. Su cara estaba enrojecida. Christie supuso, por cómo la recepcionista del colegio, Maisie Lindon, se mantenía ansiosamente cerca sosteniendo un walkie-talkie, que se trataba de una mujer enfadada que no había aceptado un no por respuesta.

—Señora Prince —tartamudeó Maisie—. Debo insistir en que regrese...

—Quiero a mi hijo —interrumpió la señora Prince—. Ahora.

Pensó en su plano de asientos. *¿Jamie?* ¡El chico que realmente había participado!

Christie miró hacia atrás a Jamie en el aula, que se había encogido en su asiento. Su cara estaba tan roja como la de su madre ahora, pero por razones completamente diferentes.

—No entiendo —dijo Christie. ¡Y realmente no entendía!

Hubo una ráfaga de estática del walkie-talkie de Maisie y luego ella se adelantó. —A menos que regrese a recepción ahora y registre su entrada correctamente, alguien vendrá y la sacará...

—No sin mi hijo... no sin Jamie. —La señora Prince chasqueó los dedos frente a la cara de Christie—. Ahora, por favor.

Lo hizo tan instintivamente que Christie no pudo evitar sentir que la señora Prince estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Pobre Jamie.

—Señora Prince —Christie trató de mantener su voz firme, profesional—. ¿Hay alguna emergencia? ¿Ha ocurrido algo?

—Aún no. Por eso estoy aquí. —Se inclinó hacia el aula, pero Christie bloqueó la puerta.

A Christie no le sorprendería acabar siendo empujada, pero no pensaba moverse voluntariamente. ¡Contra viento y marea!

—No sé de qué se trata esto, de verdad que no, pero permítame asegurarle que Jamie se está adaptando maravillosamente. Ya está contribuyendo brillantemente a la discusión. Quizás podríamos sentarnos todos y hablar de esto después de la clase...

—Esa pulsera. —Los ojos de la señora Prince se agrandaron. Señaló la muñeca de Christie—. Esa maldita pulsera.

Desconcertada, Christie miró hacia abajo a la pulsera de plata grabada. Luego miró a la madre errática.

—¿«Alcanza las estrellas»? —El labio de la señora Prince se curvó.

Christie miró hacia abajo; el lado grabado estaba en la parte inferior de la muñeca, ¿cómo había leído eso esta mujer? Frunció el ceño. —¿Cómo ha...?

—Te la dio tu padre, ¿verdad?

Christie asintió. Se sentía muy mareada. —¿De qué va todo esto? —Agarró su pulsera—. ¿Cómo sabe usted sobre esto?

—Porque las he visto antes. —La señora Prince resopló—. Cuatro veces, de hecho. Esa es la quinta.

—Eso es imposible. Es única. Mi padre la mandó hacer para mí cuando tenía dieciséis años.

—La mandó hacer para otros cuatro niños, también.

Las náuseas se intensificaron. No podía comprender lo que estaba sucediendo aquí. Parecía algún tipo de broma macabra.

—¿Tiene usted una? —preguntó Christie.

Los ojos de la señora Prince se estrecharon. —No... yo no... Yo no fui una de los fabulosos cuatro.

Toda la fuerza había abandonado a Christie ahora, y la señora Prince pudo pasar empujándola hacia el aula. —Jamie, nos vamos... ahora.

Jamie ya había recogido sus pertenencias. Parecía a punto de llorar.

Christie se sentía mal por él, pero ella misma estaba cayendo en un ataque de pánico en ese momento.

Con la cabeza baja, los hombros encogidos, Jamie salió, pasando junto a Christie, junto a su madre, junto a Maisie y por el pasillo.

La señora Prince se acercó a Christie. Podía oler su olor corporal, sin duda causado por su furia y su carrera hasta la puerta. —No permitiré que ningún Walker esté cerca de mi hijo. —Se volvió y miró a Maisie—. Y no me quedaré esperando para discutirlo. Tu padre... Dios, qué hombre, ¿eh? Ya sabes lo que dicen: de tal palo, tal astilla. —Sus párpados parpadearon con algo ilegible—. Y no permitiré que mi hijo sea tentado por manzanas envenenadas, si entiendes lo que quiero decir. Mi hijo será educado en otro lugar.

Se marchó furiosa. Maisie corrió tras ella, seguramente aliviada de que finalmente se dirigiera a la salida.

Christie regresó al atónito aula. No había mucha variación entre los rostros de sus estudiantes ahora. Todos tenían los ojos muy abiertos y estaban pálidos.

Respiró hondo. —Dadme un momento.

Tomó un segundo respiro profundo y se sentó en el borde de su escritorio.

Una manzana envenenada.

La forma en que lo había dicho... era casi acusatoria... difamatoria... ¡como si Christie tuviera algún tipo de intención hacia un chico de dieciséis años!

¿Por qué? ¿Qué le había hecho su padre a esta mujer cuando era más joven?

Se llevó una mano a la boca. ¿Su padre?

No. Eso simplemente no es posible.

—¿Señorita? —Una voz femenina suave penetró en la niebla—. ¿Está usted bien?

—Solo un minuto más, por favor...

¿A quién intentaba engañar? Necesitaba más que un maldito minuto. ¡Mucho más!

Su lección cuidadosamente preparada sobre *Otelo* estaba en ruinas.

Miró la pulsera, el regalo de su padre. De repente se sentía insoportablemente pesada. La desabrochó sin pensarlo realmente y la metió en el bolsillo de su traje.

—Simplemente abrid la obra y empezad a leer. —Miró entre sus caras atónitas, forzando las lágrimas hacia atrás—. Por favor.

Todos asintieron y abrieron sus libros.

Bueno, esa era una forma de tomar el control de un aula, pensó, mirando al reloj, preguntándose si podría aguantar veinte minutos sin vomitar.

35

Tras el grito de auxilio de Lucy, Peter corrió hacia la puerta, donde el sonido del agua fluyendo le recibió incluso antes de entrar.

Siguió a Lucy al interior, donde el agua salía a borbotones de la cocina, empapando la moqueta del pasillo. —¿Dónde está la llave de paso?

—¿El qué? —preguntó Lucy, mirando a Mia, que permanecía petrificada en el primer escalón, sujetando a una Sophie desconcertada.

Peter se dio la vuelta y salió apresurado, maldiciendo entre dientes. En la parte delantera, abrió la tapa metálica. Sus dedos artríticos forcejearon con la válvula antes de conseguir cerrarla.

—¡Ya se está deteniendo! —gritó Lucy desde dentro.

Peter se frotó la frente y se estremeció. —¡Mierda! —Se había olvidado del corte que tenía allí.

Se puso en pie, sintiendo de repente las articulaciones rígidas.

Regresó a la casa, incapaz de correr por segunda vez como lo había hecho la primera. La cadera mala le punzaba con cada paso.

—Dios mío... Dios mío —repetía Lucy, con las manos presionadas contra sus mejillas angustiadas—. Mira esto.

Recuperando el aliento, Peter evaluó los daños. En sus más de cincuenta años como propietario, había visto cosas mucho peores, pero seguía sin ser agradable. El agua cubría el suelo sólido de la cocina. La moqueta del pasillo estaba mojada, pero no se había

extendido demasiado. Habría sido mucho peor si no hubiera llegado a la llave de paso cuando lo hizo.

—Necesitas toallas y muchas —dijo Peter—. Seca primero el suelo de la cocina, luego ocúpate de la moqueta. Un deshumidificador ayudará.

Lucy le miró horrorizada.

Él sonrió. —Tengo uno que te puedo prestar.

Ella se dirigió hacia la sala y luego volvió. —¡Las toallas están todas malditas empaquetadas!

—Encuentra lo que puedas —dijo Peter, asintiendo—. Puedo ayudarte con eso.

Mientras Lucy y Mia rebuscaban, él regresó a su casa, tratando de ignorar las protestas de sus articulaciones. En el armario de la ropa, encontró la vieja colección de toallas de Donna; ella siempre había insistido en guardar extras.

Llenó una bolsa de basura con ellas y la llevó de vuelta al número 5.



Después de ayudar a secar el suelo de la cocina, Peter se agachó con cuidado para examinar las tuberías bajo el fregadero. Siguió varias tuberías hasta que encontró la que estaba podrida y había reventado. —Esto debía de estar a punto de romperse desde hace tiempo —dijo—. Deberías llamar a un fontanero para que venga a sustituirla.

Ella no respondió.

—De hecho, para ser sincero, yo revisaría todo el sistema.

Silencio de nuevo.

La miró. Su rostro se había ensombrecido.

—¿Estás bien?

—No estoy segura de poder permitirme un fontanero.

—Esta es una vivienda del ayuntamiento. ¿No pagarán ellos?

—Sí... pero ¿cuánto tiempo crees que tardarán en arreglarlo? Tengo un bebé aquí —el rostro de Lucy se tensó—. Mira... tengo un

trabajo a tiempo parcial en un supermercado... tengo algunos ahorros. ¿Conoces a alguien a quien pueda llamar solo para arreglarlo provisionalmente?

Se inclinó y echó otro vistazo. —Esto no es un arreglo provisional. Además, no conozco a nadie. Yo siempre hice estas cosas por mí mismo.

Desde las escaleras, Mia dijo: —Habrá vídeos en YouTube, mamá.

—No sé —dijo Peter, teniendo cuidado de frotarse ahora la parte posterior de la cabeza.

—Llama a Reece —dijo Mia—. Si quiere actuar como el hombre de la casa, que lo demuestre por una vez.

Peter no pudo evitar sonreír. Ese holgazán que conducía como un loco nunca tendría el cerebro y la paciencia para este trabajo. Peter comprobó la válvula de la tubería reventada una última vez, sus dedos moviéndose con la seguridad que daban años de mantenimiento del hogar. Asintió, frotándose la nuca. *Sí. Yo me ocupo de esto.*

Se levantó del suelo, tratando de ocultar su mueca de dolor cuando su espalda protestó.

Se sacudió las manos y miró a la madre, la hija y la nieta. —Voy a por el deshumidificador y luego me pongo manos a la obra.

Lucy y Mia intercambiaron una mirada.

—¿Qué has dicho? —preguntó Mia.

—Lo que has oído —dijo Peter con un guiño—. Este viejo carcamal bien puede hacer algo útil.

Mia frunció el ceño y miró hacia otro lado, con la cara roja.

—No podemos dejar que hagas eso —dijo Lucy.

—Bah, lo que sea —hizo un gesto con la mano—. Solo preparadme una taza de té.

—No podemos —dijo Lucy—. En serio.

—Ja... bueno, por si no lo habías notado, yo también puedo ser un hombre serio.

Lucy y Mia intercambiaron otra mirada.

—Siento mucho que hayamos empezado con mal pie —dijo Lucy.

—Está bien... solo estaba preocupado por tu hijo... y que tuviera un accidente... Digo las cosas incorrectas. Me encantaría echarle la culpa a mi edad, pero siempre he sido así. Franco. Así que, lo siento.

Lucy miró a Mia, que estaba mirando hacia abajo. —Mia, ahora tú.

Mia negó con la cabeza.

—¡Mia, pide disculpas! —el tono de Lucy era cortante.

Mia suspiró.

Peter le quitó importancia con un gesto. —En serio... mira, está bien... todo el mundo pierde los nervios. Solo voy a ponerme a ello.

—Lo siento, ¿vale? —dijo Mia, sin levantar la mirada.

Sophie eligió ese momento para escupir su chupete y gorjear.

Peter sonrió a la niña. —Tú no necesitas decir nada... no estabas involucrada.

Lucy se rió. Mia no.

—Bueno, ahora que hemos hecho las paces, voy a equiparme —dijo.

—Voy a hacer que Reece vuelva para ayudar —dijo Lucy.

A Peter no le gustó cómo sonaba eso. —Mejor no, ¿eh? Trabajo solo. Es un trabajo delicado. Sin ofender.

—No me ofendo. ¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No tienes planes? —preguntó Lucy.

Bueno, en realidad, sí los tengo, pensó. *Pero las pastillas pueden esperar si hace falta*.

Diez minutos después, estaba de vuelta con su fiel caja de herramientas —la que Donna le había regalado en su vigésimo aniversario— y el deshumidificador. El peso familiar de las herramientas en sus manos le dio un aire de confianza a su paso.

—¿Te apetece esa taza de té? —ofreció Lucy.

—Todavía no. Solo necesito algo de silencio, para poder pensar algunas cosas... Voy a necesitar a Reece después de todo. Necesito que me haga un favor.

Mientras ella iba a contactarle, Peter se instaló en la rutina familiar de medir y calcular, con la mente centrada en la tarea en

lugar de en la oscuridad que le había estado consumiendo últimamente.

Después de escribir una lista de lo que necesitaba, volvió con Lucy y Mia, que seguían trabajando en la moqueta. Su anterior hostilidad parecía casi olvidada en la crisis compartida. Incluso Mia parecía más alegre y volvía a establecer contacto visual con él.

Sophie dormía plácidamente arriba, ajena al drama que se desarrollaba abajo.

Les ofreció la lista. —Haz que Reece recoja estas cosas en esa dirección, por favor. Su nombre es Ralph Braintree. Buen tipo. Me conoce. Solo dile que lo cargue a mi cuenta... yo lo arreglaré. Avísame cuando lo tengas.

—No podría aceptarlo —dijo ella, tomando la nota—. Tengo algo de dinero. ¿Cuánto es?

—No hace falta —la rechazó con un gesto—. De todas formas me debe un favor —mintió.

Consciente de un repentino vigor en sus pasos, se dio la vuelta y regresó a la cocina. No recordaba la última vez que alguien le había necesitado.

¿Quizás no soy una pérdida de oxígeno en el mundo después de todo?

36

Los párpados de John White temblaron y luego se abrieron. Sus ojos desenfocados recorrieron la habitación como un pájaro atrapado.

Sus labios se separaron y emitió un débil gemido mientras sus manos marchitas se aferraban a las sábanas.

Estaba ya muy lejos de aquella presencia imponente que Lewis recordaba de su infancia.

Lewis había esperado sentir satisfacción, pero en su lugar, solo sintió un extraño y hueco peso en el pecho. Apartó la mirada, aturdido, y respiró hondo.

Cuando volvió a mirar, los ojos de John lo habían encontrado. —Hijo...

Lewis tragó saliva. Durante la última hora, había ensayado este momento. Había practicado las acusaciones que lanzaría, las exigencias que haría.

Pero ahora, frente a la fragilidad de su padre, su mente se sentía más vacía que nunca.

—Hijo...

La mano de John avanzó lentamente por las crujientes sábanas, buscando consuelo; sentía tanto dolor. El movimiento era vulnerable e infantil, en contraste con todo lo que recordaba de él.

—Por favor...

Estaba desesperado por la mano de su hijo.

—No —siseó Lewis. No pretendía que la palabra sonara tan dura. Creyó ver a su padre estremecerse.

Luego se maldijo por la culpa que empezaba a sentir.

Apretando los dientes, se levantó bruscamente, se giró y marchó hacia la ventana. Fuera, la lluvia estaba lavando los últimos rastros de nieve. Cerró los ojos e intentó concentrarse en su respiración, tomarse unos momentos de atención plena para centrarse, reunir fuerzas para enfrentarse a su padre.

No era posible. Los gemidos de su padre le taladraban el cráneo.

Y entonces estaba en el pasado, en otra habitación de hospital, junto a otro lecho de muerte.

Imaginó a Felix gimiendo mientras la meningitis lo devoraba. Su madre sosteniendo una mano mientras la otra yacía vacía, esperando a su padre.

—Lewis... —dijo su padre desde detrás de él.

Lewis parpadeó furiosamente, enfadado por las lágrimas en sus ojos. Se giró y volvió a grandes zancadas hacia la cama. Los ojos de su padre de repente parecían más enfocados, pero no estaba seguro de si era una proyección de su propia descarga de adrenalina.

—Es hora, John, hora de que me digas qué era tan jodidamente importante para ti que tuviste que abandonar a tu familia —incluso mientras lo decía, se dio cuenta de lo ridícula que era la petición. ¿Cómo podría este cabrón articular posiblemente casi cinco décadas de abandono a Lewis? ¿De no estar allí para su otro hijo moribundo? ¿De dejar a Caroline, una mujer y madre tan maravillosa, para que se marchitara, destrozada?

—Necesito... agua... —resolló.

Lewis dudó. Consideró negarle esta pequeña misericordia, exigir primero las respuestas. Pero la crueldad, se dio cuenta, no era algo que necesitaba sentir o desear. Eso no llenaría el vacío. Si acaso, solo lo haría más parecido al hombre que despreciaba.

Alcanzó la taza. Con sorprendente suavidad, sostuvo la pajita en los labios de su padre, apoyando su cabeza. Su pelo plateado se sentía tan frágil como la paja. John sorbió débilmente, con el agua goteando por su barbilla.

Lewis devolvió la cabeza de su padre a la almohada.

—Gracias...

Un movimiento en la puerta captó su atención: Mark esperaba indeciso.

Lewis le lanzó una mirada furiosa. *Dame más tiempo, maldita sea.*

Mark pareció captar el mensaje y se dio la vuelta.

Pero se mantendría cerca y volvería pronto.

Tendré suerte si consigo cinco minutos.

—Hijo... me estoy... muriendo...

Lewis asintió. *Lo sé.* La ira burbujeaba, pero también sentía esa piedad, cada vez más cercana.

No quería esa piedad, aún no. Durante tanto tiempo, había habido ira. Su presencia se sentía incorrecta... destructiva, amenazando con deshacer su sentido de identidad.

—Gracias... por venir... —John se interrumpió con una tos. A Lewis le sonó débil, pero aun así sacudió todo su frágil cuerpo. Cada tos pintaba su expresión con una nueva agonía.

Después, Lewis le dio otro sorbo.

—¿Felix? ¿Dónde... está... él?

Lewis sintió los dedos de su padre rozando los suyos. El contacto le quemó de la misma manera que lo haría el hielo. Apartó la mano de un tirón. —Muerto. 1987, John. Doce años. Y tú no estabas allí.

John cerró los ojos, jadeando. —Yo... —Su rostro pareció arrugarse aún más. El sonido que escapó de la garganta de su padre no era ni sollozo ni gemido, sino algo más primitivo.

Lewis miró aquellos dedos que intentaban alcanzarle. —Meningitis mientras estabas en el extranjero, al menos, creemos que estabas en el extranjero... cerrando algún tipo de trato. ¿Es eso cierto siquiera? No llegaste a tiempo para despedirte.

—Yo... —Los ojos de John permanecían cerrados; una lágrima rodó por su cara—. Recuerdo.

Lewis se tocó la cara, sorprendido de encontrarla húmeda. —¿Te sientes culpable?

—Siempre... —Los ojos de John se abrieron, vidriosos por las lágrimas.

Lewis dio un paso atrás. —No sé si puedo hacer esto... no sé si puedo quedarme aquí y hacer esto.

John le miró. —Más tiempo... por favor...

Lewis se acercó rápidamente, hasta quedar a centímetros de él. Estaba lo suficientemente cerca como para oler la muerte inminente en el aliento de su padre. —Felix... tu hijo... mi hermano. Murió cuando tú no estabas allí.

Mark apareció de nuevo, su rostro tenso con preocupación profesional. Lewis levantó la cabeza y le dijo al enfermero: —Unos minutos más... ¿vale? Un par más.

Mark asintió. —Dos minutos —Volvió a mirar a su padre. Las lágrimas surcaban las mejillas del moribundo.

—Lo siento...

Las disculpas se sentían como un martillazo. —No... no... Es demasiado tarde para suplicar... demasiado tarde para disculpas, para culpa... solo quiero saber por qué lo hiciste. ¿No nos querías?

—Era... complicado —La voz de su padre, apenas más que un susurro ronco, contenía un atisbo de vieja fuerza.

—Entonces dime por qué. Dime por qué tu vida era tan jodidamente complicada que no podías estar ahí para tu familia.

Los ojos de John se agrandaron, luchando desesperadamente contra el dolor para articular palabras. —Alguien... más...

—¿Otras mujeres? Oh, lo sé. Lo he oído. Me das asco.

Él intentó negar con la cabeza. —No... no es eso... —los ojos de John se cerraron.

—¿John? ¿John? —Agarró la mano de su padre—. Despierta.

Lewis sintió un apretón ligerísimo. Los ojos de John se abrieron lentamente.

—Dímelo —dijo Lewis, apretando su propio agarre—. ¿Por qué no fuimos suficientes?

Su respiración era ahora superficial, su rostro contorsionándose y retorciéndose. —Os quiero... —dijo John—. A todos... vosotros —Sus ojos estaban cerrados de nuevo.

—Casi maté a alguien. ¿Dónde estabas? ¿Dónde has estado?

Mark apareció otra vez. Parecía genuinamente angustiado. —Lo siento, señor White, es hora. Está sufriendo inmensamente —Se acercó a la máquina que controlaba la bomba de morfina.

—¡Un poco más! —gritó Lewis, escupiendo lágrimas.

—Lo siento —Los dedos de Mark se cernían sobre los controles.

Lewis se inclinó sobre la cama de su padre, las lágrimas fluyendo de repente. —¿Por qué? ¿Por qué no fuimos suficientes? ¿A quién querías realmente? ¿A quién?

Pero sus ojos estaban cerrados.

Se acercó aún más. —¿Qué era tan jodidamente complicado?

Los párpados se agitaron. Sus ojos se abrieron de nuevo.

—Os quiero a todos. A ti, a Felix... y...

Lewis jadeó entre sollozos, los ojos de su padre fijos en los suyos con una intensidad que parecía trascender el dolor.

—¿A quién?

Los ojos de su padre rodaron.

—No... —Señaló a Mark, mientras daba palmaditas en los ojos de su padre para devolverle la atención.

—Demasiado tarde... lo siento —dijo Mark—. Ya está entrando...

—Tu... —La voz de John se hizo más débil, la paz empezando a reemplazar el dolor en sus gastadas facciones.

—¿Tu? —insistió Lewis, pero era demasiado tarde.

Lewis se derrumbó hacia delante, su cabeza descansando sobre el pecho de su padre. Había fracasado en descubrir algo.

Escuchó un susurro. —Tu...

Lewis levantó la cabeza y observó los labios de John moverse con desesperada determinación; estaba luchando contra la morfina. Se acercó lo suficiente para sentir el aliento de John en su oído.

—Tu... hermana.

Las palabras golpearon como un rayo.

—¿Hermana?

Pero todos los músculos en la cara de John se relajaron, mientras sucumbía, finalmente, a la droga.

Lewis se tambaleó hacia atrás, la habitación girando a su alrededor. Miró furioso a Mark. —No... deja de darle esa mierda... necesito saber... necesito saber.

El rostro del enfermero era una máscara de simpatía profesional. —Señor White... lo siento. Entiendo el trauma. Pero vio lo débil que estaba, cuánto dolor había.

—¡Quítale esa vía del brazo! No más, joder.

—Si lo hago de nuevo, podría matarlo.

—No me importa.

—Necesita calmarse.

—Entonces la arrancaré yo.

—Y si muere... bueno... entonces, usted estará en problemas, y no querría eso.

—¡Se está muriendo de todos modos!

Giró sobre sí mismo, frotándose las sienes. ¿Hermana? ¿Hermana? La palabra era como una campana que sonaba constantemente en su mente.

Se agarró la cabeza, como si pudiera detener físicamente su mundo que daba vueltas.

Miró fijamente a Mark. —Dijo que tengo una hermana. ¿Oíste eso?

El silencio de Mark fue pesado. Estaba pálido y claramente muy traumatizado él mismo.

—¿Le oíste? ¿Háblame? ¿O me lo estoy jodidamente imaginando, tío? ¿Dijo que tengo una hermana?

Mark asintió.

Lewis se desplomó en la silla, el agotamiento emocional golpeándole como un golpe físico. Las lágrimas volvieron. Esta vez, calientes e imparables.

—Cabrón... —Las palabras salieron entre sollozos—. Me dices eso... ¿y ahora qué? ¿Es todo lo que me das? Incluso al morir, me arrancas el puto corazón, John.

37

Frank y Gerry apenas acababan de salir de la casa de Margaret Matthews cuando su teléfono empezó a sonar. Era Chelsea Winters de la Academia Meadowside.

—¿Está disponible hoy, DCI Black? —dijo Chelsea. Su voz sonaba tensa por la urgencia.

—Sí, por supuesto —contestó Frank—. De hecho, estoy cerca. ¿Está todo bien?

—No estoy segura... podría ser algo, podría no ser nada, pero creo que necesita verlo.

—De acuerdo. Dame diez minutos.

Como era de esperar, Gerry se negó a subir a Bertha. En su lugar, paró un taxi hacia la central y prometió reunirse con él más tarde.

Después de aparcar en la academia y comenzar el camino hacia recepción, Frank no podía quitarse de la cabeza las palabras del poema de Sarah, *Sala cerrada*. Escuchaba partes del mismo, repitiéndose una y otra vez en bucle, con la voz de Margaret.

Nadie escucha realmente. Palabras con peso...

A través de la niebla, Frank vislumbró a Alice, la joven de ayer, guiando a Kate, la yegua castaña, alrededor del paddock. Sus movimientos fluían con la gracia que surge de la confianza absoluta entre jinete y caballo. Cada giro, cada transición, era preciso pero sin esfuerzo, como una danza coreografiada por instinto más que por instrucción.

Cada uno encuentra su voz de manera diferente, pensó Frank. *¿Es así como te escucharon, Sarah? ¿Finalmente te escucharon? ¿A través de la gracia y el poder de la equitación? ¿Era cada cinta, cada trofeo, una declaración de tu valía?*

¿O fue la poesía, Sarah, lo que te liberó?

Pero si fue así, ¿qué papel jugó Stephen Walker en eso?

Sus motivos podrían haber parecido inocentes, Sarah, pero alguien te puso en ese silo...

Alguien te engañó.

Alice guiaba a la yegua a través de otra serie de movimientos.

«Las palabras con peso y valor se hunden en las profundidades».

Pero no se habían hundido, ¿verdad? Como un mensaje en una botella, habían sobrevivido en esa carpeta debajo de su colchón, esperando.

Las hermanas Winters estaban esperando en su oficina, con rostros serios. Los ojos de Lorraine estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¿Está todo bien?

—Sí —dijo Chelsea—. Solo hemos estado revisando las cosas antiguas de mamá, y nos ha dejado bastante emocionadas. En fin... —Con cuidado reverente, Lorraine cogió un álbum encuadernado en piel—. Estábamos mirando las fotos en algunos de sus álbumes de principios de los ochenta. Había muchísimas de Sarah. Recuerdo que mamá le tomó cariño, pero nunca me di cuenta de cuánto. Hay muchas fotografías aquí y siempre parecía que le iba bien en las competiciones. —Lorraine pasó las páginas. El rostro de Sarah les sonreía desde innumerables fotografías: recibiendo cintas, montada en varios caballos, radiante de orgullo junto a la madre de las hermanas Winters.

—¿Sabía que Hannah pagaba todo? —preguntó Chelsea—. Las clases, las cuotas de competición, incluso alquilaba caballos para ella.

Frank asintió. —Sí, lo he oído. Inicialmente para investigación, pero claramente era mucho más que eso. ¿Desde los catorce años, eh? Terapia gratuita y todas estas cuotas... además de ese curso

universitario y un trabajo... Eso es ciertamente un acto de gran caridad.

Lorraine asintió. —Parece que mi madre no fue la única que le tomó verdadero cariño a esta chica.

Un cariño caro por parte de Hannah, pensó Frank. Del tipo que plantea más preguntas que respuestas. Le interesaría saber cómo avanzaba Sean en esa investigación; Hannah Wright se estaba convirtiendo en algo más que una figura periférica en esta oscura historia.

—Esto llamó nuestra atención —dijo Chelsea, sus dedos temblando ligeramente mientras pasaba otra página. La fotografía mostraba una reunión en lo que parecía ser una competición prestigiosa, el tipo donde la reputación y el dinero se mezclaban libremente. Señaló a una mujer que destacaba incluso entre la adinerada multitud: rasgos elegantes, ropa cara, irradiando la confianza que viene del poder.

—Esa es Hannah Wright —dijo Lorraine.

Frank la observó por primera vez y, sintió en lo más profundo, ciertamente no por última vez.

—Elegante... Parece adinerada —comentó Frank.

—¿Ve a este hombre? —preguntó Chelsea, mostrando una figura igualmente bien arreglada. Todo en él hablaba de cultivo cuidadoso: el traje a medida, el cabello artísticamente peinado, la sonrisa profesional que no llegaba del todo a sus ojos.

—Sí, también parece adinerado. ¿Quién es?

—No lo sabemos —dijo Chelsea. Pasó otra página con delicado cuidado—. Pero ahí está otra vez. —El hombre estaba junto a Hannah, ambos observando a Sarah sortear un salto complejo. Su atención parecía centrarse enteramente en la joven jinete, su postura sugería más que un interés casual—. Y otra vez... —Pasó un par de páginas más.

Cuatro fotografías en total. Cuatro fotografías. Cuatro vislumbres de un hombre acechando en los márgenes del éxito de Sarah como una sombra. La mente de Frank aceleró. —¿No es Stephen Walker, verdad? —preguntó—. ¿El director de Riverside?

Chelsea frunció el ceño. —¿Stephen Walker? No, definitivamente no. Todo el mundo conoce a Stephen Walker por aquí. Fue político local tras jubilarse de la escuela.

Frank se acercó más a las fotografías, su ojo entrenado captando detalles que otros podrían pasar por alto. Había algo en la postura del hombre, la casualidad calculada de su posición: lo suficientemente cerca para ser parte del grupo, pero de alguna manera separado. Profesional, pero íntimo. ¿Quizás un depredador intentando mezclarse con el rebaño?

—¿De qué año son estas fotos?

—Entre 1981 y 1983. Al menos, eso es lo que dice en la portada del álbum.

Hizo el cálculo mental. Su decimocuarto, decimoquinto y decimosexto año.

—¿Hay más?

—Desafortunadamente, no pudimos encontrar un álbum del año siguiente. El siguiente que encontramos fue de 1988. Ella no aparece en ninguna de esas fotos.

—¿Sabéis si continuó montando mientras estudiaba para ser enfermera entre 1985 y 1988? —preguntó Frank.

—Lo siento... no lo sé.

—¿Y no hay más fotos de este hombre que hayáis visto?

Chelsea negó con la cabeza. —Lo hemos mirado bien. Pero estas son las últimas de Hannah, y las últimas de este hombre.

—¿Qué sabéis sobre la muerte de Hannah Wright?

—No más que cualquier otra persona, supongo —dijo Chelsea—. Murió en una explosión de gas, ella y el jardinero, Clive Morton, que estaba tratando de encontrar la fuente de la fuga. Me parece extraño. Si yo pensara que hay una fuga, saldría directamente de la casa.

—Sí —dijo Frank—. Supongo que debió pensar que era un manitas.

—¿Quizás no reconocieron la fuga hasta que se acercaron? —preguntó Lorraine.

—La viuda del jardinero todavía vive por aquí, Becky Morton —dijo Chelsea—. No está muy bien. Bastante fanática religiosa estos

días, creo.

—¿Podríamos quedarnos con estos? —Frank señaló los álbumes de fotos—. Seremos cuidadosos con ellos.

Chelsea asintió. —Por supuesto.

Afuera, Frank se detuvo de nuevo para ver a Alice trabajar con la yegua castaña. Sus movimientos eran poesía en movimiento, cada zancada hablando de la confianza ganada a través de la paciencia y la comprensión. El tipo de relación que no se podía comprar ni forzar, solo construir a través del respeto mutuo.

«*Ahora me escuchas. Gracias por ti*».

Stephen Walker no estaba en estas fotos, pero eso no significaba que no contuvieran la verdad.

En algún lugar de estos álbumes, en estos momentos congelados de triunfo y conexión, podría estar la respuesta. La verdad sobre por qué una joven con tanto futuro terminó en esa tumba solitaria y olvidada.

38

Stephen se apoyó en el marco de la puerta, sintiendo el peso de los años.

Su cuerpo se tensó, años de práctica de yoga ofreciendo poco alivio.

La puesta de sol, a través de sus ventanales del suelo al techo, resaltaba cada arruga en la desarreglada vestimenta profesional de Christie, y cada lágrima que recorría su rostro.

Qué rápido podía desenmarañarse todo.

—Tu madre está durmiendo. ¡Oírte gritar la ha agotado!

—¡Cómo te atreves! —Christie entrecerró los ojos.

Stephen la observó, inseguro de cómo proceder. El impulso familiar de consolarla se sentía equivocado. No funcionaría. Por primera vez en su vida, él era la fuente de su dolor en lugar de quien ofrecía consuelo.

Ella estaba sentada en el sofá, y él consideró sentarse a su lado. El espacio entre ellos, incluso a través de la habitación, pulsaba con una tensión no expresada. Entró en la habitación, haciendo una mueca. Sus articulaciones eran un desastre. Se dirigió hacia el sofá de enfrente y se dejó caer.

—Pero estará bien... —dijo Stephen—. Porque nos quiere y sabe que los malentendidos ocurren en las familias. Simplemente demasiada emoción, ¿sabes?

—¿Emoción? —la cabeza de Christie se levantó de golpe, su rostro manchado de lágrimas contorsionándose con incredulidad.

Y ahí estaba de nuevo, la mirada que había visto veinte minutos antes cuando ella había irrumpido por la puerta principal. El dolor y la confusión. —¿Es que no has estado escuchando lo que te estoy diciendo?

—Claro que sí, florecilla, pero creo que es importante que todos nos calme...

—Manzanas envenenadas. —Sus ojos ardían—. Así es como nos llamó tu antigua alumna, Georgina Prince. Manzanas envenenadas. ¿Por qué diría eso?

—No lo sé...

—Bueno, ¡para ser un hombre tan bueno con las palabras, me sorprende que no tengas una puta opinión sobre esa expresión!

El veneno en su voz le hizo estremecerse. Hasta hoy, ella no le había levantado la voz desde la infancia. Le estaba resultando difícil de soportar. —Christie, por favor... ¡tu madre! Y tu lenguaje. Sabes que eso no está bien. Nunca recurras a malas palabras durante un enfado o una discusión; así no es como se hace un argumento. Así no es como llegas a la gente...

—Vete a la mierda, papá, ahora no. No me des una de tus lecciones.

Él negó con la cabeza. Christie nunca decía palabrotas. La conmoción le desconcertó.

—Una mujer desconocida acaba de irrumpir en mi clase y se ha llevado a su hijo por tu culpa. Porque soy tu hija. —Una risa amarga se le escapó—. ¿Y tú estás preocupado por el lenguaje vulgar?

Stephen se presionó los dedos en las sienes y cerró los ojos. —Me está dando migraña, florecilla.

—Georgina te odia. Te desprecia absolutamente. Lo suficiente como para sacar a su hijo de la universidad sin pensarlo dos veces. ¿Y no tienes ni idea?

Continuó masajeándose las sienes. —Eso no tiene sentido.

—Tonterías. ¡Necesitas pensar!

Mantuvo los ojos cerrados, pero quitó los dedos de sus sienes y extendió las manos en un gesto de impotencia. —Todo lo que puedo decir, cariño, es que a veces guardan rencor... los ex alumnos... una

suspensión, aquí, o incluso un par de castigos pueden hacer eso. ¡Años después del hecho! Lo aprenderás con el tiempo...

—¡Chorradas! Esto no fue un castigo o una suspensión. Esta mujer se sentía seriamente agraviada.

Se hundió más en su sillón, sintiendo el peso de viejos secretos. —Sí, es extraño. Lo investigaré. Esto es totalmente inapropiado. —Abrió los ojos, la amenaza de migraña disminuyendo ligeramente—. Prometo que llegaré al fondo de esto, pero estoy seguro de que resultará no ser nada. Mientras tanto, tienes que concentrarte en tus clases... y tu carrera y...

—No puedo volver allí. —Se puso de pie de un salto y comenzó a caminar de un lado a otro—. Me derrumbé por completo frente a esos chicos. Mi primer día, y me vine abajo. Has arruinado mi carrera antes incluso de que comenzara. Has arruinado mi carrera por... por... lo que sea que hayas hecho.

—¡Deja de ser tan dramática, Christie! —Solo se dio cuenta de que había alzado la voz, por primera vez, cuando pronunció su nombre.

Ella se volvió para enfrentarlo, su dedo acusador perforando el aire. —¿Dramática... excitable? Joder, papá... esto es normal, y quiero la verdad.

—¡Te prometo que no hay ninguna!

En un movimiento fluido, tiró de la pulsera de plata en su muñeca. El cierre se rompió. La arrojó sobre la mesa de café.

Stephen miró fijamente la pulsera, con el corazón hundiéndose.

Alcanza las estrellas.

Su estómago se contrajo mientras pasado y presente se difuminaban. —Te di eso por tu decimoctavo cumpleaños.

—¿Por qué? —Su risa sonó hueca—. ¿Tenías una de repuesto por ahí?

—Estás siendo inmadura. —La miró fijamente ahora.

—Georgina había visto esa pulsera antes. Cuatro veces, dijo. Me dijiste que era original. Hecha a medida. Solo para mí.

—Lo era. Esto es una mentira. Esa mujer está perturbada. ¡No deberías escucharla!

—¡Pero estaba debajo de mi muñeca! —La voz de Christie se elevó para llenar la habitación—. ¡El grabado! ¡No hay manera de que ella pudiera haberlo leído! ¿Cómo lo habría sabido?

—¡Realmente no puedo responder a eso!

Un sonido desde la puerta hizo que ambos se giraran. Caroline estaba allí en camisón, con la cara gris y tambaleándose como si estuviera atrapada en un viento invisible. Las lágrimas trazaban caminos por sus mejillas. Susurró: —Está sucediendo de nuevo, ¿verdad?

Stephen sintió que sus entrañas se congelaban. La expresión de Caroline contenía más que confusión. El peso de viejas heridas que se reabrían. Iba a empeorar la situación.

Se levantó y se movió hacia ella...

Pero Christie llegó primero con los brazos extendidos. —Mamá, por favor, yo...

Caroline retrocedió y empujó a su hija con más fuerza de la que él creía posible. Christie tropezó hacia atrás, golpeándose el lado de la cabeza con la mesa de café.

Sintió que sus entrañas se revolvían.

—¡Christie! —jadeó, lanzándose hacia ella.

Su hija rodó a un lado, agarrándose la cabeza.

—¡Niña viciosa! —La voz de Caroline tembló con una furia que Stephen no había escuchado en décadas—. ¡Niña viciosa, viciosa! —Se tambaleó hacia adelante, apuntando con el dedo a su hija herida como un arma—. No nos destruirás. ¡No seguirás hiriéndonos de nuevo! ¿No aprendiste?

Christie se incorporó con una mano, mientras sostenía su cabeza con la otra. Su padre le estaba poniendo el brazo alrededor. —¡Quítate de encima!

Stephen obedeció, quedándose de pie con las palmas extendidas.

—¿Mamá? —dijo Christie desde el suelo—. No entiendo.

Toda la cara de Caroline temblaba de furia. —¡Sal de nuestra puta casa! —Avanzó, sus movimientos espasmódicos... impredecibles...

—Soy yo. Soy yo, Christie! —La sangre manaba de su frente.

Stephen podía ver que los ojos de Caroline se habían vidriado. Su atención, afortunadamente, se había movido a otro lugar.

Stephen se acercó lentamente, con las manos levantadas, listo para abrazarla como su hija había intentado hacer. —Cariño, escucha, soy yo, Stephen. Necesitas acostarte. Christie está herida ahora y...

La bofetada le pilló con fuerza, girándole la cabeza hacia un lado.

Retrocedió tambaleándose. Era otra muestra sorprendente de fuerza.

—¿Qué has hecho? —Avanzó poco a poco, levantando la mano, con los ojos enfocados de nuevo. Él se dejó caer en el sofá, levantando las manos para protegerse.

—¡Todo esto es culpa tuya! —La saliva voló de sus labios.

Se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Escuchó atentamente, preocupado de que pudiera oír la apertura y cierre de la puerta principal, y se sintió aliviado, solo momentáneamente, cuando oyó sus pies en las escaleras.

Christie se tambaleó poniéndose de pie, agarrándose la cabeza, que sangraba.

Stephen se levantó de nuevo y extendió sus manos. —Oh querida, por favor, yo...

—Mantente alejado —le cortó, señalándolo con un dedo ensangrentado. Su cara estaba dura como la piedra—. Voy a averiguar quién es esta Georgina Prince...

Y entonces se estaba alejando.

Esta vez, oyó la puerta principal abrirse y cerrarse.

Stephen se presionó los dedos contra la mejilla ardiente y cerró los ojos. El presente se disolvió; estaba de vuelta en Riverside College, las décadas derritiéndose como la nieve.

Abrió la puerta ante unos golpes fuertes.

Georgina Prince estaba allí, con su cara contorsionada de furia.

—No puedes llamar de manera tan agresiva...

Ella pasó a su lado empujándolo. Fue totalmente inesperado. Tuvo suerte de estar sujetando aún la puerta, por lo que pudo absorber la fuerza, o podría haberse caído de espaldas.

Georgina se dirigió hacia Sarah, que estaba sentada en el sofá de su oficina, haciendo girar su nueva pulsera, que captaba la luz del sol poniente a través de las ventanas de su despacho.

Georgina sacudía la cabeza mientras miraba entre ellos. —¡Mentirosos! —gritó Georgina—. ¡Sois unos putos mentirosos!

Georgina corrió, sus pasos retumbando por el pasillo, gritando, "Mentirosos de mierda", una y otra vez.

Cerró su puerta y se sentó junto a Sarah con un suspiro. La observó juguetear con la nueva pulsera que le había regalado momentos antes. Parecía triste.

Le pasó el brazo por los hombros y la acercó hacia él.

El recuerdo se disolvió, y Stephen abrió los ojos a su realidad actual. La pulsera de Christie yacía en la mesa de café, captando la luz muriente del sol tal como lo había hecho la de Sarah todos esos años atrás.

Sí, decía lo mismo, pero eso no lo hacía menos especial, menos significativo.

Todas habían sido especiales. Cada una, significativa a su manera.

39

Peter se puso a trabajar en las tuberías.

Hacía mucho tiempo, pero sus manos recordaban.

Retrocedió en el tiempo, midiendo, cortando y ajustando como si solo hubiera sido ayer.

No es que no lo sintiera físicamente...

Tenía las articulaciones rígidas, y la espalda y la frente le palpitaban, pero no permitió que eso interfiriera con su satisfacción.

Casi al final, hizo una pausa para tomar una taza de té que Lucy le había traído diez minutos antes. Estaba tibio, pero aun así lo bebió, admirando su trabajo, mientras recuperaba el aliento, felicitándose por haber sido siempre bueno arreglando cosas.

Bueno, la mayoría de las cosas...

Un destello de memoria lo emboscó. Se tambaleó hacia el fregadero para dejar la taza antes de que se le cayera. Se apoyó en la encimera, respirando profundamente mientras la visión barría su mente como una marea oscura: vidrios rotos brillando como diamantes, metal retorcido gimiendo, humo negro espeso elevándose hacia el cielo. Cerró los ojos, obligándose a respirar, tal como le había enseñado su terapeuta. Pero los sonidos seguían llegando —nunca podía silenciarlos—. Los gritos. El llanto. Su propia voz alzada en desesperación.

No. Esos recuerdos tan viscerales habían llegado para quedarse.

—¿Estás bien?

Fue el sobresalto que necesitaba para volver realmente. Se sorprendió y se giró para encontrar a Mia observándole desde la puerta, con su bebé dormida sobre su hombro.

—Sí... solo estoy cansado, eso es todo.

—¿Seguro? —Parecía preocupada.

Él forzó una sonrisa que no llegó a sus ojos. —Sí, claro. ¡Solo que ya no soy un jovencito! ¿Cómo está la pequeña?

—Durmiendo... parece que lo hace más durante el día que por la noche últimamente...

Él asintió, sonriendo. —Será más fácil, estoy seguro... —Se dio la vuelta, su sonrisa desvaneciéndose—. Mejor sigo. —Miró por la ventana la puesta de sol—. El día se nos escapa.

Peter terminó el trabajo durante la siguiente hora y apretó el último ajuste quizás con más fuerza de la necesaria.

Apiló las tuberías corroídas.

Salió un momento, abrió la llave de paso, volvió y la probó.

Todo en orden.

Al girarse, vio que Mia había regresado, esta vez sin Sophie. Ya sabía que Lucy se había ido a hacer un turno en el supermercado. —¿Dónde está Reece?

—Con la PlayStation, probablemente.

Maldito holgazán. —Bueno, tiene un trabajo de hombre aquí abajo. Todo esto debe llevarse al vertedero. —Miró su reloj—. Debería llegar a tiempo si va pronto. —Con un gesto hacia su trabajo, dijo—: También me gustaría mostrarle lo que he hecho en caso de que tengáis algún problema.

—¡Un trabajo de hombre! —repitió Mia, levantando una ceja.

Peter sintió que el calor subía por su cuello. —Lo siento... sí... las viejas costumbres son difíciles de abandonar. Entiendo que ahora el mundo es diferente. ¡Y con razón!

—¿El auge de las mujeres y todo eso? —Mia sonrió.

Su vergüenza se intensificó, pero había algo en su broma que le tranquilizó. —A decir verdad —dijo—. Siempre pensé que las mujeres eran más capaces que los hombres. Estuve casado con una muy capaz durante la mayor parte de mi vida. Era más capaz de lo que yo jamás sería.

—¿Cómo se llamaba?

—Donna. Sí. —Se levantó, estirándose—. Muy capaz, la muchacha, lo era. —Se tocó la cabeza, evitando su herida—. Entendía las cosas aquí dentro, también, mejor de lo que yo nunca lo hice. Mejor que la mayoría, para ser honesto. Y, no se lo digas a nadie. —Se llevó la mano a la boca y fingió susurrar—. Ella habría arreglado esas tuberías más rápido que yo.

Mia se rio. —¿Puedes decirle a mi hermano entonces que somos el sexo superior?

Una risa genuina se le escapó a Peter —¿cuándo fue la última vez que se había reído así? Esta chica le recordaba tanto a ella. Su águila—. Él ya lo sabrá. Todos los hombres lo saben, en realidad. Simplemente no lo admiten. —Intentó un guiño cómplice—. La única persona a quien se lo admití fue a Donna, porque, ya sabes, a ella no se le podía engañar. Pero en aras de ser guay, solo a ella... Tu hermano mantendrá sus pensamientos en secreto por la misma razón.

—No sé, quizás deberías charlar con él —dijo Mia—. Necesita algo en su vida.

—Un viejo como yo... no creo que quiera hablar conmigo.

—No sé. —Sonrió—. Me pareces bastante interesante, en realidad.

—¡Caramba, estamos avanzando a pasos agigantados! —exclamó.

Ella se rio de nuevo. —Estás loco... De todos modos, ¡deberías ver a los amigos de Reece! Créeme, no hay uno interesante entre ellos.

Peter se estiró, haciendo una mueca ante el familiar crujido de sus vértebras. —Bueno, puedo garantizarte que no competiré con su playbox.

Ella se rio. —PlayStation.

—Sí... eso... —La llamó con gestos de sus manos curtidas—. Así que, ahora que sabemos que tú eres el verdadero hombre de la casa, ven aquí.

Ella se acercó, y él le explicó los nuevos ajustes, con una explicación precisa y metódica.

—Parece pan comido.

—Ese lenguaje... ¡y no menosprecies mi arduo trabajo!

Ella hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

Él le guiñó un ojo. —Pero sí, es fácil. Bueno, os dejo tranquilos.

Estaba casi en la puerta principal cuando la voz de Mia lo detuvo. —¿Señor Watson?

—Peter, por favor. Hemos vivido juntos una catástrofe. —Se giró.

Mia salía de la puerta del salón, tras haber recogido a Sophie. —Peter... ¿tienes hijos?

Él negó con la cabeza. —No... ahora...

—Es una lástima.

Asintió. —Hazme saber si hay algún problema durante las próximas veinticuatro horas... si hay alguna fuga, usa la llave de paso, ¿recuerdas?

—Lo haré. Siento lo de antes. Creo que eres gracioso...

Peter sonrió. Sintió que sus mejillas enrojecían ligeramente. —¿Sabes? No creo haber escuchado eso en mucho tiempo.

—Eres incomprendido.

Él la señaló con un dedo. —Esa es la palabra. Quizás deberías decírselo a mis otros vecinos. Jake, del número 7, no estaría de acuerdo.

—Suena como un idiota —dijo ella.

—Sin comentarios —dijo él, sonriendo.

Ella dio la vuelta a Sophie, la bebé ahora despierta y alerta, sus ojos brillantes de curiosidad inocente.

Algo atrajo a Peter hacia adelante, a pesar de que todos sus instintos le gritaban que se marchara. Extendiendo la mano, su dedo calloso tocó suavemente la mejilla de Sophie, luego hizo una mueca, y la risita de la niña le atravesó directamente el corazón.

Inhalando profundamente, captó ese olor único de bebé.

Después de otra risita, cerró los ojos, derivando involuntariamente hacia un cálido recuerdo.

—¿Peter?

Volvió de golpe al presente, parpadeando rápidamente. —Lo siento... no sé qué me ha pasado... me he agotado...

—¿Te gustaría cogerla?

—¿Eh? —Dio un paso atrás.

—¿A Sophie?

Negó con la cabeza. —No. —Retrocedió un poco más—. No podría, de verdad.

—¿Por qué no?

Extendió las manos, viéndolas temblar. —Estas cosas viejas para empezar. No sería seguro.

—Acabas de arreglar nuestra cocina. Creo que pueden sostener a Sophie. No se retuerce mucho. Vamos...

Podía sentir una sensación fría en el pecho. —No, gracias. —Se dio la vuelta—. Tengo que...

—Vamos... Le encantaría...

—No. —Solo se dio cuenta después de que la palabra había explotado de él. Se volvió, sus ojos desorbitados por un dolor que llevaba décadas.

Mia se estremeció, dando un paso protector hacia atrás con Sophie. Su rostro cambió de preocupación a alarma.

Él pudo ver el daño que su arrebato había causado. —Lo siento...

La cara de Sophie se arrugó y comenzó a llorar.

Ella miró fijamente a Peter. —Mira lo que has hecho.

Peter sintió que la vergüenza le invadía como una ola. —¿Por qué no me escuchas cuando te hablo? —Salió de la casa, alejándose pesadamente. Al final del camino, se dio cuenta de lo fuera de lugar que había estado. Se volvió, con la intención de disculparse, pero la puerta ya estaba cerrada.

Lo siento, de verdad... solo... sabes... comenzó en su cabeza.

Comenzó a regresar por el camino, decidido a tocar el timbre, pero se quedó congelado a medio camino.

¿En serio?

¿Qué sentido tenía?

El daño ya estaba hecho.

Sintiéndose extraordinariamente abatido de nuevo, suspiró y se fue a casa.

Tenía cosas que hacer.

Como hacerse, y hacerle al mundo, un maldito favor.

40

Tu hermana.

Las palabras resonaban en la cabeza de Lewis mientras deambulaba por la casa de su padre, cada paso más pesado que el anterior.

Tu hermana.

Vagaba por habitaciones frías y desconocidas, como un extraño en una casa en la que apenas había estado. La frase martilleaba en su cráneo: *¿Qué hermana? ¿Cómo podía tener una hermana?*

Su mente daba vueltas. Ni una sola vez en todos estos años había habido ninguna pista, ningún susurro...

Se movía por la casa como si atravesara un laberinto de secretos, cada habitación guardaba posibles pistas en sus cajones, armarios y roperos. Su búsqueda comenzó en el impecable salón: sofá de cuero, mesa de café de cristal, arte abstracto. Caro. Sin vida.

El espacio parecía tan estéril como una exposición de museo: todo mobiliario costoso pero carente de vida o calidez. Sin fotos familiares, sin toques personales, nada que sugiriera que alguien hubiera vivido realmente allí. Incluso las ordenadas pilas de revistas financieras y de coches parecían intactas, como accesorios en una escena cuidadosamente montada.

Después de registrar habitación tras habitación y no encontrar más que un orden costoso y una falta de alma, se desplomó sobre la cama en una de las habitaciones de invitados, exhausto.

—¿Quién es ella, John? —Su voz sonaba hueca en el vacío, como si perteneciera a otra persona.

¿Era esto siquiera verdad?

¿O la mente de John, embotada por la morfina, había elaborado una última mentira?

Sus ojos se fijaron en la puerta del armario que tenía enfrente. Se dio cuenta de que aún no lo había registrado.

Con repentina determinación, se levantó y abrió la puerta de golpe. Dentro había una cajonera. Sus manos temblaban mientras abría los cajones, hurgando entre la ropa meticulosamente doblada. Todo hablaba de un control cuidadoso: camisas ordenadas por color, corbatas enrolladas con precisión geométrica, gemelos anidados en cajas de terciopelo como artefactos preciosos. Había tenido innumerables defectos. Sobre todo como padre. Pero nadie podría acusar jamás a su padre de desorganizado.

Un estante superior quedaba a la altura de la cabeza, sobre un perchero de trajes caros. Por su mente pasaron las películas americanas: esas escenas inevitables donde los personajes descubrían cajas de zapatos llenas de pistolas o dinero. Dada la vida de secretos de su padre, ninguna de las dos cosas le habría sorprendido.

Estiró el brazo y se aferró a un contenedor de plástico. Lo bajó con un peso sorprendente, mientras el polvo bailaba en la luz de la tarde.

Cuando quitó la tapa, le golpeó el olor distintivo del revelado químico y el tiempo atrapado.

Volcó la caja sobre la alfombra, cayendo en cascada viejas fotografías. Momentos congelados. Tantos. Su pecho se constriñó.

Comenzó a ordenarlas con manos temblorosas, cada imagen era un puñetazo en el estómago: fotos de bebé de él y Felix. Obras escolares. Fiestas de cumpleaños. Cada una llevaba la caligrafía precisa de su padre, etiquetada con la fría eficiencia de un conservador: Lewis, seis años, Navidad 1983, admirando el Halcón Milenario. Felix, cinco años, primera bicicleta, Navidad 1980. Playa de Scarborough, agosto 1981.

La última Navidad de Felix, 1986.

Luego, había fotos que seguramente él no podría haber tomado, como su foto de graduación universitaria en 1999.

Su padre no había estado presente en muchos de estos momentos, pero los había recopilado, conservado y etiquetado con la atención al detalle de un contable. ¿Cuántas noches se habría sentado John aquí en sus últimos años, muriendo poco a poco, examinando estos momentos capturados de una vida que había elegido observar desde la distancia?

¿Se habría arrepentido? De cambiar la familia por dinero, mujeres y éxito... viéndolos evolucionar, y luego desmoronarse, desde la distancia.

Sintió que volvía a emocionarse, y la vulnerabilidad de esto le enfadó. Enfadado por sentir algo por un hombre que había documentado sus vidas como un observador distante en lugar de como un padre. Barrió con el brazo el resto del montón, mientras una lágrima le corría por la cara.

Las fotos se dispersaron.

Se quedó paralizado.

Entre las fotos esparcidas, una llamó su atención. Una mujer a quien no reconocía.

La mujer tenía unos deslumbrantes ojos azules y una sonrisa llena de una ligereza que no había vuelto a ver en su propia madre después de la muerte de Felix... una ligereza que no recordaba haber sentido nunca.

Con manos temblorosas, dio la vuelta a la fotografía, preparándose para la verdad.

La tinta desvanecida mostraba la familiar caligrafía de su padre, no la documentación precisa de momentos familiares, sino algo más apresurado, más urgente.

Un número de teléfono.

41

HABÍAN TENIDO NIEVE IMPLACABLE, lluvias intensas, densas nieblas, y ahora, la guinda del pastel: un viento brutal.

La ventana de la sala de investigación traqueteaba, y Frank miró hacia la oscuridad, que presionaba contra el cristal como si fuera algo vivo.

Allí vio aquellos restos olvidados festejando. Año tras año. En cada estación. En todas las condiciones climáticas imaginables.

Se volvió hacia su equipo, contento de tenerlos en persona. —Se siente bien. Cuando empecé en este trabajo y el fax fallaba, me dijeron que nunca confiara en la tecnología. Lo mismo se aplica ahora.

—La tecnología es fiable, señor —dijo Gerry—. Si se actualiza a fibra óptica, como le recomiendo, puede eliminar cualquier problema.

¿Cuántas veces?

—Gracias de nuevo, Gerry.

—Fibro óptica, ¿no era, Gerry? —dijo Reggie.

Solo Reggie y Sean se rieron. Sharon y Clara sabían que era mejor no hacerlo, y el sarcasmo no le interesaría a Gerry.

Frank entrecerró los ojos. Reggie tragó saliva. —Solo era una broma, jefe.

—Y qué graciosa ha sido, además. Bueno, en cuanto la tecnología se vuelva fiable, Reggie, serás el primero en saberlo... y

el primero en irte. —Sonrió—. De alguna manera, creo que preferiría un robot bien afeitado.

—Creo que encontrarás que la inteligencia artificial ya es lo suficientemente poderosa como para reemplazar al sargento detective Moyes —dijo Sharon.

Una ola de risas recorrió la habitación. Clara, que normalmente estaba intensamente concentrada en su pantalla, incluso se tomó un descanso para reírse.

—Lo que sea —dijo Reggie y resopló. Parecía tomárselo con buen humor. Aunque el obsceno y equivocado bigote que se agitaba en su labio superior ciertamente le quitó a Frank su último ápice de humor.

—Vamos a ponernos manos a la obra. Margaret Matthews. —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos, y tomó aire profundamente—. Se está muriendo. Cáncer de huesos. Uno o dos años, como mucho según ella. Me gustaría pensar que podemos darle las respuestas que merece antes de... ya sabéis. Eso depende de nosotros. No voy a archivar este caso como el anterior. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro—. Así que pongámonos a trabajar en ese tablero que tengo detrás, que está demasiado vacío para mi gusto. —Fuera, el viento aullaba—. Y escuchando eso, probablemente no queramos irnos demasiado tarde.

—Aparentemente viene más nieve —dijo Reggie.

Joder, pensó, y luego repasó la entrevista de Margaret Matthews.

Al concluir, anunció: —Gerry ha estado leyendo la poesía y ha detectado algunas cosas. Me pidió mi opinión al respecto, pero no soy, a pesar de la creencia popular, muy poeta... ¿Gerry?

Gerry se enderezó en su silla. Rylan se incorporó atento y se colocó junto a sus pies. —Hay muchas referencias al secreto y a la verdad —comenzó Gerry—. Por ejemplo, en este: "La verdad yace bajo la superficie, como piedras bajo el hielo, esperando la grieta". Luego, en otro pasaje, hay una sugerencia de que puede confiar en alguien, pero no en otros: "En la oscuridad, una luz arde constante, inmutable, mientras otras parpadean y se desvanecen". Pero el que, hasta ahora, realmente destacó, fue este: "Algunos regalos vienen con hilos atados, tirando más fuerte, día a día, hasta que apenas

puedes respirar". ¿Alguien la hizo sentir especial y se aprovechó de ella?

La cola de Rylan golpeó el suelo en señal de aprobación cuando su cuidadora terminó de hablar.

—Hay más... mucho más... pero esos son los tres que Gerry consideró más importantes —dijo Frank—. ¿La idea de alguien aprovechándose? Es difícil no pensar en este director, Stephen Walker... Según Margaret, parece que la hizo sentir especial en este grupo de escritura creativa... y si es así, ¿cuáles son estos hilos que estaban atados? Stephen Walker habría tenido cuarenta años cuando ella desapareció. Entonces, ¿es él el hombre mayor en el Fiesta rojo? ¿Es uno de los hombres mayores con los que la vieron en las semanas antes de su muerte?

—La reputación de Stephen Walker es excepcional. Tiene una Orden del Imperio Británico por servicios a la educación —dijo Gerry —. Asumió la dirección a principios de sus treinta. Eso es joven, pero bajo su liderazgo, la escuela vio un aumento del 37 por ciento en estudiantes que lograban las mejores calificaciones, lo que fue bastante constante durante todo su liderazgo. Implementó muchos programas para estudiantes con dificultades, centrándose particularmente en salidas creativas. Hablé con Yasmin Howes del consejo escolar; todavía se refieren a su mandato como su "edad de oro". Y su hija, Christie Walker, acaba de comenzar a enseñar inglés allí.

Frank se acercó a la ventana y miró de nuevo hacia la oscuridad. —Es una lástima que no fechara los poemas; habría sido posible rastrear su estado de ánimo mientras los escribía, permitiéndonos conectar más puntos.

—Sí —dijo Gerry—. Definitivamente hay diferencias de tono y temáticas entre los poemas. ¿Podría agruparlos? Quizás eso podría darnos una idea de su variado estado de ánimo, posiblemente establecer una línea de tiempo. Puede ser muy vago, incluso subjetivo, pero puede ofrecer algo. Detecté una serie de grupos potenciales en la primera lectura.

La mente de Gerry siempre fascinaba a Frank. Donde otros veían caos, Gerry encontraba patrones. Patrones detallados y explosivos.

—Eso sería fantástico, Gerry, pero nuestra prioridad, a primera hora de mañana, es hacer una visita a Stephen Walker. Veamos al hombre que transformó a la juventud de Ruswarp. —Se dio cuenta de que su tono era sarcástico, y que estaba corriendo antes de poder caminar respecto a este sospechoso; fácilmente podría resultar ser el pilar de la comunidad que se pregonaba.

—Examinaré la poesía de nuevo esta noche, señor —dijo Gerry.

Él sabía que lo haría. —Gracias, Gerry... ahora, pasemos al infame Tommy Reid.

Sharon intercambió una mirada con Reggie antes de hablar. Frank ya conocía la horrible experiencia que habían compartido en aquella casa infestada de humo. Sin embargo, necesitaba que se resumiera, en detalle, para Sean, Clara y Gerry. Sharon hizo un trabajo fantástico.

Todos escucharon mientras Reggie explicaba sobre el misterioso amigo mayor, que estaba casado.

—¿Por qué Tommy no pensó en mencionar esto durante la primera investigación? —preguntó Clara.

—Probablemente porque Tommy pensaba que era una mentira —dijo Sharon—. Pensó que ella lo estaba inventando para mantenerlo en ascuas, para hacerle creer que tenía otra opción si él no dejaba la bebida.

—Pero la madre, Honey... —dijo Reggie—. Ella pensaba que él era muy real. Dejó claro que creía que Sarah y este hombre estaban liados.

—¿Liados? —dijo Sharon con una ceja levantada—. ¿Realmente acabas de decir eso, señor?

—En relaciones sexuales —siseó, poniendo los ojos en blanco—. De todos modos, Tommy nos dijo que Sarah había insistido en que este hombre le había impedido que la encerraran. Así que revisamos nuevamente su historial criminal. Ya sabemos que la pillaron dos veces por hurto en tiendas. Una vez en 1980, justo después de que su padre fuera a prisión. Una radio portátil de Woolworths. Luego, en 1981, cuando tenía catorce años, se llevó un Walkman en Dixon's. Aquí es donde tuvimos suerte. Nos pusimos en contacto con el guardia de seguridad jubilado que la había atrapado. Roger Grip.

Recordaba bien el incidente. Principalmente porque, dos meses después, había cambiado de trabajo a WHSmith. Una tienda mucho más grande. Aquí, la vio de nuevo, excepto que no fue él quien la atrapó. Un colega llegó a ella primero.

—¿Y sin embargo solo hay dos incidentes registrados? —preguntó Clara, buscando aclaración para actualizar HOLMES con la información.

—Sí. Esta vez robó un libro...

—¿Un libro? —dijo Sean, curvando el labio—. ¿Sobre qué?

—Equitación —dijo Reggie.

Frank notó que Gerry se sentaba con atención. Era un cumplido para Sharon y Reggie. Habían tirado de un hilo impresionante.

—Este otro guardia de seguridad, para gran molestia de Roger, la dejó ir —continuó Reggie—. Roger señaló que la había atrapado antes, que tenía antecedentes. El otro guardia dijo que ese era el punto. Era más razón para dejarla ir, porque podría terminar encerrada en un centro juvenil. No quería que su vida se arruinara por un libro sobre equitación. No se disculpó, pero aseguró a Roger que Sarah nunca robaría de nuevo. De hecho, lo garantizó.

—¿Eh? Pero ¿cómo puedes garantizar eso? —preguntó Sean, con su rostro aún arrugado por su última expresión de sorpresa.

—No lo sé —dijo Reggie—. Pero estaba convencido. No puedo decir con certeza que nunca volvió a robar en tiendas, pero no hay más registros. Así que, o bien la detuvo de alguna manera, ¡o ella mejoró en ello! El guardia de seguridad perdió su trabajo, como era de esperar. Roger nunca mantuvo contacto con él, así que no podía confirmar ni negar que la hubiera ayudado a mantenerse en el buen camino. Sin embargo —sonrió para sí mismo—, recuerda el nombre de este otro guardia de seguridad.

—Bingo, vosotros dos... —dijo Frank—. Bingo... Háblanos de él.

—Peter Watson. Después de perder este trabajo, estableció su propio negocio de seguridad, instalando alarmas y cerraduras y demás... Su esposa, Donna, trabajaba como enfermera pediátrica en el Hospital General de Scarborough. Murió recientemente, de hecho... el año pasado... así que está viviendo solo.

El viento se calmó por un momento mientras Reggie continuaba detallando a Peter Watson. Fue ominoso y creó una atmósfera bastante espeluznante mientras describía una tragedia indescriptible.

Frank ya lo había escuchado, pero el impacto apenas se redujo en la segunda escucha. —Dios mío. —Las palabras apenas pasaron por la tensión en su garganta.

Frank miró hacia arriba y observó cómo la mano de Gerry encontraba el pelaje de Rylan, buscando consuelo en la textura familiar. El labrador se acercó más, sintiendo claramente la angustia.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Reggie.

Frank negó con la cabeza. —No hay cantidad de tiempo, Reggie, llevando eso... no hay cantidad de tiempo... —Frank hizo una pausa para respirar profundamente, dándose cuenta de que había presenciado demasiado sufrimiento humano en su vida. Mientras exhalaba, dijo—: De acuerdo, así que Sharon y Reggie hablarán con Peter mañana mientras nosotros estamos con Stephen. Debería ser interesante, ya que ninguna de estas personas fue interrogada en la última investigación. Así que, pensemos en esto... Aparte del informe del Fiesta rojo, hubo otros tres avistamientos de Sarah con un hombre mayor, ¿recordáis? Las tres descripciones diferían. Solo lanzando esto al aire... completamente hipotético, por supuesto... ¿y si uno era Stephen y otro era Peter?

—¿Entonces eso nos dejaría con un tercero? —dijo Reggie.

—Tus matemáticas, sargento, han mejorado a pasos agigantados. —Frank recorrió la sala, entregando un paquete de imágenes fotocopiadas. Eran las cuatro fotografías del hombre misterioso en los concursos hípicos proporcionadas por las hermanas Winters.

—Quizás este es él con Hannah Wright. El tercer hombre mayor. Parecía tener un gran interés en Sarah entre 1981 y 1984. —Explicó cómo había encontrado las imágenes.

—¿Podría haber estado saliendo con Hannah en ese momento? ¿Puede que no hubiera ninguna conexión real con Sarah?

—Tal vez, Reggie, tal vez. —Frank suspiró—. Pero quiero saber quién es. Entonces, podemos hacer un juicio sobre eso. Mostremos esta imagen a tanta gente como sea posible.

Se volvió hacia Sean. —Cuéntanos lo que has descubierto sobre Hannah Wright, Sean.

Sean se sentó erguido. —La Dra. Hannah Wright nació en Ilkley. Provenía de dinero antiguo, terratenientes con importantes propiedades por todo Yorkshire. —Pasó las páginas de sus notas—. Educada primero en Roedean, luego en Oxford. Primero en Psicología antes de especializarse en psiquiatría infantil. Publicó extensamente. Cuatro libros de texto sobre psicología infantil, centrándose en terapias alternativas. "Más allá de los límites tradicionales" se convirtió en lectura obligatoria en varias universidades. Pero son sus estudios de casos los que son interesantes. —Sacó una copia muy usada—. Menciona a una "Sandra" a lo largo del texto. ¿Seudónimo de Sarah, quizás? Después de todo, afirmaba que estaba financiando el tratamiento de Sarah para investigación. Os daré una cita: "La conexión inherente de Sandra con los caballos proporcionó una salida emocional previamente negada por enfoques terapéuticos tradicionales. A través de esta conexión, presenciamos no solo curación, sino transformación. La niña que había sido etiquetada como 'problemática' y 'reacia a adaptarse' se reveló como extraordinariamente dotada y de profunda inteligencia emocional cuando se le dio el entorno adecuado para florecer".

—Suena como nuestra chica. Bien escrito, también —observó Reggie, acariciando su bigote, haciendo que Frank se estremeciera.

—Gerry revisó parte de esto antes conmigo —dijo Sean, pasando las páginas—. Gerry se sintió atraída por esta cita: "Sandra representa el fracaso de los enfoques terapéuticos convencionales. Sus problemas de comportamiento percibidos enmascaraban una verdad más profunda: una desesperada necesidad de ser realmente vista. A través de nuestro trabajo juntas, descubrí que lo que otros etiquetaban como desafío era en realidad una feroz determinación por ser escuchada".

—Sonaba muy personal —añadió Gerry—. Está formalmente escrito para un libro de texto, pero percibo un profundo cariño y adoración por Sandra.

—¿Sarah? —preguntó Frank.

—Yo estaría de acuerdo —añadió Gerry.

Frank volvió a la ventana, observando cómo su reflejo se desdibujaba contra el cristal oscuro. —¿Cuándo se publicaron estos?

—Los dos primeros libros salieron en el 83 y el 85. El último... —Sean revisó sus notas—. Publicado póstumamente en 1991, justo después de que muriera en la explosión de gas.

—Háblanos de eso. —La voz de Frank llevaba un tono de anticipación.

—Solo lo que hemos cubierto hasta ahora. Según el informe del investigador de incendios, los patrones de la explosión eran consistentes con una explosión de gas. El daño estructural indicaba que la explosión se originó en el sótano, donde la tubería principal de gas entraba en la propiedad. —Un repentino aullido de viento interrumpió a Sean. Por un segundo, Frank esperaba que la ventana de doble acristalamiento implosionara.

Después de un momento, Sean continuó. —Se recuperó suficiente de Clive Morton para la identificación. Los restos de Hannah estaban más dañados, y la identificación fue más complicada. Pudieron llegar hasta el género y la edad aproximada, pero no más allá.

Frank suspiró. —Siempre tiene que haber un maldito signo de interrogación, ¿eh? Si no era Hannah, ¿entonces quién? Bueno, mantengamos el signo de interrogación, pero sigamos con Hannah por ahora. No puedo verla abandonando el trabajo de su vida... además, ¿adónde fue todo su dinero?

—Sin familiares vivos. Todo su dinero fue a un fideicomiso benéfico. No habría ganado mucho fingiendo su muerte entonces... Pero aun así —reflexionó Frank—, algo realmente me molesta sobre Hannah. Una santa, una salvadora, un ángel... todos estos elogios... Tal vez ella era genuinamente así de altruista... Paga por su educación, sus clases de equitación. Escribe libros sobre su conexión especial. Pero luego de repente corta todos los lazos cuando Sarah regresa con Tommy Reid. Algunos argumentarían que estaba incitándola a entrar en razón, pero ¿y si hubiera algo más? ¿Y si la adoración se hubiera convertido en odio... y si más tarde se convirtió en asesinato? —Frank respiró hondo—. Me estoy adelantando, pero

¡tales reflexiones muestran lo difícil que es nuestra situación! ¿Qué hay de este Clive Morton?

—Tengo algo ahí —dijo Clara—. Hace tiempo, había sido jardinero en Riverside College.

Frank se giró desde la ventana. —¿En serio? ¿Cuándo?

—1986. Ocho meses.

—¿Por qué se fue? —preguntó Frank.

—Acuerdo mutuo.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Lo siento, no hay más detalles —dijo Clara.

—Sarah fue a la universidad en septiembre de 1985, así que su camino no se cruzó con el de Clive en Riverside... pero se habrían cruzado en la casa de Hannah. Ella comenzó allí en 1988, ¿verdad?

—Sí... Clive comenzó allí en diciembre de 1987.

—Ya veo. Entonces, añadamos a Clive a nuestra lista. Tenemos que seguir cavando... maldita sea. —Frank presionó sus dedos contra sus sienes—. ¿Tal vez él es el tercer hombre? "¡Acuerdo mutuo!" —resopló—. ¡Y un cuerno! Dios, ¿cuántos malditos sospechosos necesitamos? Están cayendo del cielo. Sean y Gerry, excelente trabajo, ¿podéis hablar con los gobernadores de Riverside sobre este "acuerdo mutuo" y averiguar todo lo que podáis sobre este personaje Clive? Además, contactad por teléfono con Becky Morton, la viuda de Clive. Escuché que está en las últimas, así que extrayamos esa maldita información, antes de perder otro testigo en el más allá. Y todos, ¿recordáis al tipo de estas fotos? —Golpeó las fotos con su dedo sobre la mesa.

Después de que todos se hubieran ido, Frank actualizó el tablero y luego se sentó solo un rato, preparando algunos cigarrillos liados para fumar en su camino a casa.

Miró la foto de Sarah Matthews. A su alrededor ahora, había fotos de diferentes hombres, y la Dra. Hannah Wright, todos con líneas, moviéndose de un lado a otro desde Sarah, explicando su conexión.

Peter Watson. Esa tragedia indescriptible. ¿Te convirtió en alguien compasivo, desesperado por ayudar a poner algo de luz de vuelta en el mundo sin importar el costo?

¿O hizo lo contrario? ¿Te llevó por un camino aún más oscuro?

Stephen Walker. Un ídolo. Una inspiración. Reverenciado por una joven estudiante. Eso no era nada nuevo. Pero ¿esos poemas? Si eran sobre él, ¿era eso realmente aceptable? ¿Cuán cerca podías llegar a ser realmente de alguien a quien tenías el deber de cuidar?

Clive Morton. Un "acuerdo mutuo" para alejarse de una escuela donde iba Sarah, antes de conseguir un trabajo donde Sarah tenía uno. ¿Coincidencia? ¿Planeado?

Y hombre misterioso en tu traje planchado, con tu caro corte de pelo, ¿por quién estabas realmente en las carreras? ¿Hannah? ¿O esa pobre joven destruida en un silo podrido?

La noche presionaba contra las ventanas.

Y la pregunta más grande de todas: ¿estaba el asesino de Sarah ahí fuera? ¿Aún vivo? ¿Caminando libre?

Se quedó un rato, mirando a la oscuridad hacia las historias olvidadas de una chica, y tantas otras.

Y entonces Frank Black anheló desesperadamente la luz.

42

Peter miraba fijamente su sillón, mientras las sombras del anochecer se alargaban a su alrededor como dedos acusadores. Había intentado sentarse allí tres veces esta noche, pero cada vez su inquietud le había obligado a ponerse de pie, desgastando caminos en la alfombra con su ir y venir.

¿Cómo podía haberle hablado así a esa pobre chica?

Había visto miedo en sus ojos.

¡La pobre pequeña Sophie incluso había empezado a llorar!

El impulso de ir allí y disculparse era fuerte... pero ¿cómo podría disculparse?

¿Qué podría decir?

¿Cómo le explicas a una madre de quince años que a veces el pasado te agarra con dedos helados por la garganta y te lanza contra la pared como un maldito balón de fútbol?

¡Su vida no sería nada fácil! ¿Qué significaban para ella los problemas de un "viejo chocho"?

Suspiró mientras miraba la fotografía de Donna, su sonrisa inmutable por el tiempo o el polvo. Podía verla negando con la cabeza. Como siempre hacía cuando el temperamento de Peter le dominaba.

—Lo sé, Donna, cariño... lo sé...

El cuenco de paracetamol captó su atención sobre la mesa de café, y suspiró por segunda vez.

En cierto modo, esta noche, tal como había planeado, era el momento perfecto para esto.

¡Antes de que causara más daño!

Aun así, en el fondo sabía que no lo haría esta noche.

Aunque fuera completamente irracional pensarlo, sentía que no podía marcharse sin arreglar las cosas con Mia.

¿Podría realmente soportar que ofender a esa niña fuera su último acto en la tierra?

Arreglar esas tuberías habría sido un canto del cisne perfecto.

Oh, Donna, ¿por qué tuve que joderlo to—

Un golpe en la puerta le sobresaltó.

¿Y ahora qué?

Era el mismo problema que ayer, ¿quién venía a su puerta a estas malditas horas?

Miró a través de la ventana. Lucy con su uniforme del supermercado, sosteniendo algo bajo un paño de cocina. Su hijo Reece, el conductor temerario, estaba a su lado. El chaval tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de chándal holgado, y los hombros encogidos. Los auriculares perpetuos tampoco estaban, dejándolo con un aspecto extrañamente vulnerable.

Con suerte, finalmente le habría echado una buena bronca.

El viento era fuerte esta noche, así que les sacudía las chaquetas hacia arriba y alrededor.

No le habían visto observándoles, así que volvió a deslizarse hacia su soledad.

Realmente no le gustaban las visitas. Vale, a Lucy podía soportarla ahora. Había sido mucho más agradable de lo que esperaba. Aunque, si ella supiera de su altercado con Mia, ¡él también podría estar a punto de recibir una bronca! *Pero el chaval... de ninguna manera iba a entrar aquí. ¡De ninguna maldita manera!*

Además, preferiría mantener la paz y la tranquilidad.

Miró alrededor del salón donde había pasado las últimas horas paseando, y casi se echó a reír en voz alta.

¿Qué paz y tranquilidad, viejo? ¡Tendrían que dejarte inconsciente otra vez para que te quedaras quieto!

Se dirigió a la puerta principal, suspiró y la abrió. Podía sentir el viento. —Sopla un vendaval esta noche, ¿eh?

—Sí —Lucy sonrió, saltando de un pie a otro, y levantando las cejas—. ¡No me has dado la oportunidad de agradecértelo! El trabajo que hiciste... bueno... ¡es fantástico!

—No hay necesidad —dijo él—. Ha sido un placer.

Obviamente, aún no has hablado con Mia, pensó.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy, entrecerrando los ojos.

—Sí... ¿por qué?

—Estás pálido... —señaló su cabeza—. ¿Quieres que le eche un vistazo a eso?

—Está bien. Solo es un golpe. Ayer me di con la repisa de la chimenea al agacharme para recoger algo.

—Venga —se acercó un poco—. Déjame comprobarlo. Mi madre es enfermera.

—Sí, también lo era Donna, mi mujer. Sé qué buscar.

Pareció decepcionada. —Vale, si estás seguro...

—Lo estoy. Solo estoy cansado. De hecho, ha sido un placer, pero ahora estoy agotado. Probablemente por eso estoy pálido. Así que...

Ella le interrumpió. —¿Cuánto te debo?

¡Cuántas malditas veces!

—No te preocupes... un regalo de bienvenida. Ahora, si...

—Por favor, déjame darte algo. Aunque sea poco.

—No hace falta. Te dije que conseguí las piezas gratis —dijo, repitiendo su mentira anterior.

—¿Y la mano de obra?

—Bueno, no tenía nada más que hacer, y estoy jubilado, así que mi tiempo no cuesta nada.

Lucy sonrió. —Pues gracias, ¡es un regalo de bienvenida enorme! Dudo que reciba alguno más, pero si lo hago, no será ni la mitad de bueno que el tuyo.

—De nada. Ahora, estoy bastante cansado. *Y necesito averiguar qué decirle a tu hija mañana cuando se haya calmado.*

Lucy le tendió lo que tenía envuelto en el paño de cocina. El vapor escapaba de debajo del trapo, llevando el rico aroma de

tomates y hierbas. —Bueno, he probado mi cocina mejorada... he hecho espaguetis a la boloñesa. Así que aquí está tu porción.

Eso le hizo sentirse bastante avergonzado de su evidente desesperación por deshacerse de ellos. ¿Cuándo fue la última vez que alguien había cocinado para él? —Gracias, pero no hace falta que seas tan generosa.

—Tómalo o estaré pagando por la cocina.

Aceptó el envoltorio, sintiendo su calor contra las palmas. El calor pareció subir por sus fríos brazos.

—Además... —Lucy dio un codazo significativo a Reece entre los omóplatos—. Reece quiere decir algo.

Aunque Reece había salido antes a recoger las piezas, había evitado todo contacto con Peter cuando había regresado con ellas, dejándolas al pie de las escaleras y desapareciendo directamente a su habitación para jugar a videojuegos, aparentemente. Esta era la primera vez que Peter estaba tan cerca del chaval. No había mucho que decir de ese larguirucho mequetrefe, para ser sincero. Dieciocho años, pero podría haber tenido perfectamente quince.

Reece arrastró los pies, mirando sus zapatillas, con la fanfarronería del contoneo callejero que había visto ayer muy reemplazada por la torpeza adolescente. —Lo siento por la forma de conducir, antes.

—Imprudente —dijo Peter, cruzando los brazos—. ¡Un día, tus neumáticos chirriantes serán lo último que oiga algún pobre desgraciado!

Esperó a que Reece respondiera. Tardó un rato. —Prometo no conducir como un gilipollas otra vez.

Suspiró para sus adentros, sintiendo un momento de compasión. El pobre chico no tenía un padre que le indicara algunas cosas básicas. Le dio un respiro. —Se necesita ser un hombre de verdad para disculparse...

Captó el ceño fruncido de Lucy y recordó a Mia reprochándole su sexismo anticuado antes.

—Una persona de carácter... —se corrigió.

—Lo siento otra vez —dijo Reece y miró a Lucy—. ¿Puedo seguir con el coche ahora, mamá?

Ella asintió.

—Hasta luego —dijo, haciendo un gesto de cabeza a Peter, antes de darse la vuelta y correr hacia su casa, con el viento levantando su chaqueta por detrás como la capa de un superhéroe.

—¿Qué le pasa a su trampa mortal? —preguntó Peter.

—Le cuesta arrancar.

—Probablemente sea algo bueno, ¿eh?

Lucy se rio.

—Dime si no consigue ponerlo en marcha —dijo él.

—Ya has hecho suficiente. —Al darse cuenta de que sostenía la comida y tenía a una persona agradable en su puerta, sintió una punzada de culpa por no invitarla a entrar. Donna le habría cortado la cabeza por ello—. ¿Quieres entrar? ¿Un té?

—No puedo quedarme... pero si me dejas mirar esa cabeza, te lo agradecería. ¡Y un minuto fuera de este maldito viento sería agradable!

Asintió y la dejó entrar.

Un par de minutos después, estaba en el sillón, mientras ella le limpiaba y vendaba adecuadamente la herida. Comprobó que hubiera ido al hospital.

—Sí, todo bien —mintió.

—¿Y no quisieron ponerte puntos?

—No hacía falta, dijeron.

Ella negó con la cabeza. —Hoy en día, ¿eh? No tienen tiempo para nadie. Dudo que esto se cierre rápido por sí solo.

—Le daré uno o dos días más.

Ella observó su cuenco de paracetamol en la mesita auxiliar. —Una forma curiosa de guardar tus analgésicos...

Sintió que se le helaba la sangre. —¿Eh? —Miró hacia allí, tratando de dar la impresión de que no sabía a qué se refería—. Siempre lo he hecho así. Los saco del blíster, ahorro espacio.

—Supongo que si no tienes niños cerca.

—Sí.

Se puso de pie. —En fin, será mejor que vuelva a la casa de locos.

Él la acompañó hasta el vestíbulo.

—Una vez más, estoy muy agradecida. Disfruta de los espaguetis.

—Escucha, antes fui brusco con Mia. Creo que la asusté. Me pidió que sostuviera a Sophie y no quise. Estaba cansado, ya sabes.

Lucy asintió. —Mia puede ser intensa a veces. Abrumadora. Con las personas que le caen bien. Es evidente que le caes bien.

—Creo que esto fue más culpa mía... iré a disculparme mañana si te parece bien.

—Estoy segura de que no será necesario.

—Lo es —dijo él.

Ella se dio la vuelta en la puerta principal y sonrió. —Bueno... — Sus ojos se desviaron por encima del hombro de él y notó algo. Pareció intrigada. Él siguió su mirada hasta la percha. Hasta dos chaquetas rosas una al lado de la otra. Una más grande, la de Donna, y una más pequeña, de niño. Cuando volvió a mirar, la boca de Lucy se abría para hacer una pregunta obvia, pero algo en su expresión debió disuadirla.

—Bueno, gracias por la comida —dijo él, retirándose rápidamente tras su puerta—. Y por la venda. Buenas noches entonces.

—Buenas noches.

Cerró la puerta.

Se volvió, acarició el pequeño abrigo, suspiró y fue a comerse los espaguetis.

—Estaban casi tan buenos como los tuyos —le dijo a la fotografía de Donna después—. Casi.

Finalmente se tranquilizó y pasó un rato pensando en Mia, y en cómo le había hecho reír antes de que discutieran.

No era de extrañar que le hubiera recordado a su águila antes. Ellos también habían tenido una relación tempestuosa, especialmente hacia el final.

La feroz independencia y personalidad siempre le habían cautivado, pero tan a menudo, se dio cuenta, venía con costes.

Mia era muy parecida a ella. La forma en que se comportaba, esa determinación de hacerse oír...

Sus pies le llevaron allí antes de que pudiera detenerse, sus manos moviéndose con el peso del recuerdo mientras abría el cajón

y sacaba la tarjeta de agradecimiento.

Contempló la imagen del águila planeando en la portada.

Después de leer el poema, sonrió, apartó una lágrima, volvió a colocar el poema en el cajón y lo cerró.

Otro fantasma.

Entre muchos.

Se dio la vuelta para irse a la cama, deseando que llegara la mañana para poder ver a Mia de nuevo. Para disculparse, por supuesto.

43

La botella de vino no estaba llena cuando Christie la empezó, pero había contenido más de la mitad, y ahora estaba vacía.

Al menos el alcohol adormecía el dolor punzante en su cabeza tras golpearse contra la mesa de café de sus padres.

Cerró los ojos y pensó en su madre confusa y enfadada.

¡Chica cruel, cruel!

Las palabras de Georgina sobre manzanas envenenadas se le pegaban como una mancha que no podía eliminar.

¿De dónde demonios había salido este día?

Había esperado que el alcohol calmara la tormenta en su mente. No lo había hecho. Si acaso, la había agitado más, y ahora se unía al vendaval de fuera, sonando como una maldita tempestad.

Aun así, no tenía más remedio que perseguir la tormenta. Cogió su portátil, que estaba junto a unas tarjetas navideñas alineadas de la familia.

Con un suspiro profundo, abrió su portátil y comenzó a investigar.

Con el tiempo, sus dedos golpeaban las teclas del portátil con cada vez más fuerza, pero no podía encontrar nada más que elogios para su padre, Stephen Walker.

Tenía un legado intocable en los círculos educativos.

Los tributos parecían burlarse de su paranoia desde la pantalla: mejora en los resultados de los exámenes, programas innovadores para estudiantes problemáticos, testimonios brillantes de antiguos alumnos.

«Stephen Walker OBE representa lo mejor de la educación británica». Las palabras del diputado Sir Geoffrey Pembroke se grababan en su visión borrosa por el vino.

Dedicación incansable...

Compromiso con los jóvenes problemáticos...

Enfoque en las artes y la creatividad para los menos afortunados...

Un tesoro nacional.

Nada sobre *manzanas envenenadas.*

El enfrentamiento con su madre volvió a resonar con fuerza en su memoria. *¡No seguirás haciéndonos daño otra vez! ¿No aprendiste?*

¿A quién se refería? ¿A Georgina Prince? ¿O a una de las otras cuatro chicas con esa pulsera?

Alcanza las estrellas.

Recordó a su madre volviéndose contra su padre. *¿Qué has hecho? Todo esto es culpa tuya.*

La respuesta empezaba a parecer demasiado obvia.

Dolorosamente obvia.

¿Su padre —el querido director, educador dedicado, receptor de innumerables galardones— realmente había abusado—

—¡No! —dijo en voz alta.

No estaba preparada para llegar ahí todavía. Simplemente no podía.

Él había sido la persona más importante en su vida. Su inspiración. Si él caía de ese pedestal, seguramente ella caería con él.

Dos manzanas envenenadas cayendo juntas.

—Entonces, ¿quién eres, Georgina Prince? ¿Y por qué has prendido fuego a nuestras vidas?

Sus dedos volaron sobre las teclas.

El perfil de LinkedIn de Georgina Prince brillaba acusadoramente en su pantalla. Directora de Marketing en alguna empresa de Scarborough. Un número de teléfono móvil listado al final del perfil.

Los dedos de Christie se cernieron sobre su teléfono. El vino la empujó hacia adelante, más allá de la duda, más allá del miedo.

Marcó antes de que pudiera perder el valor.

Un tono. Dos. Tres.

—¿Diga? ¿Sí? —La voz de Georgina era cortante, y tan familiar de antes en la universidad.

—Soy Christie Walker... hoy, tú...

—Sé quién eres. —Una brusca inhalación—. No deberías estar llamando. Este es mi teléfono de trabajo, que la universidad no tiene. Así que supongo que me has estado investigando.

El vino recorrió la sangre de Christie, convirtiendo el miedo en ira. —¿Cómo no hacerlo después de lo que me dijiste hoy?

—Creo que dejé muy claro con quién deberías hablar.

—¡Necesito saber la verdad!

Georgina bufó. —Has venido al lugar equivocado entonces, querida. Sabes dónde ir...

Christie entrecerró los ojos. Quizás la habían acorralado antes, pero ahora tenía el alcohol que la impulsaba. —Tus sugerencias no dan ningún resultado en internet. Ahora, ¿cómo puede ser eso si no estás mintiendo? Con todo tu discurso sobre veneno y multitud de pulseras, no puedo encontrar más que elogios para mi padre...

—Porque nunca hubo una investigación. —La interrupción de Georgina restalló como un látigo.

—Dijiste cuatro chicas.

—Había cuatro pulseras... eso no es mentira.

—Cuatro chicas son suficientes para una investigación...

—Entonces, ¿por qué no hablas con ellas? ¿O con tu padre? Solo él sabe la verdad de por qué nadie habló.

—Hoy parecía tener todo que ver contigo.

—No quiero a tu padre cerca de mi hijo sabiendo lo que sé. Tú eres una conexión. Eso es suficiente para mí. Una Walker. Dejémoslo así.

—No. —La voz de Christie encontró un tono aún más duro que no sabía que poseía—. Puedes hablar conmigo, joder. Tú has abierto esta caja de Pandora.

—¡Una caja de Pandora! Ja.

—¿Cómo lo llamarías tú?

El silencio crepitó entre ellas. Christie podía oír los latidos de su propio corazón en sus oídos, sentir el vino ardiendo por sus venas.

Georgina no colgó.

¿Quería hablar?

¿Estaba contenta de ser presionada?

Quizás debería intentar apelar a su ego. —Mira, señora Prince... Perdón por alterarme —continuó Christie, aprovechando su ventaja —. Soy buena persona, no veneno, y puedo ver que tienes buenas intenciones... Si me ayudas a entender, verás que como tú, soy amable, me preocupo.

Hubo otro período de silencio antes de que Georgina suspirara. —Quizás me pasé contigo, Christie. No debería haberte llamado esas cosas... los pecados del padre no son los pecados de la hija y todo eso. Pero lo entenderías si estuvieras en mi lugar. —Georgina sonaba más distante e inquietante que enfadada—. Después de todo lo que pasó, he construido una vida. Una buena vida. No me corresponde cambiar el desenlace de lo que ocurrió, y lo único que puedo hacer es mantener a mi hijo alejado. Es todo lo que puedo ofrecer.

—¿Cómo puede ser una vida tan buena? —Christie presionó el teléfono con más fuerza contra su oreja—. Si sigues lo suficientemente enfadada como para humillar a una desconocida delante de sus estudiantes. Hay amargura.

—Quizás... pero si no hubiera visto esa pulsera, me habría controlado mejor.

La mano libre de Christie fue a su muñeca donde había estado la pulsera, sintiendo la piel allí desnuda, expuesta. —¿Qué significa eso?

—No puedo hablar de las otras tres chicas. Nunca hablé con ellas. Pero pregúntale por Sarah Matthews. —La voz de Georgina se redujo a un susurro.

El susurro pareció congelar el aire en los pulmones de Christie, pero consiguió hablar. —Entonces, ¿esta Sarah formaba parte del grupo de escritura?

—Oh sí, totalmente.

—Quizás debería hablar con ella.

—No puedes. —Una respiración. Luego más suave, casi un susurro—. Desapareció hace muchos, muchos años.

El agarre de Christie sobre el teléfono se intensificó, su pulso martilleando en sus oídos. —¿Quién era?

—Mi mejor amiga. O al menos lo era. Me robó mis poemas, ¿vale? Mis jodidos poemas. Genial. Eso la metió en ese club de escritura creativa, pero mira cómo le fue, ¿eh? Le daría las gracias si supiera dónde demonios se ha largado, por haberme ahorrado ese trauma. Mira, déjalo así... He dicho demasiado... Pregúntale por Sarah Matthews y déjame en paz. Hemos terminado.

La línea se cortó, dejando a Christie sola con la habitación girando y sus pensamientos en espiral. Sus manos temblaban mientras tecleaba «Sarah Matthews» en su portátil.

El primer titular la golpeó con fuerza.

Era de principios de 1990.

Margaret Matthews perdiendo la esperanza de encontrar a su hija desaparecida, Sarah.

Se llevó la mano a la boca.

44

Lewis observaba el subir y bajar constante del pecho de su padre.

Parecía imposible que esta figura serena fuera el mismo hombre que se había estado retorciendo de agonía apenas unas horas antes.

La fotografía que había encontrado se sentía pesada en las manos de Lewis, sus bordes desgastados por su constante manipulación. No podía apartar los ojos de la mujer con ojos azules penetrantes y una sonrisa enigmática.

Como un ritual que no podía romper, Lewis le dio la vuelta a la foto y miró el número de teléfono familiar. Había poco sentido en hacerlo. Ya lo había memorizado. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sus ojos ardían de tanto estudiar cada detalle, cada sombra.

01483.

Guildford.

La ubicación despertaba posibilidades que le oprimían el pecho. Una zona acomodada. ¿Habría tenido su padre una propiedad allí? Había tenido suficiente éxito financiero para mantener otra vivienda. ¿O quizás vivía allí alguien importante para él?

¿Otra vida?

Cerró los ojos e imaginó a Felix. Los recuerdos de él eran su refugio en tiempos turbulentos. Su hermano había muerto a los doce años, pero permanecía congelado en el tiempo —siempre mayor, siempre un modelo a seguir. Su maravilloso guía había estado ahí para ayudarle cuando golpeó a Gregg Inch dejándolo en coma y pasó años en prisión, aconsejándole que practicara la atención

plena, que trabajara en su ira, que dejara ir el pasado y sus demonios.

Siempre, cuando acudía a su hermano Felix, era en aquel recuerdo cuando le enseñó a montar en monopatín. Su hermano había tenido tanta paciencia y le había dado tanto ánimo ese día. Había hecho que Lewis se sintiera especial, aunque no paraba de caerse una y otra vez.

—¡Mira esto, hermanito! —Felix ejecutaba un perfecto kick flip, desesperado por inspirarle.

Incluso ahora, décadas después, Lewis todavía podía escuchar el orgullo en la voz de su hermano cuando finalmente lo dominó.

Pero no era este recuerdo el que interesaba a su mente ahora.

Era otro.

Uno más oscuro. Uno al que no había vuelto durante muchos años.

Uno que había estado verdaderamente enterrado.

Dos semanas antes de morir de meningitis, Felix llegó a casa llorando. Había seguido a su padre en su monopatín hasta el trabajo, solo para verlo reunirse con una mujer para tomar café en la estación de tren.

—La vi —susurró Felix—. No está bien, Lewis. Los vi besándose. Y ella... Dios, era tan hermosa... esos increíbles ojos azules...

Lewis volvió de golpe al presente, centrándose de nuevo en la mujer de la fotografía —su mirada penetrante del mismo azul vívido que el que Felix había descrito. *¿Sería esta la hermosa mujer de la que su hermano había estado hablando?*

Ciertamente era hermosa.

En aquellos años turbulentos, no era la primera vez que Lewis y Felix tenían que enfrentarse al engaño de su padre. Su tía a menudo hacía referencias veladas a las indiscreciones de John, para furia de su madre, que temía que se hubieran dado cuenta.

Lo que, por supuesto, habían hecho.

—No delante de los niños —espetaba Caroline a su hermana, pero el daño ya estaba hecho, y podías estar seguro de que volvería para causar más.

Lo más probable es que, aquel día en la estación de tren, Felix solo hubiera visto a una de las muchas mujeres de su padre.

Pero aun así, ¿y si hubiera sido esta mujer de la fotografía?

¿Podría ser la madre de su hermana? ¿Una media hermana que nunca había conocido?

La posibilidad hizo que le temblaran las manos. La forma en que los incidentes se vinculaban y conectaban a través del tiempo. Y solo le llevó un minuto estar absolutamente convencido de que Felix había vislumbrado la otra vida de su padre en la estación de tren ese día, antes de llevarse la verdad hasta la tumba al mes siguiente.

Pero no sin antes dejar la semilla germinando en su hermano menor.

El corazón de Lewis latía con fuerza contra sus costillas. Estaba listo.

Sus dedos temblaban mientras sacaba su móvil y marcaba. Cada tono parecía durar una eternidad. El sonido resonaba en la habitación silenciosa como una cuenta atrás. Al quinto, contestó una mujer. Una mujer mayor con voz áspera. —¿Hola? ¿En qué puedo ayudarle?

Se le secó la boca, la lengua pegándose al paladar. No había planeado qué decir, no había pensado más allá de la necesidad de saber. Las palabras salieron atropelladamente antes de que pudiera detenerlas. —¿Quién es usted? ¿Con quién estoy hablando?

Una pausa se extendió entre ellos, antes de que dijera: —En realidad, quizás debería decirme usted quién es.

Respuesta justa. Suspiró. *No tengo nada que perder.*

—Soy Lewis White.

El silencio que siguió parecía lo suficientemente espeso como para ahogarle.

Si el nombre no significara nada, ¿no habría respondido inmediatamente? Presionó su ventaja. —Mi padre es John White. Pensé que podría conocerle.

Esperó, deseando desesperadamente que ella se derrumbara bajo el peso de la sorpresa. Deseando con todas sus fuerzas que soltara la verdad.

—No puedo ayudarle —dijo ella.

—¿Entonces, no le conoce?

—No, así que me temo que no puedo ayudarle.

La frustración le oprimió la garganta, haciendo que su voz se quebrara. —Se está muriendo, ¿sabe? Aquí, justo delante de mí, muriendo de cáncer. No puede quedarle mucho. Días. Horas. ¿Quién sabe?

Otro silencio cargado.

¿Por qué estás tan callada? ¿Hay algo personal ahí?

¿Eres tú la mujer de la fotografía? ¿La amante de ojos azules que Felix vio en la estación de tren?

Finalmente, habló. —Lamento oír eso. Es una parte implacable de la vida: ver morir a los padres. Espero que su padre esté en paz, de verdad. Pero no entiendo por qué se ha puesto en contacto conmigo. ¿Cómo consiguió este número?

Él le explicó lo de la fotografía, mientras la respiración trabajosa de su padre llenaba el silencio. —Usted... era obviamente muy especial para él.

De nuevo, el silencio se prolongó, preñado de posibilidades.

—Lo siento mucho. No puedo ayudarle. Nuestra línea telefónica debe haber reutilizado un antiguo número fijo... ya sabe cómo puede pasar eso cuando se cambia de compañía.

Era muy plausible.

—Realmente espero que su padre no esté sufriendo —añadió. Algo en su tono le hizo sentir un hormigueo en la piel. ¿Detectó allí una tristeza, tal vez, que trascendía la mera simpatía por alguien desconocido?

—Quería contarme la verdad sobre algo. —Hasta que lo drogamos de nuevo hasta dejarlo inconsciente, pensó con amargura, observando cómo la morfina goteaba a un ritmo constante—. No creo que pueda descansar hasta que...

—Ya veo... Siento mucho no poder ayudarle.

La desesperación le arañaba la garganta. —Dijo que tenía una hermana. —El pulso le rugía en los oídos.

Ella suspiró. —Lo siento... —dijo—. Ha cometido un error.

—Por favor —dijo él.

—Me voy ahora, Lewis. —Las palabras resonaron, y luego se asentaron como una pesada piedra en su pecho—. Siento su pérdida. —La línea quedó muerta.

Él se quedó mirando el teléfono.

Me voy ahora, Lewis.

Había sonado como si le conociera.

Con los dedos temblorosos, intentó llamar de nuevo inmediatamente pero obtuvo un tono de ocupado. Siguió intentándolo durante toda la noche, observando a su padre dormir mientras la señal de ocupado se burlaba repetidamente de él.

Las palabras de su padre resonaban en su mente: *Tu hermana.*

Las de su hermano: *La vi.*

Las de ella: *Me voy ahora, Lewis.*

Con todas estas voces, sentía como si su cabeza fuera a partirse en dos. Mientras tanto, fuera, los vientos azotaban las ventanas, y en algún lugar de Guildford, un teléfono permanecía obstinadamente ocupado.

45

GERRY ESTABA SENTADA con las piernas cruzadas en el suelo de su salón, con la poesía de Sarah Matthews extendida cuidadosamente en arcos a su alrededor. Rylan yacía cerca, observándola, pero completamente relajado.

Esta noche, podía sentir el cansancio apoderándose de ella: había sido un día intenso, cargado de emociones, pero se había topado con algo significativo y quería concentrarse un poco más.

A veces, cuando sentía este tipo de cansancio en presencia de Rylan, podía cerrar los ojos durante un par de minutos y escuchar su respiración constante. Si la seguía mentalmente, a menudo lograba entrar en un estado de tranquilidad durante unos quince minutos, que la dejaba sintiéndose satisfecha, renovada y lista para continuar.

La mayoría de los poemas de Sarah palpitaban con emociones sin procesar y eran crudos, directos y honestos. Podía clasificar estos poemas fácilmente en cuatro grupos: 'ira/confusión'; 'alivio/comprensión'; 'gratitud/conexión'; y 'desesperación'.

Sin embargo, había seis poemas que diferían enormemente de los otros y no encajaban realmente en uno de los cuatro grupos. Llamó a este montón 'anomalías'.

Curiosamente, dos de estos seis poemas tenían escrito '¿presentación?' en la parte superior. Alguien había tachado la palabra en uno, pero no en el otro. ¿Se había enviado esto a una editorial?

Releyó este. Se titulaba 'El Comienzo'.

Sueños de infancia, semillas de diente de león.
Dispersas.
Flotando en el aire y preciosas.
Baila, inocencia, baila.
La sabiduría del invierno está llegando.

Poesía calculada y controlada. No encajaba con todo lo que sabían hasta ahora sobre Sarah Matthews en su investigación. No eran las palabras de una adolescente problemática encontrando su voz, no eran gritos primarios; eran el trabajo de alguien que ya sabía exactamente lo que quería decir: elaborado y pulido.

En ese momento, estaba segura: alguien más había escrito las 'anomalías'.

El misterio se espesaba.

A continuación, intentó establecer una cronología con los poemas. No en el orden en que fueron escritos, porque los poemas eran reflexiones, sino en cómo se relacionaban con lo que sabían hasta ahora sobre su vida.

Era difícil, pero disfrutaba bastante la tarea.

Encima de su montón de 'Ira/Confusión' había colocado un Post-it que decía:

Infancia hasta los 13 (1980). Consumo de alcohol de Rory, comportamiento abusivo, relación sexual con Tommy, encarcelamiento y muerte de Rory, hurtos en tiendas, mal comportamiento en la escuela.

Pasó al siguiente montón, 'Alivio/Comprensión'.

14-15 (1981-82). Dra. Hannah Wright - asesoramiento gratuito/equitación. ¿Peter Watson apoyándola respecto al

comportamiento delictivo? ¿Hombre acompañando a Hannah para ver montar a Sarah (4 veces)?
El tercer montón. 'Gratitud/conexión'.

16-21 (1983-8). ¿Desarrollo de vínculo con el director Stephen Walker? ¿Descubrimiento de la poesía como forma de expresión? ¿Mayor desarrollo de una relación con Peter Watson? ¿Dra. Hannah Wright? (Cualificación de enfermería pagada, trabajo conseguido). ¿Seguía presente el hombre de las fotos? ¿Conoció a Clive Morton mientras era jardinero de Hannah?

El último montón: 'Desesperación'.

22 (1989). Relación tumultuosa con Tommy. Ira y ultimátum de Hannah. Desempleada. ¿Desesperación por la pérdida de conexiones? Avistamientos con hombres mayores - ¿Stephen? ¿Peter? ¿Clive? ¿El hombre de la imagen anterior? ¿Fiesta rojo?

Trazó mentalmente el arco de los poemas, llevándolos hasta el silo. Hasta los huesos escondidos detrás de madera podrida.

Luego, las secuelas. Una explosión de gas en 1991 que mató al jardinero Clive Morton y a la Dra. Hannah Wright, aunque había un signo de interrogación sobre los restos de ella, debido a que estaban tan gravemente destruidos.

Con esta organización, planificó preguntas para hacerle a Peter y Stephen. Enviaría algunas a Sharon y Reggie para Peter, y ellos podrían elegir si usarlas. Repasaría las preguntas para Stephen Walker con Frank en el coche por la mañana. Él ya había sacado un coche decente de la comisaría y se lo había llevado a casa, así que pasaría a recogerla alrededor de las ocho.

Durante otra hora más, continuó leyendo los poemas, tratando de desbloquear otras revelaciones. Un solo verso, o incluso una sola palabra, podría contener la clave para entender lo que realmente le había ocurrido a Sarah Matthews.

Volvió a revisar su teléfono: ningún mensaje de Tom. Sería la primera noche en meses que no hacía ningún contacto. El recuerdo de su cara cuando descubrió su lista de consideraciones matrimoniales le provocó una sensación incómoda en el estómago.

Intentó meditar durante quince minutos, sintonizándose con la respiración de Rylan, pero no funcionó. Sus pensamientos se negaban a alinearse en sus patrones habituales ordenados.

¿He sido tan irrazonable?

Había pensado discutirlo con Frank, sabiendo que ofrecería su particular marca de sabiduría brusca. Casi podía oír su voz: 'Olvídate de la lista, chica. El matrimonio no trata de reglas y normativas'.

Palabras de sabiduría para los neurotípicos, quizás. Pero no funcionaban para ella.

Recordó a Frank diciéndole una vez cómo le había costado a Mary diez años acostumbrarse a él. 'Tuvimos que aprender a bailar sin conocer los pasos... y aun así, apenas podía soportarme'.

Muchos se habrían reído de tal comentario, lo sabía.

Era sarcasmo y Frank, a diferencia de ella, era excepcional en ello.

Sin embargo, la broma había destacado como un error matemático que no podía resolver.

Pero si quería tener una oportunidad de futuro, con un hombre del que estaba casi un 90 por ciento segura de que amaba, necesitaba hacer lo que más odiaba hacer.

Dijo la palabra en voz alta, esperando que pudiera reducir su dureza. —Compromiso.

La palabra se sentía extraña en su lengua, como una ecuación que no podía resolver.

Le envió un mensaje a Tom.

> ¿Podemos vernos mañana después del trabajo? Me gustaría hablar de las cosas adecuadamente.

Su teléfono permaneció en silencio mientras la noche avanzaba, pero Rylan se mantuvo cerca, su presencia un recordatorio de que algunas conexiones sí trascienden la necesidad de reglas y normativas. Algunas cosas, como su lealtad inquebrantable, no podían ser capturadas en una hoja de cálculo o reducidas a una lista de requisitos.

Se sirvió un vaso de agua e intentó irse a la cama.

Ni siquiera la melatonina pudo ayudarla a dormir.

¿Era el silencio de Tom lo que la mantenía despierta?

¿O el conocimiento de que, por la mañana, podría estar cara a cara con un asesino?

46

Con flores en mano, Frank entró en la habitación del hospital de Evelyn.

El rostro de Evelyn se iluminó cuando lo vio, aunque la fatiga ensombrecía sus ojos. Parecía pequeña contra las sábanas almidonadas del hospital. —Vaya sorpresa...

—Sí, Frank y flores... ¿qué más podrías pedir? —Su intento de ligereza le pareció torpe, pero continuó—. ¿Espero que no te importe? Janet me llamó y me dijo que te quedabas otra noche... me pidió que pasara a animarte. —Colocó las flores donde ella pudiera verlas y se acomodó en la silla junto a su cama—. Dije que podría pasar, aunque no garantizaba lo de animarte.

—Tonterías, ya lo has conseguido —dijo Evelyn mientras Frank tomaba asiento. El plástico crujió bajo su peso, haciéndole sentir bastante avergonzado.

—Entonces, ¿cómo te encuentras? —preguntó.

—Oh, bien... pero escucha, sé que es como si un ciego guiara a otro ciego, pero pareces agotado.

—¡Ja! No te preocupes por mí. Este es mi estado habitual. Siempre ando medio en coma. ¿Te imaginas el daño que podría causar si estuviera realmente despierto?

Ella se rio. —Supongo que podrás experimentar estar completamente despierto cuando te jubiles.

—Lo consideraré cuidadosamente.

Estar bien despierto sin nada que hacer sonaba como un billete de ida al infierno de la autocompasión. Todo el día para considerar todo lo que había perdido en su vida, y otros innumerables fracasos...

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Frank.

—¿Aparte de estar aquí tumbada?

Sonrió con ironía. —Sí.

—Viendo *Celebrity MasterChef*.

Se colocó las gafas y miró hacia el televisor montado en la pared. Alguien estaba presentando una tarta de queso. —¿Esos son famosos?

—Sí... ¿no le reconoces?

Frank entrecerró los ojos. Luego negó con la cabeza. —No, a menos que sea Eric Clapton o Roger Waters... ¿A qué se dedica ese tipo?

—Es un influencer social.

—¿Un qué?

—Alguien que hace muchos vídeos para que la gente los vea.

—Ah... ¿como *Vídeos de Primera*?

—¿Hablas en serio?

Negó con la cabeza. —No. He oído hablar de estos famosos de YouTube. Suena ridículo. Aunque me gustaba *Vídeos de Primera*. Al menos al principio. Luego se volvió un poco tedioso.

Ella señaló la pantalla. —¿Te importa si veo esta parte? Solo quiero ver quién gana.

—Por supuesto, claro... —Frank mantuvo la mirada en la pantalla, fingiendo interés.

En segundos, las palabras resonaban en su mente: *Algunos regalos vienen con ataduras, apretando más cada día, hasta que apenas puedes respirar*.

Antes de darse cuenta, estaba otra vez en esa trágica montaña rusa de la corta vida de Sarah Matthews...

—¿Frank? ¿Estás ahí?

Parpadeó y notó que los créditos de *Celebrity MasterChef* estaban pasando. —Vaya por Dios. Lo siento. Estaba en las nubes.

Aunque olvida lo de las nubes. No hay nada mágico sobre el lugar al que acabo de irme mentalmente.

—¿Dónde has estado, entonces?

—Preferirías no saberlo.

—Quizá sí querría saberlo. —Apagó el televisor con el mando a distancia.

—Menos mal que no se me permite hablarte de ello.

Ella suspiró. —Es justo. ¿Hay algo más que el caso que te preocupe?

Él suspiró. —Nada en particular.

—No lo parece.

La miró con incertidumbre. —No... estoy bien...

—Vamos. Dime una cosa que tengas en mente y luego te dejaré en paz, lo prometo.

La miró un momento, tratando de averiguar cómo cambiar de tema, cuando notó algo en los ojos de Evelyn. Algo familiar.

Era una mirada similar a la que Mary solía darle cuando se cerraba emocionalmente. Una mirada capaz de extraer una astilla de una herida.

—Es que todas estas investigaciones... siempre parecen conectar conmigo. O más bien, me hacen reflexionar sobre mi propia vida... y... oh, no sé, quizá sea solo que me estoy haciendo viejo y estoy lleno de arrepentimientos. Maldita sea, olvídame, todo esto suena estúpido y tú estás cansada, y eres tú quien está en el hospital...

—Compórtate. Me interesa. ¿Cuál es la conexión?

—Lo de siempre, supongo... —Las palabras se le atascaron en la garganta por un momento antes de liberarse—. La crianza... Pasé toda mi carrera tratando con ello: negligencia, abuso, la forma en que se repite generación tras generación. El daño que causa. —Negó con la cabeza—. Creía que yo lo sabía mejor. Pero cuando miro atrás, me pregunto: ¿realmente fui diferente?

—Apuesto a que sí lo fuiste.

—Ojalá. Qué va. Fui un padre mediocre, obsesionado con el trabajo. No estuve lo suficiente para ella. No fui lo bastante sensible cuando me necesitaba. No escuchaba... quiero decir, escuchar de verdad... cuando necesitaba que la escuchara.

Bajó la mirada, estudiando sus manos. ¿Cómo había fallado tan espectacularmente en aferrarse a las cosas que más importaban?

—Mira, Frank, sé que la gente cambia, pero conociéndote como te conozco ahora, simplemente no puedo verte siendo tan malo como te describes. Creo que siempre podemos mirar atrás y ver las cosas de nuevas maneras, y esas nuevas perspectivas no siempre se sienten bien. Pero las cosas cambian constantemente en el mundo. Imagino que estabas ocupado... eres policía, después de todo... y piensa en cuánta gente has ayudado. Querías a tu hija. Ella lo habría sabido, lo habría sentido, aunque no siempre estuvieras allí. El amor no está solo en las palabras.

—Entonces, ¿por qué la he perdido?

—¿No es posible que la razón no seas tú? A veces, la vida simplemente... ocurre. Con o sin la aprobación y la guía de los padres.

Él no quería una salida fácil. Sí, la paternidad a través de los tiempos era un concepto interesante. Fluía y cambiaba con los tiempos. Sin embargo, el núcleo permanecía. Amor. La expresión del amor. Eso podía y debía no cambiar nunca. Debería haberlo expresado más. —El problema es que siempre he estado enfadado. Probablemente porque mi padre nunca me prestó atención tampoco. Y cuando lo hacía, era físico. Agresivo... Bebía mucho. Carecía de emoción. Siempre enfadado. ¿Qué dicen sobre las manzanas que no caen lejos del árbol?

Evelyn negó con la cabeza. —No creo que estés enfadado.

—¿En serio? Ven y habla con mis compañeros.

Ella continuó negando con la cabeza. —Veo a un hombre que se hace inaccesible, pero no veo a un hombre que viva con furia.

—¿Son similares, no?

Ella alcanzó su mano, su contacto sorprendentemente cálido. —No, Frank. La ira quema todo lo que toca. Lo que tú haces —mantener a la gente a distancia— eso no es ira. Es miedo. Miedo a ser herido de nuevo, a fracasar otra vez. No eres tu padre, Frank... intenta no compararte con él.

Tomó una respiración profunda y dirigió la conversación hacia Evelyn y lo que planeaba hacer el resto de la semana. Era

Nochebuena el fin de semana, así que planearon verse el día anterior. Casi se ofreció a recogerla, pero luego recordó que sería en Bertha, y ella no estaba en condiciones de rebotar en el interior de su cacharro.

Echaría de menos a Bertha, pero su propósito de año nuevo tenía que ser conseguir un coche nuevo... hacer las cosas más fáciles con Gerry y sus nuevos amigos, como Evelyn.

Antes de irse, Frank le apretó la mano suavemente. —Descansa un poco.

—Tú también. Y sea cual sea este caso, no dejes que te devore por completo. —Lo miró a los ojos—. Eres mejor hombre de lo que te das crédito.

Fuera en el aparcamiento, Frank revisó su teléfono; lo había tenido apagado en el hospital. Una llamada perdida de Henrietta. Había dejado un mensaje de voz.

—Frank, alguien vino a tu puerta hace unos veinte minutos. Un joven, parecía nervioso. No creo que fuera el chico que vino con tu hija la última vez, pero no puedo estar segura.

Maldita sea, pensó, *¡no otra vez!*

—En fin, le hice una foto a través de mi ventana, luego abrí mi puerta y le pregunté quién era. Lo siento, salió corriendo. Pensé que deberías saberlo.

Su corazón dio un vuelco al abrir la foto adjunta. Como solía ser el caso últimamente, el chico llevaba una sudadera con capucha bajada sobre su rostro. No le decía nada.

¡Mierda!

Entró en el Audi que había sacado del parque móvil y soltó una retahíla de obscenidades.

¿Por qué no puedo tener un respiro con mi hija? Estar aquí cuando ella o uno de esos desgraciados —de los que parecía haber un suministro interminable— aparecen?

Mientras conducía de regreso, se preguntó si este desgraciado en particular había hecho una visita por su cuenta. Después de todo, no había cambiado las cerraduras desde que Maddie había entrado con la llave de repuesto, así que si hubiera venido en nombre de su hija, habría podido entrar.

Pensó brevemente si debería cambiar las cerraduras, pero luego decidió que no. No podía arriesgarse a dejarla fuera. ¿Y si volvía, desesperada por verlo, y él no estaba en casa?

Sí, probablemente acabaría siendo robado, pero era un precio pequeño a pagar por la tranquilidad.

Además, ¿qué tenía realmente? Había escondido cuidadosamente cualquier cosa sentimental de Mary.

El camino a casa pasó en un borrón de farolas y posibilidades.

Pero cuando llegó, la calle estaba vacía salvo por Henrietta parada en su puerta, envuelta en una rebeca contra el frío de la noche.

—¿Estás bien? —le llamó.

—Bien —logró decir—. Si tenía que ver con Maddie y quería hablar conmigo... volverá. Voy a ser positivo.

—Estoy de acuerdo. ¿Quieres entrar a tomar algo?

—No, gracias... estoy agotado.

—¿Has estado trabajando hasta tan tarde?

—Sí. —Se preguntó por qué había mentido. ¿Estaba tratando de evitar herir sus sentimientos por el hecho de que había estado con Evelyn estas últimas horas? Se reprendió por su paranoia. ¿Por qué estaba asumiendo que Henrietta sentía algo por él? ¿Porque había sido amable últimamente?

—Deberías cuidarte mejor —dijo ella y regresó a su casa.

El tema del día, pensó, recordando el comentario de Evelyn sobre su agotamiento.

Después de entrar, la casa se sentía más vacía de lo habitual. Miró por la ventana durante mucho tiempo, observando la calle en busca de ese desgraciado con la capucha.

Maddie, ¿estás intentando contactar conmigo?

¿Estás bien?

¿A salvo?

La oscuridad más allá del cristal no ofrecía respuestas, solo el reflejo de un hombre cansado esperando fantasmas.

47

Frank recogió a Gerry en el Audi. El vecino de Gerry no tenía que trabajar, así que había accedido a cuidar de Rylan mientras ellos interrogaban a un sospechoso importante.

Gerry repasó sus hallazgos sobre la poesía y sugirió algunas preguntas para hacer. Frank tomó nota mental.

La casa de estilo victoriano de Stephen Walker dominaba la esquina, con sus ventanas brillando bajo el sol de la mañana como ojos vigilantes.

—¿Lista para ver qué hay debajo de toda esa fachada pulida? —preguntó Frank a Gerry mientras tocaba el timbre.

Un hombre mayor, presumiblemente Stephen Walker, abrió la puerta. Vestía pantalones de vestir planchados y un jersey de cachemira que sin duda costaba más que todo el armario de Frank.

—¿Señor Walker?

Él asintió. —Sí. Es temprano. Así que supongo que es importante.

—Lo es.

—En ese caso, ¿en qué puedo ayudarles? —A pesar de sus setenta y cinco años, Stephen se comportaba con la autoridad precisa que venía de décadas exigiendo respeto.

—Soy el DCI Black —Frank mostró su placa—. Esta es la DI Carver.

—Lo siento, DCI Black, pero no puedo ver su identificación sin mis gafas. —El antiguo director tenía un acento culto, pero el deje de Yorkshire era evidente.

—Podemos esperar —dijo Frank—. Si quiere ir a buscar sus gafas.

Los minutos pasaron lentamente.

—¿Crees que lo está haciendo a propósito? —refunfuñó a Gerry.

Stephen reapareció repentinamente, sin darle tiempo a contestar. Después de comprobar su identificación, preguntó: —Esto parece muy oficial. Lo entiendo. Pero, ¿podrían decirme primero de qué se trata?

—Sería mejor que entráramos para hablar de ello, señor —dijo Gerry.

La expresión de Stephen se tensó. —Quizás sea mejor para vosotros... pero tal vez no tanto para mí y mi esposa. Veréis, ella está descansando arriba... no se encuentra bien.

—Lamentamos oír eso, señor...

—Demencia —dijo, fijando en Frank una mirada que probablemente había acallado a generaciones de estudiantes revoltosos—. Es importante mantenerla alejada del estrés.

Frank asintió. —¿Podríamos mantener esta conversación en la comisaría?

—¿La comisaría... en serio? —No parecía muy entusiasmado con la idea.

Los hombres mayores eran tercos. Frank lo sabía, él era uno de ellos. —Se trata de una antigua alumna suya, señor Walker. ¿Podemos pasar?

—Sabe que tengo muchos antiguos alumnos, DCI...

—Sarah Matthews —dijo Frank, interrumpiéndole.

La reacción de Stephen fue sutil —un ligero tensamiento alrededor de los ojos, una inhalación apenas perceptible— pero Frank lo captó.

—Es muy importante. Entonces, ¿aquí o en la comisaría, señor Walker? —preguntó Frank.

Stephen dio un paso atrás. —Aquí... ¿está muerta?

Frank asintió mientras entraban. —Intentaremos mantener la voz baja...

—Sí, por supuesto, gracias. —Se dio la vuelta, sus movimientos de repente menos autoritarios y precisos, y los condujo hasta el

salón.

Su sospechoso estaba visiblemente alterado.

48

PETER OBSERVABA a Reece manipular torpemente la tapa del distribuidor.

—No, chaval, así —dijo Peter. Cogió el destornillador y le mostró la técnica correcta—. ¿Ves cómo están corroídos los contactos? Por eso le cuesta arrancar.

Los dedos artríticos de Peter dolían mientras trabajaba, pero el dolor merecía la pena. Su mayor placer era arreglar cosas, y lo segundo que más le gustaba era enseñar a otros a arreglarlas.

Quién sabe, en otra vida podría haber sido profesor.

Incluso director de instituto, quizás.

Reece se inclinó más cerca para observar, su indiferencia adolescente transformándose en interés genuino. —¿Entonces ahora solo los limpiamos?

—¡Tú lo harás! Coge ese papel de lija que te di.

Peter supervisó mientras Reece limpiaba cuidadosamente cada punto de contacto. —Con cuidado. No estás lijando una maldita valla, chaval. Los desgastarás hasta que no quede nada.

Para ser justos, Reece lo estaba intentando, y para alguien que claramente nunca se había ensuciado las manos, aprendía bastante rápido.

Con la lengua atrapada entre los dientes, Reece trabajaba.

Quizás el engreído del chaval tenía alguna esperanza después de todo.

Justo antes del último contacto, Peter puso su mano en el brazo de Reece. —Escucha, chaval. Antes de terminar esto... necesito que renueves tus votos.

—¿Eh?

—No te preocupes, chaval, no estamos hablando de matrimonio... Me refiero a tu promesa de anoche.

—Ah... —Asintió.

Peter negó con la cabeza. —Palabra por palabra, muchacho.

Reece miró por encima de ambos hombros, comprobando que no hubiera testigos de su momento de humildad. —Prometo no conducir como un imbécil otra vez.

Peter asintió. —Bien... ahora estás ascendido a «joven civilizado en formación».

Reece sonrió. —Gracias.

El agradecimiento pilló a Peter desprevenido. —Buen chico.

Terminaron el trabajo juntos, y Peter le mostró cómo colocar correctamente la tapa. —Pruébalo ahora.

El motor arrancó inmediatamente, mucho más suavemente de lo que lo había hecho antes. La cara de Reece se iluminó.

Después de que Reece apagara el motor y saliera, Peter le dio una palmada en el hombro. —Mi padre siempre me decía, Reece, todos podemos tomar buenas decisiones. Eso es lo que nos da a todos una oportunidad.

Las palabras sonaban vacías en su boca, dada su montaña de pastillas y el desenlace que le esperaba... aun así... le habían servido durante la mayor parte de su vida, y quizás no hubiera nada malo en ser hipócrita si ayudaba a enderezar a este joven.

Vio que un Range Rover Sport se detenía en su entrada, algo muy distinto al destartalado Corsa que acababa de arreglar. Ciertamente estaba fuera de lugar en esta urbanización. Un pavo real entre gorriones.

Salieron dos personas: una mujer con un impactante pelo rojo recogido con tanta severidad que parecía doloroso, vestida con un traje que gritaba autoridad, y un hombre cuyo intento de profesionalidad quedaba completamente socavado por lo que tenía que ser el bigote más ridículo que Peter había visto jamás.

—Policía —dijo Reece.

—¿Y cómo sabes eso, chaval?

Reece bajó la mirada. —Crecí viendo coches como ese aparcar en nuestra entrada.

El fantasma del padre de Reece —otra vida acortada por malas decisiones— flotaba entre ellos.

Peter le dio otra palmada en la espalda. —Gracias por el aviso, hijo.

Observó a los agentes acercarse a su puerta con ese paso que había visto innumerables veces durante sus días como guardia de seguridad: decidido, medido, el andar de personas que traían noticias serias.

Mientras caminaba de vuelta a su casa para recibirlos, sintió el peso de las miradas vigilantes: Reece detrás de él, Lucy y Mia en su portal, incluso ese inútil del vecino, Jake, asomándose como un colegial entrometido. La calle siempre había estado llena de cotillas, pero esto era diferente. Sabían que algo se avecinaba.

Miró con dureza al vecino. *¡Fuera de aquí! Puede que seas un cabrón, pero no voy a delatar tu picadero. No tan miserable como creía tu novia, ¿eh?*

Estaban llamando a su puerta.

—¿Puedo ayudarles? —dijo desde lo alto de su entrada.

El hombre del bigote ridículo se giró y mostró una placa policial. —¿Señor Watson?

—¿Sí?

—Soy el inspector Moyes, y esta es la agente Miller. ¿Tiene un minuto?

Me parece que queréis más que un minuto, pensó, observando sus serias miradas.

49

El salón era impresionante, con estanterías de caoba repletas de clásicos encuadernados en piel, pinturas al óleo de escenas pastorales en marcos dorados, y un piano de cola dominando una esquina.

Un imponente árbol de Navidad natural presidía una de las ventanas, sus ramas adornadas con ornamentos de cristal soplado a mano y luces blancas centelleantes que debían haber costado una pequeña fortuna. Guirnaldas artísticamente dispuestas de pino fresco y cintas de seda color burdeos decoraban la repisa de la chimenea, mientras que cuencos de cristal llenos de piñas espolvoreadas con oro y ramitas de canela perfumaban el aire.

Stephen no solo cultivaba una opulencia refinada a través de su pronunciación pulida; la había entretejido en cada aspecto de su vida.

Después de que Frank y Gerry se sentaran en el sofá, Stephen permaneció de pie.

¿Estaba manteniendo una posición de superioridad? Después de todo, había pasado gran parte de su vida como director de escuela. Tales hábitos serían difíciles de eliminar.

Sin embargo, resultaba inquietante.

—Por favor, siéntese, señor Walker —dijo Frank.

—Llámeme Stephen... y dígame, por favor —dijo mientras se sentaba—. ¿Fue asesinada?

—Sospechamos que sí —dijo Frank, observando cuidadosamente el rostro de Stephen—. Parecía muy impactado, Stephen... pero ¿ella desapareció en 1989?

Un destello de algo —*¿conmoción? ¿Culpabilidad?*— cruzó el rostro de Stephen antes de que recuperara el control. —Sí, bueno, por supuesto que estoy impactado. Muchos suponían que se había marchado. Yo compartía esa opinión. Después de todo, debió tener, ¿qué? ¿Veintiuno, veintidós años cuando dejó Ruswarp? Me mantuve optimista. Oh, esto es terrible. Horrible. Tengo una hija, ¿sabe? Imagine a esa pobre madre. ¿La madre sigue viva?

Frank asintió.

—No puedo creerlo. —Se frotó las sienes—. ¿Dónde la encontraron?

—En el antiguo silo cerca de aquí —dijo Gerry.

—¿Qué? —Los ojos de Stephen se ensancharon—. ¿El que se derrumbó el otro día?

—Sí. —Frank abrió su libreta en una página nueva—. Hemos mantenido el cuerpo, el cuerpo de Sarah, fuera de la prensa, por ahora. No será por mucho tiempo, pero agradeceríamos su discreción por el momento.

—Por supuesto... por supuesto...

—¿Nunca se preguntó, en todos estos años, adónde podría haber ido? —preguntó Gerry.

Stephen entrecerró los ojos, extendiendo la palma con la autoridad practicada de alguien acostumbrado a silenciar habitaciones. —Un momento... ¿qué se está insinuando aquí? Ella fue mi alumna hasta los dieciocho años. ¿Qué les hace pensar que estaba tan presente en mi mente? Casi habían pasado cuatro años desde que dejó Riverside. Tuve muchos estudiantes. Muchísimos estudiantes en mi carrera. Algunos, por desgracia, fallecieron jóvenes, mientras que otros se marcharon en busca de carreras profesionales. Teniendo eso en cuenta, encuentro esa pregunta un poco, no sé, antagonista.

—Le pedimos disculpas —dijo Frank, aunque no lo decía en serio. Algo en esta gente adinerada con sus condecoraciones y su sentido de importancia siempre le ponía los nervios de punta.

Frank metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía de Sarah Matthews con su uniforme de enfermera. La colocó cuidadosamente sobre la superficie pulida de la mesa de café. —¿Podemos confirmar que estamos hablando de la misma chica, por favor?

Stephen se inclinó hacia delante, la recogió y la miró entornando los ojos a través de sus gafas.

Frank captó la brusca inhalación y el ligero temblor en los dedos del antiguo director.

Echó un vistazo a la libreta de Gerry, observando su anotación precisa: *emocionalmente involucrado.*

De acuerdo, pensó Frank.

—Sí, es ella —dijo Stephen.

—Gracias —dijo Frank, tomando nota también—. ¿Puede recordar qué tipo de estudiante era?

—Sin problemas, por lo que recuerdo. —Stephen levantó la mirada hacia Frank.

—Conoce usted su pasado. ¿Había tenido problemas? —preguntó Frank.

—Sí, todos lo sabían. Conocía los problemas que había tenido. Su padre... murió, sabe, en prisión... Y los hurtos... Me alegro de que llegara hasta nosotros. Podría haber acabado en un centro de menores. Se convirtió en una excelente estudiante.

¿Y te atribuyes el mérito de haberla ayudado, Stephen? pensó Frank, su mente volviendo a aquellos versos de poesía. *Algunos regalos vienen con hilos atados, apretando más cada día, hasta que apenas puedes respirar.*

¿Y tomaste algo a cambio?

—Estuvo con usted entre 1983 y 1985 antes de marcharse a la universidad en Middlesbrough —dijo Gerry—. ¿Es correcto?

—Suena acertado, tendría que comprobarlo —dijo Stephen.

—¿Cuán cercano era a Sarah? —preguntó Gerry.

Él abrió mucho los ojos. —De nuevo, ¿es esa una pregunta apropiada?

—Es una investigación de asesinato, Stephen —dijo Frank.

Negó con la cabeza. —¿Cercano? ¿Qué significa eso siquiera?

—Hemos hablado con Margaret Matthews, su madre. Parece recordar una relación especial, entre usted y su hija —dijo Frank, inclinándose hacia delante.

Stephen frunció el ceño. —¿Una relación especial? —Miró a lo lejos como si intentara recordar—. La ayudé con algunos escritos, si no recuerdo mal. ¿Es a eso a lo que se refería?

¡Algunos escritos!

—Su madre conservó muchas poesías. Le atribuye a usted el mérito de haber asistido a su hija con ellas durante un tiempo considerable.

Volvió a parecer muy incómodo, de la misma manera que cuando había abierto la puerta. —Era talentosa y necesitaba poca ayuda, aunque, sí, está bien, la ayudé.

—¿Podría ayudarnos a entender ese talento? —preguntó Frank, aún inclinado hacia delante.

—Bueno, supongo que a estas alturas habréis leído sus poemas. Sarah sabía escribir. Era crudo, sí... pero genuino... muy genuino.

—¿Suena como si estuviera enamorado de ella? —preguntó Frank.

—De nuevo, esa pregunta me inquieta. Mire, aprecio la poesía. También apreciaba a los estudiantes de entornos más difíciles que necesitaban ánimo... enriquecimiento. Le ofrecí un lugar en un grupo de escritura de poesía que dirigía mientras estaba en Riverside. Estuvo a la altura del desafío. Me gustaba su escritura. ¿Eso me convierte en sospechoso?

—Solo estamos tratando de establecer el contexto y la relación en esta etapa —dijo Frank.

Eso no tranquilizó a Stephen, lo cual había sido la intención de Frank.

—¿Mantuvo el contacto con ella después de que dejara la escuela?

—No intencionadamente, no. Pasaba por allí de vez en cuando, por la escuela, durante sus vacaciones universitarias, pero fueron disminuyendo. Creo que no la vi durante más de un año.

—¿Cómo funcionaba este grupo de poesía? —preguntó Gerry.

—A finales de 1983, formé el grupo. Quería mantenerlo pequeño y exclusivo... ¡ya sabe! Después de todo, ya tenía un trabajo muy exigente con muchas expectativas por gestionar. Permití que muchos estudiantes presentaran solicitudes, pero aclaré que solo iba a seleccionar a cuatro.

—¿Y quiénes eran los cuatro? —preguntó Frank.

—Cassie Sinclair, Sandy Greene, Kayleigh Cotton, y Sarah, por supuesto.

—¿Todas mujeres? —preguntó Frank, anotando los nombres.

Stephen tomó aire bruscamente. —Sí... Muy pocos jóvenes varones solicitaron participar. Elegí a las cuatro mejores por mérito, no por género.

—¿Y cómo funcionaba este grupo de poesía? —dijo Frank.

—Me reunía con ellas una vez a la semana y leía sus trabajos con ellas. Les ofrecía crítica. Solo crítica. Dependía de ellas si los cambiaban. No quería ahogar su talento individual. Disfruté del proceso, y ellas también. De hecho, lo recuerdo como uno de los momentos destacados de mi carrera.

Frank asintió. —¿Ha mantenido contacto con alguna de ellas?

—Solo con Sandy... con el resto, tristemente, no. Sandy, de hecho, ha sido publicada en bastantes antologías notables. Siéntase libre de hablar con ella. Dará fe de mi carácter.

—No estoy poniendo en duda su carácter, Stephen... solo estamos tratando de construir una imagen. Pero, ya que lo menciona, ¿alguien tuvo algún problema con este grupo que usted dirigía?

—¡No! ¿Por qué habrían de tenerlo?

Frank se encogió de hombros.

Gerry abrió su bolso y sacó los dos poemas que tenían escrito "presentación" en la parte superior. Comenzó con el que no tenía una línea tachando la palabra: "El Principio". Lo deslizó sobre la mesa. —¿Reconoce esto?

Las manos de Stephen volvieron a temblar mientras lo recogía.

Sus ojos se humedecieron mientras leía. —Sí... lo recuerdo. Era la presentación de Sarah.

—Es muy pulido y estructurado —dijo Gerry.

—Sí, lo es. Era impresionante.

—Pero, casi todos sus otros poemas están en un estilo completamente único. Usted se refirió a él como crudo y genuino, antes. Estoy de acuerdo.

Stephen asintió. —¿Cuál es su punto?

—Sospecho que fueron escritos por personas diferentes.

Stephen frunció el ceño y respondió con desdén. —¿Por qué?

—La voz es completamente diferente.

—Eso no tiene sentido. La gente puede cambiar sus voces. ¿Adaptarse, evolucionar?

—¿Pero hasta ese punto?

—¿Por qué no? ¡Era joven! —Lo empujó de vuelta—. No, lo siento, no estoy de acuerdo. Ella escribió esa presentación.

Frank notó que a Stephen realmente no le gustaba la línea de preguntas de Gerry. ¿Por qué? ¿Era porque estaban cuestionando su experiencia? ¿O tal vez estaba ocultando algo?

—¿Cuántos años dirigió su grupo de poesía, Stephen? —preguntó Frank.

—Ah, bueno, verá... este fue el único. Era mucha presión... mucho trabajo... los administradores no estaban contentos conmigo dividiendo mi tiempo. Así que, lo dejé cuando estas cuatro chicas se marcharon.

¿Descontentos por dividir tu tiempo? se preguntó Frank. *¿O hay algo más ocurriendo?*

—¿No podría haber pedido a otro miembro del personal que dirigiera el grupo en su lugar? —preguntó Gerry.

—Lo propuse, pero, ay, nadie pareció interesado —dijo Stephen.

—¿Dónde se reunía con las chicas para las sesiones? —preguntó Frank.

—En mi despacho —dijo Stephen—. Solo eran cuatro.

—Esa era mi siguiente pregunta, ¿siempre como grupo?

Hubo una ligera pausa antes de que dijera: —Sí.

—¿Está seguro?

La expresión de Stephen sugería que no sabía cómo responder a eso. —Normalmente.

—¿Normalmente?

—Sí, ocasionalmente me reunía con ellas a solas... si venían con poemas adicionales durante esa semana. Podían venir durante la jornada escolar o justo después de clase, nada sospechoso. Puede preguntarle a Sandy si no me cree.

—Lo haremos —dijo Frank. Le fijó la mirada—. El problema es que no podemos preguntarle a Sarah.

Stephen respiró hondo y le fulminó con la mirada. —No había nada inapropiado en mis sesiones.

—No estoy diciendo que lo hubiera —dijo Frank—. Solo señalo que no puedo verificarlo.

Asintió. —Sí... los tiempos eran diferentes entonces... menos suspicaces. Debería haber sido más sensato, pero le aseguro que nunca ocurrió nada inapropiado.

Frank asintió, anotando algo en su libreta.

—¿Sabe algo sobre Tommy Reid? —preguntó Frank—. El novio de Sarah en el momento de su desaparición.

—Lo mismo que todo el mundo. Que era el mismo novio que tuvo cuando era más joven.

—Cuando tenía trece años —añadió Frank.

Stephen dio un triste asentimiento. —Imperdonable.

—Bueno, ella le perdonó —dijo Frank.

—Claramente, un error.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó Gerry.

—Oh, no lo sé. Parecía que no era bueno, pero, como dije, no lo conocía.

—¿Qué hay de la Dra. Hannah Wright, la psiquiatra infantil con la que se trataba?

—Conocía a Hannah. Era buena persona, y su pérdida fue trágica. Sé que Hannah ayudó mucho a Sarah cuando era más joven, y Sarah estaba muy agradecida, se podía ver eso en parte de su poesía.

Frank sacó la fotografía del hombre que aparecía con la Dra. Hannah Wright en los eventos de equitación de Sarah. —¿Reconoce a este hombre?

Negó con la cabeza. —No... lo siento...

—También, ¿puede decirnos algo sobre Clive Morton?

Pareció bastante sorprendido. —¿Clive Morton... el que murió en la explosión de gas junto con Hannah Wright?

Frank asintió.

—Solo que era un tipo raro. Trabajó en Riverside durante un tiempo.

Frank asintió nuevamente. —Iba a preguntarle sobre eso.

—No hay mucho que preguntar, realmente. Trabajó allí por un breve período. Personalmente, nunca tuve mucho que ver con él, hasta que llegaron las quejas. Resultó que estaba inquietando a algunos estudiantes observándolos y comentando sobre su conducta... ese tipo de cosas. Hannah me habló de él en un momento dado. Lo conocía y afirmó que, en su opinión, era incomprendido; ella creía que solo intentaba ser servicial y atento. Pero era socialmente torpe. Muy torpe. Hoy en día habría tenido un diagnóstico para eso, sin duda. Obviamente ella creía en sus convicciones porque le dio un trabajo. Nunca hizo nada en realidad, pero no se sentían seguros. Cuando le dijo a una chica que su falda era demasiado corta, y que estaba preocupado por ella, fue la gota que colmó el vaso. No podía estar cerca de jóvenes. Los administradores le pidieron que se fuera.

Un sonido desde la puerta atrajo su atención: el susurro de seda contra madera.

—¿Caroline? —dijo Stephen, levantándose.

Caroline Walker estaba allí como una aparición: pelo plateado despeinado contra su bata de seda, sus ojos llevando esa peculiar mezcla de confusión y claridad que a menudo acompañaba a la demencia. Sus ojos se movieron entre las caras de todos los ocupantes de la habitación. Gerry se enderezó en su asiento, con la mirada intensa, sin duda catalogando cada detalle de este desarrollo inesperado.

—Caroline —dijo Stephen—. Deberías estar descansando. Por favor, querida, vuelve a la cama.

Se movió por la habitación con una gracia casi fantasmal, apretando un álbum encuadernado en piel contra su pecho como un escudo. —Caroline... no... ¿cómo pudiste?

Colocó el álbum sobre la mesa de café. —Oí sus secretos susurrándome.

—Caroline. —Stephen se precipitó hacia él—. No seas ridícula, ¡devuélvelo!

Frank llegó primero. —¿De dónde es esto?

—De su caja fuerte —dijo Caroline.

¿Caja fuerte?

Abrió el álbum hasta un poema manuscrito pegado con cinta adhesiva. Junto a él había una foto de una joven mujer sentada en el sofá, mirándolo.

Sarah Matthews.

—¿Por qué estaba esto en su caja fuerte? —preguntó Frank.

—Recuerdos. Eso es todo lo que son. ¡No es lo que parece, cómo lo interpretaréis! Son solo poemas y la foto de la poeta.

Frank pasó página tras página de poemas y fotos de las cuatro jóvenes. Frank frunció el ceño. —Una y otra vez...

—¿Y qué?

Frank no estaba seguro. Sí, todo podría haber sido perfectamente inocente... hasta...

Se detuvo en la última foto.

Sarah Matthews lanzando un beso a la cámara.

50

Sharon notó la chaqueta rosa infantil colgada junto a otra más grande en el pasillo mientras se quitaba los zapatos.

Respiró hondo, apartó la tristeza que amenazaba con nublar su juicio, y siguió a Peter Watson hasta el interior de su casa junto con Reggie.

Peter se sentó en la única silla del salón. —Disculpad, no hay sofá —dijo, arqueando una ceja y cruzando los brazos—. Pero supongo que no importa, ya que esto solo llevará un minuto, ¿no?

—Podemos quedarnos de pie —dijo Reggie, con un tono presuntuoso que hizo que Sharon sintiera ganas de darle una patada en el tobillo. ¿Acaso había olvidado lo que este hombre había pasado?

En la repisa de la chimenea, un cuenco lleno de paracetamol se encontraba junto a una fotografía enmarcada de una mujer, presumiblemente Donna, la difunta esposa de Peter. Extraño. ¿Por qué guardaba tantas pastillas allí? Cuando él se dio cuenta de que las miraba, su barbilla se alzó defensivamente. Levantó la mano. —Artritis. Me duele sacar los analgésicos de los blísteres. Así que los saco todos cuando no me siento tan mal.

—Buena idea, señor Watson... ¿Qué le pasó en la cabeza?

—Otro peligro de ser viejo. Me golpeé contra la repisa de la chimenea... —Hizo un gesto ostentoso mirando su reloj—. Prometisteis una visita breve... esto no parece breve. Y, bueno, con el mundo en llamas, que lo está, ¿no estaríais de acuerdo?

Seguramente los achaques de un hombre de setenta y cuatro años no son la prioridad de la policía.

Reggie metió la mano en su chaqueta, sacó la fotografía de Sarah Matthews y la sostuvo sin decir palabra. Sharon se estremeció internamente. Le pareció demasiado agresivo. Reggie normalmente era mejor controlando su frustración. Parecía que su tos psicosomática estaba afectando a su estado de ánimo.

Peter tomó la foto. Sus ojos se abrieron. —¿Qué? ¿Qué es esto?

—La conoce...

—Sí. —Tartamudeó al hablar—. E-Es Sarah. —Sus ojos se elevaron para encontrarse con los de ellos, portando una mirada de tal desesperación cruda que Sharon sintió que se le oprimía el pecho —. ¿Está bien? ¿Decidme que está bien?

Reggie se inclinó. —Ella está...

Sharon le agarró del brazo, deteniéndolo antes de que pudiera dar el golpe final. —Tenemos noticias desafortunadas, señor Watson.

Se lo explicó, y el color desapareció del rostro de Peter tan rápidamente que Sharon pensó que podría desmayarse.

El silencio que siguió se sintió tan espeso en el aire como había ocurrido en la casa de los Reid.

La actitud defensiva anterior de Peter se desmoronó, dejando atrás a un hombre que parecía vulnerable. Frágil. Incluso Reggie, que había sido tan grandilocuente momentos antes, parecía desinflarse.

—¿Puedo traer unas sillas de la cocina? —preguntó Sharon, incómoda por cómo ambos se cernían ahora sobre este disminuido anciano.

—Deja que lo haga yo —ofreció Reggie.

Mientras Reggie se ausentaba, Sharon observó a Peter trazar las facciones de Sarah con dedos ajados que temblaban ligeramente.

—No... eso no está bien... —dijo Peter.

—¿Perdón?

—Se suponía que estaba en Australia. —Negó con la cabeza, su rostro volviéndose gris—. Se fue a Australia.

—¿Cuándo?

—En 1989, por supuesto.

Esto no podía ser cierto. Su pasaporte habría sido detectado durante la investigación de persona desaparecida si hubiera salido del país.

Reggie colocó dos sillas de cocina frente a Peter y todos se sentaron.

—¿Le dijo ella que allí es adónde iba? —preguntó Sharon.

Él miró a ambos. —¿Qué es lo que no entendéis? Se fue... debe haber vuelto... debe ser eso. Debe haber regresado y... —Se llevó la mano a la boca—. Oh Dios, ¿en serio? —Miró fijamente a Sharon—. ¿Sarah, de verdad?

Sharon asintió. —Lo siento.

Peter lloró.

Sharon y Reggie intercambiaron una mirada. Ella vio la culpa en el rostro de Reggie ahora. El hombre sentado ante ellos parecía absolutamente destrozado.

Después de un par de minutos, él los miró, con los ojos enrojecidos. —Era como una hija para nosotros... —Miró una foto de una mujer en la repisa junto a las pastillas, presumiblemente su difunta esposa. Luego miró sus caras de nuevo—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí vosotros dos?

Le explicaron sobre Roger Grip y el hurto en la tienda.

—Sí, Roger... —Su labio superior se curvó—. Era un capullo como pocos. Aunque supongo que quería mantener su trabajo. Yo estaba feliz de dejarlo. —Tragó saliva y guardó silencio por otro momento.

Contempló la fotografía de ella con su uniforme de enfermera. —¡Ja! Miradla aquí, parece un angelito... pero os digo que esta chica tenía fuego en las entrañas. Nuestra chica... —Miró de nuevo a su difunta esposa—. El día que la atrapé, era esta cosita pequeña, toda fuego... agarrando un libro sobre malditos caballos, aunque no lo creáis.

Sharon asintió.

—Fuera, cuando la pillé, no pude evitarlo. Tenía que saber. ¡Equitación! Me miró con esos ojos suyos, llenos de fuego, y espetó: "¡Porque odio todo... todo... excepto los caballos! ¡No sé por qué, pero me gustan los caballos!" ¡Pobre chiquilla! Me dijo que ya tenía dos denuncias, y una tercera significaría que la encerrarían en un

centro juvenil. Eso no iba a pasar bajo mi vigilancia. La dejé ir pero le dije que se reuniera conmigo para tomar un café más tarde. No esperaba que viniera. Pero vino, y eso fue todo realmente. Conectamos. —Se frotó los ojos y luego señaló a Reggie, y luego a Sharon—. No de esa manera, ojo, así que sacaos de la cabeza lo que sea que hayáis venido a pensar aquí. Amigos. Era una niña, y yo no soy así. —Miró la foto de su difunta esposa otra vez—. Ninguno de los dos lo éramos.

—Entonces, ¿se mantuvieron en contacto? —preguntó Sharon.

—Sí... ¡se podría decir que sí! Siempre venía a visitarnos a mí y a Donna. Principalmente los fines de semana, cuando podía conseguir algo de tiempo libre entre su equitación, pero a veces, aparecía durante la semana para tomar té, alrededor de las cinco, para ver las telenovelas. ¡Le encantaban esas telenovelas australianas! Siempre hablando de Australia. Obsesionada con el maldito lugar. *Neighbours*, *Home and Away*... Intenté explicarle que la vida probablemente no era tan maravillosa. No todo sería sol, playas, novios guapos y vecinos amistosos. —Señaló su pared—. Deberíais ver a mis vecinos estos días... de todo menos amistosos. Disculpad mi lenguaje.

—Entonces, ¿tanto usted como su esposa eran cercanos a ella? —dijo Reggie.

—Sí... como dije... venía a vernos mucho. Mi mujer era enfermera pediátrica. Tenía un don con los niños, ¿sabéis? ¡Ja! Mientras tanto, Sarah, siempre se burlaba de mí. —Sonrió, con lágrimas goteando por las comisuras de su boca—. Yo solía hacer el tonto, le tiraba de las orejas y salía corriendo, ese tipo de cosas... para ser sincero, era agradable tener a una joven por aquí... —Miró hacia la distancia.

Sharon pensó en la pequeña chaqueta rosa y sintió que se le encogía el corazón.

—¿Durante cuánto tiempo duró esto? —preguntó Sharon.

—Oh... malditos años... —dijo Peter—. Al principio, realmente solo queríamos animarla a que hiciera algo bueno con su vida. También tenía otra influencia positiva, una doctora, Hannah Wright. Sarah nos hizo prometer que nunca hablaríamos con ella. Siempre

estaba desesperada por mantener partes de su vida separadas. Antes de darnos cuenta, formaba parte de nuestras vidas, entrando y saliendo a su antojo. Dieciséis... diecisiete... Siempre pensé que sería escritora. Empezó a escribir poesía a los dieciséis, cosas realmente buenas, además. Deberíais verlas. Realmente emotivas. Me gustaría pensar que el tiempo que pasamos con ella, esos momentos que robaba entre su vida normal, fue suficiente para encaminarla por el buen camino. —Su mirada se volvió distante, viendo algo mucho más allá de las paredes de la habitación—. Recuerdo una vez, insistió en llevarme a montar. Dijo que necesitaba entender por qué le gustaba tanto. Yo no era un natural como ella, pero vi por qué lo hacía, por qué necesitaba esa libertad. Algunas cosas que le habían sucedido en su vida... su padre... —Negó con la cabeza—. Tenía espíritu. Pero también mucho equipaje emocional. Necesitaba deshacerse de él.

Se levantó, quejándose por su rigidez artrítica. —Esperad un momento.

Sharon lo vio arrastrarse hasta otra habitación, regresando con lo que parecía una tarjeta de felicitación. Un águila se elevaba en la portada, con las alas extendidas contra un cielo azul. —Me dio esto —dijo, abriéndola cuidadosamente—. También pegó un poema mecanografiado dentro. Escuchad esto.

Su voz tembló mientras leía: —"Peter... A través de la oscuridad me mostraste luz, cuando las cadenas me ataron, me diste vuelo. Siempre tu amiga especial, Sarah". —Tragó saliva con dificultad—. Bonito, ¿eh? Nadie me ha dado nunca algo así. —Susurró la última parte, cerrando la tarjeta como si estuviera hecha de cristal.

Lloró de nuevo mientras se sentaba. Una vez más, Sharon y Reggie fueron pacientes.

Finalmente, levantó la mirada, frotándose los ojos. —Estaba tan feliz cuando logró llegar a Australia. Lo había jurado durante tantos años, y le creí. ¡Y entonces lo hizo! Esa chica tenía tanta fuerza. Levantó el dedo medio y mandó este lugar a la mierda. ¿Por qué demonios volvió a este vertedero? ¿Y entonces qué pasó?

—¿Qué le hace pensar que llegó a Australia? —preguntó Reggie.

Peter hizo una mueca. —¿Qué es esto? ¡No lo pienso, lo sé!

—Lo siento, Peter —dijo Sharon—. Pero creo que alguien le engañó de alguna manera...

—¡Ja! No querida, espera... —Volvió al cajón y regresó con una postal. Se la pasó a Sharon. Ella observó el Puente de la Bahía de Sídney—. Lee esto... y creo que verás que sois vosotros los que habéis sido engañados.

51

—Ella tenía ese tipo de humor. ¿Qué puedo decir? Juguetón. A veces tonto... —dijo Stephen, refiriéndose a Sarah lanzándole un beso—. Dios sabe que había tenido una vida bastante dura... a menudo podía ser tonta e inmadura, probablemente para sacudirse toda la melancolía. Recuerdo bien esa foto, y no es lo que usted piensa. Ella me preguntó por qué siempre quería una foto nueva cada vez que producía un poema maravilloso. Ella y las otras chicas. Y le dije... para capturar el momento... el momento en que el poeta libera su magia para ser vista en el mundo. Era solo una tradición tonta que disfrutaba. Les dije que si alguna vez se publicaban, esa sería la imagen que podría acompañarlo. Como capturadas en el momento, ¿sabe? Entonces, en esa última vez, ella pensó que era gracioso lanzarme un beso... era así de descarada... ¡no había nada más!

—¿Entonces por qué guardarla? —preguntó Frank.

—¡Las guardé todas! —Stephen se puso rojo ahora—. Odio tener que justificar este momento especial. Las ayudé. ¡Y obtuvieron tanto de ello!

Antes parecía la viva imagen de la salud, pero ahora estaba tambaleándose, y Frank no quería que le estallara una arteria. —Por favor... siéntese, Stephen... y respire profundamente.

Mientras Stephen lo hacía, Frank reflexionó. La verdad era que no sabía qué pensar de esto. Era extraño, seguro, pero no era la primera vez que se encontraba con un comportamiento que

consideraba extraño pero que, a ojos de otra persona, era una tradición perfectamente inofensiva.

Alguien lanzando un beso a una cámara difícilmente bastaba para probar que Stephen había abusado de esta chica o la había manipulado.

Aun así, no tenía buena pinta... y solo cimentaba aún más la posición de Stephen como sospechoso principal en la mente de Frank.

—¿Por qué guardarlas en su caja fuerte, señor Walker? Parece extraño.

—¿No está escuchando? Estos son algunos de mis recuerdos más felices, por supuesto. Significan mucho para mí. ¡Fue lo más destacado de mi carrera ayudar a esas chicas a darse cuenta de sus talentos! ¿Por qué no querría mantenerlas guardadas con cuidado? —Miró a su esposa, Caroline, que ahora miraba al vacío, como si hubiera olvidado por completo lo que acababa de hacer—. Quiero decir, si tuviera algo que ocultar, ¿realmente le daría a mi esposa el código?

—¿Es esto cierto, señora Walker, sabe usted sobre esto?

Caroline estaba pálida. Miró alrededor. —Es un buen hombre... Stephen... debería mostrarle Riverside esta tarde cuando regrese al trabajo... el lugar es irreconocible desde que él empezó allí.

—Necesito llevar a mi esposa de vuelta a la cama —dijo Stephen, mirando fijamente a Frank—. ¿A menos que planee arrestarme por algunos viejos poemas y fotografías que aprecio? —Se levantó y se acercó a su esposa.

Por supuesto, Frank tenía más preguntas, pero miró a Gerry y tomó una decisión.

Le daría un respiro a Stephen, al menos hasta que hubieran hablado con los miembros supervivientes del grupo de poesía.

Caroline se detuvo en la puerta, sus ojos de repente agudos con claridad. —Susurros —respiró, dejando la palabra suspendida en el aire—. Siempre susurrando.

Stephen le tocó el brazo. —Querida, por favor...

Ella se apartó de él, elevando la voz. —¿Sabe qué? Nadie destruirá jamás a mi marido. —Su mirada se fijó en Frank con una

inquietante intensidad—. Pueden intentarlo, pero nunca ganarán.

Frank sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Cruzó la mirada con Gerry. Su habitual calma analítica había resbalado por un momento, reemplazada por una expresión que raramente veía: genuina inquietud.

Frank se puso de pie. —Stephen, nos marcharemos solos, pero volveremos a ponernos en contacto... probablemente más tarde hoy.

—Estoy seguro de que lo harán —murmuró.

—Él les ayudó a alcanzar las estrellas. —La voz de Caroline bajó de volumen mientras subía las escaleras—. Alcanzar las estrellas, y todo lo que hacéis es susurrar... susurrar...

Las palabras parecían seguirles por el pasillo, haciendo que a Frank se le erizara la piel.

Después de salir de la casa victoriana, se quedó contemplándola. —Alcanzar las estrellas, ¿eh? Bueno, Sarah las alcanzó, y no, sospecho, de la manera que usted quería decir, señora Walker. —Suspiró y miró a Gerry—. ¿Qué dije cuando entré, Gerry?

—Dijiste: "¿Lista para ver qué hay debajo de ese pulido?"

—Sí, y ¿sabes qué...? Creo que hay mucho más pulido por quitar antes de que terminemos.

52

Peter y Donna. ¡He volado! Y las playas son preciosas, y los chicos son guapos. Aunque aún no he conocido a los vecinos. Dejadme estar - mantened esto en secreto. Un abrazo de vuestra águila, Sarah x

El sello indicaba que había llegado desde Sídney por correo aéreo internacional.

15 de diciembre de 1989.

Era intrigante. Pero también parecía completamente imposible.

Al investigar adónde había desaparecido Sarah Matthews, los registros de vuelos habrían sido imprescindibles.

Sharon tomó nota para comprobarlo nuevamente, pero le sorprendería, le sorprendería muchísimo, que sus predecesores hubieran sido tan incompetentes.

—Tenemos que llevar esto —dijo Sharon. Ya estaba pensando en el análisis de caligrafía; tenían un montón de poemas manuscritos con los que compararla...

Él asintió. Ella había esperado que pusiera alguna objeción, pero no lo hizo. —¿Me cree ahora?

—Creo que recibió esta postal... pero no creo que ella abandonara el país —dijo Sharon—. Lo siento.

—Pero eso no tiene sentido.

—No, no lo tiene —dijo Reggie—. Pero haremos todo lo posible por llegar al fondo del asunto.

Reggie se removió en su silla, haciendo una mueca cuando su espalda crujió contra el duro plástico. —Ya que hablamos de su relación con Sarah, ¿qué ocurrió cuando ella se marchó a la universidad?

—Pues... —Bajó la mirada—. Fue entonces cuando empezó a crecer la distancia entre nosotros. Quiero decir, no era demasiado lejos, solo era Middlesbrough, pero su tiempo se volvió limitado, y ella insistió en que no nos comunicáramos; no quería que su madre se enterara y se disgustara por lo que llamaba su «doble vida». Recuerdo el día antes de que se marchara... fue a principios de septiembre de 1985, vino a cenar. Dijo que habíamos sido como unos segundos padres para ella. Fue dulce... maravilloso incluso...

Se frotó los ojos. —Todos estábamos hechos un mar de lágrimas. Esta chica de dieciocho años asombrada por cómo la habíamos ayudado... pero luego, se fue desvaneciendo... Supongo que eso nos pasa a todos cuando los hijos se van de casa, ¿y a quién queríamos engañar? Solo la había conocido realmente durante cuatro años. Todo era muy inevitable. El primer año, nos visitó en sus vacaciones. Unas tres veces en total. Eso estaba bien. Estábamos orgullosos y se lo hacíamos saber.

Miró a Donna. —¿Y se imagina si la hubiera hecho arrestar aquel día? Esa tercera infracción. Qué desperdicio. Mire de lo que formamos parte. Iba a ser enfermera pediátrica, ¡como Donna!

—Aun así, las visitas se hicieron cada vez menos frecuentes; luego, después de terminar la universidad, vino algunas veces, pero ya se había convertido en una mujer. Tenía sus propios planes y sueños. Le iba bien en su trabajo. Creo que la vimos unas cuantas veces en ese último año, pero la realidad es que había cambiado por completo, como suele suceder. Nos conformábamos con que fuera feliz. Hasta que... bueno, hasta que simplemente dejamos de saber de ella. —Respiró hondo, conteniendo más lágrimas.

—Cuando llevábamos bastante tiempo sin tener noticias suyas, fui a ver a la Dra. Hannah Wright, esperando encontrar a Sarah en el trabajo. Pero ya no estaba allí. Hannah le había pedido que se

marchara porque había vuelto con ese absoluto inútil, Tommy Reid. ¡Tommy Reid! Claro que conocíamos la historia desde cuando ella tenía trece años. Nos había contado todo sobre eso; ¿cómo pudo hacer algo tan estúpido? Sonaba como un completo idiota... y su madre... bueno, también sonaba como una auténtica chiflada.

Sharon intercambió una mirada con Reggie. Sus ojos reflejaban sus pensamientos. *¡Ya lo puedes decir!*

—¡Estaba devastado! ¿Se lo pueden imaginar? ¡Tirar por la borda todo por lo que había trabajado! Pero Hannah insistió en que era lo correcto. Dejar que se diera cuenta y volvería. Me pidió que me mantuviera al margen, y lo hice. Sabía que se sentiría avergonzada de lo que había hecho, y por eso no podía enfrentarse a mí, así que fue difícil no verla. —Asintió hacia la fotografía de Donna—. Ella estuvo de acuerdo con Hannah, así que lo dejé estar, lo dejamos estar, esperando que entrara en razón. —Su suspiro parecía cargado de décadas de arrepentimiento—. Y luego desapareció... así sin más. Una época terrible, terrible. —Acarició el águila en la tarjeta—. Sé que me dio esto mucho antes, pero creí que había un mensaje en esta imagen. Ella siempre había querido volar lejos, a Australia. Así que cuando nunca la encontraron, asumí —esperaba— que finalmente había desplegado sus alas y se había ido de aventura. Luego, llegó esa postal, y pensé que mis oraciones habían sido respondidas.

—¿No pensó en traernos esto? —preguntó Reggie.

—Por supuesto que no, hombre. ¿Qué es usted? ¿Débil mental? Ja. Encarcélenme ahora, pero ella quería irse, y se fue. ¡No iba a ser yo el responsable de arrastrarla de vuelta a donde no quería estar!

Sus ojos se llenaron de nuevas lágrimas. Se levantó, quejándose. —Tendrán que disculparme. —Peter se incorporó con dolorosa lentitud—. Necesito usar los servicios.

Cuando los pasos arrastrados de Peter se desvanecieron, Sharon se dio cuenta de que Reggie la miraba fijamente. —Puedo ver cómo te sangra el corazón —dijo.

—Dios mío, de verdad, señor... ¿y a usted no?

—Cuando llegas a mi edad, Sharon, pierdes la cuenta de las veces que te han mentido, tan efectivamente como esa, por cierto.

—¿Pero esa postal?

—Puede que la haya hecho él mismo —dijo Reggie—. Lo he visto antes. Una mujer estaba en negación por haber matado a su marido, así que se escribió una tarjeta de San Valentín de su parte. Se engañó a sí misma. La negación y el duelo pueden hacer cosas extrañas. Bueno, quiero decir, obviamente ella no la escribió, ¿verdad?

Sharon negó con la cabeza. Seguramente ese nivel de angustia no podía ser fingido. El teléfono de él sonó. —Mira eso.

Le mostró su teléfono. Era un mensaje de Sean.

> Los registros muestran que Peter Watson tuvo un Ford Fiesta rojo entre 1985 y 1990.

Sus ojos se abrieron de par en par. Se aferró a los bordes de la silla de plástico. *¿No puede ser?*

Esperaba que él dijera algo presuntuoso, pero su rostro permaneció inexpresivo. Quizás él había estado esperando tanto como ella que el dolor de Peter fuera genuino.

53

A Lewis le dolían los dedos. Había pasado la noche aferrándose tanto a su móvil como a la misteriosa fotografía, incapaz de soltar ninguno de los dos. Debió de haber intentado llamar al número docenas de veces durante la noche, pero siempre recibía el mismo tono de ocupado.

No estaba seguro de si había dormido; tal vez se había adormecido intermitentemente.

Necesitaba aire fresco.

Antes de salir de casa, miró fijamente a su frágil padre. —Una última broma pesada, ¿eh? ¿Haciendo que tu patético hijo persiga sombras?

Sin pensarlo realmente, caminó hasta el White Hart, no para tomar una copa —aunque Dios sabía que la necesitaba— sino porque este era el lugar que había destruido su vida. Su mente ya estaba torturada, ¿por qué no torturarla un poco más?

Lewis recordó primero los huesos de Gregg Ince crujiendo contra la porcelana, y luego a la policía arrastrándolo merecidamente fuera de la sociedad.

Hace tres años.

¿Por qué lo había hecho?

Buena pregunta.

Los recuerdos de aquella noche estaban fragmentados, distorsionados por el alcohol y la furia. Isobelle le había exigido que se marchara, declarando el fin de su matrimonio. En el pub, su ira y

frustración eran demasiado volátiles para contenerlas. En los servicios, un Gregg Ince borracho lo había mirado de arriba abajo, preguntándole qué coño estaba mirando.

Gregg se convirtió en una forma conveniente de desahogarse.

Después todo fue un borrón, y ahora, en su memoria, solo podía oír el repugnante crujido de un cráneo contra el urinario.

Luego, deambuló por la ciudad hasta quedar frente a la casa que había compartido con Isobelle. La luz matinal del sol iluminaba la ventana de la cocina como un foco sobre un escenario que había abandonado hace años.

Su hijo estaba sentado en la mesa del desayuno, con la cuchara a medio camino de su boca.

Diez años tenía ahora, aunque Lewis no lo había visto desde que tenía siete. Sus pies lo llevaron hacia adelante antes de que su cerebro pudiera objetar, con la mano temblando a su costado. El impulso de golpear el cristal, de llamar a su hijo, era abrumador.

Se detuvo en la verja, volviendo bruscamente a la realidad. ¿Qué vería su hijo si llamaba?

¿Un extraño? O peor...

¿Me miraría como yo miro a John?

Pero ¿no tenía que intentarlo?

Podría no volver a presentarse esta oportunidad.

Con el corazón martilleando, abrió la verja.

A través de la ventana, Lewis vio a un hombre alto aparecer detrás de su hijo, revolviéndole el pelo con un afecto natural. Su hijo levantó la mirada con una sonrisa que atravesó el corazón de Lewis: amor puro y sin reservas hacia el hombre que lo había reemplazado.

Lewis retrocedió tambaleándose, la verja se cerró con estrépito. Padre e hijo miraron hacia el sonido, pero Lewis ya se estaba dando la vuelta, con la bilis subiéndole por la garganta mientras corría.

¿Qué derecho tenía de destrozar su mundo? ¿De arrastrar a su hijo al mismo ciclo de abandono y retorno que había envenenado su propia vida?

Lewis corrió todo el camino de vuelta a casa de su padre, cada pisada resonando con vergüenza. Sin aliento, miró hacia la ventana del dormitorio, preguntándose si su padre aún estaría vivo.

¿Somos realmente tan diferentes, John? El pensamiento le siguió por el camino de entrada como una sombra acusadora.

Tal vez por eso guardaste escondida la foto de esa misteriosa mujer: otro recordatorio de las elecciones tomadas, vidas abandonadas. Ambos escapamos de la responsabilidad. Tú nos viste crecer desde la distancia, y ahora yo estoy haciendo lo mismo.

Después de toda mi condena, me he convertido en ti. De tal palo, tal astilla.

La casa se sentía más vacía que nunca cuando entró, la sonrisa de Jamie quemándole en la memoria junto con el rostro del hombre que había ocupado su lugar: todos esos momentos que nunca compartiría con su hijo perforando agujeros en su corazón.

Mark asintió cuando Lewis pasó. Su padre seguía vivo entonces.

Se limpió el sudor de la frente mientras subía a ver al viejo cabrón.

¿Es este también mi destino? ¿Morir solo, rodeado de fotografías de momentos que me perdí, hasta que llegue la parca?

54

—Señor Watson —Sharon eligió sus palabras con cuidado—. La noche que Sarah desapareció, la vieron fuera del Bridge Inn subiendo al asiento del copiloto de un Fiesta rojo. Fue la última vez que la vieron.

Peter asintió distraídamente, con la cara inexpresiva; claramente no había captado el significado.

—Usted fue propietario de un Fiesta rojo entre 1985 y 1990 —añadió Reggie.

Asintió. —Sí —Su ceño se frunció cuando empezó a comprender —. Pero... ¿y qué? ¿Qué están insinuando?

—Solo estamos estableciendo hechos —dijo Reggie—. Un testigo ocular dijo...

La voz de Peter se volvió más cortante. —Sí, les he oído la primera vez. Pero había muchos Fiesta rojos en 1989. No es más que una coincidencia.

Sharon miró a Reggie. Sin números de matrícula, grabaciones de CCTV o un testigo vivo, la conexión con el Fiesta rojo parecía extremadamente débil. —¿Dónde estaba usted el 12 de octubre de 1989? —preguntó Reggie.

—¿Hablan en serio? —espetó Peter.

Reggie asintió.

Peter se pasó la mano por la cara. —Maldita sea. ¿Cómo esperan que lo recuerde? Lo único que puedo decirles es que cuando me enteré de la desaparición de Sarah, yo solía trabajar en el turno de

tarde en el Royal Oak de Whitby. —Entrecerró los ojos—. De lunes a miércoles, sábados y domingos. ¿Cubriría esa fecha?

Reggie asintió. —Sí, pero pensaba que dirigía un negocio de seguridad.

—Sí, pero fueron años difíciles. Los pagos de la hipoteca nos estaban devorando. Quizás podrían confirmarlo con quien lo dirija ahora... tal vez hayan conservado un registro del personal.

Improbable, pensó Sharon, *pero lo comprobaremos de todos modos*.

—¿Donna también conducía el coche? —preguntó Sharon.

—Sí... pero les estoy diciendo que no era nuestro Fiesta rojo. Como he dicho, ¡¿cuántos Fiesta rojos creen que había por entonces?!

—¿Puede recordar dónde estaba Donna esa noche?

—¡Ja! ¿Habláis en serio? ¡Aquí, descansando probablemente! ¡Era enfermera, por el amor de Dios!

Su voz se quebró con repentina emoción. —Es decir, ¿qué estáis sugiriendo? —Se presionó el pecho con la mano—. ¡Mi Donna! ¡Por Dios! No le habría hecho daño ni a una mosca. Era enfermera pediátrica. Deseaba que Sarah siguiera siendo enfermera. ¿Y eso se convierte en motivo para qué? ¿Meterla en un puto silo y...? —Se atragantó con las palabras, incapaz de terminar.

—Está bien —dijo Sharon—. Solo tenemos que cubrir todas las posibilidades. A mí también me costaría creer eso.

—¡Bien! —La mano de Peter temblaba mientras señalaba la fotografía de Donna—. Lo único que queríamos era ayudarla. ¡Nuestro error fue no ir a verla después de que volviera con ese imbécil, y Hannah nos advirtió que no lo hiciéramos! ¡Sarah había pasado toda su vida siendo ignorada! ¡Debería haber sido el primero en ir a esa maldita puerta de los Reid y sacarla de allí!

Intentaron hacer más preguntas, pero la insinuación sobre Donna había roto algo en él. Sus respuestas se volvieron monosilábicas, con la mirada fija en la fotografía de Donna como si hubiera olvidado que estaban allí.

Finalmente, le agradecieron su tiempo.

En la puerta, los dedos de Peter se cerraron suavemente alrededor del brazo de Sharon. Sus ojos se encontraron con los de ella, excluyendo deliberadamente a Reggie. —Quería a Sarah como si fuera mi propia hija. —Las palabras llevaban el peso de una confesión.

Sharon asintió, dejando que su expresión transmitiera que creía en su sinceridad.

Estaban a mitad de camino por el sendero cuando Reggie maldijo en voz baja. —Mierda... ¡el hombre con Hannah! El jefe me va a... —Volvió corriendo mientras Peter estaba cerrando la puerta—. Disculpe, señor, una cosa más: ¿reconoce a este hombre? —Le mostró la fotografía de la figura desconocida en el concurso de equitación con Hannah Wright.

Peter tomó la fotografía y la estudió cuidadosamente, sus ojos moviéndose metódicamente por la imagen.

Por un momento, Reggie pensó que podría reconocerlo.

Pero negó con la cabeza y se la devolvió.

Luego, con una última mirada triste a Sharon, Peter cerró la puerta con una tranquila rotundidad.

55

Era por la tarde, y la cabeza de Christie palpitaba por los excesos de la noche anterior. Sin duda, la sien amoratada, causada por su madre, también estaba jugando un papel importante. ¡Había llamado para decir que estaba enferma, en este, solo su segundo día!

Había aceptado el trabajo después de que la última profesora de inglés hubiera renunciado inesperadamente por motivos de salud, de ahí la extraña fecha de inicio. Le había parecido una oportunidad para impresionarlos. ¡Para acudir al rescate, como haría un auténtico Walker! Demostrarles que era igual que su padre: un excelente profesor y líder. Sin embargo, aquí estaba, de baja por enfermedad ya; irónicamente, por culpa del maldito hombre que la había inspirado. Además, solo quedaban dos días para las vacaciones de Navidad; esto no sería lo que el director actual y los gobernadores habían esperado. En absoluto.

Su vida parecía estar hecha una puta mierda.

Pero no tenía tiempo para detenerse en esto ahora. Lo que necesitaba eran respuestas, y rápido, para dar sentido a todo. Así que, si Georgina Prince no las daba voluntariamente, Christie conocía a alguien que lo haría.

Nancy Keegan era una de las tres gobernadoras del panel de su entrevista, y la única que quedaba de la época de su padre como director. A los setenta y ocho años, debería haberse jubilado hace tiempo, pero la viudez, y no tener hijos, la había dejado aferrada al

cargo como a un salvavidas. Nancy siempre había adorado al padre de Christie, alabando constantemente su servicio a los niños de Whitby y Ruswarp.

Mirando atrás, Christie se dio cuenta de que su propio nombramiento había sido inevitable con Nancy en el panel.

Si alguien sabía algo, esa sería Nancy.

Christie se refrescó todo lo posible y se dirigió a casa de Nancy.

Nancy todavía poseía una energía juvenil que la hacía parecer décadas más joven de lo que era. —¿Christie? ¿No deberías estar en el trabajo? —Señaló su sien amoratada y raspada—. ¿Qué te ha pasado, querida? ¿Estás bien?

—Mi madre... me empujó —Christie había pensado inventarse alguna mentira, pero se le escapó—. Ni siquiera me reconoció —Su voz se quebró.

Nancy negó con la cabeza. —Oh, pobrecita. Pasa.

La cocina era cálida y acogedora. Nancy se ocupó de preparar té. Cuando ambas estuvieron sentadas con tazas humeantes, ella se inclinó y le dio una palmadita en la mano a Christie. —Lo siento mucho por tu madre. Caroline es una mujer admirable. Qué maravillosa profesora fue, y qué gran servicio hizo a Ruswarp. Es una enfermedad tan terrible.

Christie sonrió con gratitud. Se secó una lágrima, dio un sorbo, se armó de valor y luego miró a Nancy con una expresión más seria. —¿Sabes lo que ocurrió ayer en Riverside?

—Lo siento... no. Me tratan con malditos guantes de seda últimamente. ¿Qué pasó? Nada grave, espero.

—No lo sé, Nancy. Parecía grave. Se sentía jodidamente horrible. —Se interrumpió—. Perdona por mi lenguaje.

Ella le guiñó un ojo. —Puede que parezca una dulce ancianita, pero llevo por aquí un buen rato, querida. Cuéntamelo todo. Con todos los putos detalles.

Christie sonrió, pero mientras hablaba, su rostro volvió a decaer. —Una mujer llamada Georgina Prince vino a verme.

El rostro de Nancy también decayó.

Fue repentino, además, y el color abandonó su rostro inmediatamente. Su taza de té repiqueteó contra el platillo.

Christie le cogió la mano. —Nancy, ¿estás bien?

—¿Georgina? ¿De verdad? ¿Y no me lo hicieron saber? Imbéciles.

—Entonces, ¿la conoces?

Asintió, liberó su mano de la de Christie y se giró hacia un lado. Christie detectó vergüenza. —Por supuesto. Sabía que su hijo estaba en el instituto... pero nunca esperé que se acercara a ti. ¿Por qué demonios haría algo así?

Buena pregunta. ¡Esperaba que tú pudieras decírmelo!

Nancy se restregaba las manos ahora, y Christie realmente esperaba que no se cerrara y empezara a guardarle secretos, de manera similar a como lo había hecho su padre. —Estaba furiosa, Nancy. Diciendo todo tipo de cosas extrañas. Sugirió que mi padre había estado haciendo algo indebido de alguna manera, y que eso me convertía, de algún modo, en un riesgo para su hijo...

Nancy la interrumpió bruscamente girándose de repente y mirándola fijamente. —Escúchame, Christie: esa chica nunca ha estado bien. —Se tocó la sien—. Ni un poco. Tienes que entender eso. ¡Jesús... esa pequeña zorra trastornada! —Se levantó abruptamente, dándole la espalda.

Oír referirse a una mujer de unos cincuenta y cinco años como "chica" y "pequeña zorra" era peculiar, pero ver a Nancy perdiendo el control era mucho más desconcertante.

—Intentamos hacer lo correcto por ella, ¿sabes?... y ahora... —Se giró para mirar a Christie—. ¿Qué te dijo exactamente?

Christie relató todo: la confrontación en el aula, la pulsera de "alcanza las estrellas", la referencia a las "manzanas envenenadas". Luego, describió las palabras de su madre: "chica viciosa, viciosa".

Con cada detalle, la expresión de Nancy se volvía más tensa. —¡Bueno, Georgina era la chica viciosa sin duda! ¡Casi lo arruina todo! Caroline, en su confusión, debe de haberla visto en tu lugar. Lo siento mucho, Christie... siento mucho que tu madre te hiciera eso... pero no iba dirigido a ti, debes entender eso.

Christie asintió. La hacía sentir un poco mejor. ¿Por qué su padre no le había dicho eso? ¿Calmado su ansiedad con la verdad?

—Disculpa un momento, necesito una copa. —Nancy salió de la habitación. Un momento después, regresó con dos vasos de líquido

ámbar con hielo—. Southern Comfort. Me disculpo, pero lo necesito. ¿Te gustaría...?

El estómago de Christie se revolvió ante la idea, los recuerdos del vino de anoche aún demasiado frescos. Negó con la cabeza.

Nancy volvió a sentarse, dando un largo trago a su vaso como una mujer que busca valor.

—En primer lugar, tanto tú como tu padre sois maravillosos. ¿"Manzanas envenenadas"? ¡Santo cielo! —Arrugó la cara con disgusto—. Tonterías absolutas. —Nancy suspiró profundamente, un sonido que llevaba el peso de secretos enterrados—. Te lo contaré, querida, porque no conviene que sigas hurgando en esto. Pero después, debes dejarlo pasar, ¿de acuerdo? Ella casi destruyó la carrera de tu padre una vez; si volvemos a dar vida a estas tonterías, bueno, me aterra pensar qué destruiría. ¡Incluso su legado! Fue el club de poesía. Tu padre te lo mencionó en algún momento, estoy segura.

Christie asintió vagamente, recordando fragmentos de una conversación de hace mucho tiempo. Dijo lo que sabía al respecto, y Nancy completó las lagunas. —Enseñarles en grupo nunca fue el problema... fue el hecho de que pasara tiempo a solas con ellas, individualmente, ayudándolas. Eso abrió la puerta a acusaciones, supongo. El mundo es más cauteloso ahora. No creo que se hubiera puesto en esa situación si esto hubiera sido recientemente.

Christie asintió. Muy pocos miembros del personal se pondrían en esta posición hoy en día. Le habían aconsejado dejar la puerta del aula abierta cuando hablaba con un niño a solas, y veía a muy pocos profesores que no siguieran el mismo consejo.

—Cometió un error, está claro —dijo Nancy—. Un director pasando tiempo a solas con alumnas... realmente debería haber sido más consciente... pero, como dije, las políticas y procedimientos no eran lo que son ahora.

—¿Cuáles fueron las acusaciones? —preguntó Christie.

—¡Llegaré a eso, querida! —La voz de Nancy de repente adquirió un tono defensivo.

Christie sabía cuánto admiraba Nancy a su padre, pero aún así le sorprendió el tono elevado. —De acuerdo.

—Era un buen hombre, Christie, tu padre. ¡Aún lo es! Hizo todo esto de corazón: buscando niños talentosos con pocas perspectivas y elevándolos. Así pasó la mayor parte de su carrera. Tu padre no era un hombre rico entonces, pero ¿no crees que tu padre podría haber hecho fortuna a esa edad? ¡Por supuesto que podría haberlo hecho! Era un verdadero líder, inspirador y lleno de ideas. Podría haber hecho una fortuna, pero eligió mejorar vidas. —Su labio se curvó con desprecio de décadas—. ¡Y entonces apareció Georgina Prince, la pequeña mocosa celosa y consentida, como una especie de maldita bola de demolición!

Tomó otro sorbo reconfortante. Luego, miró el líquido y lo agitó, haciendo tintinear el hielo contra el vaso.

—Georgina solicitó el taller de poesía. Stephen dejó claro que solo podía tutelar a cuatro. Era un hombre ocupado. Georgina no fue la única rechazada; la mayoría lo aceptó con calma. Pero ella no. No, Georgina siempre había sido privilegiada, siempre propensa a la destrucción. Se volvió contra su mejor amiga... ¡la acusó de robar uno de sus poemas para presentarlo! Quiero decir, ¡qué ridículo! ¿Realmente creía que Stephen no sería capaz de distinguir entre la forma en que escribían poemas?

—¿Quién era la mejor amiga?

—Sarah Matthews. Sí... una historia bastante interesante con ella... desapareció cuando tenía poco más de veinte años, pero bueno, me desvío... La realidad es que Sarah tenía mucho talento, y esto hizo que Georgina se amargara y sintiera celos. No solo terminó su amistad, sino que luego dirigió su rencor hacia tu padre. La acusación fue... no sé... tan escandalosa, tan exagerada, ¿cómo podría alguien creerla? Afirmó que irrumpió en la oficina de Stephen un día y los encontró medio desnudos y besándose. Quiero decir, hay que reconocer el descaro de la chica.

A Christie se le heló la sangre. —¿Y lo investigasteis?

—¡Por supuesto! Estamos obligados, Christie. Las cosas eran más laxas entonces, pero no eran ridículas. Fuimos diligentes, no te preocupes por eso. Más diligentes de lo que la mayoría habría sido. ¡Tu padre! Quiero decir, ¡qué absurdo! Pero le dimos credibilidad, por un tiempo, le pedimos a tu padre que se tomara una semana libre

mientras lo investigábamos. Hablamos con Sarah, hablamos con todas las chicas, todas ellas, un completo montón de mentiras. Tu padre no era esa clase de hombre, como bien sabes. Nunca tocó a ninguna de ellas, y las cuatro estaban felices de decirlo. Sí, amaban al hombre, ¿quién no? Pero no de esa manera, Dios mío, no. —La vehemencia en su voz hizo que Christie se estremeciera.

—Pero la insolente chica no lo dejó pasar. Dijo que fue a enfrentarse a él sobre ella, y él la acorraló en su oficina, le puso la mano alrededor de la garganta, la acusó de estar celosa y la besó a la fuerza. Al parecer, él dijo: "¿Es esto de lo que estás celosa? ¿Te sientes poco apreciada?" Ella dijo que tuvo que apartarlo a la fuerza y salir corriendo. ¡Ja! ¿Puedes creerlo, Christie? De una mentira extrema a otra.

Christie asintió. Deseaba, con todas sus fuerzas, estar tan segura como Nancy.

Ninguna parte de ella podía vivir con las consecuencias de esto, si contenía incluso el más mínimo grano de verdad.

—¿Qué pasó?

—Escucha, y aquí es donde realmente sabes que es mentira. Sus padres amenazaron con ir a la policía a menos que pagáramos algún tipo de compensación. Quiero decir, ¿qué clase de padre haría eso? Sí, la policía lo descartaría como una tontería, lo sabíamos, y Georgina se convertiría en el hazmerreír, pero aun así... ¿qué padre simplemente se rendiría y pediría dinero a menos que supiera que también era una mentira? Así que, eso es lo que pasó. Parecía la mejor opción...

—Perdona... —Christie negó con la cabeza, confundida—. ¿Qué pasó exactamente?

—Pagamos la compensación. —Nancy apartó la mirada y bebió—. Bueno, pensamos que era mejor hacerlo. Quiero decir, por mucho que fuera una completa tontería, ¿quién quería a la prensa involucrada? Mejor pagar el dinero y seguir adelante. Tu padre estaba haciendo un trabajo tan bueno con la escuela, no queríamos frenarlo, ponerlo en peligro, ¿sabes?

—¿Así que le pagasteis a ella y a sus padres? —La voz de Christie temblaba de incredulidad.

—¡No te preocupes! No por la cantidad que querían, la redujimos a una cifra más razonable.

—No, no me preocupa eso. No puedes pagar a alguien para que calle... eso es simplemente inaceptable. Completamente inaceptable. —Sintió bilis en la boca.

—Sé cómo suena, pero mira, era una época diferente y... —Nancy agarró las manos de Christie con desesperada intensidad—. Piensa en las alternativas: la reputación de tu padre arrastrada por el lodo, su carrera destruida. Además, la ventaja adicional fue que el padre de Georgina también era policía. Significaba que todo estaría bien y verdaderamente terminado. ¡Sin problemas adicionales en el futuro! ¡El conocimiento público de este acuerdo lo arruinaría!

—¡Lo siento, Nancy, pero esto no lo hace sonar mejor!

—Fue hace tanto tiempo... y ¡piénsalo! Piensa en lo que preservamos. Piensa en todas las vidas que ha tocado. ¿Crees que le habrían dado esa OBE con esa vil mentira circulando en la esfera pública, en estos tiempos? Precisamente por eso esto debe ser acallado ahora, Christie. Porque era una época diferente, y sabes lo que pasaría si esta historia saliera a la luz.

Christie retiró sus manos. —Pero... no puedo... eso es simplemente horrible.

—¿Entonces crees esas viles mentiras sobre tu padre?

Christie no creía haber visto jamás a nadie con una expresión tan indignada como la que tenía Nancy ahora.

—¡No es eso! Es el encubrimiento. La falta de transparencia. Va en contra de todo lo que creo.

—Curiosamente todos creemos en ello hasta que nos involucra. Creo que cuando lo hayas pensado bien, querida, tú...

—¡No! Nunca podría hacer las paces con esto.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—No, no lo habría hecho, yo habría...

—¿Arruinado una escuela maravillosa? Esos jóvenes adultos estaban recibiendo una educación que nunca habrían tenido de otra manera. ¿Y tú le habrías prendido fuego por las mentiras de alguna princesa mimada? —Apretó los dedos de Christie—. Teníamos la

oportunidad de evitar que ocurriera. Así que sí, le pagamos a su familia. Y lo volvería a hacer. Sin dudarlo.

—Pero ¿y si es verdad... y si no era una mentira?

—¿Me estás haciendo seriamente esa pregunta?

—¿Por qué vendría a la escuela ahora? ¿Por qué sacar a su hijo de mi clase? ¿Por qué armar una escena?

—¡Por la misma razón que lo hizo entonces! —La sonrisa de Nancy era lastimera—. Amargura, celos... y también un toque de locura, quizás... Además, que su hijo sea enseñado por ti le recuerda su vergüenza, su mal comportamiento. Mejor para ella simplemente trasladarlo. Hacer una pequeña observación mordaz por el camino. No creo que volvamos a saber de ella. No querrá exponer más su vergüenza...

—No lo sé... la miré a los ojos, Nancy... no parecía que pensara que era una mentirosa.

—¡Entonces sigue delirando! Y, para ser honesta, dudo que quiera arruinar el nombre de su padre también. No... creo que podría resolverse, pero tú, querida, necesitas tener perspectiva, y siento decirlo, ya que no soy tu madre, pero contrólate porque...

Christie retiró sus manos de un tirón y se levantó con piernas temblorosas. —Esto está mal. Todo está mal.

—Escúchame, querida. —Nancy se puso de pie; su voz llevaba el peso de la autoridad—. Tu madre está enferma. No querrás hacer nada tonto. Tu padre es un hombre maravilloso, créeme. Nada bueno puede salir de cualquier descontento. Te aconsejo que ignores lo que pasó y vuelvas al trabajo. Esos niños te necesitan. Un Walker en el edificio siempre es lo mejor para todos. Lo digo de corazón.

—Tengo que irme... —Se dirigió hacia la salida, ignorando las llamadas de Nancy para que se quedara un rato más.

Su viaje a casa pasó en un borrón de confusión y duda, su mente girando como una brújula rota.

56

RYLAN ESTABA INSPECCIONANDO el nuevo árbol de Navidad en la esquina de la sala de investigación.

Frank también sentía curiosidad: ¿de dónde había salido?

¿El Comisario Jefe Donald Oxley, intentando traer un espíritu festivo a la central?

Qué va, pensó. *Demasiado surrealista.*

Alguien en esta sala lo había colocado. Entrecerró los ojos: ¿tendría alguien de su equipo demasiado tiempo libre?

Miró entre sus caras, decidiendo que era mejor no saberlo.

Si lo cuestionaba, se ganaría otro apodo poco favorecedor para añadir a la lista. Probablemente *Scrooge* o algo así.

—Así que... Stephen Walker, condecorado con la Orden del Imperio Británico —infundió cada palabra con un desprecio cuidadosamente medido—. Es muy respetado. Parece que en cada esquina que doblamos, alguien está cantando sus alabanzas. Sean, ¿hablaste con los miembros del consejo?

—Con dos de ellos. Y ambos prácticamente escribieron su elegía.

Frank resopló, mientras Sharon y Reggie también sonrieron ante su sarcasmo.

Sean se enderezó en su silla, con una expresión orgullosa en su rostro. —Algunas citas... —miró sus notas—. "Liderazgo transformador", "educador visionario", "defensor de los desfavorecidos". Incluso están planeando nombrar un edificio en su honor.

—Diles que esperen antes de poner el cartel —murmuró Frank. Hizo un gesto hacia Clara, que había estado analizando las finanzas de Stephen—. Parece que su reputación dorada le llevó también a barras de oro sólido.

Los dedos de Clara nunca abandonaron su teclado mientras hablaba. —Se codeó con la gente adecuada durante su carrera: diputados, líderes empresariales, filántropos. Las conexiones que abren puertas. Después de jubilarse, construyó una importante cartera de inversiones, tenía influencia política y ganó la OBE. Se había vuelto muy rico.

—Sí, diría que su prestigio le brindó grandes oportunidades después... —dijo Frank—. Pero estoy pensando en ahora, o en el presente. Cuatro chicas, a solas con él, y esas fotografías guardadas bajo llave en su caja fuerte como una especie de... trofeo. No se ajusta a muchas políticas de protección que yo conozca. No me gusta.

Reggie dijo: —Eran mediados de los ochenta, jefe.

La paciencia de Frank se desgastó ligeramente. —Lo sé, Reggie. Estaba haciendo una observación, no mostrando ignorancia. El hecho de que las políticas no incluyeran "protección" en sus títulos no significa que no debieran existir. El sentido común existía entonces. —La voz de Frank se endureció—. ¿Y a cuántas personas hemos encontrado culpables después de que otros miraran hacia otro lado? Esto debería aumentar nuestras sospechas, no disminuirlas.

—No te preocupes, jefe —dijo Reggie, acariciándose el bigote—. Las mías están aumentadas.

Se contuvo de decirle a Reggie que no hiciera eso con su bigote.

—Y —dijo Sharon—, él sabía que Sarah Matthews, en particular, era vulnerable. Conocía su turbulenta historia.

Frank asintió. —Si no fuera porque su esposa expuso sus álbumes de fotos, quizás nunca hubiera admitido estar a solas con ellas. —Se volvió hacia Clara—. ¿Has tenido suerte localizando a las otras tres chicas del grupo?

—Cassie Sinclair murió hace cinco años, suicidio tras luchar contra el trastorno bipolar. He solicitado los archivos para averiguar

qué provocó eso. Sandy Greene, la poeta publicada, está en Canadá; planeo hablar con ella más tarde. Kayleigh Cotton está en York; habló positivamente sobre Stephen. Dijo que nunca fue nada más que respetuoso con ella... pero mencionó algo interesante. Unos meses después de iniciar su grupo de poesía, le regaló una pulsera bastante elegante. Chapada en oro y grabada. Decía: "Alcanza las estrellas". Admite que la hizo sentir especial, ¡al menos hasta que se dio cuenta de que había regalado las mismas pulseras a las otras tres chicas del grupo!

—Probablemente consiguió un descuento por compra al por mayor. Menudo cerdo... —dijo Reggie.

—Eh, Reggie, modera el tono, tío... Aún no sabemos lo suficiente para ese tipo de comentarios. Pero, sí, admito que suena bastante espeluznante... ¡como guardar fotos en una caja fuerte cerrada! Alcanza las estrellas... diciéndoles que fueran ambiciosas.

La mano de Gerry se alzó rápidamente.

—¿Sí, Gerry?

—Hay una cita relevante de uno de sus poemas: "Una cadena de oro. Un hermoso vínculo. Envuelto alrededor de nosotras". Proviene de los poemas que sospecho fueron escritos durante el tiempo que formaba parte de ese grupo de poesía. ¿Podría ser una referencia a ese regalo? ¿También podría ser una referencia a lo cercanos que se volvieron?

—¿Inapropiadamente cercanos? —sugirió Reggie.

Gerry todavía tenía la mano levantada. Aún no había terminado. —Hay otro que he destacado del mismo período, creo. Habla de sentirse en deuda: "No hay pagos lo suficientemente altos para tales regalos. ¿Cómo se puede poner precio a la luz cuando llega a la oscuridad?"

Un pesado silencio descendió sobre la sala, roto solo por el suave caminar de Rylan mientras regresaba al lado de Gerry.

—Lo siento, jefe —respiró Reggie—. Pero eso es repugnante.

—Jodidamente oscuro es lo que es —dijo Frank, paseándose, sus pasos haciendo eco de sus pensamientos acelerados—, pero incluso si hay algo en estas palabras, no podemos afirmar con certeza que se refiera a los "regalos" de "luz" de Stephen. Podría referirse a

Hannah Wright, que la tomó bajo su protección, pagó por todo. O Peter Watson, que le evitó el reformatorio juvenil... ¿Sharon y Reggie?

Sharon se inclinó hacia adelante, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —El dolor de Peter me pareció genuino, señor... para mí.

Reggie asintió. —A mí también, pero sigo con la mente abierta. Que condujera un Fiesta rojo no puede descartarse fácilmente... pero, ya sabes, era crudo, su angustia...

—Hemos hablado antes sobre actores excepcionales —dijo Frank, levantando una ceja.

—El hombre ha pasado por mucho —dijo Sharon—. En su vida. Estaba bastante vacío.

—¿Eso podría hacerlo más preocupante? —Frank ejerció de abogado del diablo.

Sharon negó con la cabeza. —No lo sé. Estaba abatido. Demasiado abatido para vincularlo con ese silo y lo que ocurrió allí... al menos para mí. Cuando se lo dijimos y le mostramos esa foto de ella... —Miró hacia abajo con tristeza—. Bueno, sería muy difícil fingir... y realmente creo que él pensaba que ella estaba en Australia. No lo quería soltar. También creo que seguía creyéndolo al final.

—Sí, ¿qué hay de eso? ¿Quién podría haberle enviado eso? ¿Y por qué? —preguntó Frank.

—La respuesta más obvia sería el asesino —dijo Gerry—. Tal vez queriendo que lo llevara a la policía para sembrar dudas sobre su investigación y hacer que la abandonaran. Quiero decir, nos parece obvio que no funcionaría, que se emitiría una verificación de pasaporte, pero ¿para el asesino? Quizás no.

—¿Entonces el asesino podría estar en Australia? —preguntó Reggie.

—Todo es posible... podrían haber ido de vacaciones, enviarlo, o incluso pedirle a alguien que lo enviara desde el extranjero. ¿Un familiar, quizás? —preguntó Frank—. Bien, Clara, si pudieras investigar alrededor de la época en que llegó la postal... diciembre, ¿no? ¿Alguien de Ruswarp o de los alrededores emigró por esa época? ¿O al menos se fue allí de vacaciones? Centrémonos en

todos nuestros sospechosos: cualquier familiar, amigos en Australia o cerca que pudieran haber organizado la tarjeta. Pero entonces, tendrían que ser cómplices, lo que es otro salto gigantesco.

Clara asintió.

—¿Y qué hay de este Fiesta rojo? —preguntó Sean.

—Había más de 15.000 Fiestas rojos registrados en North Yorkshire en 1989 —dijo Gerry.

—¿Por qué Malcolm no pudo conseguir esa maldita matrícula, eh? —preguntó Reggie.

—La evidencia del Fiesta rojo, de un testigo poco fiable, es la parte más frustrante de todo este maldito caso, pero no cometamos el error que hicieron nuestros predecesores. Todavía saldrá algo de esto, lo presiento. Un testigo borracho es mejor que ningún testigo —dijo Frank.

—Excepto en el tribunal —dijo Reggie.

—Nos preocuparemos por el tribunal cuando lleguemos allí.

—Si llegamos —dijo Reggie.

—*Cuando* lleguemos —dijo Frank con una ceja levantada.

—Además, no olvidemos contactar con este Royal Oak, a ver si han conservado registros laborales del tiempo que Peter estuvo allí. Si podemos ver si su coartada se sostiene, podría ahorrarnos trabajo más adelante.

Frank caminó hacia la ventana. —¡Por todos los santos... la cosa blanca ha vuelto! —La nieve se arremolinaba contra el telón de fondo de un sol poniente—. Espero que no nos deje atrapados de nuevo. Oh, antes de que se me olvide, ¿alguien ha averiguado algo sobre ese hombre que aparece con Hannah Wright en las fotografías?

Silencio y muchas cabezas negando.

—No habléis todos a la vez...

—Oh, se me olvidaba decir —dijo Sean—. No es gran cosa, todavía, pero sabemos que los registros médicos de Hannah fueron destruidos en la explosión, pero he tenido suerte con los registros de derivación del NHS. Llegarán mañana. Podrían darnos una pista sobre nuestro hombre misterioso. ¿Quizás sea un padre de un paciente?

—Buen pensamiento, Sean. Es definitivamente algo que vale la pena investigar.

El color subió a las mejillas de Sean mientras agachaba la cabeza, reprimiendo una sonrisa.

—Ah, mierda —dijo Frank, golpeándose la frente—. Casi lo olvido. ¿Clive Morton? Stephen mencionó que intimidaba a los estudiantes... —Repasó lo que Stephen había dicho sobre él siendo excesivamente amistoso.

—Conseguí la misma historia de un miembro del consejo —dijo Sean—. Quejas sobre miradas persistentes a estudiantes femeninas, comentarios sobre sus uniformes. Consejos sobre cómo vestirse de manera menos provocativa.

—Maldita sea —dijo Reggie—. ¿Y aun así Hannah Wright le dio trabajo?

—Lo dejaron marchar discretamente. No hubo quejas formales —explicó Sean—. ¿Quizás Hannah no lo sabía cuando lo contrató como jardinero?

—No —dijo Frank—. Stephen me dijo que ella pensaba que la gente lo malinterpretaba. Que era un alma bondadosa, que solo parecía inapropiado.

—Parece que se propuso demostrar su punto —dijo Reggie.

Sean se acomodó en su silla. —Intenté dar seguimiento a esa llamada a la viuda de Clive, Becky Morton, pero el teléfono estaba desconectado. Conseguí hablar con su enfermero del NHS, que la visita diariamente. Afirma que el deterioro de Becky ha sido rápido este año. Está perdiendo la memoria, la comunicación se está deteriorando. Todavía es móvil pero está confinada en casa, y él piensa que no falta mucho para que ingrese en una residencia.

Frank asimiló esta información, sintiendo el peso del tiempo presionándolo. Con casos históricos como este, sabía lo rápidamente que podían desaparecer las conexiones: cada muerte llevándose potenciales respuestas a la tumba. El más mínimo detalle podría abrir todo, pero su ventana se estaba cerrando rápidamente. —Sean, puede que ahora no parezca mucho, pero tenlo en cuenta. De hecho... —Se pasó la mano por la cara, sopesando opciones—. Sharon y Reggie, ¿podríais visitar a Becky mañana? Sí, ya sé que

puede parecer un tiro al aire, pero estamos demasiado vagos sobre Hannah y Clive, ¿y qué pasa si conoce a este hombre misterioso? Podría ser uno de nuestros últimos vínculos con todo el maldito asunto. No quiero despertar la semana que viene y descubrir que necesitamos hablar con ella, y que ya ha fallecido.

—Sin problemas, jefe. Mientras no fume, estaré bien con eso —dijo Reggie.

—Sí, Reg, noté que tu tos ha mejorado.

—Un poco de caminata enérgica antes ayudó —dijo.

—Sí —dijo Frank—. Seguro que sí... quizás podrías dar un paseo enérgico hasta la barbería para esto? —Señaló su labio.

—Hilarante, jefe.

—Pasando a un tema más sombrío. Mañana me reuniré con Margaret Matthews en la morgue. Quiere ver a su hija.

Sean dijo: —¿Es prudente? Debería recordarla como era.

—Ella misma se habrá ido en un par de meses —dijo Frank—. Creo que los recuerdos son su última preocupación... Creo que solo quiere estar cerca de su hija una última vez. —Frank se enderezó—. Mientras estoy con ella, la presionaré más sobre Stephen Walker, a ver si hay más poemas o anécdotas escondidas por ahí. —Miró su reloj—. Bien entonces, vamos a terminar esto. Haré una nota con las asignaciones de todos para mañana y las pegaré en el tablón.

Mientras Frank anotaba las asignaciones, un movimiento captó su atención. ¡Reggie estaba en el árbol de Navidad, claramente recuperando la bolsa en la que lo había traído! El loco luego colocó una última bola con teatral cuidado.

Tiene que ser una broma. Santo cielo.

Reggie no se contentaba con ser simplemente el viejo más en forma de Yorkshire; ¡ahora quería ser el Señor Navidad, esparciendo alegría como un Papá Noel con pelo plateado!

Lo único que salvó al complejo de inferioridad de Frank de empeorar fue el maldito intento horrible de vello facial de Reggie. Ninguna cantidad de espíritu festivo podía compensar esa monstruosidad.

57

A TRAVÉS de la oscuridad me mostraste la luz. Cuando las cadenas me ataban, me diste alas.

Durante la mayor parte del día desde que los detectives habían visitado, Peter había permanecido sentado en un silencio atónito, sosteniendo la tarjeta de felicitación con el águila de Sarah con mano temblorosa.

Les dijo que podían llevarse la postal, pero esto no.

No.

Esta era una de las tres posesiones que quería tener consigo cuando muriera.

La postal, sin embargo, parecía haber sido una especie de mentira. Nunca había sido *su águila*, después de todo.

¿Cuántas veces hoy había rememorado sus momentos en el sofá, con Sarah a un lado y Donna al otro?

Había perdido la cuenta.

Sarah siempre había soñado con el sol y costas lejanas, anhelando cambiar las frías playas de Whitby por el calor australiano.

Y, durante tanto tiempo, durante décadas, de hecho, había creído que ella había llegado a esa tierra prometida.

Se sentó y lloró.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad, Sarah? Nunca volaste.

Se hundió en su silla, presionando manos temblorosas contra sus ojos, como si pudiera contener el dolor. Si se concentraba lo

suficiente, quizás podría viajar atrás en el tiempo, agarrarse a sí mismo y decirle que fuera a casa de Tommy Reid. Suplicarle que volviera a casa con él.

Nunca debería haber escuchado a Hannah Wright y mantenerse alejado.

Bajó las manos.

Afuera, estaba oscureciendo.

De repente, como una tumba que se cierra, sintió las paredes oprimiéndole.

No me queda mucho tiempo ya, pensó. *Solo puedo soportar un poco más.*

Su respiración se volvió entrecortada, en bocanadas desesperadas. Necesitaba algo —conexión, calidez— cualquier cosa que lo anclara.

Lucy.

Antes de poder pensarlo mejor, sus pies lo llevaron al otro lado de la calle hasta el número 5, mientras un nuevo ataque de nieve giraba y le salpicaba la cara.

Llamó demasiado fuerte, con demasiada urgencia.

Pero así eran las cosas ahora.

Lucy era la última conexión con la humanidad que le quedaba, y todavía le debía a su hija, Mia, esa disculpa.

Lucy abrió la puerta. Su rostro estaba tenso de preocupación. —Peter... ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Necesito... —Las últimas palabras se le atascaron en la garganta como espinas—. *Verte.*

—¿Peter?

Cerró los ojos y negó con la cabeza. —Lo siento...

—No lo sientas... pasa. —Sintió la mano de ella en su brazo, tirando de él hacia adentro. Le permitió hacerlo.

Después de que ella cerrara la puerta, la miró. —No sé cuánto tiempo más podré aguantar esto.

—¿Aguantar qué?

Vivir.

La verdad se quedó flotando en sus labios antes de retroceder, sin ser pronunciada. —¿Es por lo de antes? —preguntó ella—. ¿Por

esos policías que vio Reece...?

Él asintió, con lágrimas recorriendo sus curtidas mejillas. —En parte por eso... y en parte por todo lo demás... —La vergüenza se coló en su expresión—. Me enteré de que perdí a alguien más hoy... alguien más que era muy importante para mí. He *perdido* a todos los que alguna vez amé.

—¿Quién? ¿Cuándo?

—Sarah. Fue hace mucho tiempo. Pero no lo hace menos doloroso.

Ella lo condujo adentro antes de que su dignidad pudiera fallarle por completo, llevándolo al salón donde Mia estaba sentada acunando a Sophie. Los ojos de la bebé encontraron los suyos inmediatamente, como si lo hubiera estado esperando.

Su cara se abrió en una sonrisa como un amanecer, y por un bendito momento, sintió que algunas de esas sombras retrocedían.

Se acercó a la niña como atraído por un hilo invisible.

Sophie se rio, y más de esas sombras retrocedieron.

—Mira qué feliz está de verte —dijo Mia.

—Sí —susurró Peter, extendiendo los dedos temblorosos.

La pequeña mano de Sophie encontró su dedo, agarrándolo con sorprendente fuerza.

Por un momento, sintió distracción, calidez... un respiro de la oscuridad. —Lo siento por lo de ayer, Mia...

—Está bien —dijo Mia—. Estabas cansado... yo fui insistente.

—No, no me pongas excusas. —Negó con la cabeza—. De verdad, ya he terminado con eso. Estaba equivocado, y lo siento.

—Ya está olvidado —dijo ella.

Él miró a Sophie, que todavía agarraba su dedo, y se mecía, tan feliz, en los brazos de su madre.

—¿Puedo cogerla ahora? —Miró a los ojos de Mia—. ¿Por favor?

Mia sonrió. —Creo que no tienes elección. Está desesperada por que lo hagas.

Él sonrió entre nuevas lágrimas. —Oh Dios, me gustaría eso. Me gustaría muchísimo.

Se acomodó en la silla. Mia colocó a Sophie en sus brazos con cuidadosa precisión. La bebé se acurrucó contra su pecho, su calidez

dolorosamente familiar. Se rio y movió sus piernas suavemente, mirándolo con completa confianza. Él se inclinó, respirando su dulce aroma a polvos de talco, sintiendo la seda de su cabello contra su barbilla.

Tras sus ojos cerrados, vio a Donna sentada enfrente, su sonrisa radiante de aprobación.

Por primera vez en años, se permitió sentirse completo.

—¿Estás bien? —preguntó Lucy.

—Sí... —Abrió los ojos, sin molestarse en ocultar sus lágrimas—. Nunca mejor.

Devolvió a Sophie después de que se adormeciera, y Mia la colocó en la alfombra.

Aun así, como el sol después de una tormenta, la sensación de felicidad permanecía.

La observó mientras se quedaba dormida en su alfombra, su rostro pacífico, los pequeños dedos aún curvados como si sujetaran algo precioso. Entonces Peter dijo: —Quiero contaros ahora sobre alguien... ¿está bien?

—¿La persona que mencionaste en la puerta? —preguntó Lucy.

—No, aunque ella es especial y también os hablaré de ella en algún momento. No, ahora quiero hablar de Penny.

—Por supuesto —dijo Lucy.

Respiró hondo. Exhaló. —Solo un momento... ha pasado tanto tiempo. Tanto tiempo desde que hablé.

—Tómate tu tiempo —dijo Lucy.

Cerró los ojos y sonrió.

Y allí estaba —su hermosa hija de seis años, devolviéndole la sonrisa.

58

No importaba cuántas alertas meteorológicas se emitieran, la nieve siempre parecía una visita sorpresa.

Especialmente, imaginaba Peter, para una niña de seis años.

Peter sintió el calor de la mano de Penny en la suya.

Era ligera como un pájaro, pero podía sentir cada uno de sus saltos y brincos.

Le sonrió mientras ella hacía planear su grulla de papel amarilla por el aire.

—Clara estaba enferma hoy. Compartí mi naranja con ella.

—Eso es muy amable por tu parte —dijo Peter.

Penny le dirigió una sonrisa radiante, y ahí estaba ella —Donna— brillando tras esos ojos.

—Comparto porque mamá comparte.

—Sí, lo sé —dijo Peter—. Sois como dos gotas de agua.

Ambas tenían ese deseo interminable de ayudar a los demás, de hacer el mundo un poco mejor.

—Pero es curiosa —solía decir Donna—. Curiosa y entusiasta. Eso lo ha sacado de ti, Pete. Nuestra niña tiene lo mejor de nosotros dos... y nada de nuestras tonterías.

La carretera estaba concurrida. Bulliciosa. Coches apresurándose para adelantarse al temporal. Arriesgando su seguridad para alcanzar la seguridad.

En la marquesina del autobús, se acurrucaron juntos en el frío banco metálico, con las piernas de Penny balanceándose en el aire

mientras seguía haciendo volar su grulla de papel cada vez más húmeda.

Los jueves era el día en que usaban el transporte público.

A Penny le encantaban los autobuses y los trenes —alternaban semanalmente.

—Deberías mantener esa grulla fuera de la nieve —dijo Peter.

—¡Kylie!

—¿Quién?

Soltó una risita. —Kylie la grulla.

—Ah, por supuesto. —Se rio.

—La señorita Wilson dice que en Japón, si haces mil, ise te concede un deseo!

—¿Qué desearías?

—Un cachorro.

—¿Cuántas grullas has hecho?

—Dos.

El cachorro, entonces, estaba muy lejos todavía.

No es que Peter se opusiera a un cachorro. Después de todo, lo habían hablado. A Donna le gustaba la idea. A él le había horrorizado al principio, pero siempre acababa cediendo a lo que querían sus dos chicas.

—¿Esa es tu segunda?

—No, mi primera. Mi segunda está en mi bandeja en el colegio.

—Bueno, entonces mantén a Kylie a salvo —dijo él—. Es tu primera y es especial... y muy perfecta.

Una ráfaga de viento los pilló por sorpresa. Penny chilló.

Vio cómo la grulla de papel se alejaba planeando.

—¡Papá! —Su cara se arrugó mientras la grulla danzaba alejándose, subiendo y bajando, destellos amarillos contra la nieve y la penumbra. Una serie de ráfagas le impedían posarse. Arriba y abajo. Bailando hacia atrás a través de la oscuridad.

Agarró a Penny por el hombro, deteniéndola antes de que pudiera salir a perseguirla. No quería que corriera cerca del tráfico. —Quédate aquí, cariño.

Salió corriendo tras Kylie, protegiéndose los ojos de los faros que se acercaban. La grulla de papel amarilla se mantenía justo fuera de

su alcance. Cada vez que sus dedos la rozaban, otra ráfaga se la llevaba.

Si la grulla llegaba a la carretera, sería aplastada. Perdida para siempre.

El tráfico pasaba como un río furioso, con bocinas atronando.

La voz de Penny le llegó, fina por la desesperación: —¡Por favor, papá, atrapa a Kylie!

—¡Lo estoy intentando! —respondió, sin querer decepcionarla.

Penny creía en él de manera tan completa.

Estos eran los años en que papá podía hacer cualquier cosa. Y él los saboreaba.

¡Ahí estaba! Sus dedos se cerraron alrededor de la grulla. Se detuvo junto a una farola y se giró, levantándola en alto. —¡La tengo!

Se oyó un chirrido de neumáticos. Seguido del sonido de metal raspando contra metal. La oscuridad circundante vibró.

Los cristales rociaron la noche. Brillando como nieve bajo las farolas.

Los fragmentos giraban y se arremolinaban entre sí.

Los contempló, pensando en estrellas que explotaban, preguntándose por un momento si un capó de coche plegándose sobre una marquesina de autobús era la señal de que su mundo era el siguiente.

Estrellas... mundos que se plegaban como papel. Origami.

De no ser por el sonido infernal del metal retorciéndose y el diabólico humo en sus fosas nasales, podría haberse perdido en ese momento. Atrapado entre galaxias que colapsaban y una tragedia aterradora, pero no fue así.

En lugar de eso, gritó el nombre de su hija mientras ella desaparecía dentro de la implosión.

—¡Penny!

Y entonces corrió, manteniendo la grulla de papel a salvo, sin romper, sin arrugar, contra sí, como si todas sus vidas dependieran de ello.

59

De un mundo muerto, había surgido otro.

Durante tanto tiempo, había vivido dentro de él.

En una estrella que no comprendía. Ni le interesaba comprender.

De no ser por Sarah, Donna y luego Bryan, la habría abandonado hace mucho.

Pero algo estaba cambiando dentro de este mundo por el que había deambulado, como un fantasma, y funcional. Algo se estaba despertando.

No había hablado de esto en muchísimo tiempo. Y ahora acababa de silenciar una habitación con su relato.

Durante un largo rato, miró al suelo y dejó que el silencio persistiera.

Sabía que esta historia les robaría las palabras —estaba preparado para ello.

Finalmente, levantó la mirada, pero aún nadie hablaba.

Las mejillas de Mia estaban húmedas, mientras Lucy lo miraba con el rostro demacrado, inexpresivo.

Los pasos de Mia eran inestables cuando abandonó la habitación entre lágrimas.

La culpa se retorció en las entrañas de Peter.

Esta tragedia era demasiado pesada para alguien tan joven.

Tomó una bocanada de aire.

Para todos.

—Lo siento —susurró—. Es *tan* joven. Realmente debería haberlo pensado mejor.

Lucy cruzó la habitación hacia él y se sentó a su lado. Tomó una de sus manos entre las suyas. Su agarre era casi doloroso. Todavía no podía hablar.

Ahora sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Después de enterarse de lo de Sarah, había llorado durante casi todo el día. Realmente creía que ya no le quedaban lágrimas. Aun así, no le sorprendió cuando vinieron más.

Pero las lágrimas se sentían diferentes a las habituales.

Llegaban más como un alivio. Una purga, quizás.

—Lo siento. No me tengáis lástima. Llevo demasiado tiempo en este juego para eso. Por favor, no me digáis que no fue culpa mía. He perdido la cuenta del número de veces que escuché eso en las semanas y meses posteriores. Dejé de hablar de ello. Durante muchísimo tiempo. Pero mientras Donna estuvo aquí, todavía tenía a alguien con quien compartirlo. Ahora, no tengo a nadie... así que lo siento...

—¿A quién le pides disculpas, Peter?

Arrugó el ceño. —No entiendo.

—¿Por qué disculparte conmigo o con Mia? ¿Por qué? No has hecho nada más que compartir con nosotras. Abrirte a nosotras. Estar *aquí* con nosotras.

—Lo sé...

—Entonces, ¿a quién le pides disculpas, Peter? *¿A quién?*

Sus ojos se llenaron de nuevo, y las lágrimas rodaron por su rostro. —A mí mismo. Me estoy disculpando conmigo mismo... No sé por qué...

—Creo que sí lo sabes.

—La echo tanto de menos... Los echo tanto de menos a todos...

Ella se inclinó hacia adelante y lo abrazó.

Él le devolvió el abrazo y lloró durante un tiempo inmensurable.

Después, se sentaron juntos, con las manos unidas, hasta que Sophie se movió y trajo sus risitas de vuelta a la habitación.

—¿Quieres algo de beber, Peter? —preguntó Lucy.

Peter negó con la cabeza. —No, gracias, pero hay algo que me gustaría mucho... —Sonrió mirando a Sophie.

Lucy entendió. Levantó a Sophie con cuidado.

—¿Puedo?

Colocó a Sophie en sus brazos. Él presionó su nariz contra la cabecita suave, inhalando ese perfecto aroma de bebé.



Penny era imposiblemente pequeña aquel, su primer día.

Tan frágil.

Y sin embargo, él la sostenía.

—Afloja el brazo... no la vas a romper.

—Irrompible, eso es lo que es.

—Como yo.

—Sin discusión.

—Y tú también, Peter. Tú también.

Había presionado su nariz contra la cabeza de Penny, respirando ese aroma de vida nueva. Sintió que su corazón se expandía más allá de lo que creía posible.

Cuando ella se movió, sus brazos se ajustaron instintivamente, como si siempre hubieran sabido cómo hacer esto.

¿Realmente había estado esperando toda su vida solo por este momento?

Los párpados de su hija se alzaron.

—Hola —susurró.

Los ojos de Penny encontraron los suyos.

—Soy la persona más afortunada del mundo.

Una lágrima rodó por su rostro.

—Sé que ella siente lo mismo.

—Este es el mundo para el que nací, Donna. Esta es la estrella en la que quiero vivir.

60

FRANK ESTABA SENTADO JUNTO a la ventana del salón, con los ojos siguiendo la calle apenas iluminada del exterior.

La previsión había indicado que la nieve caería ligeramente por ahora, pero vendría más fuerte en las primeras horas de la madrugada.

Con Nochebuena este fin de semana, muchos se alegrarían de tener una Navidad blanca.

Pero Frank no.

Y no solo por las implicaciones laborales, sino porque el mal tiempo hacía menos probable el regreso de la misteriosa figura encapuchada.

¿Qué habría querido?

La pregunta le había acechado todo el día, tironeando de su mente mientras intentaba desesperadamente hacer lo correcto por Sarah Matthews.

Pero el misterio se alimentaba de él como buitres sobre un cadáver.

Su teléfono vibró con el quinto mensaje de Evelyn. Ambos eran los más lentos del mundo escribiendo mensajes, así que la conversación había durado casi una hora. De alguna manera, el flujo pausado de su ida y vuelta era un consuelo, algo inusual en estos tiempos.

Evelyn había escapado hoy del hospital, y actualmente hablaba sobre cómo su hija estaba preparando de nuevo las cadenas y

candados para mantenerla alejada de la civilización.

Una risa genuina se le escapó... ¿cuándo fue la última vez que había sucedido?

Esperaba su encuentro en el parque en Nochebuena con una anticipación que se sentía casi extraña.

Su recuperación ciertamente le había levantado el ánimo.

Levantó la mirada.

Un movimiento captó su atención. Gerry, con Rylan caminando fielmente a su lado, avanzaba por su camino de entrada.

Frank consultó su reloj, frunciendo el ceño. Esto era más que inusual: era sin precedentes. Gerry tenía un horario cuidadosamente mantenido. Debía ser algo grave para que se desviara de él.

Abrió la puerta antes de que ella pudiera llamar. La visión de su rostro le dejó helado. Tenía los ojos enrojecidos. En todo el tiempo que llevaban juntos, nunca había visto su compostura quebrarse así.

—¿Qué tal, Gerry?

Ella se movió incómoda. —Sé que venir tarde es irregular, señor... así que... le pido disculpas.

—No se disculpe. La irregularidad y yo somos viejos amigos —dijo Frank. Y, maldita sea, ¿no era eso cierto? Hacía años que no sabía distinguir entre su trasero y su codo. Solo recientemente, con la influencia metódica de Gerry, había regresado algún vestigio de orden a su vida.

Se le estaban empañando los ojos.

¡Maldición!

Esto realmente era sin precedentes.

No sabía si abrazarla. Ella era autista y raramente le gustaba que la tocaran; odiaría empeorar la situación. Se contuvo.

—Lo siento *otra vez*.

—¡Basta de disculpas, Gerry!

Pareció confundida. *De nuevo, inusual.*

—Realmente no tengo a nadie más con quien hablar...

Frank intentó no sentirse herido por eso. Al menos era un recurso. Hace dos años, no habría sido el de nadie. —Entonces pondré la tetera.

Ella negó con la cabeza.

Claro, pensó, recordando que ella no bebería si alguien más lo preparaba.

—Tengo agua... así que ven y siéntate. Vamos a llegar a la raíz del problema.

61

Permanecieron sentados en silencio durante un rato.

Gerry acariciaba a Rylan mientras bebía de una botella nueva de agua Perrier.

Finalmente, dijo: —Podía hablar contigo, con Frank o con el Dr. Samuels. Sin embargo, hablar con el Dr. Samuels no habría ayudado en esta ocasión. Su prioridad soy yo... *solo* yo... y me aconsejaría que Tom debería aceptarme exactamente como soy.

Frank asintió. —Tiene razón, supongo. A veces lo de "o lo tomas o lo dejas" es una buena decisión.

—Esperaba que pudieras ser un poco más abierto... quizás, ¿considerar también los sentimientos de Tom?

Pero tú también sigues siendo mi prioridad, chica, pensó Frank. —Lo intentaré —dijo.

—Tom llamó hace dos horas... —Su voz tenía una fragilidad que nunca antes había oído en Gerry—. Para decirme que hemos terminado... que se acabó. —Tomó una respiración profunda. Frank podía notar que intentaba evitar echarse a llorar de nuevo.

—Siento oír eso.

Ella asintió. —Dice que somos demasiado diferentes. Que no funcionará. —Sus manos se quedaron quietas en el pelaje de Rylan —. Al principio, lo acepté tal como era. Si él no es feliz, pues no es feliz. Ese es el enfoque lógico y racional. Pero luego, en menos de una hora, experimenté una repentina sensación de pérdida. Y pareció aumentar. Es desconcertante. Sé que puedo ser diferente a

los demás, y lo acepto, pero ¿qué significa eso realmente? En la práctica, ¿significa que no puedo mantener una relación con alguien que me gusta, especialmente si es neurotípico?

—¿Te dio más detalles durante la llamada?

—Dijo que se sentía controlado. Que no hay espacio para respirar. Dijo que la espontaneidad es importante en las relaciones. Que no se puede programar y documentar todo. Que el amor no es una hoja de cálculo.

Frank se movió incómodo. Le dolía el corazón por defender a Gerry, pero había verdad en las palabras de Tom, supuso. Sentía cierta simpatía por el chico.

—Lo último que dijo fue que a veces se sentía como si estuviera viviendo en un experimento de laboratorio. —Su voz se quebró en la última palabra.

¡Tranquilízate, chaval! Eso es un poco cruel, Tom, pensó, su simpatía disminuyendo repentinamente.

—¿De verdad soy así? ¿Controladora?

¡Cristo! No era una pregunta que quisiera abordar, pero ella había acudido a él en busca de sinceridad. Aun así, esquivar un poco parecía apropiado. —Todos tenemos nuestros momentos. Lo que importan son las intenciones, y tus intenciones, Gerry, son buenas. ¡Mírame! —Se dio una palmada en el estómago, cada vez más reducido—. Probablemente has añadido años a mi vida con tus... —Se contuvo de decir "órdenes"—. Buenas intenciones.

Ella encontró su mirada por primera vez en su conversación. —¿Lo dices en serio?

—¡Por supuesto! —Hizo una pausa. Ahora venía la parte difícil, pero ella había acudido a él en busca de ayuda, no para criticar a Tom—. El Dr. Samuels tiene razón. No tienes que adaptarte a las expectativas de nadie más. Pero supongo que cualquier relación necesita un punto intermedio, ¿sabes? Compromiso. —Tomó una respiración profunda, sintiéndose como si estuviera caminando por un campo de minas—. ¿Qué causó esto? ¿No fueron esas consideraciones sobre el matrimonio?

Ella asintió.

—¿Cuáles en particular?

—No llegamos a leerlas juntos.
—Entonces, ¿qué era exactamente lo que le molestaba?
—El número de puntos... vio el documento en mi ordenador...
—¿Cuántos puntos había?
Cuando se lo dijo, tuvo que contener una exclamación.
¡Cristo todopoderoso!

62

Gerry repasaba laboriosamente su extensa lista, a la que tenía acceso desde su móvil.

Frank reconocía el consuelo que ella encontraba en la organización, así que se mostró tan comprensivo como pudo.

—Que Rylan duerma en el lado izquierdo de la cama *tiene* que ser innegociable —afirmó Gerry, como si recitara un hecho de un libro de texto.

—Entiendo —dijo Frank, sabiendo de primera mano cómo la presencia constante de Rylan la ayudaba a mantener los pies en la tierra, especialmente durante casos difíciles—. Es razonable.

Pero algunos puntos hicieron que Frank se estremeciera. Especialmente cuando llegó a la programación de la intimidad.

—Tom dice que la espontaneidad importa, pero no entiendo por qué los encuentros no planificados serían superiores —dijo ella.

Frank tosió.

—Sí, bueno, quizás deberías preguntarle a alguien como Helen sobre eso... ¿seguimos? Es una lista bastante larga.

Cuando llegó al punto sobre mantener las discusiones emocionales alejadas de las comidas, se encontró asintiendo en señal de reconocimiento. ¿Cuántas cenas habían terminado con Mary o Maddie llorando, mientras él permanecía sentado en silencio, demasiado agotado por el trabajo policial para ofrecer algo más que un silencio pétreo? El recuerdo dolía: su frustración por su indisponibilidad emocional, su propia culpa por ser incapaz de cerrar

esa brecha. Después de veinte minutos, Frank preguntó cuánto quedaba de la lista.

—Vamos por la mitad.

Jesús, pensó. *Me da vueltas la cabeza, y solo soy un observador pasivo. ¿Imagina casarse con esto?*

Era hora de ofrecer algunas palabras de sabiduría.

Y esperar no perder a una de las pocas amistades que le quedaban en el mundo.

—Vale, primero, Gerry, ¿sabes que si tienes hijos, casi todos esos planes se van por la ventana?

Su cara perdió el color tan rápidamente que le dejó sin aliento. No había querido ir tan directo.

—Pero... también hay muchas cosas positivas en tener hijos —insistió Frank—. Son adorables... al principio, al menos. A algunas personas les gusta sentirse necesitadas...

Su expresión sugería que se estaba metiendo en un hoyo más profundo.

—He incluido una sección sobre niños —dijo Gerry—. ¿Quieres escucharla?

Él suspiró, inclinándose hacia delante en su silla.

—Gerry, mencioné a los niños para señalar que la vida puede volverse un poco impredecible.

—Lo entiendo, señor. Por eso hice la lista.

—Sí, así es. ¿Puedo ser franco?

—Sí. Por eso estoy aquí. Porque sabía que lo serías.

—Olvídate de Tom por un momento. Creo que primero debes preguntarte qué quieres de una relación.

—Hice eso antes de todo esto. Quería compatibilidad, así que la evalué. ¡Nuestra alineación fue del noventa por ciento!

—Lo recuerdo, pero quizás no sois compatibles si tú quieres ese nivel de control y él no.

—Entonces, ¿estás diciendo que el nivel de control está bien, pero he elegido a la pareja equivocada?

Tomó una respiración profunda, pensando, *No, me imagino que el 99 por ciento de las posibles parejas encontrarán esa lista tan atractiva como una cirugía de encías...*

—Es posible, pero si quieres mi opinión sincera, creo que esta lista es demasiado rígida. Y creo que tendrás dificultades para encontrar a alguien compatible mientras siga existiendo.

—¿Entonces debería deshacerme de la lista?

—No creo que la lista sea el problema en sí. Creo que es... Gerry, ¿le quieres?

—¿Quererle?

—Sí.

Esperando una respuesta enrevesada, se sorprendió cuando ella dijo:

—Sí.

—Vale —asintió—. *Eso es un comienzo*, pensó.

—Siento la pérdida, te lo dije.

—Puedo verlo... así que... sabes que el amor difiere absolutamente de todo lo demás, ¿verdad? *Todo*. Y es especialmente diferente al trabajo. No podemos analizarlo como una escena del crimen, compartimentándolo en diferentes pistas. Es muy diferente.

—¿Desordenado?

—Sí, desordenado.

—Nunca me gustó mucho el desorden.

—Sí, pero te gusta Tom, ¿no? Si le quieres, quizás sea hora de aceptar algo de desorden.

Ella miró a Rylan y le acarició la cabeza.

Él sintió una sensación cálida dentro de su pecho. Ella había estado ahí para él, de tantas maneras, desde que se conocieron. O, más bien, en su cara... pero le había ayudado. Realmente lo había hecho. Ahora quería ayudarla a ella.

—Háblame de los momentos en los que no estabas pensando en reglas o evaluaciones cuando estabas con Tom. Solo... momentos.

Su frente se arrugó.

—No entiendo.

—Ya sabes, momentos en los que te sentiste cercana a Tom.

—¿No decías que no te gustaba hablar de esos momentos?

—¡Fuera del maldito dormitorio!

Estuvo callada durante tanto tiempo que él se preguntó si lo había entendido, pero por supuesto que sí, y la respuesta fue más

suave y sincera de lo que esperaba.

—Vemos documentales de naturaleza juntos. Aunque ya conozco la mayoría de la información, disfruto con sus explicaciones. Su entusiasmo. La forma en que se emociona con cosas que me parecen obvias. Me hace sentir más ligera. No tanto divertida, sino... no sé.

Él sonrió.

—¿Entrañable?

Ella asintió.

—¿Eso es relevante?

—Sí, Gerry, muchachita. Sí —*Y probablemente sea lo más relevante que hayas dicho nunca sobre esta relación*—. Continúa...

—Siempre está intentando ayudar. Me trae agua embotellada sin abrir sin que se lo pida. Organiza el salón exactamente como me gusta si algo se sale de lugar. Aprendió todas las rutinas de Rylan... —Su voz se quebró, pero esta vez, la emoción no venía de la pérdida.

Frank sintió que ella se estaba dando cuenta.

—Le importan las pequeñas cosas que son importantes para mí... más de lo que me había dado cuenta.

—Gerry, pregúntate, ¿necesita él una lista de reglas para hacerte feliz?

Ella miró al vacío. Una lágrima rodó por su cara.

—No...

—Bueno, ahí lo tienes.

—Pero, ¿y si yo las necesito, señor... para ser feliz? ¿Qué me pasará sin una red de seguridad?

Frank suspiró, sintiendo el peso de su confianza sobre él.

—No lo sé —y realmente no lo sabía—. Solo puedo darte mi opinión, por lo que valga. El amor no consiste en controlarlo todo, Gerry. Quizás sea justo lo contrario.

—¿Crees que soy digna de ser querida, Frank? —La franqueza de su pregunta lo cogió desprevenido.

Maldita sea, ¿cómo contesto a eso?

¿Con sinceridad?

Lo intentó.

—Eres una de las personas más dignas de ser queridas que he conocido, Gerry...

Ella lo miró directamente y mantuvo su mirada. Era inusual y testimonio de la sorpresa que su comentario había causado.

Sus mejillas se encendieron.

—Pero no de esa manera, claro.

—¿De qué manera?

—De la manera de Tom y Gerry. ¡Santo cielo! Perdona, no de la manera de los dibujos animados, obviamente... tu manera con Tom. Te veo como alguien digno de ser querido... como a una hija...

Ella pareció confundida.

—Soy muy diferente de Maddie.

—Sí... lo sé... pero no es realmente lo que quería decir.

Ella bajó la mirada y se quedó pensativa.

Una lágrima asomó en el ojo de él, pero rápidamente la secó con un parpadeo.

Volvieron al silencio durante un rato.

Finalmente, ella suspiró y levantó la mirada.

—Lo he arruinado *todo*. Tom se ha rendido.

Él negó con la cabeza.

—No, Gerry. Te pidió matrimonio. Esa no es la acción de alguien dispuesto a rendirse fácilmente. Todavía podría haber vida en esto.

63

FRANK ESTABA a punto de acostarse cuando recibió un mensaje de Gerry.

> Gracias, señor. Acabo de llegar a casa. He intentado llamar a Tom. Sigue sin contestar. Pero ahora me siento más positiva. Gracias de nuevo.

—Vamos, chaval —dijo en voz alta—. Contesta al maldito teléfono. Puede que te guste oír lo que tiene que decir...

Se le ocurrió una idea. Fue a sus contactos y buscó un número que Gerry le había dado una vez como contacto de emergencia.

Tom.

¿Era buena idea? ¿Frank Black, consejero matrimonial?

No estaba seguro de que sonara bien.

Cerrando los ojos, pensó en ella en su puerta, acudiendo a él en busca de ayuda.

No tenía padres.

Por el momento, él no tenía hija, al menos no en su vida.

Se sentía correcto ayudar. Lo haría por Maddie, y el padre de ella lo habría hecho por Gerry.

—¿Diga? —la voz de Tom sonaba cautelosa—. ¿Frank? ¿Está todo bien? ¿Gerry?

—Sí. No te preocupes. Todo está bien, hijo. Supongo que Gerry también te dio mi número, ¿no?

—Bueno, dijo que yo era un contacto de emergencia. Supongo que no quería que ignorara un número desconocido.

—Tiene sentido. Minuciosa. *Definitivamente su estilo*, pensó.

—Sí... ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Puedo robarte un minuto? Es sobre Gerry...

—¿No has dicho que estaba bien?

—Sí, lo está. Bueno, está más o menos, supongo. Podría estar mejor. *Joder, ve al grano, Frank Black*. —En realidad, no está nada bien.

—Continúa.

—Vale... dime si me estoy pasando de la raya.

—Lo haré.

Tomó aire profundamente. —Ella te quiere, chaval.

Esperó. El silencio se extendió entre ellos como una goma elástica a punto de romperse.

Maldita sea, esto realmente no es asunto mío. —¿Tom?

—Frank, necesito decirte algo.

—Adelante...

—*Te estás* pasando de la raya.

Pequeño cretino arrogante, pensó Frank. —Escúchame. —Tomó otro respiro profundo y dijo—: ¿Sabes cuando conocí a Gerry, que me volvía loco? Todo tenía que ser perfecto. No me dejaba en paz con mi dieta, mi tabaco, mi coche... en fin... pero ahora sé la verdad. Le importo, de verdad. Y lo que pasa es que le importas tú también, Tom. Mucho. Muchísimo. ¡Como la versión amorosa de muchísimo! —se interrumpió, sabiendo que estaba divagando.

—Entonces sabes lo de la propuesta, ¿no?

—Sí...

—¡Eso era privado! ¡No puedo creer que se lo esté contando a todo el mundo!

Escuchar la indignación en la voz de Tom provocó una oleada de irritación en Frank. La contuvo. *Solo está dolido*, pensó, *probablemente sea un chico agradable cuando lo conoces*.

—Fue un completo desastre... —continuó Tom.

—Ah, verás, por eso estoy llamando. No lo fue.

—¡Ja! Yo estaba allí.

—Lo sé, pero...

—¿Pero qué? ¡Fue un desastre!

Bueno, si me dejaras terminar, chaval... —Piénsalo, ¿quién escribiría un documento tan largo para un matrimonio que no le interesa?

—¿Alguien que solo se preocupa por sí misma? —dijo Tom.

Esa no era realmente la respuesta que buscaba. Tuvo que contener otra oleada de irritación. —Vamos, ambos sabemos que eso no es cierto.

—¿Lo sabemos?

—Vale, Tom, escucha, solo voy a pedirte una cosa. Una cosa. Después, me voy... *Para poder respirar profundamente*, pensó.

—Sí.

—Por favor, llama a Gerry. Solo una vez. Escucha lo que tiene que decir. Creo que por fin ha comprendido algo.

—Oh, ¿como qué?

Frank apretó los dientes. *Me estás sacando de quicio ahora, chaval... aun así, seguiré adulándote, por ella*. —Que eres entrañable, y quiere estar contigo. Con lista o sin ella.

—¿En serio? —la voz de Tom tenía un tono de emoción.

Frank sintió una pequeña sensación de victoria; había cumplido su misión.

—Adiós, Tom. —Colgó. Mejor así. El chico le estaba empujando demasiado lejos; Frank podría estallar y entonces Tom tendría que huir del país con una patada en el trasero. Eso podría sentirse bien, pero no le haría bien a nadie.

Bueno, Gerry, pequeña, pensó, *no estoy seguro de que me caiga bien personalmente, pero no soy yo quien tiene que casarse con él. Es un tipo afortunado; más le vale darse cuenta de ello, o tendré que preparar mi propia lista para él.*

64

Stephen observaba a Caroline mientras dormía.

Extendió la mano, con los dedos flotando cerca de sus elegantes pómulos, pero no la tocó, para no molestarla.

—Mi amor —dijo, con una lágrima corriendo por su rostro—. Cómo resplandeces... incluso ahora. Cómo sigues resplandeciendo.

Pero mentiría si no admitiera que ese resplandor iba disminuyendo. Poco a poco. Un poco más cada día.

Cada noche, yacía en la oscuridad, aterrorizado ante la idea de que al despertar al día siguiente, su resplandor hubiera desaparecido por completo.

Y sin embargo, mientras su mundo entero se derrumbaba —su vida con Caroline, su relación con su hija, su legado— su salud permanecía intacta.

Voy a sobrevivir a todo este caos y destrucción.

Cerró los ojos y se frotó la frente.

Qué pensamiento tan horrible... y uno que le hacía preguntarse si no estaría mejor como Caroline. Una mente fragmentándose. La consciencia desvaneciendo como acuarelas bajo el sol.

Sonaba perverso, pero preferible a ver cómo todo se convertía en polvo.

El golpe en la puerta le sobresaltó.

Abrió los ojos. Caroline seguía tranquila. Su pecho continuaba subiendo y bajando.

Christie, supongo, pensó. *Exigiendo más respuestas.*

Dejó a Caroline en la cama y bajó las escaleras, ajustándose la bata.

Abrió la puerta y se encontró con Georgina Prince.

Una aguda descarga de adrenalina le recorrió como cristal astillado. —No debería estar en mi casa.

Ella entrecerró los ojos. —Lo sé.

—No pudiste dejarlo estar, ¿verdad?

Ella respiró hondo y negó con la cabeza. —No, no pude. Verte me hizo recordarlo todo.

—¿Tus mentiras? ¿Qué quiere, Georgina? ¿Otro pago? —Intentó añadir autoridad a su voz como había hecho tantas veces en su carrera.

La mueca despectiva de ella le arrebató esa autoridad como la pintura bajo el ácido.

—¿Cree que vi algo de ese dinero? ¿Algo?

—Estoy seguro de que mejoró la vida de su familia...

—Nunca mejoró la mía.

—Entonces, ¿es eso por lo que está aquí, por más dinero?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué entonces? Que Christie la confrontara así en Riverside fue inaceptable...

—Intenté mantenerme callada. Durante mucho tiempo, lo hice. Pero había un límite. ¿Su hija dando clase a mi hijo? ¿Cómo podía esperar que permitiera eso? Usted arruinó vidas, no podía permitir que le sucediera a Jamie. Y ahora, bueno, ahora me ha despertado. No puedo ignorar quién es usted realmente. ¡Lo que hizo! ¡Simplemente no puedo!

Él resopló, aunque sus manos temblaban. Sus palabras eran como martillazos. Pero necesitaba mantener un aire de control. —¿Qué es lo que quiere?

La voz de ella bajó a un susurro tan afilado como el acero. —Quiero que admita que es un mentiroso.

—No lo soy.

—Sí lo es. ¡Un mentiroso jodidamente bueno, además! ¡Experimentado! Pobre Sarah.

Él se preguntó si ella sabría sobre los restos de Sarah. Posiblemente no. No deseaba antagonizar más la situación en su puerta. Que se lo contara otro. —Está delirando... siempre lo ha estado.

—Nancy Keegan me llamó —dijo Georgina—. Después de que su hija fuera a verla. Me dijo lo mismo. Delirante. Es extraño, ¿no?, que todos siempre le creyeran a usted, y no a mí.

—¡Porque no soy un mentiroso!

—Veo que nunca lo admitirá, así que he cambiado de opinión. Estoy aquí para ver a Caroline, su esposa.

—Está enferma y usted no es bienvenida. —Stephen dio un paso adelante, dispuesto a cerrar la puerta—. Ahora márchese antes de que llame a la policía.

El pie de Georgina lo bloqueó. La fuerza de su repentino empujón le hizo tambalearse hacia atrás. Golpeó la pared, y el impacto le dejó sin aliento.

Georgina entró en la casa y cerró la puerta tras ella. —No se interponga en mi camino, viejo. Ya no es lo que era.

Jadeando, metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono móvil y lo sostuvo en alto. —Me queda suficiente energía para llamar a la policía. —Abrió el teclado.

—Hágalo. Lo primero que discutiremos será esa reunión con la junta de gobierno.

Sus dedos se paralizaron.

—¿Dónde está ella? ¿Arriba?

—¡Sal de mi puta casa!

—No me iré hasta que le haya contado todo, y hasta que ella le haya hecho admitir que es un mentiroso.

—¡Tu versión de la verdad no es la verdad!

—Sí lo es. —Georgina estaba ahora de pie al pie de las escaleras, mirando hacia arriba.

La imagen que recibió a Stephen le heló la sangre: Caroline estaba en las escaleras, con su camisón, su rostro mostrando ese vacío que se había vuelto cada vez más familiar.

—Ah, tenemos visita —dijo Caroline.

—He venido a verla a usted, señora Walker.

—Ya se iba. —La voz de Stephen se quebró como hielo fino—. Y tú necesitas volver a la cama, Caroline, y descansar.

—No seas tonto, Stephen, estoy bien —dijo Caroline—. ¿Has venido a verme, querida?

—Sí —dijo Georgina.

—Entonces sube. Por favor.

Stephen observó, indefenso como un niño, cómo Georgina empezaba a subir las escaleras. A mitad de camino, ella miró hacia atrás a Stephen y sonrió. Fue como una daga, hundiéndose profundamente en él, obligándole a apoyarse contra la pared, jadeando por más aire. —No.

¡Aquella mujer estaba clavando los últimos clavos en el ataúd de todo lo que había construido!

65

Mark se inclinó cerca detrás de Lewis. —No tardará mucho.

Sus palabras fueron tan suaves que parecían más exhaladas que susurradas.

La verdad sobre la otra vida de John pronto desaparecería para siempre.

Miró la mano de su padre. ¿Debería tomarla? ¿Estar con él al final mientras emprendía ese viaje definitivo?

¿Te lo mereces?

Pero entonces, ¿me lo merecería yo?

Lewis pensó en lo que le hizo a Gregg Ince, y luego en abandonar a su hijo.

Quizás no, John. Quizás no merezco que alguien esté conmigo al final más de lo que tú lo mereces.

El pensamiento le hizo entrar en pánico. Su corazón retumbaba en sus oídos y las paredes de repente parecieron cerrarse. Presionó las yemas de los dedos contra su esternón, cerró los ojos y usó la técnica de enraizamiento que había aprendido en prisión. Cinco puntos de contacto: yemas de los dedos en el pecho, pies planos en el suelo, espalda contra la silla. Concentrarse en el peso de cada punto. Respirar en la presión.

Por un momento, se sintió anclado en el presente.

Pero, entonces, tras una exhalación, se sintió arrastrado por la resaca del pasado, y un recuerdo lo sumergió.

Un campo de fútbol. Botas salpicadas de barro.

Tres disparos fallados. Cada intento peor que el anterior.

Las burlas de sus compañeros de equipo. Y la intensidad del fracaso.

—¡Portería completamente vacía, tío! ¡Hasta mi abuela habría marcado ese gol!

En casa, con la vergüenza ardiendo por dentro, Félix —siempre el estable— dijo: —Coge tus botas.

Tres horas bajo un cielo amoratado. El golpe del cuero contra el cuero. La voz de Félix transmitía una paciencia infinita mientras le mostraba la posición, el tiempo, el seguimiento.

—Tú puedes, hermanito. Una vez más.

El sol se hundió detrás de las porterías como un balón desinflado.

—Una vez más.

La semana siguiente, todo encajó. Un balón se arqueó. En la escuadra. Perfecto.

Pero esa noche su casa había estado vacía.

Silenciosa.

La nota en la mesa de la cocina.

Fue lo más ensordecedor que jamás había leído.

Félix estaba en el hospital. Enfermo.

En el presente, intentó enraizarse una vez más, pero se sumergió de nuevo en otro recuerdo.

La mano de su madre estaba en la suya. Lágrimas en sus ojos. —Perdí a todos. Pero no a ti. —Su otra mano presionada contra su mejilla. Estaba fría. —Mi dulce niño. Serás un buen marido, un buen padre.

Él quería decirle que no era cierto. Pedirle ayuda. Pero, ¿cómo podría? Eso significaría cargarla con el conocimiento de que sus experiencias lo habían dejado vacío por dentro. Que nunca sería bueno para nadie.

¿Cómo podría destrozarla de esa manera?

Al día siguiente, su rostro estaba flácido. El periódico de la mañana seguía sin abrir en su regazo.

Le sostuvo la mano mientras ella estaba sentada en el sillón y esperó a que se la llevaran.

Habría sentido poco dolor.

¿Era esto una misericordia?

¿O solo otra ola que eventualmente lo arrastraría más profundamente hacia la oscuridad?

Cuando regresó al presente, estaba sosteniendo la mano de su padre.

Su piel, como la de su madre aquella mañana, era como papel y estaba fría.

Instintivamente, fue a retirar su mano, pero sometido a otro recuerdo, se quedó helado.

Ardía de fiebre.

La mano de su padre estaba en la suya. Estaba sentado a su lado. Se sentó durante horas y horas. Día tras día. Leyéndole cuentos. —Oh, los lugares a los que irás —leía su padre.

Y el Dr. Seuss no se equivocaba.

Ni un poco.

Con su padre a su lado, se elevaba.

Y después, dormía, agotado en los brazos de su padre.

De vuelta en el presente, pensó: *¿Por qué había olvidado eso?*

Los ojos de John aleteaban bajo párpados finos como papel, sus labios moviéndose en un discurso silencioso. Aún agarrando su mano, Lewis se inclinó más cerca de su padre moribundo.

—Papá —Se le quebró la voz. No podía recordar la última vez que lo había llamado así. Respiró hondo—. Antes de que te vayas... por favor, sabe que no estás solo. —Parpadeó para contener las lágrimas.

La respiración de John ahora no era más que un silbido superficial.

Un movimiento repentino en la puerta llamó su atención.

Esperaba ver a Mark, pero a través de las lágrimas, vio a dos mujeres: una elegante mujer mayor que debía tener unos setenta años, con el cabello plateado recogido hacia atrás, la otra quizás de unos treinta y cinco años, con la misma gracia precisa.

—¿Quién...? —comenzó Lewis, pero no necesitó terminar la pregunta, porque ya lo sabía.

Lo sentía en cada parte de su cuerpo.

—Rápido —dijo.

La mujer mayor se movió al otro lado de John. La forma en que tomó su mano y lo miró mostraba la familiaridad de una larga intimidad. No lloró, simplemente asintió, pensativa, con una suave sonrisa en sus labios. Su presencia parecía llenar un espacio en la habitación que Lewis no se había dado cuenta de que existía.

La mujer más joven colocó su mano en el hombro de su madre, con lágrimas brillando en sus ojos.

Lewis volvió hacia su padre y se secó las lágrimas.

—No tengas miedo, papá. —Apretó suavemente la mano de su padre—. Oh, los lugares a los que irás...

Y así, John White murió como había vivido: atrapado entre mundos, dividido entre familias, perdido entre verdades. Pero esta vez, al menos, esos mundos finalmente habían chocado, unidos para presenciar su último aliento.

66

Su tarde con Lucy, Mia y Sophie había cambiado algo en Peter.

Aunque, sentado ahora en su sillón, reconocía que los detalles específicos de ese cambio eran difíciles de determinar. Los cambios, sabía por experiencia, eran difíciles de medir. Y ya le habían engañado antes.

El dolor podía ser un animal despiadado. Se retiraba como la marea, solo para regresar después con más intensidad. A veces, como un tsunami.

Sabía que la pérdida de Penny y Donna siempre sería una tormenta dentro de él, en diferentes grados. Esperar otra cosa sería engañarse. Habría tiempos más tranquilos, seguro, pero ni por un segundo creía que los truenos y relámpagos no volverían.

Y ahora, por supuesto, tenía otra pérdida con la que lidiar.

Sarah.

Durante horas permaneció sentado en su sillón, con los sueños incumplidos de Sarah sobre playas australianas y vecinos que valieran la pena atormentándole. Mientras, en el fondo de su mente, algo más tiraba de él.

Tardó más de una hora en admitirse a sí mismo qué era.

Era su Fiesta rojo.

Hasta este momento, había creído sinceramente en su argumento ante aquellos agentes: "Había muchos Fiesta rojos en 1989... no es más que una coincidencia".

Pero la duda tiene una manera desagradable de crecer, ¿verdad?

En cuanto a investigarlo, tenía algo en mente, pero realmente no quería ir por ahí.

Treinta minutos después, tuvo que admitir que no tenía otra opción, en realidad.

Cogió el teléfono fijo y marcó un número que se sabía de memoria, pero que no había usado en más de un año.

Denise, la hermana menor de Donna, contestó al teléfono. —¿Diga?

Frank y Denise no habían hablado desde el funeral de Donna. Ella había querido que sonara "You Are My Sunshine", la canción favorita de Donna. Él se había negado, diciendo que era demasiado alegre para un funeral. Había sido más que resistente: había sido cruel, atacando como un animal herido. La situación habría indignado a Donna.

Más de un año después, la vergüenza aún le quemaba, pero había sido demasiado patético y miserable para disculparse.

—Denise...

—¿Peter?

—Sí.

Escuchó sus respiraciones profundas.

Finalmente, ella dijo: —Me has pillado por sorpresa.

—Siento lo que pasó. ¿Sabes? Entre nosotros en el funeral de Don... Bueno, tú tenías razón y yo estaba equivocado. Un completo gilipollas, sí. Donna habría estado horrorizada y, bueno...

—¿Peter?

—¿Sí?

—Para. Disculpa aceptada.

—Entonces, ¿ya no me odias?

—Nunca lo hice. El odio solo venía de un lugar.

Tragó saliva. —Sí... era su canción favorita. Ojalá pudiera volver atrás. Solía cantarla en todas partes. Mientras cocinaba... en el jardín. ¡Y bajo el maldito sol! Si pudiera volver atrás, lo haría.

—Gracias, Peter, por disculparte... ahora, ¿cómo estás?

Le dio una actualización muy breve sobre su vida, tratando de ser positivo. Habló sobre los nuevos vecinos del número 5, y lo

agradables que eran. Ella también habló sobre el último año. Había sido difícil, pero estaba siguiendo adelante.

Luego le explicó sobre Sarah Matthews. Varias veces, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se detuvo.

Ella permaneció callada un rato. —Lo siento mucho. Sé lo unidos que estabais Donna y tú con Sarah.

—Sí... —Tomó aire profundamente—. ¿Alguna vez te habló de haber visto a Sarah otra vez antes de que desapareciera?

Denise guardó silencio. Eso no le gustó.

—Mira, Denise, la policía mencionó un Fiesta rojo... La noche que desapareció, un testigo vio a Sarah siendo recogida...

El silencio continuó.

—¿Denise?

Escuchó una repentina y brusca inhalación. En ese momento, todo quedó claro. Denise sabía algo. Su corazón se hundió. —Denise, necesito saberlo.

—Peter... —Su voz se quebró—. Donna me hizo prometer...

Peter negó con la cabeza. *Donna, ¿qué hiciste?* —No, Denise... Don ya no está. Nosotros seguimos aquí. Eso no es justo. Tienes que hablar conmigo.

—Lo hizo por ti; no quería que cargaras con más de lo que ya estabas cargando...

Apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza. Quería, en ese momento, gritar a pleno pulmón, ponerse en pie, potencialmente liberarse destrozando esta habitación, pero necesitaba contenerse, al menos un momento más. —Dímelo.

Así que se lo contó, y cada palabra era como una piedra. Donna debió cargar con ese peso durante todos esos años, ocultándoselo. Cuando terminó, él se quedó en silencio, luchando por procesarlo.

—Necesitas llamar a este número —dijo finalmente. Sus manos temblaban mientras recitaba el número que la policía le había dado antes de un trozo de papel—. Mañana por la mañana. A primera hora. Por favor. Tan temprano como puedas.

—¿No sería mejor que se lo dijeras tú?

—No, ella confió en ti. Preferirán que venga de un testigo. No de segunda mano a través de mí. Además... —Miró el cuenco de

paracetamol esperando en la mesa— *después de esto, realmente ya he tenido suficiente*—. Tengo otros compromisos.

—Peter... lo siento... ella quería que fueras feliz.

—Está bien, Denise. En cierto modo, lo entiendo. Y para ser honesto, en el fondo, probablemente nunca creí realmente que llegara a Australia. De alguna manera, era conveniente.

—Temía que no pudieras enfrentarte a ello otra vez... no después de...

—Penny, sí. Al menos sé que Don me quería, ¿eh?

—Con todo su corazón, Peter.

—Sí... oh, y antes de irme, Denise, no olvides lo que dije. Fui un gilipollas y un idiota.

—¡Peter!

—No, escucha. Don solía cantar eso todo el tiempo. Todo el tiempo. A Penny. A sí misma. A mí. Habría sido simplemente perfecto... gracias.

Colgó antes de que ella pudiera responder y luego dejó el teléfono descolgado.

Inmediatamente fue a la cocina y pasó los dedos por el delantal de Donna, descolorido pero aún conservando el fantasma de su forma. —Deberías habérmelo dicho, Don, cariño. Deberías habérmelo dicho. —Se secó las lágrimas—. Pero entiendo por qué no lo hiciste.

Con manos firmes —más firmes de lo que habían estado en días — se sirvió un vaso de agua para tomar sus pastillas.

Las escaleras crujieron bajo sus pies mientras subía con el vaso, el cuenco de pastillas y la tarjeta del águila en una bandeja. En lo alto de las escaleras, miró la pared junto a la antigua habitación de Penny. Sonrió ante las líneas en rotulador permanente, que habían registrado el crecimiento de Penny hasta los seis años. Contempló el cuadro favorito de Donna de la Abadía...

Antes de entrar en la habitación, miró de nuevo el águila en la tarjeta.

—Ah, Sarah... estás volando ahora, ¿verdad? Libre como ese águila que siempre quisiste ser. Nadie pudo jamás mantenerte encadenada.

En el dormitorio, la luz de la luna pintaba senderos plateados a través del suelo mientras dejaba su bandeja sobre la cama.

Roció el perfume de Donna, ese ligero aroma floral que había usado todos los días de su matrimonio.

Luego metió la mano en el cajón de su mesita de noche y sacó una pequeña caja, suavizada por años de manipulación. Dentro estaba la grulla de papel. El amarillo se había descolorido ligeramente, pero sus pliegues se habían suavizado con el tiempo.

La colocó en la bandeja.

Escuchó la voz de Penny en su cabeza. "¡Mira, papá! ¡Todavía vuela!"

—Así es, cariño. Como el águila... como tú, Don...

Como yo quiero hacerlo.

Las pastillas se sentían increíblemente ligeras en su palma.

Eso era bueno.

Para volar de verdad, era mejor desprenderse del peso.

67

La nieve había caído con fuerza durante la noche.

Christie se enteró de que el colegio estaba cerrado y suspiró. Eso le ahorraba tener que decidir si llamar para pedir baja por enfermedad otra vez.

La noche anterior había prescindido del vino y había conseguido dormir bastante bien. Se sentía preparada para hablar con su padre sobre lo que Nancy Keegan le había contado ayer.

¿Hablar con él? ¿A quién pretendía engañar?

Estaba lista para confrontarle.

Optó por caminar los quince minutos hasta la casa de sus padres. Realmente no merecía la pena aventurarse con el tiempo que hacía en su coche.

De camino, intentó dar sentido a lo que los gobernadores y su padre habían hecho en aquel entonces. En opinión de Christie, pagar a Georgina Prince para comprar su silencio era imperdonable.

También había sido un grave error de cálculo por su parte. ¿Comprar el silencio? Si alguna vez salía a la luz, ¿cómo podría parecer otra cosa que no fuera culpabilidad?

Su padre le había dicho a menudo que nada bueno salía nunca del engaño.

La ironía de sus palabras ahora se retorcía como un cuchillo en sus entrañas.

Caminó por el pueblo, con la nieve crujiendo bajo sus pies.

Ruswarp se desplegaba ante ella como las páginas de un álbum familiar. Pasó por la carnicería donde había hecho sus prácticas laborales. El recuerdo del bacon fresco cada mañana durante dos semanas le hizo sonreír. El señor Thompson seguía de pie en la ventana, organizando su exposición con la misma precisión cuidadosa que había mostrado veinte años atrás, aunque más lentamente.

Después venía el Bridge Inn. Los cristales empañados le impedían ver el interior. Recordó una comida familiar allí, muchos años atrás, cuando habían celebrado sus resultados de selectividad. Todavía podía ver el orgullo en las caras de sus padres. Su padre había pedido champán. Nunca había sido muy aficionada, pero aquel día sabía a victoria y posibilidades, como el sol y el aire fresco.

Más allá, se alzaba una aguja cubierta de nieve. ¿Cuántas veces la voz de su padre había llenado aquella iglesia durante las entregas de premios y los sermones de gratitud dirigidos a su comunidad? Su voz, que llevaba esa mezcla perfecta de autoridad y compasión, siempre la había inspirado.

El campo de cricket, cubierto por la nieve, apareció ante su vista. Recordaba las tardes de verano viendo partidos con su padre, su voz paciente mientras descifraba las arcanas reglas del juego. Todavía podía imaginar sus manos moviéndose mientras trazaba estrategias, enseñándole a ver más allá de lo obvio, tal como había hecho con generaciones de estudiantes.

Siempre había asumido que él había influido positivamente en tantas vidas.

La perspectiva de que en realidad las hubiera arruinado le hacía querer desplomarse en el suelo por la desesperación. Los recuerdos de Christie eran de un hombre que había dedicado su vida a los demás. No podía conciliarlos con esta descripción de un monstruo.

Esperaba y rezaba con todas sus fuerzas que Georgina fuera una mentirosa amargada.

Y si lo era, entonces, con el tiempo, quizás podría hacer las paces con lo que los gobernadores y su padre habían hecho.

¿Quizás incluso sentirse agradecida?

Después de todo, había funcionado hasta ahora, y había tenido a su familia durante más de tres décadas, una familia cariñosa, en casa para ella.

Al doblar hacia su calle, Christie sintió que la determinación se endurecía en su pecho. Mañana, si el tiempo lo permitía, volvería al colegio con la cabeza bien alta. Que los susurros, las mentiras, se enroscaran como humo... seguramente se extinguirían.

Y entonces quedaría la verdad.

Su padre seguiría siendo el hombre que ella siempre había creído que era.

El primer destello de luces azules contra las ventanas de la casa detuvo su entusiasmo.

Entonces su corazón se estremeció cuando dobló la última curva y confirmó sus temores. Coches de policía pintando la nieve con pulsos cobalto frente a la casa de sus padres.

¿Era esto? ¿El final del camino para su padre?

También vio una ambulancia encajada en ángulo a través de la entrada, con sus puertas traseras abiertas de par en par.

Christie aceleró el paso, con cuidado de no resbalar en la nieve. Observó a los vecinos de sus padres, de pie en sus puertas como centinelas silenciosos.

Llegó a la verja del jardín justo a tiempo para ver a dos paramédicos empujando una camilla, con una sábana blanca cubriendo un cuerpo.

¿Mamá?

Era una conclusión obvia. Su madre era la que había estado deteriorándose.

—No... por favor, Dios, no.

Las rodillas de Christie se doblaron, sus manos encontraron la piedra áspera del muro del jardín mientras sus ojos seguían la camilla, su mundo completamente reducido ahora a una sábana blanca y su terrible silueta.

Las ruedas de la camilla crujieron un camino a través de la nieve fresca mientras pasaba junto a ella.

Miró hacia la puerta y vio el rostro de su padre, exangüe y envejecido bajo la luz de la mañana.

Oh, Dios... Mamá...
Se llevó las manos a la cara.

68

Lucy apenas había dormido.

Al menos había podido atender a Sophie cada vez que lloraba, dándole a Mia un descanso muy necesario.

La historia de Peter había sido difícil de asimilar.

La única vez que se había quedado dormida, había soñado con aquel momento en que los dedos temblorosos de Peter se movían por el pelo de Sophie. Fue en ese instante cuando vio la verdadera magnitud de su dolor y anhelo.

Lo reconocía porque ella sentía lo mismo por la pérdida de su marido.

Perder lo que era precioso los había destrozado a ambos, y siempre estaban ahogándose, vislumbrando una superficie que no podían atravesar.

Cada día, Lucy ocultaba su dolor, seguía luchando, por sus hijos, por su nieta...

Pero ahora que Donna se había ido, y su perro también, ¿quién anclaría a Peter a este mundo?

Desde su primer encuentro en la puerta hacía dos días, ella había comprendido a Peter. Para otros, podría parecer una masa burbujeante de ira, frustración y agresividad, pero no para ella. Él todavía conservaba un alto grado de decencia fundamental. Su destino en la vida había intentado extinguir eso. Sin embargo, si eras genuinamente bondadoso, tu decencia nunca desaparecería. Siempre estaría ahí. Enterrada. Pero ahí.

Había arreglado su cocina, el coche de su hijo, y no había querido nada a cambio. Más tarde, había sostenido a Sophie como si fuera lo más preciado del mundo.

Aquí estaba un hombre que había perseguido una grulla de papel por calles invernales para su hija y había experimentado lo impensable; que había cuidado a su esposa durante su enfermedad y se había hundido en la soledad.

Este fin de semana era Navidad. El pensamiento la golpeó con repentina claridad - *en un día así, nadie debería estar solo con sus fantasmas.*

Sin pensarlo más, salió por la puerta, sin sorprenderse por la nieve, después de haberla visto caer durante la mayor parte de la noche a través de la ventana de su dormitorio. Crujió a través de ella hasta la casa de él. Las cortinas del salón estaban cerradas. La luz matinal captaba la condensación en sus ventanas, haciéndolas brillar.

Bajó por el camino hasta su puerta.

Respirando profundamente, se tomó un momento para orientarse, preparar su invitación. El aire que la rodeaba era cortante, pero los cielos estaban despejados, y todo estaba tranquilo y silencioso.

Llamó a la puerta, el sonido rompiendo la quietud matinal como cristal quebrado. Algunos copos de nieve, perturbados por su movimiento, bajaron flotando desde el techo del porche.

Se ajustó más el abrigo contra el frío y esperó. Él podría necesitar tiempo para levantarse, ponerse una bata.

Pero el silencio se prolongaba.

Así que lo intentó de nuevo, vigilando las cortinas, observando cualquier movimiento, cualquier señal de vida dentro. Después del tercer golpe, sintió una sensación de temor, pero esperó dos minutos enteros antes de que se cristalizara en un sentimiento de urgencia.

Miró hacia sus pies y luego alrededor a la nieve. La superficie blanca e impoluta contaba su propia historia: no había huellas que llevaran hacia el otro lado. Eso descartaba la posibilidad de que hubiera salido a caminar temprano esta mañana, a menos que ¿hubiera salido antes de que la nieve parara? Pero recordaba haberla

observado, cesando alrededor de las 4 de la madrugada. ¿Había sido demasiado temprano para un paseo?

Miró por la ventana, enfocándose en un resquicio entre las cortinas, pero el salón estaba oscuro y vacío. Su silla permanecía desocupada.

Intentó llamarle a través del buzón. Luego, probó el pomo, pero la puerta estaba cerrada.

Su corazón ahora martilleaba contra sus costillas.

Rodeó la casa hacia la parte trasera. El jardín yacía bajo un manto ininterrumpido de blanco. Ninguna huella estropeaba su superficie; de nuevo, eso no descartaba un paseo nocturno, pero había nevado mucho... Unas pocas horas, deambulando sin rumbo, con esa temperatura podría ser grave para un hombre de su edad, y la ausencia de huellas también sugería que no había regresado.

Cuanto más lo pensaba, más desesperada se sentía.

Golpeó la puerta trasera varias veces. El sonido resonó de forma hueca. Probó el pomo. De nuevo, cerrado.

De vuelta en el frente, llamó otra vez, más tiempo esta vez, con más insistencia. Los vecinos salieron de sus casas como pájaros curiosos, atraídos por el alboroto. Preguntó si alguien le había visto salir. Sus negativas con la cabeza solo profundizaron su certeza de que algo iba mal.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. Sus nudillos estaban en carne viva de tanto llamar, su garganta tensa de gritar su nombre. El temor que había estado creciendo en su estómago ya no era solo certeza, era terror.

Ya podía imaginar a los servicios de emergencia desestimando sus preocupaciones: solo un anciano durmiendo hasta tarde o visitando a alguien. «Espere unas horas», dirían. Sacó su teléfono, con los dedos temblando mientras marcaba, jurando que tiraría la puerta ella misma si sugerían esperar.

La operadora estaba preguntando qué servicio necesitaba cuando un coche de policía se deslizó por la entrada de Peter.

69

El silencio en la habitación de su padre se sentía tan denso que casi podía tocarse. Lewis permanecía en el umbral, observando cómo la luz matutina se colaba por las ventanas, bañando el rostro inerte de John White en unos tonos que lo hacían parecer esculpido en piedra. El transporte del depósito de cadáveres se había retrasado por el clima; aunque había dejado de nevar, aún necesitaban echar sal en las carreteras antes de que pudieran transitarlas con seguridad.

Lewis había pasado la noche en el sofá de abajo, dejando las habitaciones de invitados para las inesperadas visitas de John.

Su media hermana se llamaba Rosie Cross. Tenía treinta y cuatro años. Eso significaba que él habría tenido doce cuando ella nació.

Su madre, Anais Cross, estaba en los sesenta y tantos, por lo que habría tenido una edad similar a la de su madre durante el tiempo que mantuvieron su aventura.

Durante la noche, Lewis había mirado en la habitación de su padre en varias ocasiones, para ver a Anais sosteniendo la mano de su padre.

Se preguntó si habría pasado toda la noche allí.

Ahora que era de mañana, ansiaba respuestas. Tosió suavemente para indicar su presencia.

Anais no se giró, pero sus dedos continuaron su suave danza sobre la mano de su padre con una ternura que oprimió el pecho de Lewis.

—Nunca esperé estar aquí cuando sucediera —dijo Anais—. De no ser por tu llamada...

—¿Cómo conocía la dirección?

—Oh —suspiró—. Siempre he conocido esta dirección. No he visto a tu padre desde hace casi tres décadas y media. Desde el día en que se mudó aquí y me dijo que era mejor que nunca más volviera a verme.

Lewis soltó una risa seca.

—Sí, eso no me sorprende. Apenas le vi después de cumplir los diez años. Parece que tenemos mucho en común. Este hombre pasó su vida dando la espalda a las personas que supuestamente debía amar.

—Todo lo contrario, en realidad —dijo Anais—. Él pensaba que nos hacía un favor a todos al alejarse. Se consideraba una especie de maldición. Tu padre, a su manera, amaba demasiado y con demasiada intensidad. Eso fue lo que lo destruyó... y a sus relaciones. Creía que su comportamiento y personalidad provocaban toda esta tragedia. Mal karma.

Lewis resopló de nuevo.

—Mi padre no creía en el karma. Eso suena simplemente a autocompasión. Vivió su vida, hizo lo que quiso y luego le entró la culpa...

Anais levantó la mirada hacia él.

—Te adoraba, ¿sabes? A ti y a Felix. Solía hablar de vosotros a menudo...

Oír el nombre de Felix le hizo estremecerse. Sintió una oleada de irritación.

—¿Y qué hay de mi madre?

—A su manera, también la quería.

—¿A su manera?

—Sí, aprendió que no podía estar con Elizabeth...

—¿Por su culpa? —las palabras de Lewis llevaban el filo cortante de décadas de abandono.

Ella negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. Recuerda que todo terminó igual entre nosotros, como acabó entre él y tu madre. John nunca estuvo

destinado a estar con una sola persona. No era su naturaleza. Él lo sentía en su interior. Luchó contra ello. Pero eso lo desgarraba una y otra vez; finalmente, pensó que lo mejor era simplemente marcharse. Estaba convencido de que alejarse era lo mejor que podía darnos a cualquiera de nosotros... lo único que podía darnos...

—¡Ni siquiera estuvo allí cuando murió su propio hijo!

—Lo sé.

—Es una vergüenza.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿cómo espera que sienta lástima?

—No hay excusa. No realmente. Lo entiendo. Todo lo que diré es esto. Cuando le informaron sobre la inminente muerte de tu hermano, estaba en el extranjero. Sabía que nunca llegaría a casa a tiempo. Aun así, reservó su vuelo, pero tal era su culpa y trauma que se emborrachó hasta casi morir en el aeropuerto y no le dejaron subir al avión. Para cuando se sobró y llegó el siguiente vuelo, tu hermano ya había fallecido. Su dolor era insoportable.

Lewis tragó saliva y miró hacia otro lado. Sintió una lágrima en el ojo.

—Sé que el dolor era insoportable. Yo también lo sentí. Debería haberse esforzado más.

—Tal vez... Pero...

—¿Cuál fue su excusa para no asistir al funeral? —la voz de Lewis se quebró con una rabia antigua—. ¿No podía enfrentarse al dolor entonces, eh? Todos tuvimos que enfrentarlo sin él.

—Lo sé —negó con la cabeza, como intentando desprenderse de recuerdos dolorosos—. No pudo... porque...

—¿Porque?

—No le permitieron.

—¿Cómo dice?

Ella le miró fijamente.

—Estaba internado.

—¿Qué?

Ella asintió.

—Sí, volvió a mí. Hecho un desastre. El día antes del funeral, se levantó temprano y se arrojó de un puente, Lewis... lo sacaron del

agua medio muerto y completamente destrozado. Cuando lo arrastraron fuera, estaba incoherente, y lo encerraron para que no pudiera hacerse daño. Me suplicó que no se lo dijera a nadie. No quería que Elizabeth y tú sintierais ese dolor en ese día en particular.

Lewis apartó la mirada, con una lágrima corriendo por su rostro. Podía sentir cómo su resistencia se resquebrajaba. Y no le gustaba.

—¡Maldita sea, debería habérnoslo dicho!

—Estoy de acuerdo, pero no lo hizo... y aquí estamos... Te quería. La muerte de Felix lo destrozó.

Negó con la cabeza, desesperado por seguir resistiéndose.

—Usted es mucho más indulgente con mi padre de lo que fue mi madre.

—No puedo hablar por tu madre, Lewis, no sería justo.

—¿Ella sabía todo esto?

—No lo sé. Es la verdad. Pero incluso si lo supiera, puede que no hubiera marcado ninguna diferencia. Después de todo, ella no podía aceptar quién era tu padre...

—¿Obsesionado con el trabajo? ¿Alcohólico? ¿Mujeriego?

—Estos son algunos de los términos utilizados para sus problemas. No lo defenderé de eso, pero creo que tu padre era más complejo. Luchó duramente consigo mismo. Muy, muy duramente. Llevó una vida dolorosa. Y tu madre no podía perdonarlo, no podía aceptarlo, y creo que es comprensible. Realmente comprensible. Ella tenía derecho a tomar esa decisión.

—Sin embargo, ¿usted lo aceptó?

Ella frunció el ceño.

—Hasta cierto punto. Aunque nunca creí que tuviéramos un futuro.

—Entonces, mi madre fue estúpida por creer eso.

—Tu madre tampoco lo habría creído realmente. Lo habría intentado. Se habría convencido a sí misma de que podía cambiarlo.

—¿Así que usted lo perdona?

Ella pasó el pulgar por los nudillos de John.

—Sí. Y lo compadezco. Y sabes que el amor se intensifica con la compasión, supongo. Así que lo perdoné, lo compadecí y lo amé. Tu padre luchó contra innumerables adicciones. Y creía que lo que le

sucedió a Felix, y luego a... —sus palabras se detuvieron bruscamente—. Bueno, pensaba que era culpa suya y no quería traspasar más dolor a ti... a mí... a ninguno de nosotros.

Lewis se inclinó hacia delante.

—¿Cómo se conocieron? Quiero saberlo todo.

Ella tragó saliva con dificultad, con los ojos fijos en John como si buscara permiso.

—No estoy segura de que te hará feliz escuchar todo, Lewis.

—¡Oh, claro que sí! —Lewis entrecerró los ojos—. Y empecemos por esto: ¿por qué demonios vino aquí si no lo ha visto durante tres décadas y media?

Ella cerró los ojos con fuerza, las lágrimas acumulándose en las comisuras.

—Porque me llamaste... porque mencionó a Rosie... Sentí que no quería estar solo al final... que a pesar de todo, quería a su familia.

Lewis se puso de pie de un salto, la energía recorriendo su cuerpo. Esto era increíble. No solo otra familia, sino toda una red de secretos que de alguna manera se conectaban con la suya propia. Se giró y señaló.

—Descubrir que tenía una hija así, que tengo una hermana... ¿tiene alguna idea de lo que esto me está haciendo —señaló su cabeza— aquí dentro?

—Me lo puedo imaginar, pero hay más, y hará que la tormenta empeore antes de mejorar.

—Creo que ya estoy más allá de lo impactante, ¿no cree? No hay necesidad de contenerse.

Ella suspiró y bajó la cabeza.

—Tuvo otra hija.

—¿Otra? —la palabra explotó de él mientras sus ojos se clavaban en el rostro inmóvil de su padre.

Tal vez no soy tan imperturbable como pensaba.

—¡Dios mío! ¿Quién demonios eres? —le preguntó a su padre muerto.

—Ella fue la primera. Antes que Felix y tú. No conmigo. No con tu madre. Pero eso no la hacía menos especial para él.

—¿Quién es y dónde está? ¿No podemos invitarla también?

Ella agarró la mano de John como si pudiera anclarla al presente.

—Lo siento, John... —negó con la cabeza—. Esto es lo mejor. La verdad ahora. Todo. Me costará. Me costará mucho. Pero la paz que vendrá de esto... para todos los que quedan... es un precio que vale la pena pagar.

Lewis negó con la cabeza incrédulo mientras veía a esta extraña justificar la verdad ante John.

Anais se volvió y encontró la mirada de Lewis, sus ojos de repente antiguos de dolor.

—Tu hermana mayor ya no está, Lewis.

—¿No está? ¿Dónde?

Una pausa.

—¿Quiere decir que está muerta?

Sus dedos apretaron la mano sin vida de John, sus nudillos blanqueándose.

—Sí... hace mucho, mucho tiempo. Y nadie se culpa más por esto que John —se levantó lentamente, la edad y el agotamiento evidentes en cada movimiento—. Creo que es mejor que bajemos, para que ambos escuchen esto. Rosie también. Es justo...

—¿Rosie no lo sabe?

Anais negó con la cabeza, algo parecido al miedo parpadeó en sus rasgos.

—No. Y será difícil. Porque me implica a mí —miró hacia abajo—. Siempre me ha implicado a mí. No soy quien ella cree que soy. Su propia madre, ¿puedes creerlo? Pobre niña. Tendré que someterme a juicio por eso —levantó la mirada—. Venid abajo y os contaré una historia... una que nunca he contado. ¡Siempre temí que sería mi muerte! Tendréis que escuchar atentamente cuando la cuente, porque no creo que esté lo suficientemente bien para contarla una segunda vez.

70

El aire frío de la mañana invernal mordía los dedos de la agente Sharon Miller mientras quitaba la nieve del techo y del parabrisas.

Una vez que finalmente tuvo visibilidad, intentó maniobrar el coche para sacarlo de su entrada. Como era de esperar, las ruedas protestaron, pero logró avanzar un poco, hasta que comenzaron a patinar en un parche de nieve. Puso el coche en punto muerto. Esto no pintaba bien. Suspiró.

Vale, un último intento.

Tomó un respiro para calmarse, apretó los dientes, comprobó los espejos y volvió a poner el coche en marcha atrás. Preparándose para que las ruedas patinaran, casi vitoreó cuando los neumáticos agarraron y el coche se movió hacia atrás.

Las carreteras aquí habían sido tratadas con sal, pero aun así conducía despacio y avanzaba con cautela. Más adelante, otros tres conductores compartían su precaución, creando un retraso en la rotonda.

Una mirada a su reloj confirmó sus temores: nunca llegaría a tiempo a Ruswarp para reunirse con Reggie y entrevistar a Becky Morton. Le llamó con el manos libres pero solo obtuvo su buzón de voz. Dejó un breve mensaje.

Las carreteras a primera hora de la mañana estaban inquietantemente tranquilas. La mayoría de las personas sensatas no estaban dispuestas a enfrentarse a la nieve, pero aumentar demasiado la velocidad era definitivamente imposible.

El manos libres la sobresaltó.

Maldijo cuando vio el nombre de Sean en la pantalla en lugar del de Reggie.

—Buenos días, Sean. Ve al grano, necesito concentrarme en la...

—Sharon... gracias a Dios —su voz estaba cargada de tensión.

—¿Qué ocurre?

—¡Nadie contesta! Gerry y Frank están en la morgue, supongo. —Sharon no recordaba haber oído a Sean tan nervioso. Sean solía ser demasiado tranquilo para tal comportamiento—. Reggie está fuera de cobertura...

—Lo sé, acabo de intentarlo. ¡Soy tu último recurso, entonces!

—Acabamos de recibir una llamada de Denise Outhwaite, la hermana de Donna Watson. Confirmó que era Donna quien conducía el Fiesta rojo aquella noche del 89.

—Dios mío.

—Ella recogió a Sarah. ¡La declaración de Malcolm era precisa, después de todo!

—¿Excepto que era una mujer mayor, no un hombre?

—Bueno, sí, aparte de eso. Pero supongo que estaba oscuro.

Una oleada de irritación la recorrió. Había confiado en Peter. —¡Nos mintió!

—No. Denise dijo que Donna nunca se lo contó.

—¿Eh?

—Porque no podía soportarlo, aparentemente. Él estaba muy unido a Sarah, y ella no quería que supiera que había intentado hacerla entrar en razón y había fracasado.

—No me lo creo...

—Sarah le había confesado a Donna que estaba embarazada.

Los ojos de Sharon se abrieron de par en par.

—Donna pensó que si se lo contaba a Peter, él iría allí, como un loco, y no quería que acabara en desastre. Además, Sarah le hizo prometer que no diría nada.

—Vale, vale —dijo Sharon, señalando a la derecha y girando con cuidado hacia otra carretera principal que, afortunadamente, estaba bien tratada con sal. Aumentó su velocidad con cautela.

—En fin, Sarah exigió que Donna detuviera el coche y la dejara salir. Estaba histérica. Le dijo a Donna que no quería que la llevara de vuelta, que si Tommy la veía... haría demasiadas preguntas... y que no podía lidiar con eso ahora. No quería que él supiera todavía que estaba embarazada. Donna se detuvo, aparentemente, sin intención de dejarla salir, porque estaban en medio de la nada, sino para calmarla... hacerla entrar en razón.

Su voz se cortó. Sharon respiró hondo. —Mierda... mierda... ¿Sean?

Nada.

¡Joder! Estaba a punto de volver a marcar cuando su voz regresó. —¿Hola, Sharon?

—Sí, has vuelto. Era la cobertura. —Suspiró aliviada—. ¿Qué estabas diciendo?

—Después de que Donna detuviera el coche, Sarah no se calmó. Abrazó a Donna, la besó, le dijo que la quería y simplemente se bajó...

—¿Dónde?

—Llegaré a eso.

—Dijiste que estaban en medio de la nada...

—Lo estaban... más o menos... *idéjame* terminar!

—¡Vale! ¡Tranquilo! —Se dio cuenta de lo hipócrita que sonaba.

—Le dijo a Donna que no debía ir tras ella —dijo Sean—. Que conocía bien el bosque y el camino de vuelta... y que Donna no. Si Donna no la perseguía, Sarah prometió que los visitaría a ella y a Peter antes de que acabara la semana.

—¿Y?

—Pues Sarah se bajó, y Donna hizo lo que le pidió. Se quedó en el coche hasta que quedó claro que no iba a volver y luego se fue a casa. Le dijo a Denise que la promesa de una visita era una oferta demasiado buena para dejarla pasar.

—¿Todo eso, y luego no apareció en toda la semana? ¿Qué debió pasar por su cabeza?

—Dios sabe... y ese fue probablemente el momento en que debería habérselo dicho a Peter, pero no lo hizo.

Suspiró. —Por lo del embarazo... Probablemente también estaba preocupada de que él perdiera los estribos e irrumpiera en casa de Tommy.

—Quizá. Y entonces ambos se enteraron de que había desaparecido.

—¡*Definitivamente* debería haber dicho algo entonces! —Se contuvo de decir *estúpida mujer*. Había conocido a personas desesperadas y tristes que hacían cosas peores cuando se enfrentaban a una tragedia, y no siempre eran estúpidas.

—Lo sé... es una locura, ¿verdad? —dijo Sean—. Pero Denise insistió en que Donna era buena persona, y definitivamente tomó las decisiones equivocadas en este caso. Cuando quedó claro que Sarah había desaparecido, posiblemente muerta, entró en modo protector. ¿Recuerdas lo que le había pasado a su hija? ¿Penny? Tenía un historial de depresión y dos intentos de suicidio después de aquello... ella no creía que pudiera soportar otra tragedia. ¿Supongo que veía a Sarah como una especie de hija sustituta?

—Sí... ¡oh, Dios mío, Sean! —dijo Sharon.

—¿Qué pasa?

—Ella organizó lo de la postal de Australia, ¿verdad?

—Sí.

—¡Joder! Eso es ridículo. ¿Y si hubiera aparecido su cadáver? ¿Cómo habría quedado eso ante Peter?

—Esperó unos meses antes de organizarlo. Debió suponer que Sarah nunca aparecería, y luego le pidió a una amiga que enviara la postal, alguien que había emigrado a Australia. Denise dice que no sabe el nombre de esta amiga. Una tontería, por supuesto. Simplemente no quiere meterla en problemas.

—Esto va más allá de la irresponsabilidad. Especialmente porque Donna fue la última persona que la vio con vida. Absurdo.

—Nos parece así, supongo. Denise dijo que Peter se habría culpado a sí mismo. Que era ese tipo de persona. Donna no podía aceptarlo —dijo Sean.

—De acuerdo, tenemos que volver a casa de Peter...

—Ya he dispuesto que unos agentes vayan a buscarlo.

—Bien... y sigue intentando contactar con Frank. Puede que pierda la señal cuando llegue donde está Reggie. Ah, mierda, casi lo olvido. ¿Dónde estaba Sarah cuando se bajó del coche esa noche? ¿Dijiste en medio de la nada?

—No era exactamente en medio de la nada. Fue justo a las afueras de Ruswarp. Fue junto a un pequeño grupo de árboles. Es una locura, pero cuando lo marcamos en el mapa... bueno, no vas a creer cerca de dónde estaba. Una coincidencia, seguro, pero...

—¡Dímelo de una vez, Sean!

Los ojos de Sharon se abrieron cuando lo hizo. La adrenalina le hizo acelerar. Afortunadamente, todavía estaba en una carretera tratada con sal. —Sean, sigue intentando contactar con todos. Difunde esta información.

Después de terminar la llamada, intentó llamar a Reggie otra vez. Todavía nada más que el buzón de voz. Le dejó un mensaje detallando la revelación de Sean, luego golpeó el volante con la palma de la mano y maldijo.

Necesitaba darse prisa.

Instintivamente, se desvió hacia una calle secundaria que le permitiría atajar y ahorrar tiempo.

Mala jugada, Sharon.

El error la golpeó instantáneamente.

Se encontró en una carretera que no había sido tratada, avanzando con dificultad entre coches medio enterrados en la nieve.

Muy mala puta jugada.

El manejo del coche empeoró.

Pisó suavemente el pedal del freno, pero se dio cuenta de que las ruedas ya estaban perdiendo su batalla contra el hielo. La pendiente cada vez más pronunciada que tenía por delante no prometía más que problemas, y a menos que sus neumáticos encontraran tracción pronto, un derrape era inevitable. ¡Qué idiota!

El cruce con la carretera principal se acercaba rápidamente.

Algunos coches pasaban lentamente por esa carretera principal, moviéndose con cautela. ¡Si no se detenía pronto, se cruzaría en el camino de un vehículo!

—Joder... —Bombeó los frenos suavemente, pero fue completamente inútil—. Joder...

Un giro completo seguramente la haría entrar en un trompo.

A varios metros que le parecieron eternos del cruce, se dio cuenta de que no tenía elección. Pisó los frenos. El volante se volvió aterradoramente ligero en sus manos. Toda la tracción desapareció.

El tiempo pareció estirarse mientras su coche se deslizaba lateralmente sobre el hielo. Un miedo visceral la atravesó cuando el vehículo giró 180 grados completos, dejándola mirando hacia el otro lado, con la cima de la colina haciéndose más pequeña. Echó un vistazo al espejo retrovisor y se le revolvió el estómago. Estaba a un metro más o menos de la carretera principal. Instintivamente, alcanzó la manilla de la puerta para saltar, pero fue inútil. Ya estaba en el centro de la carretera principal, viendo acercarse el impacto inevitable. Cerró los ojos con fuerza. Fragmentos de cristal le salpicaron la cara y una ráfaga de aire frío entró.

71

Con los dedos temblorosos, Margaret Matthews alisó arrugas imaginarias de su blusa. Luego levantó la mirada y sonrió a Gerry. —¿Dónde está Rylan?

—Con mi vecina —dijo Gerry.

—¿Cómo está?

—Estará feliz porque mi vecina puede dedicarle más de una hora para correr en el parque.

—Ah... es un perro tan hermoso.

—Jasper también lo es —dijo Gerry.

Los ojos de Margaret se desviaron hacia la ventana de cristal que daba al depósito de cadáveres.

—Los perros saben y entienden mucho más de lo que les reconocemos —dijo Margaret.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Frank, colocándose junto a ella. Los últimos meses con Rylan realmente le habían abierto los ojos.

—¿No crees que eso demuestra que nosotros entendemos mucho menos de lo que nos atribuimos? —añadió Margaret, todavía mirando a través de la ventana.

Sí, ¿acaso no es esa la maldita verdad?, pensó Frank, uniendo su mirada a la de Margaret en ese triste viaje a través del cristal. —¿Estás lista?

—No estoy segura. —Suspiró.

—No hay ninguna vergüenza en no entrar —dijo Frank—. Ninguna vergüenza en absoluto.

Margaret encontró su mirada. —Lo sé... pero vamos. —Su voz ahora transmitía la tranquila certeza de alguien que había hecho las paces con decisiones imposibles—. Quiero estar con Sarah una última vez.

Frank asintió.

Comprensible.

Pensó en todas las veces que se había sentado en la habitación vacía de Maddie, intentando sentir su presencia en los espacios huecos que había dejado atrás. ¿Cuántas noches había pasado preguntándose si algún día estaría en la posición de Margaret, atravesando una puerta como esta?

Se hizo a un lado y le abrió la puerta. Ella se detuvo junto a él, sus ojos encontrándose con los suyos. —Soñaba con encontrarla algún día... —Su mirada se desvió hacia adelante antes de regresar, cargada de significado—. En circunstancias diferentes, sí, pero aun así. Estoy agradecida por esta última oportunidad.

Cuando ella entró, Frank sintió que algo se quebraba dentro de su pecho. Él también soñaba constantemente con encontrar a Maddie, creando escenarios esperanzadores una y otra vez. ¿También eran mentiras? ¿El resultado era tan inevitable como el de Sarah? Y si fuera así, ¿sería capaz de enfrentar un desenlace con la misma entereza que Margaret? ¿Con tal dignidad?

Los pasos lentos de Margaret no se debían a su edad. Frank podía notar que eran deliberados. Aprovechó la oportunidad para cerrar la puerta tras de sí y asentir a Gerry, que miraba a través de la ventana de observación.

Cuando se volvió, Margaret estaba bajándose a una silla junto a Sarah. Un técnico de la morgue con pijama quirúrgico verde se acercó, ofreciendo silenciosas condolencias.

Frank juntó las manos como si fuera un doliente en un funeral e inclinó ligeramente la cabeza.

—Estoy lista —dijo Margaret.

La voz del técnico de la morgue era suave pero firme cuando pidió que Margaret no tocara el cuerpo. Luego retiró la sábana.

El suspiro que escapó de Margaret fue tan silencioso que Frank casi lo pasó por alto. Pero lo captó. Apenas. Un sonido tan suave pero que transmitía tal agonía que conmovió profundamente a Frank.

Salió de la sala y se colocó junto a Gerry.

Ambos permanecieron allí durante un minuto antes de que Gerry lo mirara. Claramente quería decir algo.

—Adelante.

Ella asintió. —Tom quiere reunirse esta noche. Suena... positivo.

Volvió su atención al depósito de cadáveres.

Frank sintió una calidez que se extendía por su pecho. —Fantástico, Gerry. Necesitaba noticias así.

Ella lo miró de nuevo. —No me lo esperaba. —Luego, de vuelta al depósito.

—Yo sí —dijo Frank, sin apartar los ojos de Margaret—. Tom me parece un hombre con la cabeza bien amueblada. Solo era cuestión de tiempo que entrara en razón.

—Dijo que hablaste con él.

—Ah... ¿eso dijo?

—Gracias, Frank.

—No estaba seguro de cómo ibas a reaccionar, la verdad.

—Me gusta que te preocupes.

Sí, chica, a mí también me gusta preocuparme, pensó.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad... que tu naturaleza exacta no es controlar, sino más bien tu manera de crear orden del caos... de construir marcos para apoyar las cosas que más importan.

—Una vez dijiste que a veces el amor es aprender a bailar sin conocer los pasos.

—Lo dije. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí.

A través de la ventana, Frank observó cómo Margaret mantenía su vigilia. Respetaba la petición del técnico de la morgue y no hizo ningún movimiento para tocar los restos de su hija. Simplemente se sentó allí, absorbiendo estos últimos momentos. Después de diez minutos, se giró en su silla y les hizo un gesto para que entraran.

Sus pasos resonaron en el espacio estéril mientras se acercaban.

Se colocaron junto a Margaret y miraron a Sarah. Su cuerpo se curvaba hacia adentro, como un niño buscando consuelo en el sueño, o alguien tratando de desaparecer. Frank prefirió la primera interpretación.

—¿Podrías leer esto? —La mano de Margaret temblaba mientras sostenía una hoja de papel arrugada—. No puedo. Mis ojos están muy cansados.

Frank reconoció inmediatamente la letra de Sarah: los mismos bucles y remolinos cuidadosos que habían visto en sus otros poemas, aunque estos parecían más temblorosos, como si hubieran sido escritos con prisa o angustia. Este no estaba en el montón que Margaret les había dado antes, pero ahora no era el momento de preguntar por qué. Se aclaró la garganta.

—Hay vacío entre los recuerdos. Espacios entre latidos
del corazón.
Todo lo demás es ruido, caos, interminable y
apremiante.
Algo que falta. Tomado. ¿Una presencia conocida por
una ausencia?
¿Quién debería estar ahí entre el silencio infinito?
¿Quién eres? ¿Eres real?»

Los dedos de Margaret temblaban mientras se estiraba para recuperar el papel.

Frank se lo entregó, pero tomó nota mental de pedírselo más tarde.

Miró a Gerry, preguntándose si ella sabría a quién podría referirse el poema.

Margaret se secó las lágrimas con dedos temblorosos. —Él es real.

—¿Perdón? —La adrenalina le hizo inclinarse—. ¿Margaret?

Cuando ella no respondió inmediatamente, Frank respiró hondo, preguntándose si el dolor había confundido sus palabras.

Margaret se inclinó hacia los restos de su hija, su voz bajando a algo entre un susurro y una oración. —En el fondo, lo sabías, Sarah, siempre lo supiste.

Frank intercambió una mirada interrogante con Gerry. Se contuvo de volver a preguntarle, porque intuía que ella quería decirle algo a Sarah primero. Algo, se dio cuenta, que sería muy significativo.

—Siento habértelo ocultado. —Sus palabras llevaban el peso de décadas—. Siempre planeé contártelo. Pero nunca era el momento adecuado. —Levantó los ojos hacia Frank, con culpa y disculpa librando una batalla en su expresión—. Frank, lo siento. Pero simplemente no podía decírtelo antes de decírselo a ella primero. Por eso necesitaba verla. No estaría bien. —Su atención volvió a los restos de su hija, su voz llevando el temblor de alguien a punto de liberar una verdad guardada durante mucho tiempo—. Sarah...

Frank sintió la adrenalina recorriendo su cuerpo ahora, y tuvo que mantener sus manos entrelazadas detrás de la espalda para quedarse quieto.

El silencio se sentía tangible, como si el mismísimo aire contuviera la respiración, esperando a que Margaret hablara.

Miró a Gerry. Parecía tranquila, pero seguramente debía estar sintiendo lo mismo.

72

CHRISTIE SE SENTÓ JUNTO a su padre en la sala de espera de la comisaría.

La desesperación hervía en su interior, pero se obligó a mantener la compostura.

Su padre lloraba, pero luchaba contra ello. Ahogaba sus sollozos contra la manga, esforzándose por mantener la dignidad que siempre le había definido.

Si ella perdía el control, temía que él se desmoronara por completo - y a pesar de todo, este era un hombre a quien siempre había admirado y adorado más que a nadie.

No. Se mantendría fuerte. Tal como él siempre le había enseñado. «Debes estar ahí para guiar a otros durante una crisis si puedes. Esa es la marca de un líder».

Aún no había contactado con su hermano, porque estaba en el extranjero y había una importante diferencia horaria. Lo haría más tarde, cuando hubiera asimilado completamente lo sucedido.

Christie le rodeó con el brazo, sintiendo los temblores que recorrían su cuerpo. Su mente regresó a primeras horas de esa mañana, cuando había visto pasar la camilla frente a ella en el jardín.

Había creído que la persona en la camilla era su madre.

No lo era. Aunque la verdad seguía siendo devastadora.

Recordó el momento en que había visto a su madre de pie en la puerta con su camisón, y el alivio que había sentido...

—¡Mamá! —Christie se abalanzó hacia delante.

Un agente de policía la retuvo mientras otro se interponía entre ella y sus padres. —Señora, por favor, deténgase.

Christie observó por encima del hombro del agente cómo su padre le colocaba un abrigo sobre los hombros a su madre y otro policía se acercaba a su lado para tomarla del brazo.

—Suelte a mi madre —dijo Christie—. Está enferma.

—Christie, por favor... —Era su padre.

Condujeron a su madre frente a ella. Estaba temblando. Al menos no le habían puesto esposas.

Se giró y observó cómo la escoltaban hasta el coche de policía.

—¡Mamá! —llamó Christie.

Cuando Caroline se volvió al escuchar el llamado de Christie, su mirada pareció atravesar a su hija como la luz a través del cristal, enfocada en algún punto muy lejano del momento presente. Las mejillas hundidas y la complexión frágil hablaban de una mujer que ya estaba medio ausente de este mundo.

—Necesitamos que se mantenga calmada, señorita —dijo un agente.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

Su rostro mostraba esa peculiar tensión de alguien obligado a presenciar una tragedia familiar - compasivo pero resuelto.

—Christie...

Su padre le tocó el hombro.

Ahora estaba a su lado. Ella lo miró. La imagen aplastó algo dentro de ella. Su cara estaba enrojecida de tanto llorar, sus hombros hundidos. En todos sus años viéndole dirigir reuniones, nunca le había visto tan completamente disminuido.

—Esto es culpa mía —dijo él.

—¿Qué ha pasado, papá?

Su rostro se desmoronó como papel en llamas.

Ella lo abrazó, sintiendo temblar su cuerpo.

—Lo siento —susurró él—. Lo siento mucho, pero debo irme. —Cada palabra se le atascaba en la garganta—. Han dicho que podía ir con ella.

Christie se apartó, con las manos temblorosas mientras sostenía el rostro al que había admirado toda su vida - despedazado por la culpa, la confusión y el dolor.

—¿Qué ha pasado, papá? ¡Tienes que decírmelo!

Sus ojos enrojecidos estaban atormentados por una oscuridad más profunda que el dolor. —Ella vino. Esta vez no por ti... sino por mí. Por nosotros. Debería haber sabido que esto ocurriría. No había cambiado. Era como una fuerza de la naturaleza. Debería haber sabido que nunca se detendría.

Christie sintió que se le helaba la sangre. —Georgina vino aquí.

Ahí estaba - todo lo que había temido desde el momento en que Nancy se lo contó.

Las mentiras y el secretismo nunca funcionan.

Siempre te alcanzan al final.

—Está muerta. —Se estremeció al decirlo.

El aliento se le quedó atrapado en la garganta. Miró fijamente a su madre. Dios... no... por favor, que no sea cierto...

Volvió a mirar a su padre.

Él ya se había dado la vuelta - parecía un hombre que de repente se encogía ante su propia sombra. —No fue culpa de ella. No fue culpa de tu madre. ¿Vale? —Su voz sonaba desesperada—. Está enferma. No comprendía.

Christie lo hizo volverse suavemente hacia ella, sintiendo los temblores que lo recorrían. —¿Cómo? —Su propia voz sonaba aún más desesperada que la de él.

Las lágrimas trazaban surcos por su rostro mientras la historia brotaba en fragmentos entrecortados. —Entró en nuestra casa con sus mentiras... gritando y atacándome con esas mentiras... ¿Cómo podía Caroline lidiar con eso? Ya sabes cómo es. Tu madre la invitó a subir... estaba tan confundida. Excepto que... en lo alto de las escaleras... ¡Dios, ni siquiera puedo decirlo! —Tomó aire profundamente—. Tu madre tenía un martillo, de la habitación de invitados... —Se apartó como si la distancia física pudiera de alguna manera disminuir el horror de lo que tenía que decir—. No pude detenerla. Era demasiado tarde. Antes de que me diera cuenta, había golpeado y... Dios... Georgina estaba cayendo...

Como invocado por la palabra, un agente con traje blanco salió de la casa, llevando una bolsa de pruebas transparente. Dentro, se veía un martillo, su cabeza oscura con sangre seca. Christie lo reconoció y sintió que se le revolvía el estómago. Tragó saliva, temerosa de vomitar.

¿Cuántas veces había visto a su madre y a su padre usarlo para colgar cuadros, para construir el marco de su vida perfecta?

Un agente hizo una seña a su padre. —Señor, nos vamos.

—Debo ir con ella —dijo Stephen, moviéndose hacia el agente.

Christie sintió que la bilis le subía a la garganta mientras avanzaba, pero el otro agente la bloqueó. —Cuidaremos bien de ellos. —La voz del agente mostraba una delicadeza practicada.

Christie observó, impotente, cómo ayudaban a su madre a entrar en el coche policial, los movimientos de Caroline tan inciertos como los de una sonámbula. Su camisón se enganchó en la puerta del coche y un agente tuvo que liberarlo, un gesto absurdamente tierno en su horror.

Bajo la dura luz fluorescente de la sala de espera, las palabras angustiadas de su padre se convirtieron en una letanía desesperada. «Es culpa mía». Cada repetición parecía envejecerlo más, despojándolo de capas de dignidad cuidadosamente mantenidas.

Christie lo atrajo con más fuerza hacia ella.

—Georgina dijo que habías hablado con Nancy.

Christie respiró hondo. —Sí. Sé lo del encubrimiento... sobre pagarle para que se callara.

—Lo siento... sentí que no tenía elección en aquel momento. Al principio, quería ir directamente a la policía, pero los gobernadores me convencieron de no hacerlo. Nancy puede ser muy persuasiva.

Christie asintió. *Lo había notado*, pensó. —Pero esas cosas de las que te acusaron, son...

Él se apartó de ella, con los ojos muy abiertos. —Dios, ¿no creerás...? ¿Pequeña? No puedes...

Christie estudió el rostro de su padre: las profundas líneas de agotamiento, los labios temblorosos, la mirada atormentada. Parecía haber envejecido una década en una sola noche. El hombre orgulloso parecía haberse esfumado, reemplazado por alguien frágil

y desesperado. El deseo de hacer más preguntas, de indagar más en las acusaciones de Georgina, era abrumador, pero verlo así —tan destrozado, tan vulnerable— le oprimía la garganta. ¿Cómo podía aumentar su sufrimiento ahora?

—No es verdad. Nada de eso —continuó él, con la voz quebrada.

—Te creo. —Las palabras sonaron huecas en su boca, pero eran lo que él necesitaba oír en este momento. Siguió el instinto de protegerlo, aunque las dudas aún le revolvían el estómago. Las acusaciones tendrían que esperar.

—Gracias, pequeña... pero... he cometido un error terrible. He cometido un error. Los gobernadores sobornando a la familia de Georgina. La verdad de lo que ocurrió saldrá a la luz ahora. —Su énfasis en la palabra *verdad* cayó entre ellos como una confesión, haciendo que se le erizara la piel.

—¿Mamá sabe lo de Georgina? —preguntó Christie.

—Algo... pero le costará recordar los detalles. Reaccionó violentamente porque sintió que estábamos bajo ataque - no estoy seguro de que comprenda del todo quién es Georgina ya. Soy yo quien debería asumir la responsabilidad por esto. No tu madre. —Stephen se presionó las sienes con los dedos como si intentara mantener físicamente sus pensamientos unidos, su piel gris de agotamiento—. Pero no me escuchan. Solo les interesa lo que pasó. Estoy tan cansado... confundido... no sé qué decir o hacer.

—Dejemos que el abogado se encargue. Como dijo, papá, es responsabilidad disminuida. —La voz de Christie transmitía una certeza que no sentía.

—¡No puede ser juzgada! —Su grito resonó en las paredes institucionales, haciendo que varias cabezas se giraran.

—Nos estamos adelantando —dijo Christie, aunque el mismo miedo se enroscaba en su estómago.

—Estuve sentado con ese cuerpo toda la noche, Christie. —Su voz bajó a un susurro, con horror entrelazando cada palabra—. No sabía qué hacer. No podía pensar con claridad. Aún no puedo. No quería llamarles. ¿Puedes creerlo? Pensé en enterrarla... qué ridículo. ¿Debería haberlo hecho?

—No. Por supuesto que no.

—¿Qué otra opción tenía sino decir la verdad?

—Ninguna.

—Entonces... ¿debería contarles la verdad sobre Georgina? ¿Sobre mis mentiras?

El pánico la golpeó con toda su fuerza.

Si hacía eso, entonces ¿qué? ¿Perdería a ambos padres ante el sistema judicial en una sola noche?

¿A las dos personas que más había adorado en el mundo?

Tal perspectiva era impensable.

—No. —Christie se refugió en el abrazo de su padre, finalmente derrumbándose su compostura cuidadosamente mantenida. Sus lágrimas empaparon la camisa de él—. No digas nada... todavía no... esperemos al abogado.

Enterró la cabeza en su pecho, preguntándose si ahora se estaba haciendo cómplice de un engaño que iba en contra de todos los valores que había creído defender.

Tal vez.

Pero entonces surgió una imagen en su mente. Un coche de policía alejándose de su casa, el rostro de su madre pegado a la ventanilla, pálido, con los labios moviéndose en una conversación silenciosa con fantasmas.

Y sus propios valores se desvanecieron.

73

Lucy permanecía de pie junto al coche de policía, mientras dos agentes de paisano registraban la casa.

Su llegada había congelado el tiempo.

Mia estaba a su lado, agarrándole el brazo.

La puerta principal de Peter colgaba torcida tras la entrada forzada. El ruido había hecho que muchos vecinos se asomaran, pero no hablaban. Un silencio sepulcral se había apoderado de Sycamore Close.

Lucy no quería que todo volviera a la normalidad, porque cuando lo hiciera, habría una nueva realidad. Una verdad a la que tendría que enfrentarse.

Peter se había ido.

Lo había sabido, lo había sentido, desde el momento en que vio las sombras y el dolor tras aquellos ojos cuando les contó sobre Penny y abrazó a Sophie como si fuera su último acto en la tierra.

Los agentes habían intentado descartar sus preocupaciones inicialmente, pero su reticencia se evaporó cuando el control confirmó los dos intentos previos de suicidio de Peter.

Tomó una respiración profunda, dándose cuenta de que era el momento... necesitaba salir de ese silencio congelado. Dio un paso adelante.

—¿Adónde vas, mamá? —preguntó Mia.

—Necesito saberlo —dijo Lucy y entró en la casa, pasando junto a la puerta rota.

Observó los dos abrigos rosas. El de Donna y el de Penny.

Luego, con un nudo en el pecho, se acercó al pie de la escalera.

El sonido de crujidos en el suelo se filtraba desde arriba, puntuado por el murmullo indistinto de voces.

Lucy se esforzó por distinguir las voces, por captar aunque fuera un indicio de lo que estaba ocurriendo, pero no pudo.

A la mierda...

Se detuvo aproximadamente a dos tercios del camino, donde podía ver el descansillo. Las voces bajas y urgentes provenían de la habitación del centro.

—¿Está todo bien? —preguntó, escapándosele las palabras antes de poder contenerlas.

Una agente apareció en la puerta. Los ojos de Lucy se fijaron inmediatamente en el objeto que tenía en las manos: el mismo cuenco que había notado hacía dos días, sobre la mesita de Peter. El mismo cuenco que había estado lleno de paracetamol.

El cuenco estaba vacío.

Se llevó la mano a la boca.

—Señora Coombes, no debería estar aquí —dijo la agente.

Bajó la mano, con los ojos ya llenos de lágrimas. —Solo dígame, por favor. ¿Está él...? —Volvió a llevarse la mano a la boca para contener la reacción que estaba por llegar.

—No hay nadie aquí —dijo la agente.

Lucy se aferró con más fuerza a la barandilla, con las piernas débiles bajo su peso.

—La casa está vacía —dijo el otro agente, apareciendo a la vista —. Necesitaríamos tomar una declaración suya sobre su estado mental. Quizás intentar averiguar dónde está.

—¿Por qué estáis siquiera aquí? —preguntó Lucy.

Los agentes se miraron entre sí. La mujer dijo: —No estamos realmente autorizados a decirlo. —Miró a su compañero—. ¿Por qué no te encargas tú de entrevistar a la señora Coombes? Yo iré puerta por puerta para ver si alguien lo vio salir. También necesitamos activar el ANPR para su coche...

—Su coche fue robado, él no conducía. —Su propia voz le sonaba distante, como si hablara otra persona.

—No ha habido denuncias de ningún vehículo robado —dijo el agente masculino.

La desorientación se intensificó y se dio la vuelta mirando hacia los escalones. —No sé nada de eso... —Se preguntó si no se había molestado en denunciarlo simplemente porque no había previsto volver a conducir nunca. —También tenía una herida en la cabeza... —Volvió a mirar hacia arriba—. Dijo que se golpeó con la repisa de la chimenea. Yo se la vendé. Parecía grave.

—¿Fue al hospital?

—Eso dijo.

La agente miró al agente masculino. —Comprueba eso también.

—Debe haberse ido antes de que dejara de nevar —dijo Lucy—. No había huellas en la nieve.

—Buen razonamiento. —El agente masculino sacó su teléfono, presumiblemente para comprobar los registros meteorológicos.

—A las cuatro de la mañana —dijo Lucy, recordando cómo había observado la nieve caer mientras lidiaba con sus preocupaciones sobre Peter.

El agente la miró, arqueando una ceja.

—Ya se lo dije antes, fuera. No podía dormir. Después de lo que nos contó sobre su hija.

—De acuerdo —dijo el agente masculino—. Tomemos una declaración formal. ¿Aquí abajo? ¿O en su casa?

—En la mía. Aquí no puedo pensar con claridad. Número 5. —Sentía ahora una desesperada necesidad de escapar de ese espacio vacío que aún conservaba ecos de la presencia de Peter.

Fuera, Mia corrió hacia ella.

—No está allí —dijo Lucy, abrazando a su hija, sintiendo los temblores que recorrían ambos cuerpos.

74

FRANK TOCÓ EL TIMBRE, con las palabras de Margaret desde el depósito de cadáveres resonando en su mente...

'Sarah... Nunca te hablé del hermano mayor de Rory. Él era tu verdadero padre, Sarah, tras una breve aventura que tuve con él en 1966, y lo siento mucho, cariño, por habértelo ocultado... pero nunca fue el momento adecuado.' Bajó la cabeza. 'Cuando estabas preocupada, no quería empeorar las cosas... y cuando estabas feliz, bueno, no quería deprimirte. Me gusta pensar que te lo habría contado algún día, pero simplemente no lo sé. ¿Quizás fui una cobarde? Quizás nunca hubiera sido el momento adecuado.'

Después, a solas con Frank y Gerry, Margaret había explicado con más detalle.

—¿Recuerdas que te hablé de su hermano?

—Sí. Buscamos, pero no encontramos ningún registro. Lo habría investigado en algún momento.

—Porque era el medio hermano de Rory, ¿sabes? Su relación no consta en ningún registro. El propio Rory ni siquiera sabía de la existencia de John hasta que apareció, aparentemente de la nada, en 1965. Era producto de una de las aventuras anteriores de su padre. Claro, nadie hacía pruebas de ADN en aquella época, así que supongo que no es 100 por cien seguro, pero te diré que tenían un aspecto similar, ya sabes, él y Rory. En los ojos.

—Entonces, ¿el verdadero nombre del padre de Sarah era John?

—John White. Y era un diablo apuesto, Frank. Un verdadero seductor. Me enamoré de él, pero fui estúpida, porque sabía que no era la primera persona que se enamoraba de él, ¡y no sería la última! Pero tenía esa manera, ¿sabes?

—¿Rory llegó a enterarse?

Margaret asintió. —Y no volvieron a hablarse. Así que John, a pesar de ser el padre de Sarah, estuvo en su vida apenas dos minutos. Desapareció. Nunca supe la verdad sobre él: ¿tenía otra familia? Por lo que sé, podría haber muerto incluso antes de que Sarah naciera... ¿Quién sabe? Rory perdonó mi error, pero le carcomía por dentro, le fue consumiendo con los años. Como dije el otro día, había bondad en Rory antes... Supongo que fueron mis acciones las que destruyeron eso. Se volvió amargado y agresivo. Quizás la tomó con Sarah porque sabía que no era suya. Siento no habéroslo contado hace dos días, pero no podía revelaros la verdad antes que a Sarah...

—Voy a enseñarte una foto de la doctora Hannah Wright en uno de los eventos de equitación de tu hija. ¿Puedes decirme si reconoces al hombre que está con ella?

—Dios mío, Frank... ¿cómo es posible? ¡Es él! Es su padre. John White.

La puerta frente a ellos se abrió. Un hombre alto y de hombros anchos estaba allí, con sombras oscuras bajo los ojos. La marca del agotamiento. Frank se fijó en la tinta oscura que adornaba sus muñecas; podía distinguir la forma de las letras. Alzó la mano para coger sus gafas y poder leerlas, pero no las tenía puestas. Recordó habérselas quitado en el coche y haberse frotado las sienes cuando Sean les estaba poniendo al día sobre Donna Watson y el Fiesta rojo... debía de haberlas dejado en el bolsillo de la puerta.

Bueno, tendría que arreglárselas sin ellas.

Frank mostró su placa. —DCI Frank Black. Esta es la DI Carver. Estamos buscando a John White. ¿Con quién estoy hablando?

—Con su hijo, Lewis White.

—De acuerdo, señor White —Frank asintió—. ¿Está su padre en casa?

Los ojos de Lewis se movieron rápidamente entre ellos antes de señalar hacia el techo. —Arriba...

—Bien... bien. ¿Podría pedirle que baje, por favor?

Negó con la cabeza.

Frank no detectó agresividad, pero la reacción era extraña. —¿Perdón?

—No puede.

Había algo más en los ojos del hombre, esa mirada distante que acompaña al duelo reciente. —¿Está enfermo?

—Muerto —dijo Lewis con un cansado asentimiento. Se frotó los ojos—. Anoche... cáncer.

Frank y Gerry intercambiaron miradas, ambos reconociendo cómo el tiempo deshilachaba otro hilo de su investigación justo delante de sus ojos. —Siento mucho su pérdida.

Lewis asintió de nuevo. —En realidad pensé que venían a recogerlo. Con sus trajes y todo. El mal tiempo ha retrasado la recogida.

Frank sacó del bolsillo interior una fotografía de uno de los concursos de equitación. La sostuvo delante de Lewis, con el pulgar justo encima de la cabeza del hombre. —¿Este es su padre?

Lewis se inclinó hacia ella. —Sí, mucho más joven.

—De principios de los ochenta —dijo Frank.

—No mucho después de que yo naciera, entonces.

—¿Sabe quién es esta persona que está junto a él? —Movió el pulgar hacia Hannah.

Lewis se quedó mirando. —Me resulta un poco familiar, pero... no. Sabe, mi padre era un sinvergüenza. El hombre tiene más conquistas de las que me atrevo a contar. No tengo ni idea, lo siento. ¡La historia de su maldita vida!

—Nos vendría bien escuchar tanto de esa historia como usted conozca —dijo Gerry. Era la primera vez que hablaba, y Frank no estaba seguro de si estaba siendo sarcástica o había tomado esas palabras literalmente.

—La verdad es que sé muy poco.

—Es importante, señor White —dijo Frank—. Estamos investigando un asesinato, verá. De una joven. Sarah Matthews. ¿Le

dice algo ese nombre?

Lewis negó con la cabeza. —No... lo siento...

—Desapareció en 1989.

—Yo tendría once años —dijo Lewis—. En ese momento, apenas veía a mi padre. Miren... tengo compañía ahora mismo.

—¿Quién?

Suspiró. —Una de sus viejas llamas. Pero no se emocionen, hubo muchas. Aun así, estoy esperando que me revelen cosas. Acabo de enterarme de que tengo una media hermana menor. Como pueden imaginar, decir que esto es emotivo sería quedarse corto. No me importará ir a la comisaría y...

—¿Lewis? —Era una voz de mujer.

Lewis se volvió. —No son los de la funeraria.

—Oh. ¿Quién es?

—Es la policía. Querían hablar con papá.

Ella se acercó, sonriendo. Frank le devolvió la sonrisa y entonces se le cortó la respiración.

Miró la fotografía.

Esta mujer era casi idéntica a la doctora Hannah Wright.

¡Imposible! Tendría unos setenta años ahora si hubiera sobrevivido a la explosión. Tomó una respiración profunda para calmarse, recordándose que no llevaba las gafas y por tanto podía estar equivocado.

Una mujer mayor salió del salón y se unió a ellos, su forma de andar coincidiendo exactamente con la de la mujer más joven. Madre e hija.

Era innegable.

—¿Doctora Hannah Wright? —preguntó Frank.

La reacción fue sutil pero inequívoca: un ligero endurecimiento de su columna, un destello de algo parecido al miedo cruzando sus envejecidas facciones. Miró al suelo por un momento, luego encontró la mirada de Frank. —Perdone mi reacción, hace mucho tiempo que no escuchaba ese nombre.

—Sí —coincidió Frank—. No desde 1991, supongo.

Lewis y la mujer joven se giraron hacia Hannah, sus rostros convertidos en máscaras de asombro.

Los hombros de Hannah se cuadraron, como preparándose para la batalla. —Llegan justo a tiempo. Estaba a punto de empezar.

75

A PESAR de que la granja de Becky Morton estaba apartada del camino principal, el Range Rover Sport de Reggie sorteaba la nieve acumulada con facilidad. Sin embargo, le preocupaba el trayecto de Sharon.

Mientras maniobrava por un estrecho camino cubierto de nieve que atravesaba un grupo de árboles, concluyó que no había posibilidad de que ella pudiera pasar con cualquier vehículo que no fuera un 4x4.

¡Debería haberla recogido él mismo, solo vivían a veinte minutos el uno del otro!

Aparcó, apagó el motor y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar el teléfono. Sería mejor llamarla y decirle que esperara. Después de todo, ¿cuánto podría durar realmente esta reunión? ¿Una anciana con mala salud? Imaginaba que todo estaría resuelto en pocos minutos.

Gruñó al ver que no había cobertura.

Tras mirar por el retrovisor el estrecho camino de tierra que acababa de recorrer, decidió que la opción más segura era dar media vuelta y encontrarse con Sharon en el camino, o al menos encontrar un punto con cobertura para llamarla y evitar que resbalara y quedara atrapada en la nieve.

Arrancó el motor, pero un movimiento captó su atención: la puerta de la granja se había abierto.

Entrecerró los ojos.

Becky Morton estaba en su silla de ruedas observándole.

Se frotó el bigote. Lo último que quería era asustar a la pobre mujer aparcando y luego marchándose inmediatamente. ¡Podría pensar que estaban vigilando la casa para robarla! No, mejor entrar. Seguramente tendría un teléfono fijo con el que poder avisar a Sharon.

La nieve crujió bajo sus pies al salir del coche. Este inmaculado manto blanco era mucho más profundo aquí que en Whitby. La nieve le llegaba a las espinillas. Los árboles que colgaban por encima habían protegido evidentemente la acumulación de una semana tanto de la lluvia como del sol.

Se suponía que su enfermera la visitaba a diario. Seguramente hoy tendrían dificultades, a menos que dispusieran de un transporte como el suyo.

Levantó la mano en señal de saludo mientras se acercaba.

Ella permaneció inmóvil, casi espectral en su silla.

A ambos lados del camino había dos ángeles de cerámica de tamaño natural. Sus alas cubiertas de nieve se extendían contra el cielo gris. Sus ojos ciegos y expresiones congeladas le provocaron un escalofrío.

Más cerca del umbral, un crucifijo de piedra desgastado emergía de la nieve. Sobre la puerta, una paloma de cerámica se posaba con las alas extendidas en un vuelo eterno.

Subió los escalones, sacando su identificación con una mano enguantada. Becky parecía estar construida enteramente de ángulos y bordes, con su pelo plateado severamente recogido hacia atrás de un rostro surcado por profundas arrugas. —Buenos días, señora Morton. Detective Sargento Moyes. Esperaba poder hacerle algunas preguntas.

—Como los Reyes Magos siguiendo la estrella —habló con una mezcla de sospecha e intriga—. Vienes buscando la verdad en una fría mañana.

Sin tener ni idea de cómo responder a eso, simplemente asintió y dijo: —No le quitaré mucho tiempo.

Ella entrecerró los ojos y lo estudió con creciente intensidad. —¿Es sobre Clive?

Sintiendo que el frío en sus venas se intensificaba, asintió. —En parte... sí...

—¿Te gustaría entrar a verlo, entonces?

Dio un paso atrás involuntario, el escalofrío ahora helado. —Pero Clive falleció en 1991, ¿no?

—Sí. Por supuesto. Puede que no esté aquí físicamente, pero eso no significa que no esté presente. Te reconocerá cuando entres, pero eso es bueno. Porque si él confía en ti, entonces yo también confiaré.

Reggie asintió. ¿Sería esta peculiar exhibición un intento de humor, un capricho de una mujer solitaria intentando divertirse? ¿O estaba perdiendo la cabeza?

Se decantó por lo segundo.

Esto le hizo sentir cierta compasión mientras ella giraba y rodaba hacia dentro.

No había nada de qué preocuparse aquí, se tranquilizó a sí mismo, y se sintió más ligero al cruzar el umbral, pero entonces ella se detuvo tan bruscamente que casi chocó con ella. —Perdón, señora Morton.

Ella giró su silla. —Por favor, llámame Becky. Nunca nos fue bien con las formalidades aquí. Clive dice que crean barreras innecesarias entre las almas —sonrió—. Ahora, cierra la puerta, sé un buen chico.

Reggie levantó las cejas pero hizo lo que le pedía, cerrando la puerta tras él.

76

La doctora Hannah Wright se sentaba con una postura impecable en un sillón de respaldo alto.

Al principio, había insistido en que el hijo de John, Lewis, y su hija, Rosie, estuvieran presentes para la historia, pero Frank había sido firme en su negativa. Le aclaró que esto era una entrevista policial, y la advirtió. Ella había fingido su propia muerte, y ahora era el momento de afrontar las consecuencias.

—Durante casi tres décadas y media, he sido Anais Cross. Disculpadme si a veces parezco un poco desenfocada y desorientada.

Pareces todo lo contrario, pensó Frank, estudiando a la reconocida psiquiatra infantil desde su posición en el sofá junto a Gerry. Llevaba el mismo aire de autoridad que había visto en las fotografías. Todo en ella irradiaba control: sus uñas perfectamente arregladas, su elegante cabello blanco y su elocuente elección de palabras.

—Pensé que nunca la encontrarían —. Algo destelló en sus ojos - *¿dolor, culpa?* Frank no podía distinguirlo bien.

—Un viejo silo... —Su compostura se quebró ligeramente—. Qué cosa tan horrible, horrible. Quizás es mejor que John nunca supiera eso. El dolor y la culpa que sintió ya eran suficientemente malos.

Frank todavía estaba asimilando la revelación de que John White era el padre de Sarah, aunque sabía muy poco sobre él. —Entonces, ¿desde el principio sabías que John era el padre de Sarah?

—Sí, porque se acercó a mí después de que Rory Matthews fuera encarcelado.

—¿Sarah lo supo alguna vez?

—No. Se conocieron, por supuesto, pero simplemente le dijimos que era mi pareja. Él no quería que ella lo supiera. Le gustaba que hablaran y tuvieran algún contacto; le preocupaba que si ella sabía que había sido fruto de una aventura con Margaret, se fracturara la poca relación que tenían.

Eso coincidía con lo que Margaret les había contado. John había estado feliz de dejar que Sarah creyera que pertenecía a su medio hermano, Rory.

—En los próximos meses puede que oigas mucho sobre John. Mayormente negativo, pero tenía una faceta, una cualidad que pocos veían. La bebida, las mujeres, la autodestrucción... estaban ahí. No puedo negarlo —. Tomó aire y sacudió la cabeza—. Una combinación de mi formación como terapeuta, supongo, adornada con una naturaleza algo temeraria por mi parte, me permitió ver algo en él que realmente me atraía. Sus verdaderas cualidades. Aunque si le preguntaras al pobre Lewis ahí dentro, probablemente no estaría de acuerdo. Pero siempre hubo algo en él... era un hombre apasionado, que nunca dejaba ir del todo a nadie. Siempre estaba ahí, vigilante. Manteniendo la distancia suficiente para no causar destrucción. Siempre alerta.

—Entonces, ¿estás diciendo que monitorizó la infancia de Sarah? —preguntó Gerry.

Hannah asintió. —Así como la infancia de sus otros dos hijos. Tuvo a Felix White en el 75. A Lewis, en la habitación contigua, en el 78, si mal no recuerdo. Luego, a Rosie, nuestra hija, en el 91.

—¿Dónde está Felix? —preguntó Frank.

—Desafortunadamente, murió en el 88. Meningitis. Fue terrible... simplemente terrible. John estaba en el extranjero y no llegó a tiempo. Tras un intento de suicidio, fue internado durante unos meses. Nunca se recuperó de eso. Se consideraba una especie de maldición. Pagando el precio por su estilo de vida hedonista. Para entonces, su matrimonio con Caroline estaba hecho pedazos. Ella había soportado sus comportamientos durante más de diez años.

Después de que Felix muriera, se divorciaron. De nuevo, él observaba y apoyaba a Lewis desde lejos, pero nunca realmente lo veía o hablaba con él.

Ciertamente, Frank estaba luchando por ver esas "cualidades" a las que ella había hecho referencia momentos antes. Un hombre distanciado de todos sus hijos, salvo quizás de Sarah durante un tiempo, pero ella nunca había conocido la verdad. Resolviendo sus problemas con dinero. Frank había tenido suficiente de personas así en su carrera.

Que se estuviera culpando a sí mismo, viviendo un exilio autoimpuesto, a Frank le parecía solo autocompasión y excusas. En su honesta opinión, este hombre hedonista adinerado debería haber afrontado sus responsabilidades correctamente.

Así que, Hannah, pensó, *¿cómo acabaste enredada en esta telaraña?*

Sin embargo, lo reformuló para la pregunta real. —Entonces tú y John os conocisteis justo después de que Rory fuera a prisión. ¿Cuándo fue eso? ¿1981?

Ella asintió. —Había oído hablar de mi reputación para aconsejar a niños de forma privada. Me ofreció una suma sustancial para que asesorara a Sarah. Acepté.

—¿Y lo llamaste investigación? —presionó Gerry.

—Sí, pero tenía que ser así. Él no quería que su nombre apareciera vinculado a la financiación. Así que afirmé que era pro-bono y para investigación...

—¿Y su madre, Margaret, no sabía nada de este arreglo? —preguntó Frank.

Negó con la cabeza. —Simplemente visitaba a Sarah en la escuela y luego ofrecí mis servicios a Margaret de forma gratuita. La historia de Sarah era trágica. Nadie cuestionó mis motivos. John financiaba los costes de todo, incluidas las clases de equitación —. Su voz se suavizó—. Era su manera de intentar ser su padre desde una distancia segura. Sabía que su bienestar emocional era pobre, y creía que podía ayudarla a través de mí.

—¿Y cuándo te enamoraste de él? —preguntó Gerry.

La brusquedad hizo que Hannah se estremeciera. —No inmediatamente. Pero nos fuimos acercando más y más a medida que yo le informaba. Vino a algunos espectáculos ecuestres conmigo. Nos llevábamos bien... vi la bondad en él...

—¿John hizo que mataran a Rory Matthews en prisión? —preguntó Gerry bruscamente.

Frank miró a su colega; era una pregunta aún más impactante.

—No lo sé —dijo Hannah suavemente.

—¿Pero no lo niegas? —preguntó Frank.

—Simplemente estoy diciendo que no lo sé. Y no hablaré en su nombre. No sería correcto.

—¿Entonces tienes sospechas? —preguntó Frank.

—Por favor, DCI Black, no me siento cómoda especulando.

Él sospechaba que era el caso. Rory había sido un hombre peligroso. John era un hombre rico que tenía una hija que había sufrido abusos. Habría tenido conexiones poderosas. Las piezas encajaban con una precisión incómoda.

Aun así, lo dejó por ahora; esta no era su prioridad.

—¿Has dicho antes que John siempre actuaría en el mejor interés de Sarah? —dijo Gerry.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se quedó al margen mientras tú le pedías que dejara su trabajo contigo en 1989?

La brusca inhalación de Hannah resonó en la habitación silenciosa. —Seamos claros: yo amaba a Sarah. Era como una hija para mí. Y no solo porque su padre fuera mi pareja, sino por el tiempo que había pasado con ella. Años y años en su recuperación. Nunca estuve más cerca de una paciente. Y, además, debes saber que era compasiva, cariñosa, ¡y nada parecida a la criatura salvaje que algunos otros pintaban!

Frank asintió. A diferencia de John, estaba completamente de acuerdo en eso: Sarah había sido compasiva, y había sufrido, de muchas maneras.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Hannah, su compostura quebrándose aún más. —Tommy Reid. Era como un veneno para ella. Después de la primera vez, ¿quién hubiera

pensado que cometería el mismo error? Pero la gente lo hace, ¿verdad? Repite sus errores. La segunda vez, sin embargo, ya no me escuchaba más. Para nada. John y yo lo discutimos. Juntos, pensamos que si la impactábamos alejándola, pronto entraría en razón. Volvería con nosotros... —Su voz se quebró—. Nunca imaginamos...

—¿Sabías quiénes eran Peter y Donna Watson? —preguntó Frank.

Negó con la cabeza una vez más.

—Entonces —presionó Frank—, ¿nunca te habló del guardia de seguridad que la ayudó? ¿Su amistad con la pareja, a quienes llegó a ver, bueno, en un papel parental?

Todavía negando con la cabeza, miró hacia abajo.

Frank explicó el trasfondo de Peter y Donna.

Ella se tomó un momento para procesarlo y luego levantó la mirada. —Me alegra que la hicieran feliz por un tiempo, y viceversa, pero no sabía nada de eso. Pero esto no es sorprendente. Para nada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Frank.

—Era muy compleja. De hecho, fue la niña más compleja que jamás traté. Su manera de compartimentar era casi sin precedentes, al menos en mi experiencia. Era capaz de mantener tantas facetas de su vida separadas, de evitar que se entrelazaran. Al principio de su terapia, jugué con la posibilidad de que tuviera un trastorno de identidad disociativo, ya sabes, diferentes identidades y vidas. Quiero decir, ¿cómo podría hacerlo tan efectivamente? Había crecido bajo un padre abusivo. El trauma la había fracturado. La había llevado a llevar vidas secretas.

Obviamente, ese no resultó ser el caso, pero no me sorprende enterarme de cosas que no sabía. No me contaría sobre sus experiencias con Tommy Reid. Ciertamente no sabía nada de Peter y Donna. Nunca me habló siquiera de su poesía; eso solo lo descubrí por su madre.

—¿Alguna vez habló de Stephen Walker?

—¿Su director? No. Pero muchos de los adultos jóvenes que he tratado hablaron de él. Por lo que cuentan, un hombre maravilloso.

Solidario y amable. Como dije, nunca leí ni un solo poema que escribió, a pesar de formar parte de algún club de poesía con él. Deseaba tanto leer esos poemas. Desde el primer día, le dije que quería que me tratara como un diario. Que volcara todo en mí. Me hizo pensar que lo estaba haciendo, pero como dije, pronto se hizo obvio que no me estaba dando mucho.

Frank pensó en los poemas de Sarah, cada uno una faceta diferente de una vida fracturada: las relaciones secretas con Peter y Donna Watson, el embarazo oculto, la búsqueda desesperada de conexión. ¿Cuántas versiones de sí misma había creado para sobrevivir? ¿Cuántas máscaras había usado antes de su terrible final?

—Supongo que los poemas están con su madre —preguntó Hannah.

Se presentó como una pregunta, pero Frank decidió no contestarla. Aún no estaba seguro de su posición respecto a Hannah. ¿Por qué había fingido su propia muerte?

Al darse cuenta de que no iba a recibir respuesta a su pregunta, pasó directamente a otra. —¿Dices que fue Donna Watson quien conducía aquel Fiesta rojo?

Frank asintió.

—Sabes, John gastó una fortuna en esos años cuando ella desapareció. Siguiendo cada pista, cada rumor relacionado con ese Fiesta rojo. Juró no detenerse nunca. No desestimarlo nunca como una declaración falsa de un testigo borracho.

Si solo hubiéramos adoptado esa postura en aquel entonces, pensó Frank.

—Obviamente, se detuvo una vez que supimos con certeza que Sarah estaba muerta. Quiero decir, no tenía sentido continuar, ¿verdad?

Frank entrecerró los ojos. —Espera... ¿me he perdido algo? ¿Cómo lo supisteis? Un momento, ¿sabes quién lo hizo?

—Pues sí, claro, ¿tú no?

Frank negó con la cabeza.

—Lo siento, DCI, supuse que ya lo sabías. Quiero decir, ¿cómo habrías encontrado a la pobre Sarah si no?

—El silo fue derribado por un conductor temerario —dijo Frank—. Solo recientemente nos enteramos del Fiesta rojo.

—Oh, ya veo, no soy de por aquí. Supuse que cuando me dijiste que Sarah fue vista por última vez cerca de la propiedad de los Morton, huyendo del coche de Donna, seguramente habrías hablado con Becky Morton. Y ella debe haberte dicho que él había puesto su cuerpo en el viejo silo. De ahí cómo la encontrasteis...

—Perdona, rebobina... ¿Él? ¿Clive Morton?

Asintió. —Al cien por cien.

Frank y Gerry intercambiaron una mirada, antes de que él volviera a mirar a Hannah. —¿Cómo sabes que fue él? —preguntó Frank.

—*Él me lo dijo.*

77

Becky Morton jugueteaba con un crucifijo de madera que llevaba al cuello. El collar tenía muchas cuentas de rosario. Mientras sus dedos trabajaban, una pulsera de plata en su muñeca reflejaba la luz de la mañana temprana que penetraba por las pequeñas ventanas, enviando destellos que bailaban por las paredes. Debido a la naturaleza religiosa y gótica de la habitación, Reggie no pudo evitar comparar aquellos destellos con almas inquietas atrapadas.

Ella le ofreció té, pero un cuadro gráfico de la crucifixión había captado su atención.

—Ese es *Cristo con la cruz a cuestas* de Hieronymus Bosch —dijo Becky, siguiendo su mirada.

Reggie tragó saliva y asintió. Los rostros torturados del cuadro parecían observarle, su agonía congelada en óleos y tiempo. Su estómago se retorció ante aquella visión. Tragó con fuerza y rechazó la bebida.

—El de al lado era el favorito de Clive. *La tentación de San Antonio*.

Reggie observó un paisaje infernal poblado por demonios y almas torturadas, y se le heló la sangre. ¿Cómo podría alguien vivir rodeado de una representación tan visceral del sufrimiento? ¿Y dónde estaban los adornos navideños?

Algo perturbado, le preguntó sin pensarlo siquiera:—Eres muy religiosa, Becky. ¿Dónde está el árbol de Navidad?

—El árbol de Navidad representa un compromiso espiritual. ¿No has leído a Jeremías?

Reggie negó con la cabeza.

—"Porque las costumbres de los pueblos no valen nada; cortan un árbol del bosque, y un artesano lo trabaja con su cincel. Lo adornan con plata y oro; lo aseguran con martillo y clavos para que no se tambalee". Escribió esto antes de la popularidad de los árboles de Navidad. Una advertencia divina desatendida.

Reggie asintió lentamente, sin saber qué pensar. —Ya veo. ¿Entonces no celebras la Navidad?

—Un profundo engaño espiritual que me aflige profundamente. Los primeros cristianos no celebraban el nacimiento de Cristo. Descubrí en mis lecturas que el emperador romano Constantino eligió deliberadamente el 25 de diciembre. Las autoridades eclesiásticas lo utilizaron para ayudar a convertir a los paganos, haciéndolo coincidir con sus festivales del solsticio de invierno, particularmente las Saturnales y la celebración del cumpleaños del dios sol Sol Invictus.

—Ya veo. —Realmente habría preferido tener a Sharon junto a él ahora, lo que le recordó... —¿No podría usar su teléfono fijo?

—Desconectado —dijo ella—. No pagué mis facturas. Entonces, ¿qué le gustaría saber?

Sobre su hombro había una estatua de madera de un hombre acribillado con flechas, su expresión agonizante inquietantemente realista bajo la luz cambiante. Junto a ella, una especie de pequeño altar: una colección de fotografías rodeadas de velas parpadeantes y flores marchitas.

Se acercó para verlo mejor.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Un santuario.

Para Clive Morton.

Ella siguió su mirada nuevamente, con expresión indescifrable. —Es mejor cuando las flores están frescas. Candice las trae.

—¿Su enfermera?

—Sí. Y velas nuevas.

—¿Puedo? —Asintió para indicar que le gustaría observar más de cerca.

La mayoría de las imágenes mostraban a Clive trabajando en varios jardines. Parecía entusiasmado, en paz. Su inmersión en la naturaleza parecía sentarle bien. Todo un contraste con los informes de Riverside College sobre intimidación y comportamiento depredador.

Había un primer plano de su rostro. La luz de las velas hacía que su cara cambiara. Parecía oscilar entre lo inocente y lo siniestro, como si no pudiera asentarse en una única verdad. Después de un minuto, se dio cuenta de que estaba quedando hipnotizado y se obligó a apartar la mirada.

—Nunca dejo que las velas se apaguen —dijo Becky—. Y arderán hasta que ya no pueda encender ninguna. —Observó una caja junto al santuario, que estaba llena de velas—. Cuando ya no estén ardiendo, entonces volveremos a estar juntos.

Notó un bidón de gasolina cerca de las velas. Señaló hacia él. —Eso puede ser peligroso.

—Está vacío... Ya no conduzco. Lo uso para poner agua para las flores.

Se volvió y la miró. Quería observar su rostro mientras le comunicaba el motivo de su visita. —¿Se ha enterado de lo que ocurrió con el viejo silo cerca de aquí?

Ella negó con la cabeza. —No. Candice no ha podido venir durante unos días. Ella es mi única fuente de conocimiento.

—Ha sido destruido. Unos jóvenes chocaron contra él.

—¿Están bien?

—Sí, pero el silo tendrá que ser derribado.

—Ya veo.

—Bueno, aún no es de conocimiento público, señora Morton, pero había un cuerpo dentro.

Ella giró su cruz mientras observaba a Reggie, sin parpadear. —Qué horrible.

—Sí, han identificado el cuerpo como el de Sarah Matthews. ¿La conocía?

Un fragmento de luz se reflejó en la pulsera de plata y deslumbró a Reggie. —No personalmente. Pero *sé* de ella. Sé que desapareció.

Se protegió los ojos. —Sí, en octubre de 1989.

—Qué terrible... y hace tanto tiempo. Era joven.

—Sí, veintidós años.

—Tan joven.

Reggie asintió, todavía protegiéndose los ojos de los destellos de luz.

—"Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado".

—¿Otra vez Jeremías? —preguntó Reggie.

—No. Eclesiastés, capítulo 3, versículo 2.

Señaló hacia las imágenes de Clive en el jardín. —Le encantaba la jardinería.

—Más que cualquier cosa. Siempre estaba en paz allí. Los jardines son el lienzo de Dios, y nosotros, Sus humildes pinceles.

Una fotografía en particular llamó su atención: Clive de pie, orgulloso, en los terrenos de Riverside College, su pose a la vez gentil e imponente. Señaló. —Háble me de su época allí.

—Ya veo adónde va esto —dijo Becky—. Primero, hablamos sobre los restos de una chica, y luego hablamos de las viles mentiras que se dijeron sobre él.

—Es importante que cubramos todos los ángulos —dijo Reggie—. ¿Qué sabe sobre las denuncias?

Ella asintió. —Acabo de decirlo. Viles. Escuche con atención. "Hay seis cosas que el Señor odia, siete que le son detestables: los ojos altaneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que maquina planes perversos, los pies que corren presurosos hacia el mal, el testigo falso que esparce mentiras y el que siembra discordia entre hermanos". Escuche ese proverbio, y tendrá mi respuesta.

—¿Pero por qué mentirían esas chicas? —preguntó Reggie—. Algunas de ellas se sintieron intimidadas.

—Porque raramente las personas son tan amables... tan serviciales... tan altruistas. Cuando la gente ayuda, puede desconcertar. Le aseguro que él quería ayudar... eso era todo lo que siempre fue. Y lo convirtieron en odio. Escuche a Mateo. "Se apoyan en argumentos vacíos, pronuncian mentiras; conciben problemas y

dan a luz al mal... Sus pensamientos son pensamientos malvados; la ruina y la destrucción marcan sus caminos. No conocen el camino de la paz; no hay justicia en sus sendas. Las han convertido en caminos torcidos; nadie que ande por ellos conocerá la paz".

Reggie respiró hondo. —No quiero molestarla, señora Morton, pero parte de lo que él dijo fue inapropiado. Comentó sobre la longitud de sus faldas.

—¡Les advirtió! ¿Cómo puede ser inapropiado dirigir a los jóvenes lejos de la confraternización, educarlos sobre la dignidad, para que no se destruyan con la fornicación?

A Reggie se le erizó la piel ante su tono despreocupado. Este era un argumento que no ganaría.

—Ofreció sus palabras con amabilidad. Yo conocía a mi marido —continuó—. Siempre. Si piensa que está involucrado en la muerte de esta chica, está equivocado. Él conocía las "manos del mal que derraman sangre inocente", ambos las conocíamos. El mal proviene de aquellos que agitan los rumores y las mentiras.

Reggie asintió. —Señora Morton, su marido trabajó para la doctora Hannah Wright entre 1989 y 1991. ¿Es correcto?

Ella asintió.

—Ahora, Sarah Matthews también trabajaba allí como enfermera en 1989. Sus caminos se habrán cruzado. ¿Sabe algo sobre eso?

—Él cuidaba el jardín de Hannah.

—Sí, lo sé, pero ¿sabe si había alguna relación entre...

—¡Relación! ¡Otra vez! Derramando mentiras, acusaciones...

Suspiró para sus adentros. Sentía que esto era bastante inútil. Además, la estaba alterando, y ella no parecía gozar de buena salud. Decidió que haría un par de preguntas más y luego daría por terminado el día. Si Frank quería seguir con esto, podría hacerlo él.

—¿Cómo se sintió cuando su marido murió en la casa de Hannah Wright?

—¿Cómo cree que me sentí?

—Lo siento, eso no es lo que quería decir. ¿Estaba enfadada por lo que había sucedido?

—Si cree que estoy enfadada por la muerte de mi marido, no ha estado escuchando todo lo que he estado diciendo.

Reggie asintió. Obviamente se refería a sus creencias religiosas. —¿Por qué cree que estaba dentro de su casa?

—Pensé que era obvio. ¿No llegó a la misma conclusión la investigación? Estaba tratando de ver si ella tenía una fuga de gas, tal vez incluso arreglarla... tomó la decisión equivocada, pero entonces, las personas que ayudan, que están desesperadas por ayudar y sanar sin importar la situación, a veces harán eso... Me gusta pensar que he ayudado, pero sabes, ahora estoy cansada, y siento que si tienes más preguntas, preferiría que fuera otro día y... —Volvió a juguetear con su cruz—. Tal vez, ¿con alguien más aquí? ¿Candice, quizás? No puedo evitar sentir que hay presión aquí... presión para condenar... —miró hacia el santuario de su marido— a la persona más preciada que jamás he conocido.

La habitación se sentía más pequeña con cada momento que pasaba. Los santos sufrientes en las pinturas parecían ahora más cercanos a él, de alguna manera. Lo último que quería era lidiar con una queja. Además, estaba solo con ella. Sus palabras les obligarían a investigar lo que fuera que ella dijera. —Me marcharé, señora Morton. Gracias por su tiempo.

Ella sonrió y retorció su crucifijo. El collar se rompió de repente, y las cuentas del rosario cayeron. Él siguió su descenso, observando cómo se dispersaban y rebotaban.

—Permítame —dijo Reggie, arrodillándose para recogerlas.

El silencio presionaba contra sus oídos mientras gateaba, recogiendo cada una. Finalmente, a un metro de ella, levantó la vista y extendió su mano llena de cuentas.

Ella extendió la mano...

Vio la pulsera de plata de cerca.

Reach for the stars.

Un frío terror inundó sus venas.

Se dio cuenta de que sus ojos ya se habían agrandado, y luego se dio cuenta de que se había quedado congelado y había mirado demasiado tiempo.

Con cuidado, colocó las cuentas en la palma extendida de ella y se puso de pie, estabilizándose.

—Gracias —dijo ella.

Luego miró hacia su santuario, sonrió a Clive, y luego volvió a mirar a Reggie.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Sin señal en el móvil. Sin teléfono fijo. Sin Sharon ni respaldo. Si le preguntaba directamente cómo había conseguido esa pulsera que podría haber pertenecido a Sarah antes de marcharse.

¿Suicidio?

Era mayor, tenía poco que perder, y parecía decidida a proteger la memoria de su marido. ¿Dejaría finalmente que esas velas se apagaran?

Mejor intentar salir de allí. Alertar a Frank y a todos en cuanto pudiera y hacer que la invitaran a la comisaría para una conversación. —Bien... gracias, señora Morton. Ha sido de gran ayuda. Gracias por hablar conmigo.

—Gracias a usted.

Reggie se movió hacia la puerta, los rostros pintados de los condenados observando su retirada.

—Sin embargo, hay algo... —dijo ella.

Sintió como si su corazón se hubiera detenido en su pecho. —¿Sí?

—Algo de lo que no hemos hablado.

Se giró lentamente. Ella sabía que él había visto la pulsera.

Estaba frotando las cuentas del rosario entre sus palmas, la pulsera de plata —*la pulsera que una vez podría haber pertenecido a Sarah Matthews*— deslizándose arriba y abajo por su muñeca, captando la luz.

—Y esta podría ser su única oportunidad de escucharlo —dijo.

En ese momento, rodeado de imágenes de sufrimiento e iluminado por la luz danzante de las velas, Reggie se dio cuenta de que este lugar podría ser tanto un santuario al infierno como al cielo.

78

La luz de la mañana iluminaba el rostro de Hannah Wright. El silencio en la habitación era denso, como la acumulación de hielo en las ramas.

Frank se inclinó hacia delante en su silla, sus articulaciones protestando por el movimiento.

Ella sostuvo su mirada con la compostura serena de alguien que había pasado toda una vida analizando las verdades de otros mientras guardaba las suyas. Detrás de su fachada profesional, Frank detectó algo que reconocía de innumerables entrevistas: el peso de un secreto finalmente listo para ser revelado.

Detrás de ella, vio el inicio de una intensa nevada a través de la ventana.

—Fue mi error —dijo Hannah—. Creía sinceramente que Clive era inofensivo. Las acusaciones que le hicieron aquellas estudiantes de Riverside me parecían tan exageradas. Él me convenció de que solo intentaba ayudarlas. A la mejor amiga de su madre la habían violado y asesinado cuando él era más joven, y ella siempre le había inculcado a su hermana mayor que debía ser respetable y comportarse bien para no atraer la atención masculina. Era poco convencional, sí, advertirles sobre su forma de vestir y algunos de sus comportamientos, alegando que podrían meterlas en problemas. Sin duda era muy inapropiado y pudo haberse interpretado como amenazante, pero para mí, Clive simplemente parecía carecer de un filtro debido a múltiples dificultades de aprendizaje, y parecía

hacerlo desde una naturaleza altruista. Vi bondad en él, inocencia, vulnerabilidad. No podría haber estado más equivocada. Todavía, por más que lo intento, no puedo entender cómo logró engañarme tan eficazmente. A veces, cuando miro atrás, temo que fue por soberbia. Que simplemente no podía estar equivocada, e ignoré algunas señales. —Hannah giró ligeramente en su silla, su mirada desviándose hacia la ventana. Su voz adquirió un tono distante, como si estuviera recitando una historia que había ensayado innumerables veces en su mente, aunque esta podría ser perfectamente la primera vez—. Fue un par de años después de su desaparición. En el 91. John estaba aún más destrozado entonces. Había perdido a dos de sus hijos y parecía cada vez más frágil. En cierto modo, eso mejoró nuestra relación. Su tendencia a desaparecer por negocios y "aventuras" con su ojo errante disminuyó. Dependía de mí, me necesitaba más, casi como una muleta. No, no era bueno para él, pero significaba que podía mantener a raya sus tendencias autodestructivas. Quería creer que teníamos un futuro, aunque sabía, en el fondo, que sus viejos hábitos regresarían algún día.

Presionó sus dedos perfectamente manicurados contra sus sienes. —Clive llevaba con nosotros poco menos de un año. De nuevo, en todo ese tiempo, no vi nada que sugiriera que tenía una naturaleza insidiosa. Sí, su vocabulario limitado e inteligencia a menudo le llevaban a decir lo incorrecto, como mencioné antes, especialmente cuando ofrecía consejos o comentaba sobre los comportamientos y la tristeza de las jóvenes que venían a verme, pero hablábamos de ello, y él escuchaba, y realmente creía que estaba mejorando. Dios, pensar en lo que hizo aquella noche de octubre.

Frank vio la primera lágrima correr por su rostro.

—¡Si lo hubiera sabido! ¡Tendrías que haberlo visto! Estaba en el jardín, cariñoso con los animales, gentil en sus tareas cotidianas. Llevaba una cámara y tomaba fotografías de la fauna, conejos y mariposas. Cómo adoraba las malditas mariposas. Algunos de mis pacientes que venían a verme lo veían trabajando y comentaban lo feliz que parecía... lo gentil. Un hombre en su elemento. Se le indicó

que no hablara con ellas y, en su mayor parte, seguía esta regla. —Su voz se endureció con auto-recriminación—. Qué tonta fui. —Se volvió hacia Frank, sus ojos agudos con una necesidad desesperada de ser comprendida.

Frank quería tranquilizarla, pero al no conocer todo el desenlace, sintió que era demasiado pronto para juzgar, así que ofreció un rápido asentimiento para que continuara.

Su mirada volvió a la ventana. Fuera, la nieve caía con más intensidad. —Un día Clive se acercó a Marie, una de mis pacientes. Le dijo que era mejor que luchara contra los sentimientos que tenía hacia amigas cercanas. Que podría afectar su felicidad. No solo era inapropiado, sino ¿cómo podía saberlo? Debió haber estado escuchando en mi puerta o examinando mis archivos. Su alfabetización era pobre, así que supuse lo primero. —Un músculo se crispó en su mandíbula—. ¿Sabes lo que le dijo a Marie? Le dijo que era como una mariposa que no podía ver sus propios colores hermosos, confundiéndose con una polilla. ¡Una forma tan poética de entregar semejante veneno! Obviamente, planeaba despedirlo. Era imperdonable. —Tragó saliva y retorció sus dedos en su regazo —. Nunca tuve la oportunidad...

—¿Qué sucedió? —preguntó Frank.

Hannah tomó un respiro tembloroso. —Todo. Y muy rápido. Era el 2 de marzo. John regresó temprano e inesperadamente de un viaje. Encontró a Clive presionado contra la puerta de mi despacho, escuchando. Esperó hasta que mi paciente se fuera y luego lo arrastró hacia mí. Al principio, estaba enfadada con John y le dije que soltara a Clive.

—Sí, quería que se marchara, pero todavía lo consideraba un hombre confundido y vulnerable. No iba a tolerar que lo maltrataran. John lo soltó, pero entonces Clive comenzó a dar vueltas, murmurando, teniendo algún tipo de colapso nervioso. Parece que el trato brusco había despertado algo en él. —Sus manos temblaban, el movimiento captando la atención de Frank. Arrugó el rostro—. Se deshizo frente a nosotros. Despotricando sobre la naturaleza y la pureza. Retórica religiosa, descubrimos después, posiblemente de su esposa excesivamente religiosa, Becky, brotaba de él. Pecado y

maldad, purificación y salvación. Sus palabras se volvieron más confusas, más desesperadas. Cuando le dije que abandonara la propiedad, pareció colapsarse sobre sí mismo... —Presionó los dedos contra sus sienes, como tratando de contener el recuerdo—. Desesperado, llorando, insistiendo en que solo quería ayudar a estas chicas "frágiles". Limpiarlas. Sanarlas. Era tan lastimoso, pero al mismo tiempo, tan siniestro. Recuerdo sentir náuseas, pánico. ¿Qué había traído a mi casa? Esa fue mi soberbia. Mi inquebrantable creencia de que era incomprendido. —Su voz se quebró con las palabras. Miró por la ventana la nieve que caía en espiral, recuperando la compostura y luego dijo—: John lo agarró, lo empujó hacia la puerta. Lo llamó asqueroso...

Las lágrimas corrían más libremente por sus mejillas ahora, cortando a través de su maquillaje perfecto. —Lo siento.

—Tómate tu tiempo —dijo Frank, aunque el deseo de conocer el desenlace bullía ferozmente dentro de él.

Ella respiró profundamente varias veces.

A su lado, Frank notó que Gerry tomaba notas frenéticamente. —Y entonces simplemente bajó la cabeza y se quedó inmóvil frente a nosotros. Como si se hubieran agotado sus baterías o algo así. John lo estaba agarrando de nuevo, forzándolo hacia la puerta, y fue entonces cuando las fotografías se cayeron de su bolsillo.

Miró hacia abajo con horror como si estuviera reviviendo el momento.

—¿Fotografías?

Ella asintió, las lágrimas corriendo por su rostro. —Trece chicas. Como trofeos. Afirmaba que podía tener éxito donde yo había fracasado. Dijo que podía purificar y limpiar.

Dios mío, pensó Frank. —¿Quiénes eran las chicas?

—Mis pacientes... todas mis pacientes. El hombre no era inofensivo. El hombre estaba lejos de ser inofensivo. De esas trece, doce eran pacientes actuales... y todavía estaban vivas, gracias a Dios... pero... las cosas que había escrito en el reverso de sus fotografías. Palabras como: *Licenciosa, homosexual, disoluta, impía, idólatra, desafiante*. Estaba definiendo sus problemas, o identificando los pecados que creía que las afligían, todo a partir de

la información que obtenía escuchando mis sesiones con estas pobres chicas.

Frank tomó un largo respiro, sabiendo lo que necesitaba preguntar y cuál sería la respuesta. —Doce pacientes. ¿Y la decimotercera fotografía?

Ella lo miró fijamente. —Ya lo sabes. Sarah.

Frank sintió que sus entrañas se revolvían. —¿Y qué había escrito en el reverso de su fotografía?

—*Descarriada*.

Frank bajó la cabeza. Su mente vagando de vuelta a ese momento en el silo cuando la miró por primera vez, cuando pensó para sí mismo.

Quiero conocer a la verdadera tú.

Y ahora te conozco, Sarah, y no eras descarriada. Perdida, quizás, por un tiempo, sí... necesitabas orientación, que obtuviste, pero eras creativa, amable y forjaste relaciones significativas en tu vida. Clive no conocía a la verdadera tú. Resumirte en una sola palabra.

Impensable.

Volvió a levantar la mirada. —¿Qué pasó después, Hannah?

—John agitó la fotografía frente a él, y nunca olvidaré las palabras que usó ese monstruo: "Lo intenté. Realmente lo intenté. Deseaba tanto que fuera pura. Que estuviera limpia." Y entonces John simplemente perdió el control. —Se llevó una mano a la cara y lloró.

Apenas sorprendente, pensó Frank, su mente dando vueltas.

Frank decidió darle un momento para recomponerse, pero Gerry no fue tan paciente. —¿John mató a Clive?

Hannah levantó la mirada y miró fijamente a Gerry, con el delineador corrido por la cara. —No, querido...

79

A SU ALREDEDOR, almas torturadas parecían desprenderse de sus marcos, hambrientas de verdad.

Los dedos de Becky continuaban pasando las cuentas del rosario entre las palmas de sus manos sobre una manta de punto. La pulsera de plata seguía enviando destellos de luz por las paredes. —Te mostraré la verdad.

—Simplemente dímelo.

—Un siervo no puede ser corregido con meras palabras; aunque entienda, no responderá.

Dejó caer las cuentas del rosario sobre la manta de punto y pasó con su silla de ruedas junto a él.

Él sabía que debería marcharse. Tendría que conducir hasta el pueblo para tener cobertura y organizar refuerzos.

Pero podría haber pruebas directas que vincularan a Becky, y a Clive, con la muerte de Sarah. Si se marchaba ahora, ¿cuántas pruebas sobrevivirían hasta su regreso? ¿Y sobreviviría ella siquiera? Sabiendo que el juego había terminado, podría acelerar su salida.

—Debe saber que otros están en camino —mintió—. No le conviene tomarme por tonto.

—Tengo ochenta y cinco años —siseó mientras salía de la habitación con su silla—. ¿Qué podría hacer yo?

A veces, la verdad exigía riesgos. Y para ser justos, este parecía casi minúsculo.

—De acuerdo, entonces, yo empujaré —dijo, siguiéndola y tomando las asas de la silla.

Los tablones de madera del pasillo crujían bajo ellos, cada paso resonando con un peso ominoso y antiguo, como aquellas imágenes brutales y torturadas. —Justo ahí, debajo de las escaleras. Esa puerta.

—De acuerdo.

La edad había dejado cicatrices en la madera, su superficie llevaba la pátina de innumerables manos y secretos.

—Suficiente —dijo ella.

Él soltó las asas y dio un paso atrás, posicionándose cuidadosamente. A pesar de su edad y fragilidad, seguía viéndola como una serpiente enroscada.

Ella giró su silla para enfrentar la puerta, el movimiento preciso a pesar de su aparente debilidad, luego levantó sus dedos temblorosos para girar una llave. El mecanismo de la cerradura gimió como algo que despertaba de un largo sueño. Giró el pomo y luego retrocedió con su silla usando una mano, intentando abrir la puerta. No pudo. Se detuvo contra la pared del pasillo, recuperando el aliento. —Está atascada.

Observándola por el rabillo del ojo, él se inclinó y abrió la puerta. La abrió de un tirón con un gemido de bisagras oxidadas. Una bocanada de aire viciado salió.

—¿Ve el cordón de la luz?

Él lo jaló y las sombras bailaron cuando una única bombilla parpadeó hasta encenderse.

Miró los desgastados escalones y no pudo evitar resoplar. —¿No esperará realmente que baje ahí?

Su voz llevaba esa mezcla de fragilidad y acero que le ponía la piel de gallina. —Puedo caminar, con su ayuda. Estas piernas no son completamente inútiles todavía. Ayúdeme a levantarme, y caminaré delante de usted. Puede darme apoyo desde atrás... ¿cómo le suena?

Ridículo, pensó. —Este no es el enfoque correcto...

—Como quiera —Una sonrisa tocó sus labios, fría como la escarcha del cementerio—. Siempre pensé que los detectives eran

gente curiosa.

—Preferiría que simplemente me lo dijera.

—Mejor esperamos a que vengan sus amigos.

Pero no vendrían. Sharon nunca atravesaría esa nieve.

Pensó en el rostro agonizante de Cristo en la pared del salón, las flechas sobresaliendo de la figura, y esos ángeles cubiertos de nieve. Tantas imágenes fragmentadas y oscuras. No era de extrañar que cada instinto le gritara que abandonara esto...

Si no fuera por esa maldita pulsera... —Simplemente dígame cómo consiguió la pulsera.

—No.

¡Por el amor de Dios!

Pensó en Frank si lo estropeaba y ella moría con la verdad. *¡Maldita sea, Reggie! Tienes valor para llevar ese horrible bigote, ¿pero no para echar un vistazo a lo que una mujer de ochenta y cinco años que apenas puede caminar quiere mostrarte?*

La miró de nuevo. ¿Tendría siquiera fuerza en los brazos y las manos para usar un arma, incluso si tuviera la oportunidad de coger una?

Contrólate, se dijo a sí mismo.

—De acuerdo, pero usted primero. —Mantuvo una distancia igual entre Becky y los escalones. No tendría mucha fuerza para empujar, pero mejor ser precavido. Le ofreció su mano.

—Gracias. —Sus dedos estaban helados.

Ella gimió cuando él sostuvo su peso, y se levantó.

Pero entonces, a medio camino, la maldita manta se deslizó de su regazo, y las cuentas del rosario se dispersaron.

¡Mierda!

Sonaron como el traqueteo de huesos quebradizos. No iba a recogerlas de nuevo, no en la situación actual.

—Espere... —dijo ella, tragando aire—. Pare...

Él soltó su mano, y ella se hundió de nuevo en la silla.

Su respiración llegaba en jadeos entrecortados, con la mano presionada contra su pecho bajo la chaqueta. —Eso fue más difícil de lo que pensaba... —Tosió y resolló por un momento—. Estos viejos huesos...

—¿Está bien?

—Me estoy recuperando.

—¿Deberíamos dejar...

Su mano se extendió de nuevo con sorprendente rapidez.

—De acuerdo. —Reggie tomó su mano—. Un último intento... ¿vale? Preparada...

Desplazó su peso, confiado en su fuerza y en que tenía el control. Seguía manteniendo un ojo en la precaución, pero nunca había carecido de orgullo.

Y aunque el orgullo era el antiguo enemigo de la sabiduría, podía manejar a una frágil anciana...

Un dolor repentino y agudo debajo de su pecho le hizo estremecerse. Por un breve segundo, el pánico por un ataque al corazón creció dentro de él. Pero entonces sus ojos vieron la hoja en la mano que no estaba sosteniendo.

¡Mierda! ¡La había tenido escondida bajo esa manta!

Soltó su mano, y el dolor rápidamente se intensificó. Estaba justo debajo de sus costillas en la parte superior del abdomen.

Instintivamente, retrocedió para que no pudiera golpear de nuevo.

Sintió que su pie rodaba sobre algo.

Las cuentas del rosario.

Entonces, todo estaba girando. Chocando y golpeándose contra la piedra. El dolor floreció por todo su cuerpo.

Gimiendo al pie de las escaleras, miró hacia arriba a la silueta de Becky encorvada en una silla de ruedas.

El dolor era intenso.

¿Qué había permitido que sucediera?

—No me sacará de mi hogar —dijo ella hacia el frío sótano—. Necesito estar aquí cuando esas velas se consuman. Le dije lo importante que era eso. Cuando las velas ya no existan, podremos estar juntos de nuevo. No debería haber venido. Se habría ido de aquí, difundiendo más mentiras. Él intentó ayudar a Sarah. Purificarla. Y usted habría iniciado algo nuevo. No es inocente, Inspector Moyes. No es inocente en absoluto. Y este sacrificio será justo. "Entonces pisotearéis a los malvados; serán ceniza bajo las

plantas de vuestros pies el día en que yo actúe", dice el Señor Todopoderoso.

La puerta se cerró.

El mecanismo de la cerradura gimió.

Se agarró el estómago y miró la sangre en sus manos, la vio brillar en la luz parpadeante.

Ceniza bajo las plantas de vuestros pies.

Pensó en las velas... y en el bidón de gasolina.

Ceniza.

Luego, pensó en las velas consumiéndose, todo yéndose a la oscuridad.

Y entonces se sintió moviéndose hacia esa negrura.

80

—Como dije —continuó Hannah—. El cabrón estaba tomando fotos de mis pacientes mientras esperaban en mi propiedad para sus citas. ¡Y con la cámara que usaba para sus mariposas, además! Era siniestro. Se sentía... maligno. Así que, ver una foto de Sarah, con su uniforme de enfermera, combinada con la palabra *descarriada*, volvió a John completamente loco. Sinceramente pensé que iba a hacer pedazos a Clive allí mismo. En vez de eso... —Tragó con dificultad, su garganta claramente luchando contra el recuerdo.

—Pero entonces John salió disparado de la habitación, sin motivo, sin explicación. Simplemente huyó. No lo entendía, y me quedé allí preguntando a Clive por qué había tomado las fotografías. Y me dijo: "Para ayudarlas, para limpiarlas, para salvarlas". —Miró fijamente a Frank y luego a Gerry—. ¿Qué demonios era ese tipo? —Sus dedos se retorcían como pálidas serpientes—. Entonces, John regresó con un cuchillo de cocina. Apenas podía reconocerlo en ese momento. Sus ojos... Dios, sus ojos. Seguía apuntando con la hoja a Clive, provocándole. —Tragó con fuerza—. Exigiendo saber dónde estaba Sarah. ¡Las cosas con las que John le amenazaba! *Dios.* Dijo que cortaría a Clive en pedazos, que le sacaría los ojos. Puedo ver la cara de John ahora. Salvaje, descontrolada. No creo que fueran amenazas vacías.

—Pero Clive simplemente seguía sonriendo, hablando de Sarah como si fuera una de sus preciosas mariposas.

—¿Alguna vez los había visto interactuar antes? ¿A Sarah y a Clive? —preguntó Gerry.

—¡Por supuesto, ella era la enfermera en mi casa! Le caía bien. Hablaba con Clive sobre el jardín, sobre sus mariposas. Sarah hablaba de él con cariño. Quizás ella realmente lo veía como un amigo. Pero dudo que él le hubiera hablado así antes.

—¿Admitió entonces haberla matado?

—A su manera. —Hannah se detuvo y se estremeció—. Su voz pareció cambiar por completo. Había una terrible reverencia en su tono. Comenzó a citar las escrituras, todo sobre la purificación, y que el camino hacia la pureza era doloroso. Sus ojos... se volvieron brillantes de fiebre. Explicó cómo ella había acudido a él una noche, buscando ayuda. Cómo había escuchado su dolor e intentado sanarla. La forma en que hablaba de ella... Cómo lo veía como una señal de Dios, que le había sido entregada para su salvación.

Dios mío, pensó Frank, recordando la actualización de Sean sobre Sarah saliendo del vehículo de Donna junto a ese grupo de árboles, al lado de un camino de tierra hacia la aislada granja de Morton. En su mente, vio a Sarah caminando a través de la oscuridad, buscando ayuda, un amigo en Clive Morton, completamente inconsciente de que sus intenciones pudieran ser insidiosas.

—Entonces Clive comenzó a extender la mano hacia las fotografías, las quería de vuelta. Nunca olvidaré la imagen de John cortando directamente a través de las palmas de Clive. Pero eso no disuadió al monstruo de alcanzarlas nuevamente con sus manos ensangrentadas. Dijo, y lo recuerdo tan vívidamente: "Solo quería ayudarla a extender sus alas". La forma en que lo dijo... tan serena... tan segura. Creo que en ese momento, me di cuenta, *comprendí*, que debía haberla matado. Y también John lo entendió. Clavó a Clive contra la pared, la hoja presionada contra su ojo, amenazando nuevamente con sacárselos. Exigiendo saber dónde estaba Sarah. Le grité a John que se detuviera. Estaba a punto de matarlo... —Tomó aire—. Y logré hacerle entrar en razón. Se desplomó hacia atrás. Se volvió hacia mí, confundido, y el cuchillo se le escapó de la mano. Lo agarré y fui a llamar a la policía. Podría haber terminado ahí si no... —Sacudió la cabeza—. Si no fuera por lo

que vino después. Clive nos contó sobre... —Sus manos volaron a su boca, como intentando contener las palabras—. El bebé.

Frank sintió bilis en la boca.

—Dijo que ella había estado muy asustada. Embarazada sin tener a nadie a quien recurrir, porque yo le había pedido que dejara su trabajo.

Sintiéndose nauseabundo, miró a Gerry. Si ella sentía lo mismo, lo estaba ocultando bien.

—Y eso fue suficiente para que John volviera a estallar —continuó Hannah—. La idea de que estuviera embarazada. La idea de que le hubiéramos quitado su trabajo para dar un ejemplo. Fue demasiado para él. Simplemente explotó. Lanzó a Clive contra la pared, comenzó a golpearlo, y pensé que seguiría hasta matarlo a golpes... excepto...

Miró por la ventana un momento. La nieve estaba aumentando de intensidad nuevamente.

Tomó una respiración profunda y continuó: —Algo despertó en Clive. Empezó a defenderse y, antes de darme cuenta, Clive estaba encima de John, estrangulándolo. —Hizo un gesto con las manos—. Lo habría matado. Y, supongo que, en mi pánico y miedo, al ver al hombre que amo a punto de morir, perdí el control también... —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro, espeso de horror ante el recuerdo—. Agarré el cuchillo y le apuñalé en la espalda.

De nuevo, se detuvo. Esta vez por un breve momento. El silencio llenó la habitación como el humo, roto solo por el suave tictac de un reloj y el susurro de la nieve cayendo afuera.

Frank dejó su bolígrafo; necesitaba un descanso de escribir notas. La historia era *tan* desgarradora.

Y entonces más sospechas surgieron en él. Si esto era cierto, ¿por qué Hannah había huido? No le habrían dado cadena perpetua por eso. Tal vez algo de tiempo en prisión, pero había sido una situación acalorada, y se podría argumentar defensa propia. Se preparó para hacer esa pregunta, pero ella se le adelantó.

—Clive seguía vivo... —susurró.

Frank tomó aire bruscamente. *¿Dónde acababa esto?*

Las manos de Hannah temblaban mientras hablaba, su compostura derrumbándose completamente ahora. —Y no sé por qué... pensé en Sarah... pensé en lo que yo había causado, y sí, en ese momento, quería matarlo. Un hombre que tomaba fotos de mariposas, fingiendo que le importaban... todo el tiempo un monstruo vil. Y Sarah embarazada... oh Dios... Y le apuñalé una y otra vez...

Frank exhaló. *Santo cielo*.

—Ya llevaba mucho tiempo muerto cuando John me apartó —concluyó Hannah.

81

—No es el asesinato lo que me carcome —dijo Hannah, con el rostro pálido—. Es el hecho de que si no lo hubiera matado, podríamos haber descubierto dónde la había puesto. Por mi culpa, ella permaneció sin ser descubierta hasta ahora... Ese horrible silo antiguo. No puedo creerlo...

—John siempre se culpaba por todo, así que esto no era nada nuevo. Él quería confesar. Pero no podía permitírselo. De ninguna manera. Él insistía. Verás, yo también estaba embarazada —presionó las manos contra su estómago, un eco inconsciente del hijo que había llevado entonces—. Pero este fue mi fracaso. Mi desastre. Yo lo había traído a mi casa. Le había dicho a Sarah que se marchara. Y luego lo maté, eliminando nuestra oportunidad de encontrarla —su voz se quebró con autodesprecio—. Pero John estaba desesperado por mantenerme fuera de la cárcel. Me dijo enfadado que pensara en nuestro hijo —miró a lo lejos con una sonrisa agridulce—. Rosie...

—Sugirió enterrar el cuerpo, pero no pude hacerlo. No podía volver a trabajar como psiquiatra. ¿Cómo podría? ¿Con ese constante recordatorio de fracaso? Juntos, provocamos una explosión de gas, colocando su cuerpo lo más cerca posible de la fuga para dar la impresión de que estaba intentando arreglarla. En veinticuatro horas, John había conseguido un cuerpo de un accidente de coche reciente, asegurándose de que la cara estuviera dañada más allá de una identificación dental. No me preguntes

cómo. John conocía a gente... era rico. Cuando esas dos cosas se juntan, puedes conseguir lo que quieras.

—Quemarlo todo parecía lo correcto. ¿De qué otra forma tendríamos alguna posibilidad de empezar de nuevo? Él pagó por mi nueva identidad, organizó una casa, todo. Lo único que dijo que nunca tendría era a él.

—Sé que John nunca pudo perdonarme, en el fondo, por destruir nuestra oportunidad de encontrar a Sarah. Pero durante mucho tiempo, canalizó esa culpa protegiendo a nuestro hijo. Lo veía como un equilibrio cósmico: habiendo perdido una hija, podía redimirse salvando a otra. Nunca podría estar conmigo, pero podía ser vigilante de la misma manera que había sido con los otros niños. Excepto que... había fallado dos veces antes... y Lewis, su otro hijo, le despreciaba. Depósitos mensuales, tarjetas de cumpleaños sin dirección de remitente. Me recalifiqué como profesora bajo mi nuevo nombre, pensando que quizás podría expiar ayudando a otros. Intenté seguirle la pista desde lejos, pero se hizo cada vez más difícil. Tuvo relaciones, continuó con su negocio, desarrolló un problema con el alcohol por el que fue tratado. Se volvió cada vez más retraído, convirtiéndose en un fantasma.

—¿Guardó usted las fotos de Clive? —preguntó Gerry.

Ella asintió lentamente. —Están en mi casa.

Frank asintió. —Podemos hacer que alguien las recoja.

—¿John llegó a confrontar a Becky Morton? —preguntó Gerry.

El rostro de Hannah se tensó al mencionar a la viuda de Clive. —Descubrió que ella había estado trabajando esa noche en un restaurante en Whitby y no habría estado en casa. Una noche, entró forzando la cerradura y registró su casa de arriba a abajo pero no encontró nada. Se contuvo de pagar a alguien para que fuera y la amenazara, para averiguar si ella ayudó... si siquiera lo sabía. Pero decidió no hacerlo. Era muy religiosa y tenía fama de ser amable. Era demasiado arriesgado alertarla del hecho de que la muerte de su marido podría no haber sido un accidente. Intentó creer que ella no tuvo nada que ver.

Gerry se disculpó y salió para contestar una llamada telefónica. Frank observó a Hannah —esta mujer consumada que había

construido una segunda vida de las cenizas de sus crímenes— y se dio cuenta de que su compasión escaseaba. Si hubieran confesado, Sarah podría haber sido encontrada mucho antes. Además, ¿cómo sabían que Becky no estaba involucrada?

Gerry asomó la cabeza. —¿Señor?

—¿Qué ocurre?

La expresión en el rostro de Gerry le hizo apretar el estómago.

—Un momento —asintió hacia Hannah y salió.

—Sharon ha tenido un accidente de coche —dijo Gerry.

Las rodillas de Frank casi se doblaron, su mano salió disparada para apoyarse contra la pared. —¿Está bien? —no pudo terminar la frase.

—No, pero vivirá.

Gerry continuó. —Fue bastante grave: costillas rotas, cortes en la cara y el cuello. Necesitará pasar un tiempo en el hospital.

—¿Qué pasó?

Mientras Gerry detallaba el accidente, la mente de Frank seguía derivando hacia ese traicionero tramo de carretera, imaginando el coche de Sharon deslizándose fuera de control.

—Maldito tiempo. ¿Hay alguien con ella?

—Familia, aparentemente.

—Vale, eso es bueno, porque necesitamos quedarnos aquí hasta que ella pueda ser puesta bajo custodia... —un pensamiento le golpeó como agua helada por la columna—. Espera un segundo... estaba sola, no con Reggie. ¿A qué hora fue esto?

—A primera hora —Gerry le dio la hora.

—Entonces, ¿no llegó a casa de Becky Morton?

—Parece que no.

Un frío pavor se instaló en su estómago mientras asimilaba las implicaciones. Sacó su teléfono y marcó a Reggie. Directo al buzón de voz.

—Mierda. No me gustaba que fueran allí antes cuando me enteré de lo de Donna y el Fiesta rojo, pero después de esa confesión... —su voz se apagó mientras tomaban forma posibilidades más oscuras —. Ciertamente no me gusta. ¿Y ahora resulta que solo Reggie está allí?

—Tiene ochenta y cinco años y usa silla de ruedas —dijo Gerry—. Creo que podría estar a salvo.

—Conozco asesinatos cometidos por nonagenarios.

—Aun así, señor, estadísticamente...

—Ahora no, Gerry, estoy pensando...

—Reggie es fuerte. En forma para su edad, también.

La mandíbula de Frank se tensó. —No hace falta que me lo recuerdes, él lo hace bastante a menudo. Espera —llamó a Sean—. Veamos si le avisaron.

Sean confirmó que nunca había hablado con Reggie. Solo con Sharon, quien le aseguró que estaba en camino para reunirse con él.

—¿Entonces quizás Sharon le llamó? —le preguntó a Sean.

—Lo dudo... No pude comunicarme con él, así que dudo que ella pudiera...

—Vale, vuelve allí, Sean.

—Becky Morton tiene ochenta y cinco años, jefe.

—No empieces tú también, hombre, simplemente hazlo, maldita sea —terminó la llamada con más fuerza de la necesaria.

—Muy bien, Gerry, por favor quédate aquí hasta que Hannah Wright sea puesta bajo custodia.

—¿Está seguro de que es un buen movimiento? ¿Usted dirigiéndose ahora a casa de Becky?

La voz de Frank llevaba el peso de más de cuatro décadas experimentando los impulsos más oscuros de la humanidad. —Por Dios, Gerry, una chica fue asesinada en esa casa, o llevada de allí para morir en un silo. Su marido era un asesino que acechaba a chicas vulnerables. ¿Estamos teniendo esta conversación? —ya se dirigía hacia la puerta.

—Señor...

Frank no escuchó nada más. Ya estaba fuera en la nieve arremolinada. En algún lugar de Ruswarp, Reggie podría haber entrado en una casa de los horrores, armado solo con la mitad de la historia. El pensamiento heló a Frank más que cualquier tormenta invernal.

82

ANTES DE LLEGAR A RUSWARP, Frank vio la oscura columna de humo retorciéndose contra el cielo gris perla.

En el camino, se detuvo dos veces para dejar pasar vehículos de emergencia, cada sirena hacía que su corazón se sobresaltara. La segunda parada fue cruelmente irónica. Era casi en el mismo lugar donde el taxista lo había dejado días antes. La tumba hueca y rota seguía alzándose en el horizonte.

Para cuando había atravesado el pueblo de Ruswarp y se acercaba a la zona boscosa donde Sarah Matthews había sido vista con vida por última vez, el resplandor ardiente era visible junto al humo.

Cuando llegó al sendero nevado entre los árboles, contempló un infierno en el corazón de un mundo helado. La nieve continuaba cayendo en espiral, pero tendría poco efecto contra las furiosas llamas.

El corazón de Frank se hundió.

Nadie iba a salir con vida de esas llamas.

Las luces de los vehículos de emergencia pintaban patrones infernales sobre la nieve: el camión de bomberos y la ambulancia se habían aventurado dentro, enfrentándose a la nieve profunda. Los vehículos policiales se habían quedado atrás, más cerca de donde él se encontraba ahora.

Frank saltó al frío cortante y avanzó con dificultad por la nieve profunda. Requería cierto esfuerzo, y casi se resbaló en varias

ocasiones, pero no le importaba.

Si Reggie se había ido, merecía cada magulladura, cada caída.

¿Hipotermia? Que así sea.

A medida que se acercaba, el calor le golpeó la cara y la nieve disminuía. Dos bomberos arrastraban mangueras hacia el incendio y estarían contentos de que la nieve se estuviera derritiendo.

Intentó escucharlos, pero el rugido del infierno y el crujir de la madera obliteraban sus palabras. Luego, cuando el agua finalmente golpeó las llamas, el vapor se elevó como espíritus que escapaban.

A través del humo y el caos, creyó vislumbrar figuras en el jardín.

¿Reggie?

Más cerca aún, vio que eran ángeles de piedra con las alas extendidas, sus rostros ennegrecidos por la ceniza. Parecían más demonios surgidos para presenciar la destrucción, sus ojos ciegos reflejando la luz del fuego.

Entonces divisó el Range Rover Sport de Reggie, una silenciosa ofrenda a las llamas. —Dios... —Su estómago se revolvió—. No...

Todo había terminado con seguridad.

Apretó los puños.

He perdido a Reggie.

Todo dentro de él se estaba convirtiendo en plomo, y luchó por sacar su placa cuando un agente de policía lo interceptó.

Le temblaba la mano. No miró al agente. Se limitó a observar la tumba ardiente, preguntándose cómo demonios se había llegado a esto.

—DCI Black, tiene que mantenerse alejado. Por favor... realmente no es seguro. El calor es intenso. Tenemos suerte de que haya cierta distancia entre los árboles circundantes, pero no es suficiente para garantizar que no ardan.

—Dime que lo tenéis —exigió.

—Disculpe... ¿a quién?

Frank mostró sus ojos desesperados y abiertos. —Al DS Reggie Moyes.

El agente palideció. —Lo siento.

—¡Joder! —gritó Frank y luego le fulminó con la mirada—. ¡Tenemos que comprobarlo! ¡Maldita sea! ¡Tenemos que

comprobarlo!

El agente más joven parecía que iba a romper a llorar. —No podemos acercarnos lo suficiente para hacer nada.

—Entonces está jodido, ¿no?

El agente bajó la mirada.

—¿No es así? —gritó Frank.

El agente negó con la cabeza. —No lo sé, señor.

—Pues sí lo está, porque absolutamente nadie va a salir de eso.

Una parte de él sabía que estaba siendo cruel con este chico, pero ahora tenía muy poco control. Se dio la vuelta, tropezó, se enderezó y se dirigió de vuelta hacia su coche.

Pensó en Reggie burlándose de él días antes en la escena del crimen por no poder seguir su ritmo.

Mierda... mierda...

Hizo todo lo posible para contener las lágrimas, pero ya estaban en sus ojos.

Cuando llegó al coche, subió, se hundió en el asiento del conductor, y pasó los siguientes minutos llorando, viendo cómo las llamas devoraban la casa donde Sarah Matthews había caminado sin saberlo hacia su fin.

Y ahora, décadas después, los malditos Morton habían reclamado otra víctima.

Sería la última, pero eso ofrecía poco consuelo.

Se secó las lágrimas.

No podía evitar imaginar a Reggie sonriendo ante esto, acariciándose ese ridículo bigote.

La culpa subió como bilis en su garganta. *Esto es culpa mía.*

Cuando recibió la llamada de Sean, pensaba que Sharon estaba con Reggie. Pero aun así debería haberlo sabido mejor. Todavía, en retrospectiva, merecía refuerzos.

Culpa mía.

Había estado tan distraído por la revelación de Margaret de que John White era el padre de Sarah y, luego, posteriormente, por la presencia y confesión de Hannah Wright, que no había dedicado un pensamiento a su equipo, y a esa anciana en silla de ruedas.

Innumerables otros podrían haber cometido el mismo error, pero no dejaría que eso le exonerara.

También sería su fin.

Esto es todo para ti Frank, tu última metedura de pata.

—¡Necesitamos paramédicos aquí! —El grito atravesó su desesperación como una cuchilla.

Frank se lanzó fuera del coche, resbalando en la nieve. Le dejó sin aliento, pero la nieve ofreció cierto amortiguamiento. Se levantó tambaleándose, viendo a un bombero haciendo señas frenéticas a una ambulancia.

Con el corazón martilleando contra sus costillas, nieve en su pelo y por toda su ropa, se situó junto a dos paramédicos con bolsas médicas y una camilla plegable. Podía sentir la nieve que había recogido de la caída empapándole hasta la piel.

Debía tener un aspecto desastroso, pero no le importaba. Y sus pulmones ardían mientras intentaba mantener el ritmo de los paramédicos más jóvenes, pero de nuevo, no le importaba.

Si así es como me voy, así es como me voy.

—¡Por aquí! —El bombero les condujo por un pequeño grupo de árboles a la derecha de la casa en llamas, con las ramas cargadas de nieve crujiendo sobre sus cabezas.

Dos veces se detuvo para tomar aire. La segunda vez casi vomita.

Cuando salió del bosquecillo, vio a los paramédicos, ahora delante de él, corriendo hacia alguien tendido en la nieve.

Otro bombero estaba arrodillado junto a esta persona.

Por favor... Dios... por favor... La oración resonaba en su mente con cada paso crujiente sobre la nieve fresca. Podía oír sus pulmones desesperados. Cada jadeo causado por la edad y el humo. Los copos de nieve le picaban la cara como pequeñas agujas.

Reggie.

Tendido allí, una mano presionada contra su abdomen ensangrentado, sus ojos bien abiertos y, ahora, enfocándose en Frank.

—Solo viendo el espectáculo... jefe —logró decir Reggie entre dientes castañeteantes—. A una distancia segura. —Su respiración

se entrecortó de dolor.

Los ojos de Frank se fijaron en la sangre que se filtraba entre los dedos de Reggie, el miedo enroscándose en sus entrañas, pero luego buscó de nuevo la familiar sonrisa descarada para tener esperanza.

—Sí, lo veo, Reggie. Has hecho un auténtico desastre de esto.

Reggie se rió y luego se estremeció cuando los paramédicos comenzaron a examinar su herida.

—Estaba loca como una cabra, pero yo fui un idiota... —Reggie hizo una mueca—. Vi una pulsera en su muñeca, creo que podría haber sido de Sarah.

Un escalofrío recorrió la espalda de Frank. No era sorprendente ahora que conocía la verdad de lo que había sucedido allí. —Creo que necesitas descansar ahora.

—Debería haberme largado de allí, jefe, cuando tuve la oportunidad. Antes de que me hiciera esto...

—Sí, deberías haberlo hecho.

Reggie sonrió. —¿Como tú hubieras hecho, jefe?

Sonrió y le guiñó un ojo. —Me has pillado ahí.

—Me apuñaló y me empujó al sótano. Antes de que digas nada... sé que tenía ochenta y cinco años pero... no se lo digas a nadie, joder.

—Tuve una tía que vivió hasta los noventa que podía romper ladrillos con las manos, Reggie. Nos habría convertido a todos en picadillo. De hecho, lo hizo una vez cuando yo era un mocoso. Mira, las apariencias engañan. Date un respiro, hombre, y deja de hablar, maldita sea.

Los paramédicos prepararon la camilla.

—Tuve suerte... después de oler el humo, vi una pequeña ventana... tenía barrotes... pero... —tosió.

—A la de tres —dijo un paramédico.

Contaron y luego lo levantaron con cuidado sobre la camilla. Reggie soltó un silbido de dolor a través de los dientes apretados.

—Aguanta, amigo —dijo Frank—. No voy a reemplazarte. Este será mi último equipo. Si tú te vas, yo me voy.

—Siempre tienes un don con las palabras, jefe.

Mientras se movían de regreso a través del bosque, Frank caminaba junto a él.

—De todos modos... los barrotes estaban incrustados en ladrillos viejos, y estaban húmedos y desmoronándose. Los atravesé de una patada, subí a gatas por unos escalones y —cerró los ojos, tragó saliva y luego los abrió— por la nieve.

Has sido un maldito bastardo con suerte, Reggie.

En la ambulancia, Frank estrechó la mano de Reggie, sintiendo su fría temblorosidad. —¿Quieres que te acompañe?

Reggie negó con la cabeza. —No... quiero ver si puedes recuperar alguna prueba.

Frank miró el infierno pero se ahorró un comentario sarcástico.

—¿Has estado llorando, jefe? —preguntó Reggie.

—Vete a la mierda. Me caí en la nieve.

—Tienes los ojos rojos. —Sonrió.

Capullo.

Una vez que Reggie estuvo en la ambulancia, Frank le hizo un gesto desde fuera. —Solo tú te verías envuelto en un maldito infierno y no te chamuscarías ni un solo pelo de ese horroroso bigote.

Reggie se rió. —No lo hagas, jefe, me duele reírme.

—Lo siento —dijo Frank—. Pero no era una broma.

—¿Te das cuenta de que si sobrevivo me voy a quedar con el bigote? —dijo Reggie.

—Ya veremos —dijo Frank mientras se cerraban las puertas de la ambulancia.

Sujetó el brazo del paramédico antes de que pudiera llegar a la puerta del conductor. —¿Va a salir de esta?

—Ha perdido sangre, obviamente, y no sabemos el alcance del daño, pero he visto casos peores, mucho más delirantes. Si ningún órgano vital está perforado, sería optimista...

—Optimista. Me gusta esa palabra, hijo —dijo Frank mientras el paramédico subía al asiento delantero—. Si ese ladrillo que sujetaba esos barrotes no hubiera estado gastado, bueno, no tendríamos nada de ese optimismo ahora, ¿verdad?

El paramédico cerró la puerta del conductor, sonrió a Frank a través de la ventanilla y arrancó el motor.

Después de que la ambulancia desapareciera, Frank fue testigo de los últimos momentos de la casa. El techo se derrumbó con un rugido apocalíptico, enviando una columna de chispas en espiral hacia el cielo. Escombros ardiendo caían, cada fragmento silbaba al encontrarse con la nieve. El calor había derretido el hielo en los árboles cercanos, y las ramas lloraban.

Los ángeles demoníacos del jardín parecían burlarse de él.

Frank pensó en el silo, la tumba olvidada de Ruswarp, y luego volvió su atención a las llamas.

Una segunda tumba. Llevándose consigo los restos del mal puro.

Buen viaje, pensó, y se alejó.

Dos días después

Sharon estaba sentada en la cama del hospital. A pesar de los vendajes y cortes que marcaban su rostro, su sonrisa iluminó la estéril habitación cuando desenvolvió el perfume Chanel Nº 5. Levantó la mirada hacia sus colegas reunidos. —Gracias, chicos. Con suerte, estaré recuperada para el año nuevo y podré probarlo.

—Es el que te gusta —dijo Sean con el entusiasmo orgulloso de alguien que claramente lo había elegido y quería que ese hecho fuera conocido.

Frank lo miró, negando con la cabeza, reprimiendo un comentario.

A Sean se le enrojecieron las mejillas y bajó la mirada.

—Bueno —dijo Sharon—, tenía algo pequeño para todos vosotros, pero está envuelto en casa.

—Lo esperaremos con ganas en el año nuevo —dijo Frank.

—¿Jefe? ¿Dónde está tu gorro?

Los tocados festivos de Gerry y Sean hacían que la cabeza descubierta de Frank resultara aún más conspicua.

Gerry levantó el gorro descartado de Frank, evidencia de su fallido intento de difundir el espíritu navideño.

Frank negó con la cabeza. —Mira, ya lo dije al entrar. No tiene sentido. Nunca puedo ponerme esos malditos gorros —señaló su cabeza, llamando la atención sobre lo que siempre había considerado sus desafortunadas proporciones—. Siempre ha sido

demasiado grande para ellos —era una mentira ridícula, por supuesto.

—¿Estás diciendo que tienes la cabeza grande, señor? —preguntó Sharon.

—Sí... físicamente, listilla... ya sabes a lo que me refiero.

La puerta se abrió de golpe, y una enfermera entró empujando a Reggie en una silla de ruedas. Él ya llevaba puesto un gorro de Papá Noel, colocado en un ángulo desenfadado. Frank no pudo evitar fijarse en los brazos expuestos de Reggie mientras se acomodaba en la silla de ruedas: fibrosos, definidos y musculosos.

Cabrón. Pensaba que con lo de tu hospitalización, al menos tendría unos días de descanso de tu espectáculo de fitness. —Aquí está el entretenimiento navideño —dijo con una mueca burlona.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó Reggie.

—¡El maldito idiota, más bien! —corrigió Sharon.

Sin embargo, lo dijo con un tono afectuoso.

—Mirad, ya hemos hablado de esto —dijo Reggie, agitando la mano—. Nunca estuve en peligro. Nadie puede mantener encerrado a un hombre como yo —flexionó sus músculos.

Jesús, llévame ahora mismo, pensó Frank.

Al menos todos los demás gimieron de fastidio.

Eso es, equipo, dejad clara vuestra opinión, y hagamos que sea un propósito de año nuevo acabar con esta tontería.

—Y una mierda lo de no estar en peligro —dijo Frank—. Y si hubieras muerto, tú y yo habríamos tenido un verdadero problema.

—¡Ja! ¿Qué habrías hecho, jefe?

Frank sonrió y se encogió de hombros. —Te habría desenterrado solo para matarte una segunda vez.

La risa que siguió se sintió genuina. Sin duda era una liberación de la tensión que todos habían estado acumulando. Durante los siguientes treinta minutos, evitaron hablar de trabajo. De todos modos, no había nada más que decir sobre el caso. Hannah Wright estaba bajo custodia, su confesión era inquebrantable, los cabos sueltos estaban atados.

Frank tenía que admitir que había cosas positivas estas Navidades. Más que el año pasado, al menos. Por primera vez en lo

que parecía una eternidad, estaba entre amigos. Tenía a Gerry trabajando con él. Puede que le sacara de quicio, pero le hacía sonreír en igual medida.

Estos pensamientos le tomaron por sorpresa... ¿cuándo había ocurrido eso? ¿Cuándo sus peculiaridades se habían vuelto entrañables además de irritantes?

También estaba su floreciente amistad con Evelyn... un agradable paseo en Nochebuena al que esperaba con ilusión.

Las únicas nubes negras eran su hija desaparecida y ese misterioso tipo que seguía merodeando por su casa, queriendo hablar con él por alguna razón.

Respiró hondo, dejando que la positividad calara en sus huesos, e hizo una promesa silenciosa: *Este año. Este año será el año en que la encuentres.*

—Es hora de algunos regalos extra —anunció Frank, sacando dos paquetes envueltos de una bolsa de plástico que había conocido días mejores.

—No es justo —dijo Sean—. Habíamos quedado en comprar regalos en grupo, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. También recuerdo que soy el jefe y puedo hacer lo que quiera —le entregó uno a Reggie primero.

Reggie le dio vueltas al paquete en sus manos, alzando las cejas ante el envoltorio poco convencional. —Lo has envuelto con cinta adhesiva, jefe.

—¿Y qué...? Cumple la misma función, ¿no?

Comenzó a desenvolverlo. Claramente era una lucha.

—¿No decías que eras fuerte?

—Lo soy... ja —levantó una espuma de afeitar—. Muy gracioso, joder.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Frank.

—Creo que ya es hora de que captes la maldita indirecta, tío —dijo Sharon.

—Sí —añadió Frank—. Solo hay un tiempo que puedo seguir siendo tan sutil.

Todos se rieron.

—Ya os he dicho que no va a ninguna parte, tendréis que acostumbraros —dijo Reggie, acariciando su bigote con el tipo de orgullo normalmente reservado para los primogénitos—. Porque...

—Ni se te ocurra...

—Estoy muy apegado a él.

El juego de palabras hizo reír a Sharon, mientras Frank y Sean gruñeron. Gerry ofreció una de sus sonrisas precisas, de esas que sugieren que reconocía la señal social para el humor sin sentirla del todo.

Frank negó con la cabeza con la cansada resignación de un hombre que hacía tiempo había abandonado toda esperanza. —Sharon, como el inspector Moyes nunca hace una maldita cosa de las que le digo... —Metió la mano en la bolsa y le entregó un regalo —. He ideado un plan B.

Ella lo desenvolvió con movimientos cuidadosos, consciente de sus lesiones, luchando igualmente con el uso creativo de la cinta adhesiva por parte de Frank. Levantó una maquinilla de afeitar Gillette, negando con la cabeza.

—Sí, Sharon, te paso el testigo... —dijo Frank—. El cabrón no me escucha. Así que, cuando menos se lo espere... ataca.

La risa que llenó la habitación se sentía como un bálsamo: cálida, genuina y necesaria. Frank miró a su extraño grupo. Ya no eran solo colegas, eran algo mucho mejor que eso.

Y por primera vez en años, Frank Black sintió algo peligrosamente cercano al espíritu navideño.

Nochebuena

¡Fue una Navidad blanca!

Especialmente en Sycamore Close.

¡Debió de ser toda una visión, regresando a casa con un disfraz de Papá Noel y un saco de regalos a la espalda en Nochebuena!

Pero no le importaba.

No realmente.

Peter Watson había pasado gran parte de su vida angustiado y se merecía unos días libres.

Su primera parada fue en el número 7.

Jake, meneando la cabeza, abrió la puerta, liberando una ensordecedora ola de sonido.

Jake parecía confundido. Aunque, por lo general, solía estar colocado. A juzgar por el fuerte olor, ese era el caso ahora mismo. —Lo siento, yo... ¿puedo ayudarte?

Peter se bajó la barba postiza y le guiñó un ojo.

—Tío... ¡uau! Peter. Joder. ¿Sabes que todo el mundo te está buscando?

—¿Por qué?

—Es que... han pasado días, tío. Piensan... pensaban... que tú, ya sabes...

—¿Me había suicidado?

Jake asintió. —Eso, o que te habías muerto en la nieve, supongo.

Peter sonrió, un gesto que por primera vez en años le resultó natural. —Bueno, dejemos todo eso. —Metió la mano en su saco y

sacó un regalo—. Feliz Navidad, Jake.

Jake cogió el paquete con manos que temblaban, ya fuera por la impresión o por su habitual estimulación química. Le dio vueltas como si esperara que desapareciera. Peter casi podía ver los pensamientos que corrían tras los ojos inyectados en sangre de Jake, preguntándose si esto era algún tipo de alucinación inducida por las drogas. Algo del estilo: *Esto no puede ser... ¿por qué el viejo cascarrabias del número 9 me regalaría algo?*

Todavía le estaba dando vueltas en las manos. —Gracias, pero... sí, yo no te he comprado nada.

—No se trata de eso, Jake, ahora abre... sésamo...

Jake rasgó el papel para descubrir unos caros auriculares inalámbricos.

Peter se inclinó hacia delante y le dio una palmada en el hombro. —Escucha. Ponlos tan alto como quieras hasta las 10 de la noche. Me aseguraron que son de gama alta; no deberías perder nada de graves. ¡Agita tu cráneo hasta que las vacas vuelvan a casa!

Los ojos de Jake se abrieron como platos y miró a Peter con total incredulidad. —Gracias.

—Feliz Navidad, hijo. —Peter le guiñó un ojo—. Y dale recuerdos a Lou, una chica encantadora.

—En realidad, ahora es Debbie. —Se encogió de hombros y bajó la mirada.

—Debbie entonces. ¡Feliz Navidad! —Se dio la vuelta y crujió por la nieve hacia el número 11. Al pasar por delante de su casa, observó la puerta rota y el rudimentario tablero que habían colocado.

Sandra Chapman respondió.

Se dio cuenta de que no se había subido la barba de nuevo. Lo hizo ahora, pero el gato ya había salido de la bolsa. Sus ojos eran como platillos. —Peter... gracias a Dios...

—Jo... jo...

—¿Estás bien?

—Nunca mejor.

Ella asintió y miró alrededor. Le tendió la mano como si pudiera desaparecer en una nube de humo. —Rápido... entra...

—Sandra, estoy bien, pero tengo un mensaje para tu ex marido. Desmond.

—¿Desmond?

—Sí... sí... nos separamos en términos un tanto gélidos.

—Sí, lo mencionó. Mira, Peter, ¿puedo llamar a alguien?

—Tranquilízate, Sandra, todo está bien. ¿Cuándo verás a Desmond?

—El día de San Esteban.

—Bien... intentaré pasarme, pero si no le veo, dile: "¡Feliz Navidad!" y esto será música para sus oídos, y para los tuyos. Mi camino de entrada es suyo cuando venga de visita. Cuando quiera. No voy a comprarme otro coche, así que puede aparcar ese devorador de gasolina Bentley allí si quiere.

La confusión luchaba con la preocupación en su rostro. —Gracias, pero...

—No, gracias a ti. ¡Feliz Navidad!

Sandra salió de su casa, pero Peter ya se había dado la vuelta y se alejaba.

Y entonces vio a Lucy, de pie en su puerta al otro lado de la calle, con una mano presionada contra su boca.

Emocionado, se dirigió hacia ella, a través de la nieve.

A medida que se acercaba, vio que sus hombros temblaban mientras mantenía las manos apretadas contra su boca.

Cuando estuvo directamente frente a ella, vio las lágrimas en sus ojos. —Feliz Navidad —dijo—. Y... ¿lo siento?

Ella le echó los brazos al cuello. —Pensé... pensé...

—Creo que sé lo que pensaste, ¿eh? —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Dejemos eso por ahora. Para ser honesto, me siento genial. De hecho, no me había sentido mejor en mucho tiempo.

Ella miró por encima de su hombro a Jake y Sandra. Él se giró para ver que Jake y Sandra seguían de pie en sus puertas, con expresión desconcertada.

Se volvió. Ella le miró de arriba abajo con su traje de Papá Noel y tocó el saco de regalos. —¿Has estado leyendo *Cuento de Navidad* o algo así?

—¿Scrooge se vestía de Papá Noel?

—No, pero...

—¿No estarás diciendo que yo era tan tacaño como Scrooge?

Ella dejó escapar otro sollozo, tapándose la boca con una mano. —¿Dónde demonios has estado?

—En varios sitios. El cementerio... un pequeño hostal en Staines que a Donna y a mí nos encantaba... Fui a algunos lugares donde solía pasar el rato con una vieja amiga... —Hizo una pausa, respiró hondo y pensó en Sarah por un momento.

—¿Peter?

—Sí... perdón... también, fui al banco.

Sus ojos se agrandaron. —¿El banco?

—Ya sabes, *el* banco. —Su voz se suavizó.

—Oh. —Bajó la mirada.

—Sí. Excepto que ya no hay banco, ¿verdad? Así que, podría decirse que volví al lugar donde sucedió. Donde la perdí. Y me senté en un muro durante un rato, más que un rato, en realidad... casi un día. —Sonrió—. Pero me ayudó.

Ella encontró su mirada. —Me alegro.

Él arqueó una ceja. —De hecho, cogí su grulla de papel. Me senté y pensé durante mucho tiempo. A Penny le fascinaban los acantilados. Terminé yendo allí, y dejándola volar una última vez. Fue bonito. Recorrió bastante distancia antes de caer finalmente al mar.

—Las pastillas... —Los ojos de Lucy escrutaron su rostro—. Encontramos el cuenco vacío.

—Sí, me las llevé conmigo. Pero, ¿sabes?, terminaron en la basura... Mira, ha pasado algo extraño estos últimos días.

—¿Extraño?

—Inesperado.

—¿Inesperado?

—¡Ja! ¿Hay eco? Ha ocurrido algo hermoso, en realidad. A decir verdad, ya había ocurrido, ¿sabes? Solo necesité unos días de reflexión para que calara.

—Por favor, dime a qué te refieres...

Mia apareció junto a su madre, sosteniendo a Sophie. Los ojos de Mia se llenaron inmediatamente de lágrimas. Le entregó Sophie a su

madre y abrazó a Peter. Peter sonrió y dijo: —Vosotros fuisteis lo que pasó.

Reece bajó las escaleras, con los ojos muy abiertos.

—Incluso él está incluido en eso.

—¿Peter? —dijo Reece, sonriendo—. ¡Épico!

Los ojos de Peter se empañaron. Mia se apartó. Él alargó la mano y tocó la cara de Sophie. —Estaba rodeado de sombras mientras estaba fuera. La risa de Penny, la suave sabiduría de Donna, el espíritu feroz de Sarah. Pero de repente todo se volvió más brillante. Fue extraño. Al principio no lo entendía. Pensé que me había vuelto loco, pero entonces me di cuenta de que estaba sonriendo. Y estaba pensando en tu voluntad de luchar, Lucy, a pesar de lo difícil que todo se ha vuelto para ti. En ti, Mia, y tu fuerte independencia. En la cara adorable de Sophie... —Extendió la mano y tocó la mejilla de Sophie y ella gorjeó—. Incluso pensé que Reece no está tan mal, solo necesita mano firme... —Apretó el puño en una amenaza simulada, el gesto sin nada de su antigua amargura. Se rieron.

—Y eso es todo, en realidad. Estaba sonriendo. Por vosotros cuatro. Y una cosa que he aprendido en mi vida, bastante larga y problemática, es que no se puede dar una sonrisa por sentada. Especialmente las de verdad. ¿Sabes? Las sonrisas auténticas.

Bajó su saco de regalos como un hombre que dejaba más que simples presentes. —Estos son para mañana, y quería daros las gracias. —Se dio la vuelta rápidamente cuando empezaron sus lágrimas.

No quería que pensaran que estaba triste, porque, por primera vez, en mucho tiempo, no lo estaba. Eran lágrimas de felicidad. —Iré a arreglar mi puerta...

—Ni se te ocurra. —Sintió que le agarraban del brazo. Se volvió y vio que Lucy le había devuelto Sophie a Mia y le sujetaba del brazo —. Te vas a quedar aquí esta noche... No voy a perderte de vista de nuevo.

—Debería comprobar la casa... alguien podría entrar y robar...

—¿Esa tele? —Mia se rio—. Reece casi se rompe la espalda llevándola.

—Vete a la mierda.

—Eh, ese lenguaje —dijo Lucy—. Peter, cogimos todo lo que pudimos de tu casa. Está aquí. No estaba dispuesta a que perdieras nada.

Recordó que las joyas de Donna estaban guardadas bajo una tabla del suelo junto con una caja de recuerdos de Penny. Supuso que estarían bien hasta más tarde. —¿Pero mañana es Navidad?

—¿Y? —preguntó Lucy.

Lo arrastró hacia el calor de su hogar, y por primera vez desde la muerte de Penny, Peter Watson sintió que caminaba hacia algo en lugar de alejarse de todo.



Lewis White se acercó a la puerta de Isobelle. Su corazón golpeaba contra sus costillas con tanta fuerza que se preguntó si los sensores de movimiento de la luz de seguridad podrían captar su ritmo antes de detectar sus movimientos reales.

Su ex esposa abrió la puerta antes de que él llegara.

Lewis esperaba hostilidad. Pasar la mayor parte de su vida en un estado hostil significaba que había llegado a anticiparla en todas partes.

Pero Isobelle no fue hostil. Solo sorprendida. Su mano voló a su boca, y luego lo abrazó.

Fue inesperado. Puede que no se hubieran separado en términos horribles —de hecho, había sido bastante amistoso—, pero ver su alegría por su regreso era desconcertante.

Cuando se apartó, tenía lágrimas en los ojos. —No sabía que habías salido —dijo suavemente.

—Antes de lo previsto. Ocurrió con varios de nosotros. Cárceles superpobladas.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Tenía intención de venir a hablar contigo antes. —Era mentira, por supuesto. Nunca había tenido intención de volver a verlos. Había querido desaparecer entre las grietas de la

sociedad, dejar que siguieran con sus vidas. Pero algo había cambiado.

Más que cambiado.

Transformado.

—Eso es mentira. —La admisión le sorprendió.

¡Dios, quizás las cosas sí han cambiado!

—¿Perdona?

—Os habría dejado en paz, pero he estado con mi padre, y, bueno, murió hace un par de días.

Ella se llevó la mano al pecho. —Lewis, lo siento. ¿Estás bien?

—Sí, eso creo...

—No sabía que estabais en contacto...

—No lo estábamos. No lo hemos estado durante décadas. Surgió de la nada. Su enfermera se puso en contacto conmigo.

—¿Y fuiste? Es muy amable por tu parte. Debe de haber sido duro.

—Fue... no sé. Esclarecedor. Al final, quizás, vi diferentes facetas suyas. Todavía es difícil perdonarle, pero parece que él tenía una forma diferente de ver las cosas. Supongo que no siempre hay una talla única para todos, ¿verdad? —Sintió que se derrumbaba por dentro, y las lágrimas corrían por su rostro—. Quiero decir, podríamos decir lo mismo de mí.

—Lewis... —Ella se adelantó sin vacilar, su abrazo llevaba todo el consuelo familiar del hogar. Respiró el aroma de su champú y cerró los ojos.

¿Cómo había perdido esto? ¿Cómo habían envenenado la rabia y el miedo todo lo bueno de su vida?

Se apartó de ella, aunque su instinto era aferrarse. —Siento haberte dicho que no lo llevaras a la cárcel. No podía en ese momento. Y simplemente no era el lugar adecuado para él.

—Estoy de acuerdo, pero fue lo que dijiste...

No quiero volver a veros a ninguno de los dos.

—No estuvo bien. Y no era realmente lo que quería decir. O quizás sí. —Se frotó la cabeza—. Ya no lo sé, pero tenía miedo, por lo que soy o era.

Ella extendió la mano y la puso sobre su brazo. —Deberías haberme dejado entrar. Te habría ayudado.

—Había tanto odio y resentimiento, y quería ahorrarte eso. Pero ahora, de repente, estoy decidido a no sentirme así nunca más, y entonces solo quería verte, Isobelle, y quería ver...

—¡Papá! —Su hijo pasó junto a su madre y lo abrazó. Lewis besó su cabeza, apenas teniendo que agacharse ahora para alcanzar al joven Felix, que llevaba el nombre del tío que nunca conoció; ahí estaban tres años medidos en centímetros de crecimiento y momentos perdidos.

—¿Cómo fue India, Australia... —dijo Felix—. Tantos lugares...

La historia de cobertura que habían creado sobre el trabajo internacional le pesaba, pero esa era una verdad para otro día. Lewis tragó saliva. —Te lo contaré todo, pero primero... —Se quitó la mochila y la puso en manos de su hijo.

Felix la abrió. Sus ojos se iluminaron al ver los regalos envueltos en su interior.

—*Solo* para mañana... —insistió Lewis, alborotando el pelo de su hijo—. Ya sabes cómo va esto.

Después de prometer que le vería pronto, e Isobelle le envió a otra habitación, Lewis sonrió. —Quiero estar en su vida. Mucho. No quiero que experimente lo que yo viví; quiero estar ahí. Si esa es la única cosa que devuelvo al mundo, entonces estará bien. Cada segundo que pueda verle. Cada momento que me permitas.

—No se trata de permitirte, Lewis, pero tenemos que tener cuidado.

Asintió. —Lo sé. Dime qué hacer. No volveré a fallar en esto. Te lo aseguro.

Ella asintió lentamente; estaba sopesando la autenticidad de sus palabras. —Vale. Sabes que nunca quise nada diferente, ¿verdad? Siempre quise que estuvieras en su vida.

—Lo sé... gracias. —Dio varios pasos atrás—. ¿Puedo llamar?

—Por supuesto...

Retrocedió más, vislumbrando a Simon —el nuevo hombre— observando desde el salón. Saludó con la mano y el hombre le

devolvió el saludo, manteniendo la neutralidad, o al menos dando esa impresión.

—Feliz Navidad —le dijo a Isobelle y se alejó.

—¿Lewis?

Se volvió.

—Ven mañana a las dos. Puedes comer con nosotros. Hablaré con Simon, lo entenderá. Puedes quedarte una hora después. Veamos cómo va.

Sonrió y asintió. —Pasitos de bebé... entiendo... gracias —dijo.

Mientras se alejaba, la adrenalina corría por sus venas como electricidad. Si no fuera por el traicionero hielo y la nieve, podría haber echado a correr, gritando su alegría al cielo invernal. En su lugar, se permitió una marcha rápida, su corazón latiendo con la más hermosa oleada de adrenalina que jamás había conocido.

Y entonces vio a su hermano, sonriéndole desde las sombras.

—¡Felix, lo he conseguido!

Y entonces pensó en su hijo, también llamado Felix, como había hecho cada día durante tres años.

Excepto que hoy sus pensamientos estaban llenos de esperanza, y no de culpa.

Día de Navidad

La calidez de la cena navideña se asentó en el estómago de Frank, acompañada por el suave caminar de las patas de Rylan sobre la alfombra. Sus ojos se cerraron lentamente, su cuerpo hundiéndose más profundamente en el sillón.

Soñó con su paseo con Evelyn en los Jardines Pannett el día anterior, su risa flotando en el aire fresco del invierno, la forma en que sus ojos se arrugaban en las esquinas cuando sonreía.

Luego se agitó y parpadeó contra el suave resplandor de las luces del árbol de Navidad. Gerry y Tom estaban sentados con las piernas cruzadas junto a la mesa de café, con un montón de cartas entre ellos. Rylan dormitaba a sus pies, con una oreja levantada en dirección a Frank.

—Joder... lo siento... —Frank se incorporó y se estiró—. ¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—Casi una hora —dijo Tom, colocando una carta con deliberada precisión—. Roncabas como un tren de mercancías.

El ceño de Gerry se frunció mientras estudiaba sus cartas.

Tom se rio. —¿Estás bien?

—Solo un momento —dijo ella.

Tom miró a Frank y le guiñó un ojo. —Está repasando sus pasos, viendo cómo perdió.

Ella dejó las cartas. —Vale... ya veo dónde me equivoqué.

—Quiere decir que yo gané —tradujo Tom con una sonrisa.

Frank los observó mientras guardaban las cartas, impresionado por lo naturalmente que se movían ahora el uno alrededor del otro. Toda esa ansiedad por las listas y las reglas parecía muy lejana.

—Te has dormido durante el discurso del rey —dijo Gerry.

Frank chasqueó los dedos. —Vaya. Otro repaso anual de los problemas que nos toca a nosotros resolver.

—Fue positivo, sobre lo bien que van las cosas —dijo Gerry.

—¿Eh? Eso es aún peor. Un cuento de hadas. La verdad es una cosa, que te mientan es otra.

—Llegaron algunos mensajes a tu móvil mientras dormías —dijo Tom—. No quería despertarte.

Revisó su teléfono. Mensajes de Evelyn.

La cena se convirtió en una situación de rehenes: los nietos se negaron a dejar la mesa hasta conseguir terceros platos. Janet amenaza con servir coles de Bruselas de postre.

No te atrevas a decirle a Janet que estoy bebiendo jerez: cree que esto es té de hierbas.

Se rio para sus adentros.

—¿Evelyn o Henrietta? —preguntó Tom con exagerada inocencia.

Frank le lanzó una mirada severa. —Escucha, descarado. Tengo sesenta y cinco años. ¿Me tomas por una especie de Casanova geriátrico?

—Bueno... —Tom alargó la palabra con una sonrisa.

—¡Joder, hombre! He pasado la mayor parte de mi vida apenas manteniendo una relación —continuó Frank—, ¿y ahora crees que formo parte de un harén?

—No es eso lo que quería decir —intervino Gerry, con tono objetivo—. Tom simplemente observa que tanto Evelyn como Henrietta parecen haber desarrollado un interés romántico en ti, a pesar de tu persistente autodesprecio respecto a tu edad y apariencia.

Frank la miró fijamente; sabía que no era sarcasmo, solo su habitual y franca precisión. —Ya basta... Agradezco la cena, pero no más referencias a mí como una especie de galán por todo el pueblo —Se dio una palmada en el estómago—. Quiero decir, mira esto... si

publico una foto mía en internet, no voy a recibir ninguna... ¿cómo los llamáis? ¿Visitas? ¿Verdad?

—No te menosprecies, Frank —dijo Gerry—. Tu peso ha bajado, y eres un hombre heterosexual y soltero. Tanto Evelyn como Henrietta son mujeres solteras de edad y estatus social compatibles. Estas atracciones tienen sentido. Estadísticamente.

Tom tuvo que darse la vuelta, con los hombros temblando de risa contenida.

—Bien —declaró Frank—, ya basta de eso. ¿Qué tal si veo ese discurso del rey? Igual bien terminar el día con un buen cuento de hadas.

Gerry alcanzó el mando a distancia, pero antes de que pudiera encontrar la grabación, el teléfono de Frank vibró de nuevo. Esta vez no era un mensaje, sino una alerta de su timbre con vídeo recién instalado ayer.

Se enderezó en su silla, con el corazón acelerado.

Era ese sinvergüenza. ¡En su puerta!

Presionó un botón para activar el audio, solo para que le informaran que su modelo más económico no lo tenía.

¡Mierda!

—¿Frank? —La voz de Gerry parecía venir de muy lejos—. ¿Qué ocurre?

Levantó una mano pidiendo silencio, con los ojos fijos en la pantalla. La figura llevaba guantes, nada de huellas entonces. Pero algo en la forma en que se movía... La forma en que alcanzaba la puerta...

Entonces lo vio: una llave. Su llave. La de Maddie. —Tengo que irme —dijo, ya moviéndose hacia la puerta. Su mente iba por delante: si tomaba las calles traseras, evitaba el centro...

—Frank, espera... —comenzó Gerry.

—Os llamaré —prometió, aunque sus pensamientos ya estaban en casa, calculando tiempos y distancias.

El trayecto pasó en un borrón de carreteras saladas y luces navideñas. Su corazón golpeaba contra sus costillas mientras volvía a ver la grabación en su teléfono en los semáforos: la figura

entrando en su casa, moviéndose con la familiaridad de alguien que conocía la distribución.

Apenas sintió el frío mientras subía corriendo por su camino de entrada. Dentro, la casa estaba en silencio, pero el aire se sentía diferente de alguna manera. Alterado.

—¿Quién está ahí? —gritó, moviéndose de habitación en habitación con creciente desesperación.

Nada.

Se había ido.

Vio algo en la encimera de la cocina. Un trozo de papel doblado.

Le temblaban las manos mientras lo abría:

Por 10.000 €, te diré dónde está ella.

Seguía un número de teléfono.

Marcó los dígitos con los nudillos blancos de apretar el teléfono.

—¿Sí? —Una voz masculina joven.

—Si le has hecho daño, pedazo de mierda, te arrancaré la puta garganta...

—Está bien. —La voz era irritantemente tranquila.

—Has secuestrado a mi hija, pequeño sinvergüenza. ¿Cómo crees que va a acabar esto?

—No he secuestrado a Maddie. Solo sé dónde está. Y cuánto deseas verla.

La mano libre de Frank se cerró en un puño. —¿Dónde está?

—Primero el dinero.

—¿Dinero? No podrás gastarlo, te iré desmembrando trozo a...

—Diez mil. Te enviaré los datos bancarios. No es una cantidad irreal. Un hombre de tu edad, ahorros saludables, plan de jubilación...

—Pareces saber mucho sobre mí. —Frank forzó un tono de voz nivelado, con sus instintos profesionales activándose a pesar de la rabia y el miedo que le recorrían—. ¿Quién es?

—Maddie y yo fuimos cercanos una vez.

La idea le repugnó. —¿Cómo sé que no tomarás el dinero y huirás?

—No lo sabes. Pero no lo haré.

—¿Qué garantía tengo de que siquiera sabes dónde está?

—Te enviaré dos imágenes. Luego tiraré este teléfono.

La línea se cortó. Segundos después, llegaron dos fotos.

La primera casi hizo que Frank cayera de rodillas. Maddie, de perfil, abriendo una puerta. Su pelo estaba más largo de lo que recordaba, pero esa inclinación de su barbilla... pura Mary. Su niña. Viva.

La segunda mostraba un contenedor de basura detrás de lo que parecía una casa abandonada. Seguía una dirección, luego otro mensaje:

La casa está vacía. Retira 2.000 € al día desde el 26. Deja el dinero en el contenedor a las 3 de la tarde del 31. Tienes mi palabra. La línea ya estaba muerta cuando intentó llamar de nuevo.

Frank se desplomó en el sofá, todo su cuerpo temblando. Miró la fotografía de Mary.

—Sé lo que dirías, cariño —susurró—. Que debería denunciarlo. —Se pasó una mano por la cara—. Pero sé cómo acaban estas cosas a veces... Mira, si hay aunque sea una posibilidad... ¿qué son 10.000 €?

Su teléfono sonó: Gerry otra vez. Dejó que saltara el buzón de voz, sabiendo que estaría preocupada pero incapaz de articular palabras ahora mismo.

Menos de una semana hasta la entrega, y podría ver a su hija de nuevo.

¡O hasta darse cuenta de que había cometido el peor error de su vida al aceptarlo!

Alcanzó el mando de la televisión con manos temblorosas, necesitando ruido, distracción, cualquier cosa para llenar el silencio.

El discurso del rey.

Un cuento de hadas.

Dios, cómo necesitaba el suyo propio ahora.

Tres meses después...

El mundo de Christie se había derrumbado de nuevo. Sus manos temblaban tan violentamente que no podía meter la llave en la puerta de la casa de sus padres. "Diestro".

Las palabras del Detective Moss.

"Diestro".

Se había convertido en un mantra que retumbaba en su cabeza.

Diestro... diestro...

Congelado en el tiempo con los latidos de su corazón, errático durante la última hora. Lo había perdonado. Le había creído.

Y ahora, con esas palabras —diestro— otra mentira la estaba disolviendo como ácido. Cuando finalmente logró abrir la puerta, la casa se sentía vacía, y la mayor parte estaba a oscuras. Algo de luz se derramaba desde la cocina.

Encontró a su padre preparando té, exprimiendo la bolsita contra el lateral de la taza con su mano derecha. Esa maldita mano derecha. —Christie, cariño? —Su voz transmitía una nota familiar de preocupación paternal que ahora le revolvía el estómago.

¿Había sido cada momento de preocupación una actuación?

Su preocupación, su amor... ¿todo parte de la interpretación?

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Incapaz de soportar la visión de lo que podría ser otra máscara, y sin saber qué decir, huyó de nuevo hacia la oscuridad del pasillo, y luego subió de dos en dos las escaleras donde Georgina Prince había muerto, hasta llegar al dormitorio de sus padres.

Caroline estaba entronizada en su sillón favorito junto a la ventana, con la luz invernal iluminando su cabello plateado como un halo. Su camisón, aunque impoluto, colgaba de su cuerpo como un sudario. Desde el arresto, se había apagado rápidamente. Era difícil no pensar en una fotografía dejada demasiado tiempo al sol. Caroline había vuelto a casa para morir. El caso nunca llegaría a juicio.

—¿Mamá? —la voz de Christie se quebró.

La mirada de Caroline se desvió hacia ella sin reconocimiento, aquellos ojos antes agudos ahora nublados como vidrio escarchado.

Christie miró fijamente la mano izquierda de su madre, buscando algún signo de debilidad que pudiera validar la mentira que había contado hace menos de una hora a Moss. Pero como todo lo demás en esta casa, incluso la verdad se negaba a cooperar. Su mano izquierda no estaba enroscada como una garra, ni era difícil de usar.

Al igual que su padre, los gobernadores y los padres de Georgina Prince, ella había entrado en el reino de los mentirosos.

—Ha estado hablando de la escuela toda la mañana —dijo Stephen desde detrás de ella—. Estuvo en el pasado por un breve tiempo. Creo que escuché felicidad genuina en su voz...

Christie se giró para enfrentar a su padre en la puerta, la rabia convirtiendo su voz en hielo. —No sigas.

—No entiendo? —Se acercó y su mano tocó su hombro. Ella se apartó como si la hubieran quemado.

—¡Esta constante actuación! ¡Ya no sé qué es verdad!

—Esto no tiene sentido, cariño... —Su familiar apelativo cariñoso ahora se sentía como un cuchillo retorciéndose en su corazón.

Lo llevó a otra habitación, lejos de su madre, antes de enfrentarse a él. —Un detective, DC Moss, llamó. Sobre la muerte de Georgina.

Notó cómo se le tensaba la columna.

—Su asesinato —dijo Christie. Ahora, era su turno de retorcer el cuchillo.

Él se estremeció. —¿Por qué?

—Estaba ordenando el papeleo para archivarlo. Como no irá a juicio, necesitaba cerrarlo. Algo despertó su curiosidad.

Diestro... Diestro...

Se agarró la cabeza. Esas palabras. Las palabras de Moss. Simplemente no podía sacárselas de la puta cabeza.

Sintió su mano en su brazo. —¿Cariño?

La manera en que lo dijo, como si nada hubiera ocurrido jamás. —¡Quítame tus putas manos de encima!

Obedeció, pero ella le oyó tomar aire profundamente.

—De derecha a izquierda... De derecha a izquierda... —dijo, levantando su mano derecha—. De frente, el martillo golpeó la sien izquierda de Georgina. Así que, según el patólogo, era más probable que el golpe viniera de la mano derecha del agresor.

Stephen respiró hondo de nuevo. —No estoy seguro de lo que eso significa siquiera...

—Mamá es zurda.

Stephen asintió. —Todo tipo de factores influyen en eso, seguramente... ¿Con qué rapidez agarró el arma? Quizás el ángulo cuando se giró...

—Quizás... Por eso fue más fácil mentir por ti... papá.

Él dio un paso atrás, con los ojos como platos, soltando una carcajada. —¿Qué estás insinuando?

—Estoy diciendo que fuiste tú quien golpeó a Georgina con un martillo, no mamá.

Resopló. —Ridículo. —Negó con la cabeza y miró a Christie con enfado—. ¿El detective sugirió eso?

—No... estaba cuestionándolo. Y como he dicho, mentí por ti.

—Bueno... terminemos con esto ahora. No has mentido por nadie.

—He... mentido... por ti...

—Cariño, yo...

Christie entrecerró los ojos. —Que te jodan, papá. No vuelvas a llamarme así nunca más.

Él palideció y dio otro paso atrás.

—Le dije que debido a la condición de mamá, había estado experimentando debilidad en su lado izquierdo. Que había estado teniendo problemas para sostener cosas. Se le caían. Eso explicaba

en parte por qué podría haber optado por usar su derecha en el calor del momento.

El silencio se extendió entre ellos como una cuerda floja entre acantilados.

—Esperemos que no comprueben su historial médico, ¿eh? —dijo finalmente—. O los dos estamos jodidos.

Él tragó saliva y se giró ligeramente, bajando la cabeza.

Pensó un rato, luego levantó la mirada, la fijó con una mirada penetrante y dijo: —No deberías haber mentido, Christie, pero ahora está bien, estoy seguro de que todo irá bien. Pero pienses lo que pienses...

—Gilipolleces. —Christie escupió la palabra—. ¡Para ya! —Se tapó los oídos con las manos—. Ya no creo nada de lo que dices.

Él extendió la mano y ella la esquivó.

Rodeó a su padre, mirando a la persona que había adorado por encima de todos. La persona en quien había reflejado su vida.

Ahora podía verlo en sus ojos. La comprensión de que la había perdido. De que estaba a punto de perder a Caroline. Y su hermano, bueno, su hermano nunca estaba. Correteando por el mundo.

¿Puedes sentir la soledad que te espera, papá?

Luchó contra los sentimientos de lástima que surgían dentro de ella. Los combatió con otra dura verdad. —¿Viste cómo se llevaban a tu mujer, mi madre, en camisón?

Él giró la cabeza bruscamente, y una lágrima rodó por su mejilla. —¿Qué otra opción tenía? Habría muerto sola... sin mí.

—Me habría tenido a mí, a Milo...

—No tenerme a mí la habría destruido aún más.

—En cambio, has arruinado su reputación... la de la mujer que amas. Supuestamente. Para siempre, esas personas que la admiraban como profesora pensarán que era una asesina.

—Lo entenderán. Lo racionalizarán, porque estaba enferma...

Ella señaló. —No papá, tú eres el que está enfermo.

Se dio la vuelta y se marchó escaleras abajo.

Él, por supuesto, la persiguió. —Bueno, si tanto lo quieres... si crees tan firmemente en la justicia, entonces llámalos... diles la verdad.

Al pie de las escaleras, ella se giró. —No... es demasiado tarde... quiero que vivas con lo que le has hecho a mamá, a mí... y, cuando se lo diga, a Milo...

—Cariño... —Ahora había lágrimas en sus ojos.

—Mi madre morirá creyendo que asesinó a alguien... maldito desalmado.

—No lo cree. No lo creerá. Su memoria... está...

—Conveniente, para ti.

Se volvió y tomó el pomo de la puerta. —Una cosa más... —Miró hacia atrás—. Georgina Prince. ¿Eso también era verdad? ¿Abusaste de ella?

—No —respondió bruscamente.

—¿Abusaste de alguna de ellas?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¿Lo hiciste?

Él se estremeció y apartó la mirada. —Claro que no.

¿Fue esa una vacilación? ¿Una sugerencia de que también era culpable de eso?

—Avisaré cuando vaya a visitar, para que puedas salir, Stephen. Después del funeral, no quiero volver a verte nunca.

Y entonces Christie se marchó, disolviéndose en la oscuridad bajo el peso de dos generaciones de mentiras: las de su padre, y ahora las suyas propias.

El funeral

El salón de Stephen zumbaba con antiguos colegas de Riverside, sus voces un leve murmullo de recuerdos compartidos.

Se movía entre ellos, captando fragmentos de conversaciones.

Compartían historias - la feroz dedicación de Caroline a las matemáticas, sus instintos protectores hacia los estudiantes con dificultades, la forma en que su risa contagiosa podía silenciar una sala de profesores en medio de una discusión.

Agradecía el suave murmullo de recuerdos compartidos - ecos de quién era ella antes de que la enfermedad le arrebatara su dignidad.

Nadie había mencionado a Georgina. Caroline estaba siendo recordada como merecía ser recordada: brillante, dedicada, querida.

Christie y Milo habían interpretado sus papeles perfectamente en el funeral, flanqueándolo en el primer banco como deberían hacer unos hijos entregados. La ilusión de una familia unida en el dolor.

Más tarde, ella le había susurrado en privado, —¿Ves lo bien que finjo? ¿Ves lo bien que miento? Debes estar tan orgulloso, papá.

Milo no se había molestado en usar palabras. No buscaba explicaciones, contento con ignorarle. Ahora los hijos de Stephen estaban juntos cerca de la mesa del bufé, con platos intactos en sus manos. Su dolor ya no era una actuación sino algo crudo, algo real - dolor por su madre, por su inocencia perdida, por el padre que habían creído conocer.

La casa saldría al mercado mañana. Un bungalow sería suficiente para sus años restantes, y las cuentas de sus hijos se llenarían de

dinero. Un último regalo de un padre que realmente los había amado, independientemente de lo que ellos creyeran.

Stephen miró alrededor de la habitación otra vez, observando los rostros de aquellos que lo habían admirado todos estos años. Su reputación había sido todo - el coste de mantenerla incalculable. Al final, le había costado el amor de sus hijos.

Esperaba que algún día, quizás cuando él ya no estuviera, encontraran en sus corazones la forma de perdonarlo.

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos.

Se dirigió a responder, sintiéndose desconectado de su propio cuerpo, como si se observara desde una gran distancia.

Era una anciana en silla de ruedas. Parecía frágil, casi como si estuviera tallada en papel. Junto a ella había una joven cuidadora con un pulcro uniforme azul marino. Su placa identificativa decía Sylvie.

Soy Margaret Matthews. Su voz, aunque débil, transmitía una fuerza sorprendente.

Una frialdad se agitó en el pecho de Stephen, rompiendo el entumecimiento de los últimos días.

Usted dio clases a mi hija.

La recuerdo. Las palabras se escaparon antes de que pudiera detenerlas.

La recuerdo como si fuera ayer.

Nunca olvido realmente.

No puedo.

Lo siento por la pérdida de su esposa, dijo Margaret.

Gracias. Forzó firmeza en su voz. Y yo lamento lo que usted pasó. Sarah tenía mucho talento. Se hizo a un lado y señaló el interior. ¿Quiere pasar?

No, gracias. Solo quería presentar mis respetos y luego entregarle algo.

Sylvie le entregó un sobre.

Lo encontré cuando finalmente estaba empacando las cosas de la habitación de Sarah, dijo Margaret. Se me cayó una vieja figurita de caballo que ya estaba rota. Parece que ella había doblado un poema y lo había deslizado dentro. Lo leí. Es un poema precioso. Tenía su

nombre en la parte superior. "Para Stephen." No conocía a ningún otro. Sabe, creo que puede haber sido uno de sus mejores; no quería deshacerme de él, pero, ya sabe, le pertenece a usted. Ella querría que lo tuviera.

Comenzó a abrir el sobre-

Ahora no, por favor... dijo Margaret. Es mejor a solas, creo. Ella nunca conectó realmente con ningún profesor - excepto con usted. Una sombra de sonrisa rozó sus labios. Usted sacó algo especial de ella.

De repente sintió el peso de las miradas de Christie y Milo ardiendo en su espalda. Cuando miró por encima del hombro, sus rostros eran máscaras gemelas de curiosidad y enojo.

Volvió a girarse.

Creo firmemente que si no hubiera sido por ese monstruo de Clive Morton, Sarah habría estado bien... Gracias a personas como usted, Stephen, personas que vieron su potencial. Sonrió. Su expresión era una de las más genuinas que él había visto jamás. Ahora, debo irme... una vez más, lamento lo de su esposa.

Las observó marcharse, la cuidadora manejando hábilmente la silla de ruedas por su camino de entrada. Solo cuando desaparecieron de vista cerró la puerta y subió rápidamente las escaleras hacia el baño.

En el espejo del baño, un anciano le devolvió la mirada.

Gracias a personas como usted.

Las lágrimas brotaron en los ojos del anciano. *Usted sacó algo especial de ella.*

La primera lágrima cayó, deslizándose por el rostro arrugado del anciano.

El poema estaba muy arrugado de haber estado doblado y oculto durante tanto tiempo. Margaret claramente lo había planchado lo mejor posible. Mientras leía, el anciano se vio a sí mismo, hace mucho tiempo, en una fría noche de octubre de 1989.

Bajo aguas tranquilas, la verdad florece salvaje y libre.

Sigue al Fiesta rojo a distancia, apagando sus faros cuando gira hacia el grupo de árboles cerca de la casa de Clive Morton. El Fiesta se detiene.

Observa, fumando sin parar, con ansiedad corriendo por sus venas.

¿Con quién estás en el coche, Sarah?

Un alma perdida entrelazada en un verso que nadie puede ver.

La ve correr por el camino de tierra mientras el Fiesta se marcha.

Clive Morton en la puerta, dándole la bienvenida. Veinte minutos se queda allí, fumando sin parar, con ansiedad corriendo por sus venas.

¿Por qué estás ahí, Sarah?

Su reloj marca los interminables minutos hasta que ya no puede soportarlo más. Alcanza el tirador.

Desde profundidades sombrías, una flor rompe la luz.

Entonces la ve, caminando hacia su coche.

Estira el brazo y abre la puerta del pasajero. Le dice que entre.

No.

Entra, dice él, de nuevo. Su voz se endurece.

Ella se desliza en el asiento del pasajero, hermosa y llorosa.

Y mintiendo, siempre mintiendo.

Juntos, crecimos... Yo crecí...

Conduce despacio.

¿Quién era la mujer que conducía el Fiesta rojo?

Una amiga.

Dime su nombre.

No.

Tú no puedes decirme que no.

Puedo y lo haré. No.

¿Se lo dijiste?

Se lo dije.

¿Todo?

No. Solo que estaba embarazada.

¿Cómo has podido?

Porque me quiere y es amable.

Yo te quiero.

Sí... pero tú no siempre eres amable.

Un jardín secreto, oculto a sus ojos, pero no a los cielos.

Tan perfecto, puro y verdadero.

Conduce más rápido ahora. Tan harto de ser apartado y que le mientan.

¿Por qué fuiste a ver a Clive Morton?

Porque estaba cerca... No podía seguir en ese coche más tiempo. No podía verla llorar así. Verla romperse.

¿Tú crees que a ella le importas?

Sí.

Nadie se preocupa por ti como yo. Tú eres mi flor, ¿recuerdas?

Quieres que mate a nuestro bebé.

Quiero que hagas lo que es correcto.

Eso no es correcto.

Golpea el volante. ¿Y que yo lo pierda todo sí lo es? ¿Qué hay de Clive?

¿Qué pasa con él?

Es raro... extraño...

Es gentil, amable... sabe escuchar... siempre quiere ayudar...

¿Así que a él también se lo dijiste?

Sí... solo sobre el bebé... no-

Golpea el volante otra vez. Estás fuera de control. Alguien podría enterarse.

No lo harán. Ya te lo he dicho. No voy a estar contigo más. Tienes que dejar de seguirme.

Hazte el aborto y dejaré de hacerlo.

No, no voy a hacer eso a un niño.

—Tiene menos de diez semanas.

Es una vida.

Fertilizar, florecer... abrázame fuerte... me diste las palabras con las que podía decir la verdad...

Conduce aún más rápido.

—¿Has olvidado todo lo que hice por ti?—

—No, claro que no.—

—¿Lo que eras? ¿Cómo te cambié?—

—Tenía quince años.—

—Perdida.—

—Sí. Pero ahora tengo veintidós.—

—¿Así que ya no importo? Mi hijo. Una hija en camino. Tengo mi posición en esta comunidad...—

—Deberías haberme dejado marchar hace mucho.—

—No podía...—

—¿Por qué no?—

—Sabes que no podía... ¿dónde está tu pulsera?—

—Se la di a Clive. Dijo que le gustaban las cosas brillantes. Ya no la quería.—

—Eres una estúpida, una jodida estúpida.— Grita ahora.

Ella le grita también. —Ya no soy una chica.—

—Pero sigues siendo estúpida.—

—Déjame marchar.—

—No puedo.—

—¿Por qué no?—

—Ya te lo he dicho. Sabes por qué.——

Ahora comparte esas palabras conmigo.

Detiene el coche.

—Necesito enseñarte algo.—

—¿Qué?—

Se frota las sienes. —Está ahí fuera...—

—¿El qué?—

—Lo que quiero enseñarte.—

—¿Por qué te comportas así?—

—Porque te quiero.—

—Y yo también te quiero, pero ¿qué significa eso?—

—Todo.—

—Te escribí otro poema.—

—¿En serio?— Su ritmo cardíaco se acelera. —¿Cómo se titula?—

—Bajo aguas tranquilas.—

—Ah... Me gusta... Me gusta mucho.—

—Trata sobre ser encontrada y crecer.—

Una lágrima corre por su rostro. —Gracias por escribir eso.—

—De nada, pero no voy a abortar, Stephen. No puedo.—

Él suspira. —Lo sé.—

—¿Entonces lo entiendes?—

Él asiente. —Hace tiempo que lo entiendo.—

—¿Eso hará que dejes de quererme?—

—No. Nada podría conseguir eso jamás.— Le toca la cara, la besa. —No. Ven, camina conmigo, cuéntame más sobre ese poema. —

Ella le limpia la lágrima. —¿Adónde vamos?—

Él señala el viejo silo, cuya oscura silueta se recorta contra el cielo estrellado.

—Allí.—

Acompaña a Frank, Gerry y Rylan en su próxima aventura cuando los ecos de crímenes pasados les lleven por caminos más sinuosos en **SOMBRAS OLVIDADAS**.

Agradecimientos

Forgotten Graves fue un libro más largo y emotivo de lo que había anticipado. Reunir a estos hombres en sus últimos años, juzgando la paternidad, me llevó a reflexionar sobre mi propio camino como padre. Como Frank, es difícil no preguntarse si siempre has tomado las decisiones correctas, pero supongo que todos vamos aprendiendo sobre la marcha.

Mi familia sigue siendo mi ancla. Jo, Hugo y Bea - vuestro amor hace que cada día difícil merezca la pena.

A los lectores cuyos comentarios reflexivos me inspiran a profundizar más - especialmente Donna, Kath y Sharon, que han estado ahí desde el principio.

Debo un agradecimiento especial al artista y cineasta David Lynch, que falleció este año. Desde los 11 años, cuando vi Twin Peaks por primera vez, supe que tenía que contar historias retorcidas y complejas. Él influyó profundamente en mi trayectoria como escritor y en cómo abordo estas narrativas de luz y oscuridad.

Pronto, Whitby revelará nuevos secretos, obligando a Frank y Gerry a mirar hacia las sombras. Espero veros a todos entonces.

Si has disfrutado leyendo **Tumbas Olvidadas**, por favor tómate unos momentos para dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.